

AL
destino
no le gustan los
curiosos

Biología
TOKIO 1



ALTEA MORGAN

Al destino no le gustan los curiosos

Altea Morgan

© Altea Morgan

1ª edición, marzo 2018

ASIN:

Diseño de la cubierta: Alexia Jorques

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todos aquellos a los que alguna vez llamaron *frikis*, a mis amigos y a Logan,
mi conejo *belier*, que por primera vez va a poder comerse un libro mío.

«Todos tenemos una prisión, una prisión que nos ponemos nosotros mismos».

Tite Kubo

BLEACH

«Las personas no pueden ser perfectas, todos crean sus propias mentiras».

Tsugumi Ōba y Takeshi Obata

DEATH NOTE

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo I Observa la luz de las estrellas en lo oscuro de la noche](#)

[Capítulo II Como un recuerdo distorsionado](#)

[Capítulo III Flor solitaria](#)

[Capítulo IV Ya es casi otro día](#)

[Capítulo V Cuando me despierto, todo sigue igual](#)

[Capítulo VI Sonríe solo para ti](#)

[Capítulo VII Tras la oscuridad](#)

[Capítulo VIII Abre tus ojos](#)

[Capítulo IX Miro atrás, al camino que escogí](#)

[Capítulo X Supongo que estoy tratando de agradecértelo](#)

[Capítulo XI No tengo alas en mi espalda](#)

[Capítulo XII Voy a abrazar mi tristeza](#)

[Capítulo XIII Silenciosamente, silenciosamente, abre las cortinas](#)

[Capítulo XIV Me abandonaron en este lugar](#)

[Capítulo XV Voy a descubrir que hay detrás de esa puerta cerrada](#)

[Epílogo Le diré «te quiero» a la persona que amo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Prólogo

Odio volar.

Odio volar desde que tengo uso de razón. Despegar los pies del suelo, las alturas, el vértigo, todo. El mundo se hace pequeño y las personas se desdibujan y pasan a ser hormiguitas atareadas y enfadadas. Como decía Orson Wells en mi película favorita: «Mira ahí abajo. ¿Sentirías compasión por alguno de esos puntitos negros si dejaran de moverse? Si te ofreciera veinte mil dólares por cada puntito que se parara, ¿me dirías que me guardase mi dinero o empezarías a calcular los puntitos que serías capaz de parar? ¡Y libre de impuestos, amigo! Libre de impuestos... Hoy es la única manera de ganar dinero».

Así me siento yo. Como un puntito libre de impuestos.

Y estoy a punto de terminar una travesía de más de quince horas.

Japón queda muy lejos.

Capítulo I

Observa la luz de las estrellas en lo oscuro de la noche

Finales de marzo, hace casi cuatro años.

—Papá, no es un sitio normal. El instituto no puede empezar en abril...

Las calles de Tokio estaban más limpias que el aula de mi colegio de niños pijos en España. Mis ojos no podían parar quietos en un lugar en concreto. ¡Era tan distinto! La mezcla entre la tecnología y la antigüedad.

Además, mi cabeza funcionaba a mil por hora, ya que no quería dar mi brazo a torcer. No había viajado a Japón cien por cien convencida. Desde que mi padre, como regalo de cumpleaños en diciembre, me había comunicado que nos mudábamos a Tokio, no había parado de quejarme. Sí, vale, estudio japonés desde hace años, pues mi padre llevaba mucho tiempo detrás de ese trabajo. Lo que nunca pensé fue que su amenaza se hiciera realidad algún día. Y allí estaba, en suelo nipón.

Desde que habíamos aterrizado, papá me había hecho de guía turístico de todo lo que veíamos y hacíamos. Hasta me había contado, como una gran confianza, que ni se me ocurriera ayudar al taxista a subir las maletas al coche, se lo podría tomar muy mal, como que pensábamos que no sabía hacer su trabajo y sería un choque cultural.

Choque cultural... ya había asumido que tendría unos cuantos en los siguientes meses.

Durante un tiempo, había hecho mío el sueño de mi padre, pero lo último que deseaba, el pasado diciembre, cuando al fin había conseguido alcanzar la mayoría de edad, era mudarme a la otra punta del mundo, literalmente, para olvidarme de mi vida y comenzar una nueva. Dejar el último año de instituto en Madrid a mitad para comenzar en Tokio.

No había más remedio. Mi padre no se iría sin mí, y mucho menos desde que mi abuela comenzó a dar signos de estar haciéndose mayor a pasos agigantados y tendría que ser mi tío David, a quien siempre he visto más como un hermano mayor algo descerebrado, quien debería hacerse cargo de ella y de mí. Algo impensable. No, no podía ser.

Y entre queja y queja había pensado que no estaría mal viajar, conocer mundo y comenzar en una universidad prestigiosa. Ese fue mi primer error. En Japón, el curso se iniciaba en abril, así que no podría ir a la facultad en otoño,

seguiría siendo una estudiante de instituto. ¡Con uniforme un año más!

—No seas quejica, Lucy. —Mi nombre es Lucía, en Japón y en la China, que en ese momento se convirtió en un concepto mucho más cercano. Para mi padre no era así, ya que siempre había insistido en que yo tenía que haberme llamado Lucy por su canción favorita de The Beatles, aunque el señor del Registro Civil no había opinado lo mismo y me inscribió como Lucía—. ¿No es maravilloso? Es mi sueño hecho realidad. Voy a trabajar en una de las mejores empresas de programación, y en Japón. Llevo preparándome años para esto, y tú estás avisada desde los ocho años, ¿o desde los seis?

Era verdad, llevaba avisada más o menos desde esa época. A mis padres no les gustaba decir que estaban divorciados, aun con papeles de por medio, sino separados por el tiempo y la distancia. Cuando yo tenía más o menos cinco años, a mi madre se le había acabado el amor maternal y conyugal, todo sea dicho de paso, y se había trasladado a Inglaterra. Nosotros nos mudamos con mi abuela Concha y con mi tío David, el último de los hermanos que seguía viviendo con ella, pues era el más pequeño. Creo que a mi padre le costó tres años darse cuenta de que su mujer nunca volvería y decidió buscarse un sueño: trabajar en Japón. Se había preparado y había luchado por él. La primera oportunidad le había llegado cuando yo tenía catorce años, pero no salió bien y solo residió en el país los tres meses de rigor del visado. Cuando volvió, me dijo que me había echado mucho de menos y que me preparara, no se volvería a ir sin mí. La segunda oportunidad, hace dos años, no terminó de cuajar, y su amenaza de poner mi vida patas arriba había llegado con mi cumpleaños. Con mis dieciocho años, podría haber elegido quedarme con mi familia, pero yo también sabía que lo iba a echar mucho de menos y no siempre se puede vivir una aventura así. O eso intentaba decirme cuando me entraba el pánico.

En realidad, nunca creí que fuéramos a mudarnos de verdad.

Y allí estábamos, en Japón.

Irme a vivir con mi madre a Inglaterra jamás fue una opción.

—¡Pero nunca te hice caso! —le repliqué a papá; ese era un pensamiento que no se me iba de la cabeza. Era cierto, nunca le hice demasiado caso. Ni cuando era más que evidente que algún día lo conseguiría.

Mi padre se paró en seco, ignorándome; total, solo era su hija, y sonrió a una mujer muy atractiva vestida de ejecutiva. Le hizo una reverencia y habló con ella en japonés. Muy rápido, tanto que no pude entender toda la conversación. Aunque parecía amable y me miraba de reojo casi con aprobación, su objetivo era mi padre, le gustaba mi padre de alguna manera, ya que se tocaba el pelo y esbozaba sonrisas a su lado. Con timidez, nos llevó a un edificio cercano, alto y lujoso.

Al parecer, ese iba a ser mi nuevo hogar.

Esa mujer era Noa Ayaka-san, pues, en Japón, por deferencia, me enseñaron que había que tratar a las personas de «-san» o «-sama», como un equivalente a «señor» o «señora». El propio monte Fuji, sagrado y venerado, se llamaba de forma habitual Fuji-san. En fin, ella era una compañera de mi padre, en concreto con la que trabajaba, ya en remoto desde hacía unas semanas, en un proyecto de algo que no me interesaba en absoluto. El piso donde nos instaló la empresa estaba bien, muy limpio... ¡cómo todo! Ubicado en Shinjuku, uno de los distritos más céntricos de Tokio.

Lo primero que me llamó la atención de nuestro apartamento fue que las puertas se abrían por el lado incorrecto y me dio la sensación de que en más de una ocasión me daría con alguna en las narices. Nada más entrar, tuve que descalzarme y ponerme unas zapatillas que alguien había dejado para nosotros. Ayaka nos mostró la forma correcta de dejar los zapatos: mirando hacia la puerta, ya que así, si queríamos salir de casa, estarían siempre preparados. Me senté en la doble altura de la entrada, me quité los zapatos tal y como me había dicho, y me preparé para ver el que sería mi hogar, al menos, durante el año siguiente.

Antes de comenzar a ver el piso, dejé que mi padre y Ayaka entraran charlando de sus cosas y me fijé en un pequeño mueble de la entrada. Abrí lo que parecía un zapatero. No fue una gran sorpresa. No sabía qué esperar en aquel momento, si un pequeño altar o un grupo de figuras de Pokemon. Solo sabía que, sin duda, no algo tan cotidiano y normal.

Tras la entrada, me encontré con un pasillo corto con dos puertas: una era la del cuarto de baño, que en nada se parecía al que tenía en casa de mi abuela; en ese instante pensé que me vendría bien un curso intensivo de cómo ducharme en él, y la otra parecía un pequeño armario. ¿Para más abrigos y zapatos? Esa gente tenía una obsesión; bueno, tenía varias, eso solo parecía ser la punta del iceberg.

El pasillo acababa en un gran salón, donde no había ninguna pared que lo separara de la cocina, situada a la izquierda, pequeña pero bien equipada. A la derecha un ventanal, que reflejaba la luz que entraba aquella tarde casi soleada en Tokio, un sofá, un mueble con un televisor y una videoconsola. Cuando me fijé en ese objeto, supe que mi padre iba a disfrutar de lo lindo. Enfrente del pasillo, dos puertas paralelas, cada una daba a una habitación. La de la derecha era la mía, alguien había puesto unas letras en *katakana*^[1] donde se podía leer «Ru-ki-a», mi nombre, según ellos. Tras años estudiando el idioma, no me

quedaba ninguna duda... tenían una pequeña confusión con la «l» y la «r».

Mi padre se pasó un rato hablando con Ayaka, y yo inspeccionando mi habitación: una cama, un escritorio, un espejo y unos cuantos conejitos de peluche. En Japón, por mi experiencia de unas horas, todo era adorable o tecnológico. Las mujeres, hasta de la edad de Ayaka, que ya rondaba los cuarenta, llevaban en el móvil colgada alguna tontería y, para mi desconcierto, los hombres también.

Me tumbé en la cama, rendida, y pensé en qué sería de mí durante ese tiempo. Mi padre había comprado dos billetes de ida a Japón, ninguno de vuelta.

Esa era mi nueva vida: zapatos y zapateros por doquier, cosas adorables y puertas que se abrían por el lado equivocado.

Bienvenida a tu nueva vida, Lucía. Perdón, Rukia. Tú te lo has buscado.

Ayaka había venido a casa casi todos los días desde que nos habíamos instalado en Tokio, se había preocupado mucho por mí, me había enseñado costumbres y me había advertido de cómo sería mi día a día en un instituto en Japón. Además, también pude practicar con ella el idioma y me sentí más segura a la hora de utilizarlo.

No tanto como para acudir a clase tan pronto y, sin embargo, no tenía escapatoria. Aquel era mi primer día.

Estaba histérica.

Si de por sí ya me parecía malo comenzar en un sitio nuevo, mucho peor era hacerlo en un país extranjero y extraño como era Japón. ¡Y con un idioma endiablado que tenía tres formas de escritura!

Por lo que había podido saber sobre mi nuevo instituto, ya que unos días antes mi padre me había acompañado para que supiera qué metro coger y qué camino debía emprender cada mañana, era tan pijo y elitista como al que acudía en Madrid. Muchas clases se daban en inglés, ya que asistían muchos hijos de extranjeros, pero todo lo demás se impartía en japonés... en japonés...

Además, el día anterior se había realizado la ceremonia de entrada al mismo, papá y Ayaka me habían acompañado. Había sido extraño ver las caras de mis compañeros, no conocer a nadie y escuchar en un japonés muy limpio todo lo que se esperaba de nosotros. Tras la misma, mientras que algunos chicos se habían marchado con sus amigos, yo me quedé algo plantada hasta que mi padre me invitó a comer.

Desde que tenía uso de razón, había ido a colegios con uniforme, así que el que llevaba puesto no me parecía tan raro. De cuadros verdes y grises, con una

camisa blanca, no me sentía desentonar tanto como si hubiera asistido al centro con mi ropa de calle, tan distinta a la moda japonesa que había observado. El espejo reflejaba el mismo aspecto de siempre, pero la luz tenía algo que me hacía parecer diferente. Además, Ayaka me había regalado una mochila marrón que, al parecer, era la habitual entre los estudiantes, y el conjunto daba la sensación de ser una mezcla de algo normal y algo exótico.

Mientras repasaba los libros que debía llevar, ya que me habían enviado por correo el horario y la lista de utensilios escolares, mi padre chilló desde la cocina para que acudiera a desayunar.

Cuando salí de mi habitación, mi padre se asomó y silbó tras regalarme una sonrisa.

—¡Cállate, papá! Haces que me sienta ridícula.

—De mal humor otra vez... —Él se encogió de hombros—. Menos mal que mi *obento*^[iii] de primer día de escuela te va a dejar sin palabras. —Guiñó un ojo y mostró su obra maestra mientras se ovacionaba a sí mismo.

Genial.

—¿Hello Kitty, papá? ¡No tengo doce años!

—Como si los tuvieras. Ahora vete o llegarás tarde.

En Japón, las calles no tienen nombre. Cuando mi padre me había dicho que viviríamos en Tokio, me había imaginado residiendo en la avenida *Sakura*^[iii] o algo por el estilo, pero no, allí todo es distinto. Para poder orientarme, tenía que conocer el número del distrito, de la manzana y del edificio dentro de la manzana. Así que, el día anterior a mi primer día de instituto, y por la insistencia de mi padre, habíamos vuelto a repasar la ruta más sencilla para llegar al lugar, que pasaba por un trayecto en metro.

Se podía decir que, a las siete de la mañana, Tokio vibraba. Sus calles estaban llenas y la mayoría de los transeúntes escuchaban música en sus teléfonos móviles con auriculares que iban desde ridículamente grandes a inexistentes. Nadie hacía caso de nadie, como en la gran ciudad que era. Me gustaba pasear por esas calles, eran tan distintas a las que había conocido... Me costaba avanzar sin contemplar cada lugar, cada esquina, cada persona que encontraba por el camino. Algunos también se fijaban en mí, ¿me verían como un bicho raro ellos también? Otros me ignoraban y, cuando más atenta me encontraba observando a las personas de mi entorno, me topé con un grupo de chicas, también vestidas de instituto, con un uniforme distinto al mío, que cuchichearon al verme, y decidí dejar de mirar a la gente. Al fin y al cabo, no es

de buena educación.

Al llegar a la estación, recordé las normas básicas de comportamiento que me había hecho aprender mi padre: en las escaleras mecánicas, si no tenía prisa, debía colocarme a la izquierda, dejando un pasillo a la derecha para la gente que llegaba tarde. Si, por el contrario, iba apurada, debía usar ese pasillo para avanzar en la cola. Todo muy civilizado.

Yo iba bien de tiempo.

Había estaciones que parecían pequeños centros comerciales; no lo era la mía, una pena. Observé a unos alumnos de instituto haciéndose fotografías delante de uno de los anuncios del metro, era de un manga. No lo conocía. Aunque me pareció un cliché en toda regla.

El metro de Tokio era puntual como un reloj suizo. Todo llegaba a su hora y, una vez dentro del vagón, sentí que eso era lo más cercano a ser una caballa en lata de lo que podía imaginar en mi vida. Me asfixiaba. No podía respirar con tantas personas a mi alrededor. Y, cuando creía que ya no podría soportarlo más, me asombré al ver como un trabajador del metro empujaba más gente hasta que el concepto «espacio vital» quedaba lejos y perdido en el cosmos. Hasta luego, fue un placer conocerte. Para colmo, una voz sonó por los altavoces y no logré entender ni una sola sílaba. Me pareció deducir que pedía que no se hablase muy alto o algo así. ¡Como si se pudiese desperdiciar aire de los pulmones! A esa hora y con esa gente por metro cuadrado, no se escuchaba mucho gentío, me llamó la atención observar que casi ni hablaban. No importaba lo que dijera la señorita de la voz; no me iba a solucionar nada, así que la ignoré todo el trayecto. Yo tenía que contar siete paradas y así llegaría a la mía. Para poder concentrarme, decidí ponerme los auriculares de mi teléfono móvil y disfrutar del *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*.

Los primeros sonidos, personas sentándose en un auditorio mientras el grupo afinaba sus instrumentos, eran como la banda sonora de lo que veía en aquel vagón del metro. Algunos pasajeros se habían bajado por aquel entonces, y parecía que mis pulmones podían volver a tomar aire y expulsarlo sin pensar que se lo estaba robando a alguien. Cuando empezó de verdad la canción, no pude evitar mover la cabeza al ritmo de la música. Aunque debía estar atenta, no podía dejar pasar mi parada.

A una solo de bajar, me di cuenta de que viajaba con otras chicas con mi mismo uniforme, algunas iban en grupos y otras solas. También me encontré con algunos chicos que llevaban los mismos colores en su atuendo, debían de ser del mismo instituto.

Fuera del metro, tuve que cerrar los ojos y respirar hondo. Una vez, dos veces y tres veces. Abrí los ojos y me dirigí a mi destino; en cuestión de entre

diez y quince minutos estaría en el Competitive International Tokio School o CITS, como lo llamaba mi padre.

Mientras iba de camino al mismo, los grupos de alumnos se iban reuniendo, algunos se saludaban con verdaderas sonrisas de felicidad en la cara y otros, simplemente, con un movimiento de cabeza. Casi todos marchaban acompañados y, por un momento, rodeada de esa gente, me sentí tan sola como solo se podía estar en una gran ciudad y creí que, si gritaba, nadie iba a oírme. Por si acaso, decidí no hacer la prueba.

Al llegar a la puerta de mi nuevo instituto, me entró el pánico, un miedo escénico que me hizo pensar que nada iba a cambiar a tantos kilómetros de casa. Me paré en la puerta y se presentó mi futuro: de nuevo una paria social, de nuevo sin amigos de verdad, de nuevo intentando encajar en un lugar que no era el mío, de nuevo sola y en Japón...

—Perdona... —dijo una voz aniñada—. ¿Eres *Rukia-chan*^[iv]?

Parpadeé dos veces, todavía me costaba acostumbrarme a ese nombre que no parecía para nada el mío. La chica que tenía delante no paraba de sonreír, era alta para su edad, con su pelo largo liso con flequillo, parecía una muñeca de porcelana. Su imagen desprendía candidez, y sentí que quizá mis miedos podían ser solo eso, miedos. Me resultó tan amable que mi contestación seguro que no se lo pareció.

—Lucía, me llamo Lucía.

—Lu-kia.

—Lucía, pero puedes llamarme como quieras, mi padre me llama Lucy —dije en un japonés medio indio.

—Gracias, Lukia... mejor Lucy —contestó, arrastrando tanto la e que parecía una erre al final—. Me llamo Nanako Kimura^[v] y voy a ser tu guía.

Nanako sonrió, y con la mano derecha hizo el signo de la vitoria. Parecía que estaba posando para una foto. ¿Tenía que decirle algo para que dejase la pose? Antes de que pudiera reaccionar, ella se giró y comenzó a hablar y a enseñarme el recinto.

La primera parada fue el vestíbulo, donde había unas taquillas que estaban asignadas una a cada alumno para que dejase sus zapatos de calle y se pudiera poner otros para estar en clase. Otra vez esa obsesión con el calzado. En aquel momento pensé que, si en alguna ocasión tenía la confianza suficiente con alguna compañera, le preguntaría de dónde venía esa manía por dejar zapatos esparcidos por mundo.

La industria zapatera en Japón debe de ser muy próspera.

Por un pasillo largo, en el que se veía a cada lado una serie de puertas correderas que daban a los salones, Nanako me fue explicando que cada clase

limpiaba su aula, que se establecían turnos y que pronto se repartirían para saber a quién le tocaba; iban rotando cada semana.

—Sería genial que te apuntaras a un club después de clase, Lucy —comentó casi dando saltitos por el pasillo, mientras me miraba con ilusión—. Yo juego al tenis.

Con su estatura y su agilidad, bien podría haber estado en el equipo de baloncesto.

—¡Hay decenas! De casi cualquier deporte, de literatura, de cine, de mangas... Yo te aconsejo los deportes, son los mejores. —La chica se paró en seco y me miró a los ojos—. Mucha información, ¿verdad? —Giró la cabeza y sonrió, me pareció un dibujo humano—. No te preocupes, Rukia —me dijo, cambiando de nuevo mi nombre, ya que así parecía más cómodo para ella—, pronto podrás decidirte mejor, la semana que viene se reunirán en el patio algunos representantes de los clubes para informar a todo el que quiera apuntarse. Podrás preguntar todo lo que quieras y... uy, si ya estamos en nuestra clase...

Al pasar la puerta corredera, sentí como todas las miradas se posaban en mí. Me habría encantado poder sonreír como Nanako, parecer una muñeca y que todo me emocionase hasta el extremo. Pero no, solo notaba como las mejillas me ardían y necesitaba esconderme del escrutinio.

Pasaron unos segundos, que parecieron horas, y cada uno de los alumnos continuó con su conversación. Al otro lado del aula, unas chicas levantaron la mano y saludaron a Nanako; bueno, la llamaron Nana. Eran Yumiko Maki y Hitomi Saito, dos chicas parlanchinas que me acosaron a preguntas a las que yo solo podía responder de una forma: sonriendo y asintiendo. Me sentí como uno de esos perros horribles que se pusieron de moda hace muchos años como adorno en los coches. O peor, como un Elvis volador con la cabeza suelta.

¿Qué estaban diciendo? ¡Por el amor de Dios!

Mientras Yumi, como llamaban a Yumiko, contaba por tercera vez que quería tener un novio —o algo así—, una mujer de edad indeterminada, entre treinta y mil millones de años, entró en el aula y se presentó en inglés a los alumnos.

Aprendí inglés casi a la par que español. Mi madre se fue a vivir a Londres cuando yo tenía pocos años, así que, para que pudiera pasar con ella algo de tiempo y no me sintiera desplazada, mi padre se obsesionó con que aprendiera idiomas.

Nunca me había planteado bien qué ocurría con mis padres, ¿qué relación tenían? Estaban divorciados y, cuando se veían, parecían una pareja normal, se querían, se lo decían; se hacían arrumacos... parecían felices. Pero, una vez lejos, cada uno hacía su vida sin pensar en el uno en el otro. Podía parecer

extraño, aunque mi vida siempre había sido así. Durante un tiempo, no concebí una relación distinta a esa. Por eso me había plantado con dieciocho años, sin haber tenido un novio de verdad nunca ni una vida sexual satisfactoria... o plena.

Hasta que un día me fijé en un chico y supe que, si alguna vez quería tener una pareja de verdad, jamás dejaría que el tiempo y la distancia lo estropearan todo. No ocurrió nada con aquel chico, pero sí supe que no iba a pasar por lo mismo que había pasado mi padre. Él siempre había intentado que yo no me enterase, aunque era imposible no saber que echaba de menos a mi madre, que la respetaba, pero yo también sabía que la decisión la había tomado ella y no él. No quería que mi vida fuera así: enganchada a una persona que nunca iba a mirar por mí. Quería a mi madre, sí, y nunca me gustó cómo trataba a mi padre.

Y mi padre era alguien sagrado en mi vida.

La profesora hablaba con un inglés duro, fuerte y, en ocasiones, complicado. Además, me sacó de mi letargo al pedirnos que nos sentáramos en los sitios que se habían asignado. Mi asiento se encontraba en tercera fila, a una mesa de la ventana. Al menos podría perderme un poco en el paisaje urbano de Tokio cuando todo me pareciera complicado. Me giré para poder comprobarlo, y me devolvió la mirada un chico, Shou Kobayashi. Me dirigió una mirada profunda, casi penetrante, que duró una respiración. Aunque pronto pareció olvidarse de mí y continuó con lo suyo.

La profesora, la señorita Takanawa, me pidió que, como era la nueva alumna, saliese a hablar un poco delante de la clase. Ayaka me había enseñado cómo debía hacer una reverencia y qué debía decir para no llamar la atención. Algo así como «Hola, soy Lucía o Rukia o Lucy o como queráis, que ya me da un poco igual. Vengo de España y estoy encantada de vivir en Japón. Portaos bien conmigo».

Las clases me resultaron complejas. No fue ninguna sorpresa. La mezcla de idiomas y los acentos resultaron ser lo más complicado a lo que me había enfrentado en mi vida. De hecho, mi idea de evadirme mirando por la ventana no se cumplió ni una sola vez aquel primer día. Ser un buen estudiante era algo intrínseco en esa sociedad; quien no lo era, quien no cumplía los estándares, era repudiado. Y yo, en esos momentos de mi vida, sentía la necesidad de integrarme, hacerme un hueco, tener un lugar en el mundo al que llamar hogar.

En el primer descanso largo entre clases, las chicas que acababa de conocer me hicieron un sitio en sus vidas, juntaron sus mesas y sacaron sus almuerzos. Las tres chillaron de emoción al ver el mío. Fue en ese momento cuando un término pasó a ser parte de mi vida ya para siempre: *kawaii*, que venía a decir que algo era muy guay, muy adorable, maravilloso y todo lo que me pudiera

imaginar. En fin, había entrado en el mundo *kawaii* y no quería salir. Me habían secuestrado y, en cuestión de horas, ya tenía un síndrome de Estocolmo como una catedral.

—Te han sentado al lado de Kobayashi Shou... ¡qué suerte!

—¿Suerte? —Me estaba comiendo una oreja de Hello Kitty y creía que eso sería lo más surrealista que me podría pasar ese día—. ¿Qué más da al lado de quién me sienta?

—Bueno, quizá Kobayashi se fije en ti, si estás cerca de él es mucho más sencillo, ya que Shou es... —Hito, como llamábamos a Hitomi, bajó la voz y se tapó la cara, como si no pudiera ni decirlo.

—¿Qué? ¿Qué es?

Y en una mezcla entre japonés e inglés, Yumi, que era la más parlanchina me explicó:

—Es como un imán para algunas chicas, ¿lo entiendes? Ellas le escriben cartas de amor, le preparan el *obento* o le regalan dulces en San Valentín. No ha aceptado ninguno que lo comprometa, ya que, al parecer tiene novia en otro instituto.

—Es el capitán del equipo de tenis —apuntó Nanako, como si eso fuera un gran logro. Y al parecer lo era, por las miradas de aprobación de las otras dos.

La conversación se cortó, las lecciones tenían que comenzar de nuevo. Nunca creí que acudir a clase fuera algo tan extenuante, pero lo era. Y, además, también tenía que elegir una actividad extraescolar para completar mi educación y poder acudir a una buena universidad. En Japón, todo se realizaba a lo grande.

Cuando sonó el timbre de la última clase, creí que la cabeza me iba a estallar, me sentí un poco tonta, entre no poder entender todo lo que se decía y las asignaturas, que no parecían nada sencillas. Creí que mi primer año allí iba a ser un desastre.

Claro que Nana, Hito y Yumi no parecían encontrarse igual que yo; las tres se levantaron con mucha energía y me animaron a unirme a su conversación. Fue genial, por un momento sentí que realmente pertenecía a ese lugar. Mi cansancio hizo que mirase al suelo más que a la cara de mis nuevas amigas, sentía como una losa en la cabeza y un pinchazo en las sienes.

Al llegar a la entrada, busqué la taquilla donde había dejado mis zapatos y me senté para cambiarlos. Me costó un mundo concentrarme en esa tarea, pero algo se coló en mi cabeza, en mi mente, en todo lo que hacía: una voz. Una voz cercana y cálida, que, con tonos casi melódicos, se introdujo en mi vida. Al levantar la cabeza, observé que esa voz pertenecía a un chico; tenía el pelo largo, liso y se encontraba apoyado en las taquillas con una pose relajada, le sonreía a Nanako y le tocaba la cabeza como si quisiera hacerla sentir bien. Cuando notó

mi mirada, me la devolvió, ambas se entremezclaron y me dio la sensación de que no querían separarse. El chico se acercó a mí sin romper esa tregua extraña que habían establecido nuestros ojos y se inclinó hasta quedar casi a mi altura.

Era curioso, no me había tocado, aunque sentí como si lo hubiera hecho.

—Así que tú eres Rukia-chan —dijo con el mismo tono de voz bajo.

—Lu... —Su sonrisa hizo que dejase de hablar, algo me decía que dijese lo que dijese no iba a importar, él me llamaría como le diera la gana. Esa certeza me molestó casi tanto como me intrigó.

—Soy Akira, el hermano de Nanako. Encantado.

—¡Y tú te llamas como su personaje favorito de manga! —gritó con un tono agudo y feliz la aludida.

Akira se levantó, se quedó de perfil y sonrió a su hermana. Justo después dijo algo que me sorprendió mucho más que todo lo que había vivido durante ese primer día de locos:

—Sí, y por eso me gusta incluso más.

Akira o Aki-nii-chan^[vi], como lo llamaba su hermana, y solo ella podía llamarlo así, se fue tal y como llegó: sin hacer ruido, pero no sin antes dedicarme un guiño. El camino de vuelta a casa habría sido entretenido si mi cabeza no hubiese estado dándoles vueltas a sus palabras, ¿qué había querido decir? Hiro y Yumi se despidieron en la estación de metro, mientras que Nanako me acompañó casi todo el trayecto. Vivíamos relativamente cerca, para ser Tokio, y quedamos en que, al día siguiente, yo pasaría a recogerla.

Llegué a casa, no sin antes haberme perdido en un par de ocasiones por esas calles sin nombre. Mi padre todavía tardaría en llegar y yo quería centrarme en todo lo que tenía que preparar para el día siguiente, pero no podía. Mi cabeza se dispersaba en otras ideas. El sol había caído en algún momento mientras yo me perdía por las calles de Tokio. Me asomé por la ventana de mi habitación, busqué las estrellas, pero era imposible distinguir alguna con las luces de la ciudad. Me quedé pensando en las palabras de Akira: «Me gusta incluso más». Y por más que le di vueltas no logré entenderlo; ese había sido nuestro primer encuentro, no podía gustarle más, igual que no podía gustarle menos, no había punto de partida anterior. Quizá lo había malentendido, el japonés me resultaba complicado. Así que, cuando mi padre entró en casa con comida precocinada para la cena, al fin llegué a una conclusión: no lo había comprendido bien. Y pretendí olvidarme de esas palabras. Al menos, por un tiempo.

Había vivido con mi padre, mi tío y mi abuela desde los cinco años. Mi madre se marchó de España cuando yo tenía esa edad, se mudó a Londres y nunca más volvió. Nadie me lo había dicho, ni había insinuado nada parecido, pero sabía que mi madre no me quería tener cerca durante mucho tiempo. Era como si el instinto maternal se le hubiera agotado en el plazo de cinco años. Había pasado con ella vacaciones de invierno, parte de los veranos y alguna cosa más. Siempre era como ir a ver a una hermana mayor que, al principio, estaba encantada, aunque pronto deseaba volver a su rutina sin tenerme cerca. Y, aun así, mi relación con mi madre no era mala, solo algo distante. Era por eso que, para mí, la segunda persona más importante de mi vida era mi abuela Concha; ella me había criado. Y, luego, mi tío David, que se llevaba conmigo doce años y me había malcriado siempre hasta la inconsciencia.

Vivir sola con mi padre, sin mi abuela y mi tío, era algo que me estaba costando mucho. Sin embargo, con el ritmo de las clases, mis nuevas amigas y el club de tenis al que me había apuntado, más que nada por estar con alguien a quien conocía, mi vida se había convertido en una locura que no me dejaba parar ni por un segundo. Y lo agradecía.

El japonés seguía siendo complicado, no iba a cambiar por el hecho de que yo lo aprendiera, aunque cada día lo manejaba mejor. No había vuelto a ver a Akira desde nuestro primer encuentro. Bueno, en alguna ocasión, de refilón por los pasillos sí lo había visto. Él estudiaba en otra clase, se jugaba mucho si quería entrar a la Universidad de Tokio. Sabía por Nanako que ese era su objetivo y que estaba preparándose sin descanso para conseguirlo, que practicaba *kendo*^[viii], que le encantaban los mangas y que tenía un sentido del humor raro. Y yo, cada vez que lo veía por los pasillos, creía escuchar su voz tranquila, pausada, diciendo: «Por eso me gusta incluso más» y mi cara se volvía roja como una brasa y con su misma temperatura.

Akira y Nanako eran mellizos. Y se parecían como un huevo a una castaña, según mis amigas. Mientras que él era el arquetipo de chico estudioso japonés que siempre sacaba buenas notas, era el capitán del equipo de *kendo* y sus padres estaban muy orgullosos de él (eso sí, con un pelo largo que descolocaba), a Nana le costaba trabajo centrarse, era más dispersa, y nunca había estado en la parte de arriba de la tabla de estudiantes que se organizaba por notas en todo el instituto. Algo que allí se miraba mucho.

Aunque me había encontrado con él en tan solo una ocasión de verdad, era como si formara también parte de mi vida. Gracias a Nanako, sabía quién era su personaje de manga favorito: una tal Rukia. Un día, mientras estábamos en su

casa, ella se había escabullido a la habitación de Akira, pues él no se encontraba en aquel momento, por supuesto, y había robado uno de sus mangas. Rukia era un personaje de *Bleach*. Como yo, tenía el pelo negro y liso; yo llevaba una melena larga y la chica del cómic lo tenía un poco más corto. Y, mientras que mis ojos eran azules, los del personaje eran grises, aunque a veces se veían violetas y, en ocasiones, de un azul más profundo que los míos.

Me había despertado tanta curiosidad que Nanako me había ido dejando los volúmenes del manga. Leer la historia me estaba costando un poco y, aunque era cierto que al principio lo leía solo por mejorar, luego me enganché y quería saber cómo acababa la trama. Y de paso, entender un poco más a Akira, ya que, a partir de segundo volumen, me fui encontrando notas. Me gustaba pensar que eran para mí. Solo eran tonterías, preguntas de cómo acabará la escena, la trama, los personajes... Tonterías que me hacían sentir cerca de un chico con el que había cruzado dos frases.

Me estaba volviendo loca.

Estaba convencida de que, para cualquier chica de mi edad, mudarse a Japón habría sido un choque cultural duro, algo que sin duda hubiese trastocado su vida desde cero. Para mí, el choque no había sido fuerte, sino blando. Algo que todavía me seguía sorprendiendo durante aquellas primeras semanas; nunca creí que fuera así.

Veía a mi familia una vez por semana, los domingos por la tarde. Mi padre y yo enchufábamos el ordenador y hablábamos con ellos un buen rato. Mi abuela se fascinaba con el hecho de poder hablar con nosotros por medio de una pantalla, y eso que varios de sus hijos eran ingenieros. La echaba tanto de menos. Todos los días.

Mis semanas pasaban tranquilas y muy divertidas junto al grupo de amigas que me había encontrado. Ingenua de mí, creía que me había adaptado bien, aunque nadie me había preparado para la belleza y la simpleza de las cosas del día a día en un país lejano. Ni mucho menos para el *Hanami*.

Ese resultó ser mi segundo gran choque cultural.

Nanako, Hiro y Yumi en ocasiones hablaban tan deprisa y emocionadas que yo solo podía asentir con la cabeza y rezar para que no me preguntasen nada, aunque, durante aquellas semanas, había algo que se repetía constantemente: la palabra *o-hanami* o *hanami*. Por alguna razón estúpida, me daba vergüenza admitir que no tenía ni idea de lo que hablaban, hasta que, una tarde, volviendo a casa con Nanako, decidí preguntárselo.

—¡Lucy! —Mi amiga se paró en seco y me observó como si fuera un bicho raro. Y resultó ser el momento en que dijo mi nombre de forma casi correcta, aunque seguía arrastrando tanto la *e* que parecía una *e*— . ¡No hemos hablado de otra cosa desde que te conocemos! ¡Y vamos a ir este fin de semana al parque Ueno! El padre de Yumi todos los años nos reserva un hueco cerca de su familia.

—Pero ¿qué es el *hanami*, Nana?

Ella hizo un ruidito, se tocó la boca con el dedo índice, pensativa, como si fuese algo difícil de explicar.

—El *o-hanami* es contemplar los árboles de cerezo en flor.

—¿Vamos a un parque a ver los cerezos sin más?

—Sí, bueno, y también comemos. Es un espectáculo, Lucy, ya lo verás.

Nanako reanudó su marcha con mucha más alegría.

—¡Trae comida, Lucy! Va a ser un día maravilloso, también veremos el *yozakura*.

La primera vez que acudí al parque Ueno, no pude creer lo que estaba viendo: centenares de cerezos en flor de un color rosa palo engalanando todo el paisaje. Resultó ser algo mágico. Me quedé con la boca abierta, el espectáculo bien lo merecía. Nana pasó por mi lado y me dedicó una mirada de «te lo dije» en toda regla y se marchó dando saltitos de felicidad.

Como no podía perderla, ya que no sabría volver a casa, me fui corriendo tras ella. Pasear por los caminos plagados de flores de cerezo me hizo pensar en uno de los sueños de Kurosawa, a quien mi padre adoraba. Era como sumergirse en otro mundo. No tuvimos que andar mucho para dar con la familia de Yumi, así que dejamos nuestras cosas con ellos y nos fuimos a buscar puestos de comida ambulantes. Desde ese momento, las risas no pararon de sonar en mi grupo de amigas.

En un primer instante, la idea de acudir a un parque para observar las flores de cerezo me había parecido poco más que una locura; una vez que me senté y me dejé envolver por ese ambiente, no pude dejar de mirarlos.

Solo se pueden contemplar durante unos días al año, hasta hay un servicio meteorológico que funciona para saber el tiempo y cuándo estarán más bellos los árboles. Es una tradición que, hasta que no la vives, no la puedes entender del todo.

Aunque si esa maravilla de la naturaleza me había parecido bella de día, de noche, el *yozakura* me envolvió de forma incluso más especial. El *yozakura* no

es más que contemplar las flores de cerezo de noche, cuando las luces se mezclan con el color rosáceo de las hojas y parece que has caído dentro de un cuento. Así, de golpe, Alicia había caído en la madriguera y se había encontrado con esa belleza. Solo por una semana al año, los japoneses pueden disfrutar de ese espectáculo. Y poder ser Alicia paseando por el País de las Maravillas.

—¿Qué te parece? ¿Te lo esperabas así?

Me di cuenta de que podría distinguir esa voz tranquila y grave en cualquier lugar, dentro de una tormenta, en el remolino de un huracán o en el concierto más ruidoso. No quería apartar mi mirada de los cerezos ni podía dejar de girarme para ver la sonrisa sincera de Akira. A mi lado, con las manos metidas en los bolsillos, con ropa de calle, bien podría haber pasado por un medio macarra y no por un chico estudioso, lo que era, según su hermana. Tenía una mirada matadora, que se metió dentro de mí y me hizo actuar como una tonta. ¿Me había preguntado algo?

—Los *sakuras* te han dejado sin palabras.

Más bien había sido él, aunque no quería decir algo así. Me mordí la lengua, en ocasiones podía ser un poco directa y había aprendido que eso no era muy apreciado entre los japoneses.

—Son preciosos, no sabría decir si me gustan más de día o de noche.

—Yo lo tengo claro, me gustan mucho más de día.

—Pues entonces yo me quedo con la noche.

Akira se acercó un poco más, casi podía sentirlo rozándome con cada palabra que salía de su boca.

—Si yo me quedo con el día y tú con la noche, ¿cuándo nos veríamos?

—Al atardecer —respondí sin pensar—. Siempre me ha gustado el atardecer.

—O al amanecer, te aseguro que también pueden ser muy interesantes.

Su contestación podría parecer casual, pero me hizo pensar en alguna promesa que no alcanzaba a descifrar. La mano de Akira rozó la mía y, con ese primer contacto, me estremecí.

De fondo, sus amigos, aburridos de esperarlo, comenzaron a llamarlo a gritos. Él cerró los ojos y se mordió el labio, como si hubiese querido matarlos a todos, uno a uno. Bueno, si él no quería, yo, al menos, sí. Se giró y les hizo un gesto para que lo esperasen.

—Es una cita.

Me dijo sin más y se marchó. ¿Era una cita? ¿Qué era una cita? Siempre que Akira aparecía, me dejaba con la sensación de que no entendía ni una sola sílaba del japonés. Me quedé en el sitio, viendo cómo se marchaba con sus amigos entre risas. No se giró ni una sola vez, y yo me sentí un poco imbécil, la verdad.

—¿Ese era tu hermano, Nana? —preguntó Yumi, mientras se situaba a mi

lado. Se habían ido a comprar no sé qué postre.

—Sí, voy a saludarlo.

Mi amiga se perdió entre la gente, y, por un momento, desee haberme ido con ella. Hiro y Yumi se sentaron en la hierba, yo las acompañé, aunque antes de poder preguntar por el dulce que habían comprado, saludaron con la mano a unos compañeros de clase que se unieron a nosotras. Sus palabras se perdieron, yo solo podía pensar en el atardecer o en el amanecer, ya de paso, plagados de árboles de cerezos.

Ya no escuchaba nada, solo estaba perdida en esa promesa, cuando una voz me llegó clara y directa.

—Lucy, ¿te gusta mi hermano?

Capítulo II

Como un recuerdo distorsionado

España, septiembre, casi cuatro años después.

He hecho este viaje a la inversa una vez en mi vida y acompañada también de mi padre. En aquella ocasión, hace más de tres años, me llevó a un mundo nuevo. Yo solo era la típica niña rara de padres ni separados ni realmente divorciados; separados por el tiempo y la distancia que, según dice mi madre, lo mata y lo estruja todo. La chica extraña que no encajaba en un colegio lleno de pijos con eses exaltadas que la miraban por encima del hombro ya que, mientras que sus padres eran los dueños de las altas esferas, los míos no, y me había colado en sus perfectas vidas con mi imperfecta beca, y no había hueco para mí. La niña rara que, una vez acabado el instituto, se iba a tomar un año sabático, hasta que todo cambió.

Un día, mi padre apareció por la puerta, sabía lo infeliz que era mi yo de dieciocho años, y me dio la noticia de mi vida: nos mudábamos a Japón.

Esa idea lejana, y que mataba un poco más mi mundo por dentro, hoy sé que fue la mejor decisión que ha tomado mi padre. Que yo ahora tenga que volver a España y me deje la mitad de mi ser en Tokio, nada tiene que ver con mi reacción de por aquel entonces.

En estos momentos, en mis oídos suena Aqua Timez, he leído más mangas que libros y no abandonaré mi mundo, creado y pintado por un pincel que reconozco más que el cielo gris y contaminado de Madrid, si no llega a ser por lo ocurrido.

Nada más poner un pie en España, compruebo mi móvil: ninguna llamada, ningún mensaje, nada. Así que decido, por enésima vez, mandarle un mensaje a Nanako. No espero respuesta, nunca la espero; aun así, no puedo dejar de hacerlo, es como una costumbre, una esperanza que no ha muerto todavía en mí. Aunque otras cosas sí lo hayan hecho. Creo que mi cabezonería a veces me posee.

—Deja el móvil, Lucy, que ya veo a tu tío David.

Mi padre me da un pequeño empujón. Espera de mí mucho más de lo que le puedo dar; no sé, una sonrisa o una reacción que le indique que la hija que conoce y que ha criado no se ha perdido para siempre. Lo siento tanto por él. Mi única reacción es encogerme de hombros y buscar a mi tío con la mirada.

Debería intentar complacer un poco más a papá, al fin y al cabo, ha retrasado su luna de miel para estar con la tullida y desagradecida de su hija.

Como si pudiera.

Mi tío, que parece que nunca va a sentar la cabeza, es el benjamín de los hermanos de mi padre. Para mí es como mi hermano mayor. Un trasnochado, despistado y cabeza loca hermano mayor.

Cuando al fin nos ve, sale corriendo y me abraza como si se fuese su vida en ello. Ojalá pudiera corresponderlo mejor, más fuerte, pero no puedo, mis fuerzas están a miles de kilómetros de allí.

—La abuela Concha te ha hecho croquetas —me dice al oído.

Gracias a él, suelto mi primera carcajada real en mucho tiempo. En eones, quizá.

—¿Qué le has dicho? —pregunta mi padre mientras abraza a David.

—Solo la verdad. —Me guiña un ojo y no para de parlotear durante todo el camino al coche.

Me voy detrás de ellos, renqueando, los sigo por inercia. Si fuera por mí, me subiría a otro avión destino a Japón y me plantaría en la casa de Nanako, hasta que pudiera hablar con ella, hacerla recapacitar, reflexionar y que se pusiera de mi lado. Si no lo he hecho antes, no lo voy a hacer ahora, lo sé, aunque a veces me divierte pensar que puedo hacer algo más, que no soy tan cobarde, tan inútil. Miro de nuevo el móvil y me acuerdo de mi vida hace tan solo unos meses. Tan distinta, tan llena de alegría. Mis amigos, o examigos, se comunican por medio de Line y siempre está sonando, siempre con algún conejito sonriente. Echo de menos a mis amigas, echo de menos mi vida, echo tanto de menos a Akira... Solo pensar en él hace que sienta unas ganas horribles de llorar, de tirarme delante de un coche o de perder el sentido de la supervivencia para siempre.

—¿Lucy? ¡Lucy! —Mi padre me saca de mi ensimismamiento—. ¿Has llamado a tu madre?

—No, le mandaré un mensaje.

La casa de la abuela Concha sigue oliendo a hogar. Mi abuela siempre se acuerda de que me encantan sus besos sonoros, de pajarito dice, y sus abrazos. Nada más llegar, me recibe como si hubiese vuelto de la guerra. Me coge de las manos y me quedo mirándolas, siempre me ha fascinado que, para su edad y para todo lo que ha trabajado, las tenga tersas y suaves.

Me siento culpable al pensar en todo lo que ha cocinado para mi llegada, ya que ha preparado un ágape digno de un rey, con tantas comidas que he echado de

menos que no sé por dónde empezar, ya que el hambre, desde el mismo momento en el que partí mi vida en dos, me es esquivada.

Mi abuela, al ver que me quedo quieta, me dice que, si como bien, todo lo demás pasa antes y mucho mejor.

Y quizá tenga razón.

—Lucía, bonita, no se te ha quedado cara de china.

—¡Japonesa, mamá! —Ríe mi padre.

—Japonesa, china... ¿qué más da? La cosa está en que la nena ha vuelto a casa y está muy bien. Lo que pasa es que se le ha comido la lengua el gato. ¿Félix? —El felino con casi tantos años como mi abuela se tumba en el suelo boca arriba—. No le comas la lengua a nadie.

Félix parece que entiende cada palabra y se queda quieto a la espera de mimos. En ese momento, mi móvil suena. Doy un salto para poder cogerlo lo antes posible, ¿será Nanako? ¿Hiro? ¿Yumi? ¿Shou? ¿Aki...? No, él ya no puede ser.

—Es mamá —hablo en voz alta, para que mi padre se quede tranquilo—, dice que se alegra de que estemos en casa y que me llamará cuando pueda.

Se hace un silencio tenso; ni mi tío ni la abuela son justamente fans de mi madre. Mencionarla nunca trae nada bueno, creo yo. Así que David carraspea y cambia de conversación.

—Bueno, Lucy, ¿y sabes qué vas a hacer ahora?

—¡No agobies a la nena! —dice mi abuela.

—No lo sé, creo que... necesito descansar.

En Japón había cumplido mi sueño de entrar a la universidad, de comenzar a forjar un camino que me llevaría ser alguien. Sin embargo, tras lo ocurrido durante los últimos meses, mi futuro no es mi prioridad, sino más bien mi presente. Sobrevivir se presenta como un reto cada día y, ahora, cuando tengo que decidir qué hacer, me encuentro perdida. Siempre quise ser veterinaria, cuidar animales, pero, tras todo lo pasado, he cambiado de opinión: quiero ser médico; no, *debo* ser médico.

Lo tengo muy claro y mis notas, creo, son lo suficientemente buenas para poder entrar en una facultad de Medicina; llego tarde, desde luego. Así que no he informado a mi familia de mi decisión, o de la decisión que ha tomado la vida por mí, según como se mire. Lo cierto es que no me apetece hablar con nadie, y mucho menos sobre el futuro.

Voy a buscar trabajo, alguno que pueda desempeñar dadas mis

circunstancias, y ver qué puedo hacer durante este tiempo para poder entrar en la facultad. Mi padre siempre quiso que hiciera una carrera en algún país lejos de aquí, bien en Inglaterra, donde mi madre podría visitarme, o donde él hubiese recalado. Y así fue durante un tiempo. Ahora no, me voy a quedar aquí, en casa de la abuela Concha, no quiero ir a otro lugar, no hay ningún sitio en el mundo en el que pueda estar mejor. Cuando entré en la Universidad de Tokio, sentí que había hecho algo tan increíble como subir el Everest. Durante un tiempo, para qué engañarme, fue mi meta. No porque Akira también estudiara en ella, aunque influyó en la decisión, sino porque, al conocer de primera mano el lugar, me moría por estudiar allí.

Ahora todo da igual. Vuelvo a coger mi móvil, enciendo el Line y no tengo ni una llamada ni un mensaje nuevo ni un emoticono del conejito loco. Nada. Vuelvo a marcar el número de Nanako, que no suena, lo ha bloqueado. Y, para no perder la costumbre, le vuelvo a enviar un mensaje que sé que jamás leerá.

Sé que voy a volver a Tokio, lo tengo tan claro como que el sol sale por la mañana y se esconde por la noche. Pero aún no, no puedo, y no sé si llegaré a tiempo. Aunque no voy a dejar de intentarlo.

Llevo unos días en Madrid, y le he mandado a Nanako exactamente veintitrés mensajes y he intentado llamarla trece veces. No he obtenido respuesta en ninguna de las ocasiones. Me siento tan sola...

La soledad no es nueva para mí, pero es incómoda cuando quienes tengo a mi alrededor sienten tanta pena por mí que intentan sacarme de ella. Es muy difícil decirles: «No, gracias, estoy bien así», cuando ellos creen que están actuando de la mejor manera. Y lo hacen con una sonrisa en la boca y buenas intenciones. Salir con mi tío David y su novia de turno es incómodo. Y mi padre solo está de paso, lo he convencido para que no abandone su sueño, su vida, por mí. Estaré bien, solo que aún no quieren admitirlo.

Mi padre ha pedido una excedencia en su puesto de trabajo. Imagino que la excusa de tener una hija rota, loca e imperfecta puede colar en algunas empresas. No en todas, la verdad.

Parece ser que nadie en mi familia tiene la intención de dejarme en paz, no vaya a ser que salte por el primer piso en el que vivimos y me rompa la cabeza. Vale, perfecto. Y todos han maquinado en mi contra. Mi tío con invitaciones y mi padre con sus poco sutiles intentos de que haga algo con mi vida y no le dé vueltas a la cabeza. Pero la abuela... ella es la más eficaz de todos, sin lugar a dudas.

Mi abuela Concha reside en un edificio alto en las afueras, la mayoría de familias viven allí desde siempre y tienen amistad. Y, como en una buena comunidad de vecinos, hay uno, en este caso una, que destaca por saberlo todo de todos casi por arte de magia: doña Fina. De pequeña jugaba con su nieta, Macarena, que se encuentra en mi habitación como un elefante en una cacharrería, sin saber qué hacer para no romper algo.

Mi abuela, casi con seguridad, habrá extorsionado a doña Fina y a su nieta para que esta última me visite. Lo siento mucho por ella, seguro que no quiere mezclarse con una loca, después de todo.

Maca sigue siendo la misma chica despierta y de ojos grandes que recuerdo. Con mucha curiosidad y, en ocasiones, demasiado franca y sencilla para el mundo en que vivimos, se sienta en mi cama como si hubiese pasado entre nosotras una guerra.

Y, si lo pienso bien, no va tan desencaminada.

—Wow, la habitación está igual —dice Maca mientras su mirada da vueltas por mi cuarto. En mi cabeza suena algo así como «Wow, está igual que antes de la guerra». La estúpida y dolorosa guerra. Yo ya no reconozco ese habitáculo como mío, ¿dónde está mi ropa? ¿Mi antiguo uniforme guardado con mimo? ¿Mis fichas de repaso de asignaturas? ¿Y mis conejos de peluche? Todo se quedó en aquel piso de Tokio. ¿Y dónde, por favor, dónde está Akira?

—Sí, bueno, aún no me he instalado del todo.

—Mi abuela me contó... en fin... todo. ¿Estás bien?

Bien. Perfecto. Maravilloso. La abuela Concha le ha contado a la cotilla del barrio todo sobre mi vida. Ya no hace falta esconder mis muletas y mi cojera tras una excusa peregrina, llevo un cartel que pone «rarita y loca» en la cabeza.

—Sí, muy bien.

—En fin, parece ser que no quieres mi compañía... Pasaré un rato aquí y le diré a mi abuela que no ha podido ser.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, quizá porque hace unos años te metiste en un colegio pijo y pasaste de mí. Y, ahora, cuando vuelvo para ver qué tal estás, tu única respuesta es «sí, muy bien». Entiendo que no me quieras abrir tu corazón. —Maca hace un gesto dramático y se deja caer en la cama como si le hubiera dado un vahído—. Aunque al menos podrías disimular un poco.

Los ojos negros de la que fue mi mejor amiga se fijan en mí, centelleantes. Quizá solo quiera una disculpa. Cuando me metieron en aquel instituto, intenté hacer amigas y, para poder conseguirlo, debía ignorar a chicas como Maca. Es decir, chicas de barrio sin dinero que, según los estándares de esa gente, no llegarían a ningún lado. No me di cuenta, hasta que ya fue tarde, de que yo

también soy una chica como Maca. Pero llegó Japón, llegó Akira, y olvidé mi antigua vida, ya que solo me apetecía vivir la nueva.

Esta chica, con su pelo rubio rizado, sus ojos negros penetrantes y su forma peculiar de ver la vida, se merece una disculpa en condiciones.

—Macarena, tienes razón, fui una idiota. Una gilipollas de remate. —La chica abre los ojos de par en par, la he pillado tan de sorpresa que no le importa que yo lo sepa—. No hay excusas, sin embargo, no quiero hablar de lo que ocurrió con... no quiero hablar de aquello. Perdóname por dejarte colgada por esas niñas de papá, de verdad lo siento. —Se me quiebra la voz antes de continuar—. Pero de aquello, de lo... no puedo... no...

Me quedo atrapada en las palabras, las imágenes se van paseando por mi mente como si fueran una película antigua, en blanco y negro, que tiene un final nefasto. Con la diferencia de que no es una película, es mi puñetera vida. Y la odio. La odio tanto. Odio que se me quiebre la voz cada vez que quiero decir más de tres frases seguidas, odio cojear, odio despertarme por las noches con dolores y odio que todo, absolutamente todo, sea culpa mía y de nadie más.

Entre mi patético tartamudeo y mi absurda autocompasión, Maca se acerca a mí y me abraza. Noto cómo en su boca se va formando una sonrisa. Hace tanto tiempo que nadie que no es de mi familia me abraza que siento que es algo que he perdido en algún momento del camino. Ser merecedora de un abrazo.

De mi cabeza desaparecen los momentos de la odiosa película de la que he sido protagonista y me acuerdo de otros, mucho tiempo atrás, pasados con Maca. En casa de su abuela, en la de la mía, los juegos, las tonterías, el casi crecer juntas. Y me siento aún peor por haber dejado que todo eso desapareciera solo por integrarme en un mundo que no es el mío.

—Yo también te he echado de menos. Cuando quieras hablar de eso, hablaremos, antes no. Seguro que mi abuela ha exagerado...

La voz de Maca suena sincera, y yo quiero creerla. Quiero creerla tanto como al médico que me dijo que volvería a andar sin problemas. Cosa que aún no ha ocurrido, y puede ser que no ocurra nunca. Todavía voy tres veces por semana a rehabilitación y creo que lo mejor que puedo hacer es centrarme en mi nueva vida de lisiada. Así que asiento. Hoy no puedo hablar de lo ocurrido, mañana no lo sé.

Al rato de marcharse Macarena, es casi hora de dormir, me tumbo en la cama y cierro los ojos. Como cada noche, todo vuelve a mi cabeza, repetido. Vuelven mis gritos, vuelve mi enfado, vuelve todo. Abro los ojos y, de nuevo, pulso el icono del número de Nanako y le escribo un mensaje. Sé que nunca me va a contestar. No lo hago por no perder la esperanza, no lo hago esperando una respuesta, solo lo hago porque no puedo dejar de hacerlo.

David ha buscado una buena fisioterapeuta. Mi padre realizó todas las gestiones oportunas para nuestra llegada a España, ya en Tokio. A mí no me preocupaba antes ni me preocupa ahora qué va a pasar con mi vida. Aunque, desde que no hago mis ejercicios diariamente, no me encuentro bien. Así que, un poco a regañadientes, admito que lo necesito.

En rehabilitación paso un rato tan malo que solo cuando toca la hora del masaje puedo evadirme. También duele, ahora todo duele. Pero me pongo mis auriculares, me pongo nuestra música y sueño con los ojos marrones de Akira. En días como hoy, me gustaría no tener que usar muletas, me gustaría poder ser más libre.

Me está resultando todo un problema encontrar trabajo, algo que me ayude a salir de casa, a centrarme en algo distinto, pues sé que, si me quedo en casa de mi abuela de forma indefinida, me convertiré en un fantasma.

Antes era una chica inquieta.

Ahora llevo muletas, no solo físicas.

El problema para encontrar trabajo creo que es mi cojera; mi rodilla parece ser el foco. Nadie quiere una camarera coja o una dependienta renqueante.

De modo que mi plan para conseguir dinero, para no sentirme del todo dependiente, se ha ido al garete. No parece ser el mejor plan que he tenido en mi vida. Admito que últimamente no tengo buenas ideas.

Mientras la guitarra toca los acordes de una canción que tanto él como yo hemos cantado a pleno pulmón, me acuerdo de la voz de Akira, y puedo recordar cómo era mi vida antes. Cómo en el pequeño salón de mi casa le di clases de español entre risas y besos. Aki quería saludar correctamente a mi abuela y poder hablar con ella.

De pronto, una idea cruza mi cabeza: puedo dar clase de idiomas. Y debo mejorarlos. A ver, saber japonés es algo que puede quedar muy guay si hablas con un *otaku*^[viii], con un friki o con un señor japonés que se encuentra perdido por tu ciudad, poco más. El inglés es otra cosa; entre los viajes para ver a mi madre, mi estancia en el colegio de pijos y en mi instituto japonés donde el setenta por ciento de las clases eran en inglés, me dan un buen nivel y podría sacarme algún título que lo avalara.

Cuando se lo comento a mi padre, se pone manos a la obra a ayudarme. Y, para preparar el examen, hablo con un orientador que encuentra David por internet o Dios sabe dónde. Puedo acudir a dos clases por semana y luego ir a rehabilitación. Bien, ¿y qué hago los otros cinco días restantes?

Eso mismo le planteo a Maca por WhatsApp, es la única persona que no es de mi familia que lee mis mensajes. Nanako sigue sin hacerlo. Así que me responde algo que no me espero: «Te voy a presentar a los colgados de mis amigos, les vas a encantar».

Maca acaba de empezar el cuarto año de Física, o algo igual de complicado y abstracto que no logro entender. Claro, ella no ha pasado los últimos años en el otro lado del mundo ni los últimos meses en un hospital. Así que ha podido comenzar en su año la universidad sin problemas. Antes de conocer a sus amigos, me advierte de que su grupo de amigos son unos chalados de la Física y que me pueden hacer sentir dentro de *The Big Bang Theory* y no en el mundo real. Me parece fantástico, estoy un poco harta del mundo real.

Decido conocer a los amigos de Maca un jueves por la tarde, en la cantina de su facultad. Llevo cuatro semanas en España y es la primera vez que me asomo a las calles de mi ciudad yo sola. Al principio, me da un poco de vértigo, un mareo leve, en el que intento no pensar. Me pongo mis auriculares con la música que conozco, que me hace sentir bien, e intento ser más fuerte de lo que realmente soy.

Cuando llego al lugar, parece que he subido una montaña. Busco a Maca y la encuentro sentada en una mesa llena de cerveza; imagino que no han ido ni a una sola clase. Mi amiga se levanta como un resorte, me da un abrazo y me susurra: «No creí que fueras a venir, no sabes lo que me alegra». Yo tampoco confiaba mucho en mí, pero necesitaba hacer algo más, no hundirme en mi nueva vida.

Maca me presenta, todos me sonríen y me hacen un hueco en la mesa. No me voy a aprender los nombres de todos de una, lo sé, así que intento disimular. Pronto, cuando Macarena les dice que he vivido en Japón, llegan las mismas tres preguntas una y otra vez: «¿Es verdad que sus cuartos de baño hablan?», «¿los dibujos animados dan ataques epilépticos?» y la más odiosa de todas: «¿Cómo los diferenciabas?». La última roza el racismo. Y yo solo puedo recordar a mis amigas, a mis compañeros de clase, a los compañeros de trabajo de mi padre, a los míos propios y, por supuesto, a Akira.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre Japón? —me dice el chico que está a mi lado, un compañero de Maca que acaba de llegar y se ha sentado allí. No le ha dado tiempo a hacer las tres preguntas de siempre, así que imagino que me las hará. No sé ni cómo se llama, pero ya me está cayendo mal.

—Sí, hablan; no, no son dibujos animados, son animes, eso solo ocurrió una vez, y, por supuesto, son distintos.

—¿Qué dices?

El pobre chaval pone cara de estar hablando con una colgada y casi le falta llamarme loca. Y tiene toda la razón, no tengo excusa, soy una demente.

—Nada, perdona, estoy un poco cansada de las tres preguntas típicas. ¿Qué querías preguntar?

—Solo que si el idioma es tan complicado como parece... —El chico me mira como si me hubiesen salido cuernos en la cabeza.

Bien, una persona normal. Me esfuerzo por sonreírle. No sé qué razón me lleva a que me caiga bien este chico. Quizá porque no parece el típico imbécil. Le respondo lo mejor que puedo, mientras me fijo en él. Es bastante mono Jorge, como se presenta de nuevo. Tiene el pelo rizado y, como parece que se lo está dejando largo, no está en su mejor momento; es como si llevara una peluca mal puesta y mal peinada. Aun así, es atractivo, tiene unas facciones muy agradables, y si algo destaca es su mirada de ojos grises. Es helada, incluso cuando se ríe con todas sus fuerzas como en este momento. Se le han marcado dos hoyuelos en la cara y parece un niño; cuando lo hace, cierra los ojos y parece otra persona menos seria, menos mayor, menos concentrada. Igualmente atractivo. Aunque, cuando acaba, el embrujo se detiene y sus ojos de hielo vuelven a darme un escalofrío.

—En definitiva, es complicado, pero si tienes ganas, se aprende rápido.

—Quiero ir a Japón, quiero trabajar allí, y este año me he planteado comenzar con el idioma.

—¡Deberías conocer a mi padre! Nos mudamos solo para que él pudiera trabajar allí. Se ha pedido una excedencia, volverá en unos días... —Al decirlo, me acuerdo de que pronto me tendré que despedir de él. Soy muy egoísta, ya que no quiero, y él tiene a una nueva mujer esperándolo en casa, en su casa.

—Me encantaría.

—¿Cómo? —Por un momento, me he perdido en la conversación.

—Me encantaría conocer a tu padre.

—Claro, yo... en fin. Quedaremos con él.

Jorge me da su número de teléfono y quedamos en que pronto lo llamaré. En poco tiempo, voy a tener dos personas que me van a coger el teléfono y no son de mi familia. Es una sensación tan rara que decido volver a mandarle un mensaje a Nanako.

Capítulo III

Flor solitaria

Tokio, mayo, cuatro años antes.

Cuando Nanako me preguntó si me gustaba Akira, fui del todo sincera: no, ni un poco. Me interesé por él, sí, me pareció un rompecabezas andante que deseaba que yo lo resolviera. Aunque no me parecía que fuera algo esencialmente mío, sino de él, que él era así. Pero ¿eso significaba que me empezaba a gustar? Yo creía que no y que no me estaba mintiendo; creía, claro. Eso sí, la respuesta de mi amiga me dejó mucho más intrigada que antes por él.

—No sabes lo que me alegro, Lucy. Todas pasan por un enamoramiento tonto con mi hermano... ¡No falla! —Nanako miró de soslayo a sus amigas, que hablaban con tranquilidad con unos compañeros de clase—. Lo de Hiro fue hace un par de años y lo de Yumi el curso pasado. Ahora parecen estar bien... no sé lo que hace Aki.

La conversación se detuvo abruptamente cuando apareció nuestro club de tenis, encabezado por Shou. Pasamos un buen rato, sí, pero no pude dejar de mirar de reojo los caminos de los cerezos, esperando que apareciera el rompecabezas.

Akira surgió en la conversación un par de veces y llegué a la conclusión de que era un embaucador y que no iba a dejar que también me volviera loca a mí, y menos en ese momento, que estaba advertida. En mi antiguo instituto había conocido a un chico igual: se creía que podía conseguir lo que quisiera con una sonrisa y haciéndose el interesante. ¿Qué se creía la gente como Akira? ¿Que podrían llegar con una voz sensual, con palabras escogidas y con una pose relajada y volvernos locas? Bueno, pues sí, podían, pero a ese en concreto no se lo iba a permitir.

Aunque aquel día tomé esa decisión, durante los siguientes me encontraba a mí misma ensimismada pensando en él. Quizá era algo que tenían que pasar todas las amigas de Nana, como una gripe, un sarampión o una varicela. Bien, pues si era así, tenía que hacerlo lo más rápido posible. Sin embargo, mi vida no acompañaba, ya que el aburrimiento se había instalado en ella y no tenía visos de salir.

Nunca creí que unas vacaciones me sentaran tan mal.

En el salón de mi piso, mientras tanto, mi padre jugaba a la videoconsola con

unos auriculares, hablando con unos amigos que se había echado por internet. Sí, mi padre tenía quince años mentales. Yo solo podía pensar en qué hacía yo, plantada, aburrida y sin nada mejor que hacer que verlo despotricar. Escuchaba a mi padre maldecir en una mezcla de español y japonés, pues su personaje no mataba al señor de turno que tenía enfrente. ¡Toda una diversión!

Y la culpa la tenía la *Golden Week*, que me había dejado sin nada que hacer. Los deberes los había terminado el día anterior por la tarde y ya no sabía en qué ocupar mi tiempo. Algo que me estaba poniendo muy nerviosa. Debería buscarme un trabajo a media jornada, como tenían algunos de mis compañeros, pero eso no solucionaba nada; durante esos días de fiesta, casi todo estaba cerrado.

Me tiré en el suelo; tanto mi padre como yo estábamos sentados en el salón cerca de una mesa baja al estilo japonés, y pensé en mis amigas, que se habían marchado de viaje con sus familias al campo a pasar esos días de fiesta. Si seguía un minuto más en esa habitación, iba a morir de tedio.

—Papá, me voy a dar un paseo.

No sabía ni por qué esperaba una respuesta de él, la verdad, ya que siguió a lo suyo y solo me hizo aspavientos con las manos, para que me marchara. Luego se encogió de hombros, como si estuviera salvando a la humanidad. Pues nada, que él y sus amigos siguieran salvándonos a todos e insultando a sus compañeros de equipo. Desde luego, lo primero que se aprendía de un idioma siempre eran los insultos...

Mientras bajaba por las escaleras, pensé en que la *Golden Week* era la semana más esperada por los japoneses, aunque a mí me había partido la vida, pues me había quedado sola y aburrida; admití que era como el equivalente a la Semana Santa en España, aunque con menos folklore.

La Semana Dorada comenzaba en realidad el veintinueve de abril, cuando se celebraba el cumpleaños del emperador Showa; luego, durante tres días seguidos, los japoneses disfrutaban de varios festivales: el día tres de mayo, que era justo aquel en el que yo no tenía nada que hacer y en el que se celebraba el día de la Constitución; el día siguiente era el día del Verdor, y el día cinco era el día de los niños.

Pensé que tenía que buscarme algo en que ocupar mi tiempo, lo mismo se me daba bien hacer *amigurumis*^[ix]. En fin, como era el día de la Constitución, casi ningún comercio permanecía abierto, pero sí los *konbini*, unas tiendas que estaban abiertas veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y había uno muy cerca de mi casa, justo al lado de la de Nanako, que se encontraba de visita en Kioto con unos familiares.

Me encantaban las calles cercanas a mi piso; eran estrechas, limpias y no

tenían nada especial, en realidad. Las veía como mi lugar privado, particular, algo que hacía que, al pasear por ellas, mi cabeza se despejara.

Llegué a un parque cercano, que en días normales se encontraba lleno de niños, pero en esa ocasión había muy pocos y sus madres se habían reunido en un banco mientras charlaban en voz baja y no quitaban un ojo a sus pequeños. Era todo tan distinto a lo que estaba acostumbrada, todo era más silencioso y civilizado; en un parque español, los niños gritarían y reirían en voz alta, mientras las madres también mantendrían alguna conversación animada. Seguí paseando hasta llegar al FamilyMart, que se encontraba justo frente de la casa de Nana. Desde la puerta se podía ver un par de sus ventanas.

Por el día de fiesta, iba a cocinar algo especial. Bueno, y también por no morirme de aburrimiento. Mi padre y yo íbamos a celebrar la Constitución nipona. Sí, señor.

Nunca me había parado a pensar en la cocina japonesa, más allá del *sushi*, hasta mi primera semana en Tokio. Desde que vivía allí, me había dado cuenta de lo rica, sabrosa y elaborada que era. Había aprendido un par de recetas de Ayaka, que a veces se pasaba por casa para ver cómo estábamos y, ya de paso, para poder hablar con papá de algo que no fuera trabajo. Si lo conocía un poco, estaría tan entusiasmado con el proyecto que no debía de hablar de otra cosa en la oficina. Pobre Ayaka.

Así que me fui directamente a la verdura, ya que era básica en la cocina nipona y me podía dar una idea de qué quería cocinar. Iba a ver qué preparaba, así que, para inspirarme, saqué el móvil y me metí en una aplicación que me había descargado para que me ayudase a cocinar; tenía vídeos de una señora muy simpática que cocinaba muy bien junto a su gato. Divertido, sí, pero poco higiénico.

Japón en estado puro.

—Creía que no quedaba nadie por aquí.

—¿Akira? —pregunté, asombrada. Me giré y me encontré con su sonrisa ladeada, su pelo, que daba la impresión de que nunca se iba a colocar en su lugar, y con su mirada, que parecía decirme algo que no llegaba a comprender—. Yo creía que estabas de viaje con tu familia para visitar a unos parientes.

—No, Nanako se ha ido con ellos, yo me he quedado a estudiar. Quiero hacer el acceso a la Universidad de Tokio.

—Oh.

Sí, entrar en la Universidad de Tokio era muy complicado y se tenía que estudiar mucho. Si Akira quería tener una oportunidad, tenía que hacer todo lo posible para... sin querer me quedé observando su cesta, pero ¿qué demonios...?

—¿Solo piensas comer flanes? —Así, a ojo, le conté veinticinco—. ¿Toda tu

vida?

Akira se encogió de hombros y se retiró un mechón de pelo inexistente, que estaba, por una vez, bien colocado, pero parecía algo que hacía con tanta frecuencia que ya lo había incorporado en sus gestos. Ese movimiento hizo que me quedara un poco embobada mirando. Me recuperé pronto, cuando tuve que centrarme en la conversación.

—Mi madre me ha dejado comida, pero... mientras estudio, se me olvida calentarla y es más cómodo comer flanes.

—¿Te gusta el *takoyaki*^[x]? —Bien, Lucy, el cerebro se te derritió y pareciste un poco rara haciendo esa pregunta...

—Claro, a quién no...

—Entonces sabes lo que lleva.

—Pulpo.

—Bien, pues, ¿tienes algo que hacer esta tarde?

Akira se me quedó mirándome fijamente, como si evaluara la situación, y pronto me sonrió y asintió, como si hubiera tomado una decisión trascendental. Era la sonrisa más bonita que había visto en mi vida, y sí, era solo para mí.

—Nada más importante que preparar *takoyaki* —dijo, con esa voz que me volvía un poco loca.

—Y de postre... flanes.

Mientras íbamos cogiendo los ingredientes, pensé que me podría engañar a mí misma y decir que solo el aburrimiento había hecho que tomase la decisión de invitarlo a cenar. Aunque sabía que no era así; quería hablar con Akira, conocerlo y saber más de él. Me caía bien. Durante esas semanas pasadas, había sido también parte de mi vida, con sus comentarios en los mangas, con lo que me decía Nana y con su voz que todavía resonaba en mi cabeza. Era mágica.

La oportunidad se me había puesto en bandeja y no la había desperdiciado. Eso pensaba mientras me reía junto a él en la caja del supermercado, y supe que no había sido causalidad que mis pies me llevaran al *konbini* que había justo al lado de su casa.

No, no lo creía.

Por el camino a casa, Akira no paró de tomarme el pelo y de hacerme reír, tanto que me perdí en un par de ocasiones y, cuando llegamos al portal, él no hizo ningún comentario jocoso al respecto. Se lo agradecí. Me reí tanto de sus tonterías que, cuando entré al piso, lo hice con las mejillas coloradas. ¿Quién era ese Akira? Pues sin duda uno que mutaba, ya que, cuando entró al salón, se

volvió serio y formal, saludó a mi padre con un par de frases de cortesía y se dirigió a la cocina para ayudarme. Un poco sorprendida por el cambio radical de tercio, busqué en el móvil la aplicación, la activé y la dejé en un lugar visible para seguir la receta.

Había muchas cosas que detestaba en ese mundo, y una de ellas era la gente que parecía que, hiciese lo que hiciese, se le daba bien. Eran asquerosos. Pues bien, cuando llegué a ese punto, fue cuando me di cuenta de que Akira parecía ser uno de esos asquerosos. En la cocina de mi casa se desenvolvía tan bien como la señora del vídeo que cocinaba con su gato. ¿Hasta qué punto eso era higiénico?, me pregunté mientras los veía a los dos cocinar.

Bien. Maravilloso. Asqueroso.

Entre fogones, sartenes y cuchillos, la voz serena de Akira, a veces en susurros, hizo que me sintiera tranquila y feliz; tenía un don para que yo consiguiera concentrarme. Todo hubiese sido como en los *doramas*^[xii] que veía Yumi, si no hubiésemos tenido a mi padre observándonos a cada momento; hasta se dejó matar en el *Call of Duty* solo para no quitarnos un ojo de encima. Como la cocina y el salón estaban unidos sin ninguna pared, no teníamos ni un poco de intimidad. Mierda.

Aunque Akira se mostró amable y, en ocasiones, confidente, no sabía qué esperar de él. Era como leer un libro en otro idioma; como leer un libro en japonés avanzado, mientras que yo me encontraba en el nivel medio. Me encantaba la forma que tenía de quitarme el pelo de la cara cuando tenía las manos ocupadas, me fascinaban las bromas que me gastaba, que eran solo para mí, y, cuando se quedaba callado, lo pillé mirándome en más de una ocasión y creí que mi corazón se iba a salir de paseo por el salón de casa hasta llegar a mi padre, le iba a hacer una reverencia y le iba a pedir que cazara a ese chico para mí. O algo así.

No quería pensar más allá, nos lo estábamos pasando bien, estábamos cocinando y gastándonos bromas. Si en vez del día de la Constitución, fuese un día cualquiera, él tendría a sus amigos cerca y no pasaría el tiempo conmigo. Pero no podía remediarlo, no podía remediar ser como era. Y para mí era un imán. Nanako tenía razón, si seguía así iba a acabar coladita por él, y yo no debería ser tan tonta como para esperar más. Aunque cada poro de mi cuerpo me indicaba que él quería algo más de mí.

En el salón, pusimos la mesa y nos sentamos. Debía guardar las distancias con Akira, ya no por mi padre, sino por mí, por mi salud mental. Cada pequeño aspecto que él me dejaba ver me gustaba un poco más. Y no podía ser sin más otra amiga de su hermana que se colgaba por él y que olvidaba a la primera de cambio. No podía, simplemente no.

—¡Riquísimo! —Mi padre, al parecerse a un chiquillo de quince años, tenía una cosa muy buena, y era que todo le gustaba, todo lo entusiasmaba, y esa ilusión era contagiosa.

—Sí, a Rukia-chan le ha salido muy rico. —Aún en un contexto tan anodino como ese, escuchar mi nombre, o el nombre que me habían puesto en ese país y que había conseguido que dejaran de utilizar mis amigas, de sus labios, hacía que me sintiera diferente.

—¿Rukia-chan? ¿Así te llaman en el instituto, Lucy?

—Sí, bueno, algunos me llaman así.

Akira levantó una ceja, sabía que solo él lo hacía. ¿Cómo se había fijado en eso? ¿Estaba interpretando bien esa ceja levantada o me lo estaba inventando todo?

—Me gusta, es muy... japonés.

Los tres sonreímos a la vez, como si esa frase hubiese significado algo distinto para cada uno. Éramos unos curiosos compañeros de mesa. Bueno, mi padre y yo no, pero jamás pensé que Akira terminaría cenando con nosotros y que todo fuera tan... familiar. Su presencia en mi pequeño salón era algo tan natural que parecía que viviera con nosotros.

Pronto mi padre y Akira se pusieron a hablar de tonterías, sobre todo de los videojuegos que tenían en común. Papá nunca había sido un buen investigador de las intenciones que los chicos podían tener en una relación conmigo. Eso quedó claro cuando el primer chico me acompañó a casa, intentó sonsacarle algo... y acabaron los dos jugando a la Playstation. Con el tiempo, desistió y me dijo que confiaba en mí; que, si yo traía a un chico a casa, él intentaría que le cayese bien. Y que si alguna vez llevaba a un novio, que avisara, para intentar ponerse en su papel de padre protector. Así que, si Akira había pasado el umbral de la casa, mi padre confiaba en mí lo suficiente para saber que era alguien de fiar.

—¿Ingeniero? Me parece muy buena opción, yo mismo soy informático —comentó mi padre, tras comerse el último bocado.

—Mi padre también lo es y quiere que entre en la empresa familiar.

—Eso es fantástico, yo no puedo dejarle algo así a Lucy, ¡ya me gustaría!

—Sí, tengo suerte.

Aunque no conocía a Akira de mucho tiempo, su tono de voz hizo que sonaran todas mis alarmas; había algo en él que me indicaba que no era feliz con esa decisión, que estaba mintiendo. Me fijé en su postura, impostada, sin duda; sus brazos, rígidos, y en la tristeza de sus ojos. Entonces fue cuando comprendí por qué entendía tan bien a Akira, yo misma también tapaba mis mentiras con tristeza, sobre todo cuando me preguntaban por mi madre.

«¿Cómo está tu madre, Lucía? ¿Cuándo vas a ir a verla?».

Por pura inercia, solía responder lo que todo el mundo quería oír, sin pensar, algo rápido y políticamente correcto. Mi madre siempre estaba bien, sobre todo cuando estaba lejos de nosotros. Eso no podía decirlo. Y tampoco podía contar que hacía más de un año que no la veía más que por la foto de su correo electrónico y de su WhatsApp. Había dejado de intentar hablar con ella más a menudo, siempre estaba muy ocupada. Incluso ya ni me decía que fuera a verla. Recibía un *email* cada mes o mes y poco. Escuetto, directo, en el que me confirmaba que estaba perfecta y que esperaba que yo también.

Yo le respondía igual.

Akira parecía tener un sentimiento parecido con la *suerte* de heredar un negocio familiar.

—Gracias por la cena, chicos, pero este viejo se va a dormir. ¿Os importa quitar la mesa?

—Papá...

Una cosa era que mi padre me hiciera la misma jugada noche tras noche, aduciendo una vejez que no era tal y su sueño, o que se quedara embobado con la tele y se le *olvidara* hacer su parte en la casa. Otra muy distinta era realizar ese paripé con un invitado en casa. De forma habitual, no me quejaba; mi padre limpiaba, hacía la comida y nos repartíamos casi todo, pero odiaba quitar la mesa... ¡prefería planchar!

Le reproché con la mirada que nos dejara solos, y mi padre, lejos de molestarse, nos guiñó un ojo y se encerró en su habitación. Aunque no iba a dormirse hasta que Akira abandonase el edificio, la manzana, el barrio, la prefectura o el país, pero bien que nos dejaba la limpieza a nosotros.

—Buenas noches, señor.

Como si tuviésemos un pacto tácito, los dos nos dispusimos a quitar la mesa y nos fuimos a la cocina. Era algo tan cotidiano y familiar que me llamó la atención lo sincronizados que parecíamos; yo me coloqué en el fregadero, lavaba los platos y él los secaba. Éramos un equipo bien engrasado, hasta que yo le hice una pregunta:

—¿Por qué no quieres estudiar Ingeniería?

Lo miré de reojo, Akira paró por unos segundos el movimiento ondular que realizaba para secar el plato. Esbozó media sonrisa sin mirarme y, cuando levantó la vista, me dejó petrificada con su respuesta.

—Por la misma razón por la que tú me has invitado a cenar.

¿Qué? No pudo dejarme más confundida. Ni yo misma sabía qué estúpida razón me había forzado a invitarlo a casa a cenar, y, ya puestos, ni mucho menos iba a saber qué le había pasado a él por la cabeza para aceptar la invitación. Así

que era muy complicado que yo supiera si había una conexión entre su alergia a trabajar en el negocio familiar con mi *takoyaki*, que, por cierto, había salido muy rico.

—No me mires así, Rukia, y, si no vas a seguir fregando, cierra el grifo. Odio que se desperdicie el agua casi tanto como a la gente que no recicla...

Vaya, encima. En Japón el reciclaje era casi como una religión, lo había aprendido a las malas, ya que en el instituto me había equivocado dos veces al tirar la basura y me tuvieron más de tres cuartos de hora de semicharla-semibronca en relación con el tema. No me volvería a pasar.

—¡No cambies de tema! ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —le dije, mientras cerraba el grifo, y mi atención se centró solo de él.

—La insatisfacción. Para mí, estudiar Ingeniería es una insatisfacción en la vida, pero lo haré, ya que es lo que mi familia quiere de mí...

—¡No te he invitado a cenar por estar insatisfecha con mi vida!

—¿No? ¿No me has invitado porque, al verme, te has dado cuenta de que te faltaba algo para ser feliz? —Acercó su frente a la mía y se quedaron a escasos milímetros. Sus pupilas retaban a las mías y su respiración rozaba parte de mi piel—. ¿No me has invitado porque tú eres mucho más valiente que yo y sí piensas en llenar ese hueco que hay en tu vida?

Observé sus ojos con detenimiento, como había hecho ya cientos de veces ese día, y me di cuenta de lo que me quiso decir Nanako entre líneas cuando me habló de su hermano: era un encantador de serpientes. Un magnífico, impresionante y bien entrenado encantador de serpientes. Tan pagado de sí mismo, tan seguro de que podía hacer conmigo lo que le diera la gana. De que podía ganar la partida. Pues bien, no se lo iba a poner sencillo.

Y lo peor era que algo en mí me decía que le gustaba, aunque para él fuera solo un juego. Quizá lo divertía poner nerviosas a todas las chicas con las que repetía estos movimientos.

Le encantaba el juego.

Algo estalló en mí, no sabía qué era. Por un momento creí que tenía una conexión con él, que podía ser que nos uniera algo más que solo el que él fuera el hermano de Nanako y yo su amiga. Y el muy imbécil solo quería jugar conmigo.

Con las manos llenas de agua y jabón le salpiqué la cara.

—Pues no, listillo. Mi vida es perfecta, fantástica, tal y como está. Solo necesitaba a alguien que me ayudase con el *takoyaki* y hacer una obra benéfica —mentí, y lo peor fue que sentía que él lo sabía—. Que el hermano de mi amiga no cenara solo flan por una noche.

Muy digna, giré la cabeza y me centré en fregar los últimos platos quedaban.

Escuché un sonido de incredulidad por parte de Akira. Nos llamamos durante el resto de la tarea y, cuando terminamos, él decidió marcharse, aunque le ofrecí un té para hacer las paces. Antes de salir por la puerta, me dijo:

—Creo que ya has hecho suficiente por esta obra benéfica en un día. Espero que nuestras causas de insatisfacción sean un secreto entre nosotros.

Me guiñó un ojo y se marchó por la puerta.

Como un pasmarote, me quedé en la puerta pensativa. Ojalá Akira fuera Akira sin ese halo de superioridad absurdo que le daba ser un buen estudiante, una persona admirada entre sus compañeros y que suele conseguir todo lo que se propone. Ojalá él solo...

—Me gusta ese chico.

Mi padre se asomó por la puerta de la habitación sonriente. Tuve ganas de decirle que parecía un sentimiento general, aunque me centré en lo importante.

—Y tú te has vuelto a escaquear para no quitar la mesa —le dije ofendida, ignorando el comentario.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo, Lucy.

Esa noche soñé con Akira.

Ojalá hubiese sido un sueño a color inspirado en *Los sueños* de Akira Kurosawa, con Chopin de fondo... Pero no, todo mi horrible momento onírico había girado en torno a sus ojos, sus malditos y acusadores ojos, y a su estúpido ruido de incredulidad. Toda la noche, en bucle. Su mirada, su desprecio, su mirada, su desprecio... El odioso bucle hizo que me encontrase en un duermevela que cada vez me ponía más furiosa.

Hasta que sonó el móvil y creí que me iba a convertir en Godzilla y que iba a destruir la ciudad. Sí, eso estaba mucho mejor.

El sonido era horripilante.

Unos días antes, Nanako me había cambiado el tono del Line y en esos momentos parecía que un conejo borracho silbaba cada vez que recibía un mensaje. Abrí un ojo, tanteé la mesa con golpes secos, torpes, y busqué el aparatejo.

Cuando leí el mensaje, me levanté de golpe, me mareé, más por el susto que por la rapidez, y aluciné.

Obra benéfica: «¿Tienes tiempo hoy para un acto de caridad?».

¿Cuándo, el muy tunante, había conseguido mi número?

Me espabilé del todo y me puse a repasar la noche anterior paso a paso. Bueno, eso mismo había hecho antes de dormirme, y de ese hecho venían mis

pesadillas, pero esa vez lo hice con el fin de encontrar en mi memoria el momento exacto en que había cogido él mi móvil, y no por el puro placer de volverme una masoquista... ¡Akira me había quitado la aplicación justo antes de marcharse, ya que la señora se había puesto a hablar mientras yo fregaba muy ofendida los platos! En ese momento, se había colado en mi intimidad y había grabado su número de teléfono bajo el nombre de *Obra benéfica*.

Necesitaba responder.

Ya.

Lucía: «No está bien mirar el teléfono privado de otra persona».

La respuesta no tardó ni un minuto en llegar:

Obra benéfica: «No, pero si la otra persona le da su móvil, no hay ningún conflicto ni moral ni ético ni jurídico».

Pomposo. Engreído. Idiota.

Me hizo sonreír como una boba por un momento.

Luego tiré el móvil a los pies de la cama y cayó al suelo. Era verdad, había sido yo quien le había dicho a Akira que callara a esa loca de una vez. Palabras literales.

Me levanté de un humor extraño. No me sentía enfadada, y debería haberlo estado; me encontraba, más bien, sobrepasada con la situación. Decidí comenzar mi mañana, así que fui al cuarto de baño a asearme y, nada más poner la mano en el picaporte para salir de mi habitación, el conejo borracho, que ya parecía de la familia gracias a Nana, y que vivía en mi móvil, volvió a quejarse. Observé el aparato en el suelo, vibrando, con una lucecita amarilla parpadeante. Si pudiera fundirlo con la mirada, lo habría hecho.

En el cuarto de baño, mientras me aseaba, me tranquilicé un poco. Me lavé los dientes, maldije a Akira y decidí no leer su mensaje hasta haber desayunado bien. Tostada, zumo y café.

Cuando salí al salón, con intención de ir directamente a la cocina sin pasar por mi cuarto de nuevo, me di cuenta de que la habitación de mi padre estaba abierta y que no había ni rastro de él por toda la casa. Qué raro, era un día de fiesta. ¿Dónde se habría metido?

Con la mirada, fui buscando algo que me indicase dónde podría estar, lo mismo había bajado a comprar algo de comer... Hasta que me encontré que en la mesa camilla había una nota con un paquete encima. Leí lo siguiente:

«Explosión en los servidores, Lucy, no me esperes en todo el día. Te dejo un bizcocho que me ha traído esta mañana Ayaka. Aunque me haya caído bien, no metas a Akira en casa sin mí, ¿entendido?

Besos, papá».

Perfecto, explosión en los servidores, ya sería menos. ¿Tan perdida estaba yo

en mi sueño en bucle que no escuché llegar a Ayaka? Cada día estaba peor, desde luego.

Era el día Verde en Japón, también era fiesta, y yo me encontraba en casa sola, y la única persona que me podía hacer compañía estaba vetada por mi padre. Maravilloso.

Me preparé un café y probé el bizcocho de Ayaka, de manzana, riquísimo. Escuché de nuevo mi móvil vibrando y retorciéndose. Me quedé quieta, recapacité, ¿y si era mi padre?

Tenía que mirar el teléfono móvil.

Eché a correr en dirección a mi cuarto para ver quién era tan insistente. Y, por supuesto, sabía que no era mi padre.

Leí por encima los mensajes y me di cuenta de que me había levantado altruista: iba a hacer una obra benéfica.

Akira, según me había contado su hermana, tenía un puesto a media jornada en una cafetería-pastelería. Sus padres querían que supiera lo que era trabajar duro antes de entrar a la universidad. Nanako, siguiendo la estela familiar, también había comenzado a trabajar en una panadería, y alguna vez habíamos ido a verla para que nos regalara dulces.

Aunque durante la *Golden Week* la mayoría de trabajadores descansaban y las familias se marchaban al campo a disfrutar de la naturaleza, algunos locales de la ciudad seguían abiertos para los pobres urbanitas que se quedaban en Tokio.

Había acudido con mis amigas a alguna cafetería, pero todas ellas tenían la música tan alta que parecía que su único fin era que me quedase sin voz por gritar y que la música estridente me obligase... no sé, a pegarme un tiro. Otra cosa que odiaba del tipo de cafetería que gustaba a mis amigas era que todo me parecía demasiado *kawaii*, las camareras iban disfrazadas de sirvientas y todo parecía excesivamente artificial. Solo esperaba que esos locales estuviesen cerrados, para no acabar en uno de ellos con Akira.

Había quedado con mi obra benéfica en la salida de la estación de metro que había cerca de nuestras casas. No habíamos quedado en la suya, que estaba más cerca, ya que él tenía que echar una mano a su jefe; como era fiesta, estaba cerrado para poder limpiar y ordenar, y, por lo que me contó por Line, él no podía decirle que no.

Cuando llegué al lugar, me lo encontré ya esperándome, apoyado en la pared, mientras se entretenía con el móvil. Llevaba unos vaqueros, una camisa ancha; el pelo, como siempre, algo despeinado, nunca sabía si lo hacía a propósito o si era

así de despistado, y parecía, cómo no, muy relajado. Akira llamaba la atención. Pude ver como unas chicas, tras pasar por su lado, se giraron para observarlo de nuevo. Estaba convencida de que, si hubiese querido, podría haber sido un *idol* de esos que tanto gustaban por allí. Pero también sabía que, si lo conocía un poco, jamás se dejaría meter en semejante circo. Mientras me acercaba, me sentía como esos pájaros que iban a parar a la boca del cocodrilo que llevaba horas esperando. Si no tenía cuidado, iba a terminar como todas mis amigas: colgada por él.

—¡Akira! —lo saludé con una sonrisa.

—Llegas tarde —dijo, justo antes de levantar la mirada, sonreír y, en un gesto casi inesperado para los dos, tocarme la cabeza. Era un acto de cariño que le he visto hacer a su hermana... a su hermana, en fin.

—¡Oye! —No pude más que enfadarme.

—¿Qué ocurre?

—No soy un perro.

—¡Ya lo sé! Es solo un... —Se giró algo ofendido, se metió las manos en los bolsillos y echó a andar sin decirme más.

—¿Un qué, obra benéfica?

Se paró en seco. Vi cómo, en vez de mirarme a los ojos, estaba acribillando con la mirada a un cartel que teníamos enfrente de nosotros, que ponía «Ramen». Casi en un susurro, dijo:

—Una muestra de cariño.

—¡Oh!

No era la primera vez que el choque de culturas era tan fuerte que me atropellaba y me dejaba como a una idiota. Ilusa de mí, que creía que no sería así. Lo había ofendido en menos de tres frases, todo un récord, Lucy. Cuando me tocó la cabeza, sentí que era algo demasiado fraternal. Pero ¿un gesto cariñoso conmigo?

—Akira, espera.

En medio de una calle cualquiera, seguí sus pasos sin fijarme en nada más que en su postura rígida y en su enfado. Me dio la sensación de que no había sido justa con él, pero tampoco entendía su repentino cambio de humor, él quería jugar y yo también.

Aunque el juego ya no parecía tan divertido.

—¿Por qué has quedado conmigo? —le solté sin más.

—Soy tu obra benéfica, ¿lo recuerdas? Estoy solo...

—Se supone que te has quedado para estudiar.

Akira se acercó a mí y me susurró al oído:

—Odio el campo, no tenía tanto que estudiar.

—¿Has quedado conmigo por aburrimiento?

—No, Rukia, he quedado contigo porque me tienes intrigado.

¿Yo? ¿Lo tenía intrigado yo?

En ese momento, volví a pensar que, de todas las personas que conocía en Japón, ya solo Akira me llama Rukia con asiduidad, como durante la noche anterior con mi padre. Había conseguido que todos los demás me llamasen Lucy. Aunque no me decidía a corregirlo; sentí que, si lo hiciera, me haría caso y ya no sería algo especial.

—¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que nos conocimos? —me dijo con el cuerpo inclinado y con su cara muy cerca de la mía.

Claro que me acordaba, no había podido olvidarlo.

—Pues sigue en pie. Y me gustas un poquito más cada vez que te veo.

Sentí cómo todos los colores del arcoíris se paseaban por mi cara. Debía de ser un semáforo de sensaciones. Tonos arriba, tonos abajo. Akira sacó a pasear su media sonrisa, que podía volver loca a cualquiera, y se encogió de hombros. Yo debía reaccionar, preguntarle a qué se refería, pero solo me quedé quieta, alucinada.

—Aunque todavía no lo entiendes —susurró.

Vaya si no lo entendía, lo peor era que parecía tonta sin decir una palabra, a él los silencios a mi lado no parecían molestarle. Unos días atrás, me habían hablado de una cosa que se llamaba *ishin-denshin*^[xii], una forma que tenían en Japón de apreciar los silencios, ya que, de ese modo, hablaban otras partes, como el alma o el corazón. Era saber adelantarse a lo que quería el otro y no tener que caer en conversaciones sin sentido. Me encantaría haber dicho que eso era lo que teníamos, pero lo dudaba.

Me tendió la mano y se la cogí, quería llevarme a algún lugar.

—¿Amigos, Rukia?

—Amigos, Akira.

Recorrimos las calles en silencio, no en uno incómodo, más bien lo sentí como el preludio de una tormenta. Un momento vibrante, lleno de expectación y algo de miedo. Akira no me había soltado ni un momento y, cuando nos cruzábamos con algunas chicas de nuestra edad, se reían tapándose la boca con la mano, algo muy japonés. En ese país no era nada habitual que las parejas se tocasen en la calle, ni casados tan siquiera. Y nosotros solo éramos una pareja porque formábamos dos, no por nada romántico, sino más bien amistoso, como había dejado claro Akira.

Al fin llegamos a nuestro destino. Mierda, era una cafetería con un letrero *kawaii*. Las odiaba. Para esa tarde solo pedía una cosa... no acudir a un sitio horrible con la música a todo trapo y chicas monas vestidas raro. Así que puse

mala cara y me quejé.

—Akira... —dije su nombre arrastrando las vocales. Él se giró y me prestó más atención que en todo el camino; me sentí como si todos sus sentidos se volcasen en mí. Así que mi voz salió algo baja, susurrada—. No me gustan este tipo de cafeterías, son...

—Esta sí, créeme. Es uno de mis lugares favoritos.

Lo dijo tan convencido que no pude dejar de creerlo.

Cuando pasamos, no había ninguna chica joven disfrazada de sirvienta, ¡gracias al cielo! Ni música *j-pop* sonando sin descanso, que te daba ganas de beber alcohol y no un té o un café. Era un lugar sencillo, casi anodino, con unas máquinas de café muy curiosas, de cristal, todo en madera y con muy pocas mesas. El dueño saludó a Akira como si lo conociera desde hacía un tiempo y se sorprendió al verlo con una chica; solo hizo ese comentario y se dispuso a servirle «lo de siempre». Yo pedí lo mismo por disimular, eso sí, no tenía ni idea de lo que era.

Nos sentamos en una mesa algo apartada del resto; al parecer, era «su mesa». No nos dio tiempo a decir ni media palabra, cuando el hombre apareció con dos tazas grandes con lo que parecía café con nata por encima y algo que seguramente sería coco, además de dejarnos unas pastas con forma de animales. Nos guiñó un ojo y se marchó. Akira se rio por lo bajo; cuando hacía ese gesto, entre tímido y sabelotodo, algo en mí quería morderle la boca. Sí, eso mismo. Morderle la boca. No sabía de dónde salía ese sentimiento. Era curioso, pocas veces me había sentido tan cerca y tan lejos de una persona. Cuando me miraba, parecía que me estaba contando sus más íntimos secretos, pero cuando dejaba de hacerlo, era como un rompecabezas al que le faltaba la última pieza. Así era el Akira que veían mis ojos. A veces, inalcanzable, y, en otras ocasiones, adorable.

—*Itadakimasu*^[xiii] —Akira dio las gracias por la comida y se dispuso a coger una pasta.

Yo empecé con la nata que se estaba mezclando con el café. Prefería comérmela sola.

—¡No! Ni se te ocurra. Si haces eso solo te queda lo amargo.

—Me gustan las cosas amargas —le dije con solemnidad, como si fuera un gran logro.

—Te gusta lo amargo, porque has probado lo dulce, Rukia.

—Y viceversa —le repliqué, pensando en algo más que un simple café no azucarado—, cuando has probado lo amargo, sabes qué tienes que buscar en lo dulce.

El silencio volvió a inundar nuestra mesa, mientras él seguía masticando la pata de una galleta con forma de cebra, y yo me dedicaba a devorar la nata,

ignorando su consejo.

—Me encanta este sitio —soltó sin más—. Suelo venir aquí después de los entrenamientos de *kendo* los fines de semana a leer. Está en el punto medio entre el instituto y mi casa.

—¿Tú solo?

—No me asusta la soledad.

En un lugar como Tokio, era curioso cómo te podías sentir sola rodeada de personas. Notaba que la ciudad tenía un ritmo que no quería enseñarme y que la impersonalidad era su signo distintivo. Mientras que para mí esa soledad me resultaba más que molesta, casi abrumadora, en ocasiones, Akira la abrazaba y la disfrutaba. No podíamos ser más distintos.

—A mí me asusta un poco —le confesé, sin saber bien porqué—. Mi madre vive en Londres desde hace años y, cuando voy de visita, paso mucho tiempo sola. Lo odio. Bueno, ahora creo que vive en Luton, donde tiene su trabajo.

—¿Tú madre no te hace caso cuando estás con ella?

—Mi madre se parece un poco a ti, se agobia cuando hay mucha gente a su alrededor. —Akira alzó las cejas como si eso fuera una revelación incluso para él—. Ella quiere estar sola, lleva mejor las relaciones a distancia.

—No sé qué te hace pensar qué me agobia estar con gente, soy bastante popular en el instituto.

—¡Fachada! —le comenté, mientras apoyaba mi argumento con un gesto de la mano. Él giró la cabeza para prestarme toda su atención y esperó una explicación que no tardé en darle—. Tienes una vida que es la fachada de otra. Estoy convencida de que tus amigos no saben que vienes aquí para estar solo, que te gusta comer flanes como si no hubiese otra comida en el mundo y que has preferido quedarte en casa en vez de ir a ver a tu familia.

—No, pero tú sí lo sabes, Rukia.

—Eres transparente para mí, Kira —comenté, con una confianza en mí misma que no sabía de dónde había salido.

En ese momento, me quedé muy quieta, sin poder mirarlo a los ojos; me centré en el café, que ya estaba algo frío y solo era amargo. No tenía nada claro si le había gustado mi comentario, y, por llamarlo con el nombre equivocado, podía ofenderlo. Desde el primer momento lo había llamado Akira, aunque lo habitual era llamar a tus amigos y compañeros por el apellido, por el nombre se llamaban las personas que tenían mucha confianza entre sí o cuando una le daba permiso a la otra para hacerlo. Con él no había nada habitual.

—¿Kira?

—Tú me llamas Rukia por tu personaje favorito de manga, ¿no? —No le dejé ni contestar, sabía la respuesta—. Pues yo te voy a llamar Kira por el mío.

—¿*Death Note*?

Asentí con convicción.

—Me gusta que me llames Kira —susurró—. Aunque eso signifique compartir nombre con un psicópata, ególatra, narcisista y asesino en serie...

—Kira es mucho más que eso... —defendí a mi personaje, pero lo dejé continuar con su razonamiento.

—Y me gusta dejarte notas en mis libros.

Levanté la vista del café con los ojos como platos. ¿Se había molestado en hacerme comentarios? ¿En explicarme expresiones que creía que me podrían costar? ¿Y en ayudarme con la trama? ¿Por qué?

Acto seguido, se puso a hablar del último tomo que yo había leído de su biblioteca particular y ese momento de conexión desapareció para siempre. Me comentó que, a partir de ahora, sería él quién me dejase los libros. Y así pasó una tarde divertida en la que compartimos aficiones.

Lástima que no fuera compartiendo confidencias.

La vuelta al instituto, lejos de ser una tristeza por acabar las vacaciones, para mí fue una gran alegría. Era cierto que me había pasado todos los días de fiesta por la tarde con Akira, hablando de mangas, de animes, de libros, de películas... aconsejándonos el uno al otro lo que debía ver y leer durante los próximos... no sé, aproximadamente cinco siglos. Teníamos muchos temas en común, y como veníamos de mundos tan distintos, nos habíamos criado dentro de culturas tan diferentes, que teníamos mucho por descubrir el uno del otro.

El último día, habíamos decidido hacer sesión de cine; él me enseñó una de sus películas favoritas, pues resultaba que, aunque los mejores dobladores del mundo se formaban en Japón, las películas se solían ver en su idioma original y con subtítulos, salvo si eran japonesas, claro. Y los dobladores se utilizaban para los animes. Esa tarde, como dos amigos más, fuimos a pasarla a un cine donde estaban reponiendo la última película de Hayao Miyazaki, *El viento se levanta*, pues los dos, cada uno en una punta del mundo, nos habíamos criado con las películas de Ghibli. A la salida del cine, quedamos para el domingo siguiente, para acudir al museo de Ghibli como dos niños emocionados por ir a Disneyland, versión friki, ya que mi padre había movido hilos en su empresa para conseguir entradas y me había dado dos para elegir acompañante. No podía tener uno mejor.

Durante esas vacaciones, aprendí muchas cosas de Akira, se coló en mi vida sin intención de marcharse y, poco a poco, iba destruyendo esa imagen que yo

me había forjado de jugador empedernido, para dar paso a algo que parecía más real: yo le caía bien, quería ser mi amigo. Mi experiencia anterior con los chicos había hecho mella en mí, sin duda, y por eso me costaba confiar en él, en que, simplemente, pasara un buen rato a mi lado. Pero, en una semana de vacaciones intensiva, había conseguido cambiar mi opinión. Ya formaba parte de mi vida.

Era por eso que, mientras estaba en clase, afloraban sentimientos encontrados, me alegraba mucho volver a ver a las chicas, aunque tenía la sensación de que no podía acercarme tan fácilmente a Akira para hablar con él, como si fuera un amigo más, algo me lo impedía. Por un segundo, me hubiera gustado que pasase ya la semana para poder volver a disfrutar de su compañía; luego, mis amigas me contaban sus aventuras en el campo y me encantaba estar con ellas.

Así iban pasando los días, entre clases, el club de tenis y mis amigas. Pero el viernes por la mañana, en mi primer descanso de clases, mientras Yumi ponía caras al explicar que su padre la había castigado ese fin de semana, recibí un mensaje de mi obra benéfica predilecta:

Akira: «¿Qué haces esta tarde?».

Noté cómo los colores me subían por la cara. Quedar con Akira era como tener un secreto fantástico que aún no quería compartir con el mundo, que todavía era mío y solo mío, y que, si lo contaba, se podía estropear. Así que decidí contestarle sin decir nada a nadie.

Lucía: «¿Algo altruista, obra benéfica?».

Al momento, escuché un móvil sonar. Aki se encontraba a pocos metros de mí, en la puerta, con la mano levantada, quería llamar la atención de Nana. Ella se levantó y recogió una bolsa; al parecer su madre había cambiado los *obento*. Antes de marcharse de mi clase, se puso a teclear en su móvil y, cuando paró, mi teléfono despertó al conejo loco. Levantó la mirada, sonrió con satisfacción y se marchó.

Akira: «Eso sería fantástico, paso por tu casa a las cinco».

No resultó muy difícil esquivar a mis amigas. Me sentí un poco mal por ocultarles lo que estaba pasando en mi vida, pero todo era todavía muy nuevo, tener a Akira, como amigo, solo para mí. Así que, a las cinco menos cinco, estaba preparada y poniéndome los zapatos. Cuando bajé, vestida con unos vaqueros y una camiseta, pues comenzaba ya la etapa del calor, Aki me estaba esperando con el móvil en la mano. Antes de que se percatase de mi presencia, pude observarlo, y me alegré mucho de poder quedar con él, pasar un tiempo a

su lado; quizá por no ser una típica chica japonesa, podía hablar conmigo, compartíamos intereses y nos llevábamos bien. Éramos amigos, solo amigos, y el tiempo con él contaba cada vez un poco más.

Lo saludé y él me sonrió como si verme fuera la cura de algún mal. Lo noté preocupado, pero esa sensación desapareció al momento.

—Bueno, obra benéfica, ¿qué quieres que hagamos?

—Celebrar que hoy es un día importante, hoy es un día para celebrar en Tokio —dijo y echó a andar.

—¿Todos los días hay que celebrar algo? El cumpleaños de emperador, el día de los niños, de la naturaleza...

Se paró en seco y me miró pensativo.

—Tienes razón, tenemos muchos días conmemorativos, ¿en España no es así?

—En nuestro calendario, las fiestas suelen estar ligadas a hechos religiosos, a batallas o similares. Sí existe el día de la Hispanidad y de la comunidad autónoma, pero poco más.

—¿No tenéis un día del *aisukurin*? —preguntó, muy interesado, con un tono de burla. Yo negué con la cabeza—. Creo que no me gustaría vivir en España, pues te llevo a celebrar eso mismo.

—¿El día del helado? —dije, casi sin pensar, ya me había acostumbrado a que algunas palabras en japonés fueran su interpretación de una palabra inglesa.

—¿No me digas que no te gustan? —Akira me observó como si me hubiese salido otra nariz en la cara—. Seguro que hay alguno amargo, Rukia.

Me sonrió con algo de timidez. Esa semana de instituto, habíamos coincidido por los pasillos; en una ocasión había pasado por la puerta de su clase, y ni una sola vez lo vi sonreír así. Ni una sola.

—¡Claro que me gusta el helado! ¡No soy un bicho raro!

Akira se rio con algo de alivio, como si hubiese temido que su plan maravilloso se fuera a ir al traste. Paseamos por las calles de Tokio, nos montamos en el metro casi sin darnos cuenta. Cada vez hacía más calor y parecía que el verano estaba a la vuelta de la esquina y, con él, más vacaciones para disfrutar de helados a su lado. Aki me contó cómo le había ido esa semana, que tenía una competición de *kendo*, y yo le expliqué que mi semana había pasado algo lenta.

—¿Te avergüenza que nos vean juntos? —preguntó Akira, y me dejó algo alucinada.

—No, claro que no.

El traqueteo del metro era casi imperceptible, la voz chillona de la mujer que pedía que nos sentáramos y que indicaba la estación amortiguó un poco mi voz.

Volvió su cara pensativa, preocupada.

—Entonces, ¿qué te impide pararte a hablar conmigo?

—Nada, es solo que... no sé, me resulta raro. Te puede parecer una tontería, pero me encanta que sea algo así como secreto, clandestino.

—¿En serio? A mí me parece una chorrada. Y mucho más cuando me dejas plantado en medio del pasillo con la mano levantada y cara de tonto. No sabes lo que se rieron de mí mis amigos.

—Oh, el orgullo herido... pero te prometo que no lo hice a propósito, quizá me despisté. —No, no fue despiste, fue pánico a no saber reaccionar bien, a decir algo inapropiado o, peor, a no decir nada y parecer idiota. Una cosa era hablar con Akira a solas, bromear con él y otra hacerlo delante de más gente.

—En serio, Rukia, no tiene sentido, y mi hermana se va a enfadar mucho si no se lo dices.

—Tienes razón, pronto hablaré con ella y dejaré de actuar como una tonta.

—Eso me parece fantástico. —Le regalé una mirada matadora y él continuó con la charla como si nada—. ¿Tienes pensado algún sabor para tu helado?

—Pienso comerme un helado de... no sé, limón.

Akira se quedó pensativo mientras me miraba a los ojos. Como si quisiera decirme algo, pero se lo estuviera callando.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿No hay helado de limón en Tokio?

—¡Claro que sí! No tengo nada en contra del helado de limón, pero... ¿me dejarás que te recomiende un helado?

Asentí con la cabeza.

—En este lugar, el que más triunfa es el de té verde.

Iba conociendo cada vez más a Aki y supe entender lo que me estaba diciendo.

—Pero ese no es tu favorito, ¿cuál es?

Me regaló una sonrisa de satisfacción, como si hubiese pasado un examen con nota.

—El de flor de cerezo. —No sé qué cara puse, debió ser curiosa, de asco o de asombro, pues él se vio en la obligación de darme explicaciones—. Sé que te puede parecer raro, pero es delicioso. Si quieres, pídete el de té verde y yo te dejo probar del mío.

Nos bajamos en una estación que no conocía, ya que solo había pasado a la otra orilla del río Sumida con mi padre en una ocasión y no había sido a ese lugar.

Akira se metió las manos en los bolsillos del pantalón, era un gesto habitual en él, como si no supiera qué hacer con ellas mientras caminaba. Me contaba que

su trabajo estaba cerca, que algún día debería pasarme, era un lugar tranquilo y se podía estudiar bien. Trabajaba de lunes a jueves unas horas tras las clases y lo tenía como su biblioteca particular. A la cafetería a la que me había llevado el primer día, solía ir los sábados por la mañana, cuando salía de sus clases de *kendo*, antes de llegar a casa a comer. Me comentaba, como si fuera una gran confesión, que le tenía alergia a las bibliotecas, que necesitaba beber y comer mientras estudiaba.

—Aquí es —dijo, mientras dejaba a un lado la conversación de los estudios.

Nos paramos frente a una especie de centro comercial llamado Tokyo Skytree Town Solamachi. Una vez dentro, subimos a la sexta planta para encontrarnos con un local llamado Gion Tsujiri, que era una mezcla entre tienda tradicional, originaria de Kioto, de té y heladería. Como en la mayoría de locales, había un expositor con la muestra de la comida, que estaba hecha de moldes de plástico, para que los clientes pudieran ver qué se iban a encontrar dentro o bien qué podían pedir. Las copias estaban tan bien hechas que daban ganas de pegarles un bocado.

Yo me decidí por un helado de té verde con una cuchara exclusiva de la torre de Tokio. Si algo gustaba a los japoneses más que ir dejando zapatos por el mundo, eran, sin duda, las cosas exclusivas. Si una tienda ponía que algo era edición limitada en Tokio, se lo quitaban de las manos en cuestión de horas. Y sí, me lo estaban pegando.

Akira, por supuesto, se pidió un helado de flor de cerezo. Una cosa bien rara. Nos sentamos en una mesa cerca del gran ventanal que tenía la tienda, para disfrutar de las vistas de la ciudad. Por un momento, me acordé de aquella conversación que mantuvimos durante el *hanami*, cuando yo me quedé con la noche y él con el día. Estaba atardeciendo y nos encontrábamos en uno de los dos momentos que nos prometimos.

—¿Cómo es vivir lejos de tu familia? —me preguntó, mientras me ofrecía un poco de su helado.

Lo probé casi sin pensar y estaba delicioso, con un toque dulzón que no esperaba hasta el final. Nos miramos, y supe que entendía, sin palabras, que me gustaba, aunque no era mi tipo de sabor.

—Es duro, en ocasiones —respondí a su pregunta—, echo de menos a mi abuela y a mi tío. Aunque hablamos todos los domingos.

—¿Y a tu madre? ¿No la echas de menos?

—Claro, pero, con el tiempo, hemos aprendido a convivir en la distancia.

—Convivir en la distancia.

—Sí, claro, tú no lo entiendes, toda tu familia está aquí, viven bajo el mismo techo, se llevan bien. —Akira dejó de prestarme toda su atención, fue como si yo

estuviera en un escenario y el foco principal se hubiese despistado. Desvió la mirada al espectáculo que era Tokio anocheciendo. Me puse nerviosa y no pude más que parlotear—. No es que mi familia se lleve mal, es que yo soy su nexo de unión y con mi madre tengo menos cosas en común. Pero la quiero, sé que está ahí, aunque no hable con ella todos los domingos.

No supe de dónde había salido toda esa explicación. Con él podía decir lo que viniese a la cabeza sin sentirme mal o juzgada.

—Si funciona para vosotras, no hay más que hablar. Yo... entiendo lo de la distancia, debe de ser duro, aunque a veces funciona.

Akira terminó su helado, lo dejó en la mesa y comenzó a contarme que su madre no tenía nada que ver con la mía, algo que ya sabía; casi ninguna madre era como la mía. Cuando le di el último bocado al té verde, se levantó. Era hora de marcharse. Estábamos lejos de casa.

Nuestra excursión para celebrar el día del helado acabó con la promesa de vernos al día siguiente, tras su clase de *kendo*, en la cafetería donde me llevó la primera vez. Íbamos a estudiar juntos, entre cafés amargos, pastas con formas de animales, confidencias y, estaba segura, buena conversación.

Capítulo IV

Ya es casi otro día

Diciembre, España.

Hace meses que mi padre se marchó a Japón. Hablo con él casi todos los días, si no vía Skype, por medio de mensajes. Y mi vida, o lo que queda de ella, sigue estancada.

Esta mañana, sin saber bien qué hacer, mientras escucho música tirada en la cama, suenan los primeros acordes de nuestra canción. El corazón me da un vuelco. Y todo el dolor vuelve otra vez. La paro y paso, no puedo escucharla. Como acto reflejo, le mando un mensaje a Nanako. No espero respuesta, por supuesto.

El frío de diciembre empapa cada uno de mis huesos. Cada vez me cuesta más andar, y hay algunos días en que ni lo intento. De verdad que no quiero sentirme un trasto inútil, pero, en días como hoy, me cuesta trabajo encontrar fuerzas para poder seguir adelante.

Odio diciembre, detesto enero y me saltaría todos los febreros del resto de mi vida. ¿Cabe esa posibilidad?

Hace menos de un año lo tenía todo, me sentía agradecida por no haber dejado escapar ni una sola oportunidad. Vivía independizada, con el hombre de mis sueños, trabajaba a media jornada en una floristería mientras me sacaba una carrera. Disfrutaba de cada día con una sonrisa en la boca, incluso aquellos en los que no todo salía bien. Me acostumbré a Tokio, a sus prisas y a sus pausas, a su modernidad y a su tradición. A mis amigos, a Akira, a nuestro piso, a nuestro mundo, a ser yo.

Ahora me siento como una adolescente con granos que no sabe qué hacer con su vida. Y no ayuda, para nada, seguir durmiendo en mi habitación de la adolescencia con pósters de grupos pasados de moda y libros de instituto. No, no ayuda. Debería quitarlos, amoldarlos a mi nueva realidad, a mi nuevo yo. El problema radica en que no sé quién soy en estos momentos. Solo sé que ya no soy una tokiota ni una adolescente enamorada de Leonardo DiCaprio. Y estos últimos meses no me han ayudado nada en este sentido. Estoy perdida. Lo admito.

Mañana será mi cumpleaños, y no puedo celebrarlo con quien quisiera. La abuela Concha se esfuerza para que me sienta mejor, y el tío David, que ya ha

dejado a la novia de turno, pasa más tiempo conmigo que con nadie. No sé qué demonios hacer cada día y ellos solo intentan ayudar con diversas opciones. El otro día David apareció con publicidad de cursos de arte, de cine y de guion. ¿Cuándo le he dado la impresión de que algo de eso me interesa? Nunca, pero como tampoco parece que me interese nada, ellos van probando, así, al azar. Mi abuela, por su parte, me quiere apuntar a una clase de costura. ¡Con máquina de coser! Que ella es muy moderna.

Mi única distracción ha sido dar clases particulares de idiomas. Como me cuesta un mundo desplazarme, la abuela ha conseguido convencer a las madres de dos niños incautos del barrio, que no pueden aprobar inglés, para que les dé clases en casa por un precio bastante irrisorio, aunque me distrae. Y luego están las clases de japonés.

Desde que conozco a Jorge, le he enseñado un poco el idioma, de algo me ha valido pasar años en Tokio. También le cobro una miseria, no voy a hacer una excepción entre *mis niños*. Así que, desde hace unos meses, los miércoles, jueves y viernes de seis a ocho son mi momento favorito de la semana. Me acuerdo de mis días pasados con mis amigas, mi vida sencilla en Japón e intento escapar de los recuerdos de la mirada de Akira. Creo que, si Nanako no me hubiese bloqueado el móvil, se lo habría gastado de tanto mensaje y llamada que le envío, sobre todo tras las clases de japonés, cuando la nostalgia me inunda por completo.

¡Más le vale no desbloquearme nunca! O tendrá que comprarse un móvil nuevo.

Jorge es un buen alumno, aunque tiene un oído pésimo. Menos mal que el japonés se lee casi igual que se escribe. Eso sí, el problema radica en poder leer lo que se escribe, que es bastante complicado. Me río con sus tonterías y con las ideas preconcebidas que tiene.

«No, no todos los japoneses ven animes y mangas... ¡Tampoco son tan ordenados en los trenes ni silenciosos! Y no solo los *yakuza*^[xiv] llevan tatuajes».

A veces, creo que se hace el tonto solo para arrancarme una sonrisa. Me recuerda a Akira, y el corazón se me encoge y me encantaría no recordarlo a cada momento.

El resto de días, los días sin Jorge y los chicos, pasan lentos y tediosos. Salvo cuando viene Maca y me distrae con sus historias. Como con el frío me cuesta mucho trabajo salir de casa, desde hace unas semanas, solo voy a rehabilitación. La mayoría de veces acudo en autobús o en metro. No consiento que nadie cambie sus planes por mí, la estúpida lisiada. Duele tanto no poder ser independiente del todo...

Para el día de mi cumpleaños, sé que Maca y la abuela han preparado algo

para mí, no saben guardar un secreto ninguna de las dos. Y yo no quiero hacer nada. Si por mí fuera, me metería en la cama y no saldría hasta que hubiera pasado. Mi último cumpleaños fue tan perfecto, tan fantástico, que sé que los siguientes nunca estarán a la altura.

En ocasiones, cada vez más a menudo, me pregunto... ¿y si hubiese sido yo?

Mi cumpleaños es un tormento. El día amanece nublado, en las noticias han dicho que lo mismo nieva y todo. Fantástico. Tengo clase con Jorge y no la ha cancelado. No son muy disimulados, mi familia y mis nuevos amigos. El tío David insiste en llevarme a no sé dónde en coche. No sé cómo hacerle entender que odio depender de nadie, aunque esté coja, que no quiero montar en coche, y que la humedad me impide tener buena movilidad. Duele.

Sé que solo es una treta para sacarme de casa. Así que le pongo las cosas fáciles a mi familia, algo raro en mí en los últimos tiempos, me encierro en mi habitación y pongo música a todo volumen. Me tiro en la cama e intento ignorar el dolor de mi rodilla. Suena el móvil, es mi madre. Al menos este año no se le ha olvidado. Me ha mandado un mensaje:

«Feliz cumpleaños, mi niña. Pasa un buen día».

Le respondo algo escueto, con la sensación de que mi padre ha tenido algo que ver. Durante todos los años que he estado en Japón, nunca me ha felicitado en mi día. Siempre unos pocos antes o después; se le olvida. No me importa, de verdad, con el tiempo he aprendido a querer a las personas tal como son. Mi madre es así, un poco despistada y muy *hippy*. La quiero igual, aun en la distancia.

Pasa el tiempo, y mi cabeza se desliza por el mundo del duermevela. Recuerdo mi último cumpleaños, todos sonrientes, todos felices. Con una tarta que había hecho yo misma y que se podía comer, no como el resto de mis elaboraciones, que fueron un fiasco. Los regalos, las esperanzas, los sueños...

—Lucy. —Es la voz de David, que destaca entre la música. La apaga y se acerca a mí—. Vamos, que ya puedes salir. No te hemos engañado ni por un momento.

—En esta familia es muy difícil guardar un secreto.

—Ni que lo digas, vamos. ¿Te acerco las muletas?

—Sí, por favor.

Todavía veo la chispa de lástima en los ojos de mi tío. No se acostumbra. La fisioterapeuta que me trata le ha dicho que mi actitud es muy importante y que no es, para nada, la correcta. Creo que se la está ligando, ya que en ocasiones

utiliza una jerga técnica que me asusta. Sin contar con el tonteo que se llevan cada vez que viene a recogerme en rehabilitación.

Mi tío nunca cambiará. Se preocupa por mí, pero también por tontear con mi fisioterapeuta.

Llego al salón, decorado como si todavía hubiese dos canales en la televisión y la vida fuese en blanco y negro. Así es como le gusta a mi abuela y así se va a quedar. Me gritan «¡cumpleaños feliz!» las pocas personas con las que comparto mi vida. Y sí, también está mi fisioterapeuta, y mis sospechas se hacen certezas.

La abuela Concha me abraza; me hace gracia ver que ella, con sus más de setenta años, se mueve con más soltura que yo. También están Maca y unos amigos suyos, con los que mejor me llevo. Y Jorge, junto a dos primas mías que de vez en cuando vienen a comer con la abuela y, ya de paso, hacen como si se preocuparan por mí. Estoy convencida de que no ha sido fácil conseguir que vinieran, hace tiempo que no estamos muy unidas.

Me siento a la mesa, y Maca no para de parlotear, recordando otros cumpleaños de cuando éramos unas niñas. Ninguno tan bueno como el pasado, desde luego, aunque también entrañables. No se lo quiero decir, pero es un día para mí difícil de disfrutar.

David se pasa el rato con la fisioterapeuta, de la que me voy a tener que aprender su nombre, ya que será la novia de turno durante unas semanas. Jorge está pasando un buen rato con mi prima Claudia, mientras que Lorena, su hermana, mi otra prima, bosteza y no sabe dónde meterse. Me da igual. Intento no concentrarme en esa parte del salón.

—¡Mira lo que te hemos comprado!

Mi abuela me pasa una caja pequeña; se ve que está muy orgullosa, cree que ha dado en el clavo. Cuando la desenvuelvo, hay un móvil último modelo. El que uso para mi número en España es bastante viejo. La abuela Concha me dice que así puedo cambiar ese que siempre estoy mirando; se refiere al japonés, no quiero deshacerme de él, pero admito que ha sobrevivido a tantas cosas que ya no funciona bien, ¿será por eso que Nanako no me contesta?

No importa, me quedaré con los dos. Nadie va a hacer callar al conejo borracho que vive en él.

—Muchas gracias, abuela, es genial.

—No lo he comprado yo. —No he pensado ni por un momento que lo haya hecho—. Es de tu tío y mío.

—¡Gracias, tío! —le grito a David, que se pone la mano en la frente y me hace un saludo militar. Se levanta y me acerca un paquete más grande.

—Toma, este es de tu padre.

Ya me parecía extraño que papá no me hubiese dicho nada en todo el día,

pero, como el horario es muy distinto, no le he dado ninguna importancia. Cuando abro la caja, dentro hay un ordenador portátil último modelo. Muy fino y bonito. El mío va ya a pedales.

—¡Ábrelo! —grita David.

Cuando lo hago, hay una videoconferencia con mi padre ya encendida. Al otro lado del mundo, desde su piso en Japón, papá está sentado en el suelo, junto a la mesa camilla, con un sombrero de cumpleaños en la cabeza y un matasuegras en la boca.

Siempre tendrá quince años.

—¡Lucy, feliz cumpleaños! ¡Ya van veintidós!

En ese momento, siento todas las miradas puestas en mí. Mi pulso se acelera, algo en el estómago se está volviendo sólido, quizá el trozo de empanadilla que me he comido solo por la insistencia de mi abuela. Y creo que este es el último sitio en el que quiero estar.

Cierro el ordenador, y la última imagen que proyecta es la de mi padre agachando la cabeza, como si pudiera salir de la pantalla para hacerme recapacitar. Me levanto con fuerza, sé que luego lo voy a lamentar. Cojo el portátil con una mano, no pesa casi nada, y con la otra me agarro a la pared y me voy sin decirle nada a nadie. Es un esfuerzo titánico, no sé de dónde saco las fuerzas.

El silencio que oigo tras mi lenta y torpe fuga está vivo, se puede tocar, se puede moldear. Me persigue hasta mi habitación y me cierra la puerta. Una vez a solas, dejo el ordenador en la cama y me tiro al lado del mismo.

Joder, cuándo van a entender, ¿cuándo lo van a entender?

Suspiro sin querer, cierro los ojos, me tranquilizo. Vuelvo a abrir el portátil. Como suponía, mi padre no ha cerrado la sesión.

—Lucy... lo siento. Nunca debí dejarte sola, nunca debí...

—Papá, tengo que saberlo. —Cojo aire, intento no llorar y parecer más entera de lo que estoy. Hace meses que no formulo esta pregunta—: ¿Sabes algo de Akira?

La conversación con mi padre ha sido corta e improductiva. No ha tenido nada que ver con lo que hubiese esperado. Sigo tumbada en la cama cuando alguien llama a la puerta. No estoy para nadie, así que me giro e ignoro el sonido.

¡Como si eso hubiese sido alguna vez un impedimento para mi tío!

—Luce... —susurra desde la entrada. Pasa, siento sus pisadas en el suelo, amortiguadas por la moqueta, que tiene más años que yo—. Eres idiota.

Entiendo lo que quiere, sé lo que intenta. Una reacción que no va a conseguir.

—Has tenido mala suerte, sí. Nadie con tu edad debería haber pasado por eso. Ya pasó, ¡ya! Tus heridas físicas sanarán, siempre que no seas idiota y te dejes vencer. La mentales, por otra parte, te las estás causando tú. Tienes suerte de ser mi sobrina y haber heredado mi... *sex appeal*, carisma... *mojo*. —Es tan tonto que me hace reír—. Pero todo eso no es nada si decides apartar a todo el mundo de tu lado, Luce. Olvídate de tus primas, no han logrado ligarse al chaval ese que está loco por ti. —Me giro, sorprendida; mi tío cada vez está más chalado—. No me mires así, es un secreto a voces.

Pido mi deseo de cumpleaños: que me den una sola mirada matadora, para dejar callado a David de una vez. Me siento en la cama e intento, en vano, ver si mi deseo se ha cumplido.

—Anda, sal. —Se sienta a mi lado y me coge de los hombros, casi en un abrazo—. Ya solo estamos Maca, tu admirador, la abuela y yo.

—No llames así al pobre Jorge.

—¡Oh, sí que tiene lengua la niña! ¡Y habla! ¡Milagro!

—En serio te lo digo.

—Bien, pues puedo ponerle otros motes, podría ser *coladito*, *amorcito*, *ojitos tiernos*...

—¡Tío! No se va a fijar en mí... ¡mírame bien!

—Ya lo hago. No eres tan horrorosa como crees, Luce. No lo eres de aquí —me coge la barbilla y me levanta la cara— ni lo eres de aquí —me suelta y me señala al pecho, directo al corazón—. Solo tomaste una mala decisión, en un momento muy complicado. Tienes veintidós años, creíste que eras mayor, todos lo creímos, la verdad, y no vas a pasarte toda la vida pagando por esto. Te lo prometo.

—No puedes prometerme eso.

—Me importa un pito que no pueda, lo voy a hacer de todas formas, Luce. Te lo prometo.

Miro al suelo. Me fijo en una de mis piernas, en la buena. La otra nunca lo volverá a estar, ya que lo han dicho muchos médicos, tanto asiáticos como europeos. Nunca volveré a andar con soltura, no podré ser primera bailarina en un ballet ruso, ni ganar una medalla de oro en los Juegos Olímpicos de invierno patinando sobre hielo o barriendo como una loca jugado al *curling*. Ya no podré hacer tantas cosas, y todo, como ha dicho David, por una mala decisión que tuve que tomar en cuestión de segundos.

Ante la estúpida pregunta de, si tuvierais que atropellar a un perro o a una persona, ¿qué harías? Bien, yo, visto lo visto, atropellaría a los dos.

—Vamos, Luce. Aún no te hemos cantado el cumpleaños feliz.

—Cantadlo y voy... prefiero ahorrarme esa vergüenza.

—Sabes que la abuela no va a dejar que acabe el día sin hacerlo. Si Mahoma no va a la montaña...

Me encojo de hombros y lo intento. No sé por qué lo hago. Quizá por David, quizá por mi padre, por mi abuela, por Maca o por Jorge. Quizá y solo quizá, por mí.

Tal y como me ha dicho mi tío, solo hay tres personas en el salón esperándome. La abuela ha monopolizado la conversación con alguna historia de cuándo era moza y deslumbraba a los chicos en el paseo marítimo de la ciudad donde nació y se crio. Mi abuelo era militar y viajaron por toda España antes de asentarse. Tuvieron cuatro hijos, todos chicos, para desgracia de mi abuela Concha. Cuando mi madre se cansó de ser madre, ella me acogió de una manera especial.

Todos me miran, y yo sonrío con timidez.

—¡Vaya sonrisa! ¿Eh? —grita mi tío David, que me ayuda a llegar al sofá. Me siento con la abuela y me coge de la mano—. Bien, ya puede empezar la fiesta.

Y así comienza mi verdadero cumpleaños. Con las cuatro personas que más me importan en España. Mi padre ha amenazado con volver si no me recupero, y lo estoy intentando.

Entre historias, canciones e incluso un villancico que se le escapa a mi abuela, ya que estamos muy cerca de Navidad, me olvido de mi desliz. Pero no de los ojos negros de Akira, de su sonrisa de medio lado y de todas las promesas que nos hicimos y que ahora no podremos cumplir.

—Tienes que pasar página —me dice Maca, un poco borracha; mi tío ha burlado la vigilancia de la abuela Concha y les ha puesto alcohol a las bebidas. Ha conseguido que mi abuela se vaya a la cama y ahora está dándole un sermón al pobre Jorge—. En serio, Lucy, tienes que pasar página.

Tengo que pasar página. Es algo que sé qué debo hacer, tras la conversación con mi padre lo he meditado. Otra vez. Lo tengo que hacer, sí, pero no lo voy a hacer. No por ahora, no quiero.

—Lo sé.

—Me sorprendes, esperaba una queja o una excusa. Y después de lo de hoy...

—Que lo sepa no significa que lo vaya a hacer.

—¿Y qué tienes pensado, eh? Vivir toda tu vida llorando por el pasado, quedarte estancada, y todo eso, ¿para qué? En serio. —Maca chasca la lengua y suelta una bomba horrible—. Todo esto por un tío.

Noto cómo la pierna con la que cojeo me arde, por las manos me recorren

hormigas muy enfadadas, atareadas en volverme loca, y las sienes comienzan a palpar bajo el peso de esas simples palabras.

«Todo esto por un tío».

—Tú no lo entiendes, Maca. No voy a decirte que no es solo un tío. —He debido de elevar la voz mucho más de lo razonable, ya que David y Jorge me miran y han aparcado su conversación para escuchar la mía—. Te aseguro que no estoy estancada por él; si por él fuese, yo sería feliz y jamás me vería en esta situación, te lo aseguro. Si estoy así, es por mí y solo por mí. Aki... —Se me rompe la voz y siento cómo una multitud de lágrimas se arremolinan con ganas de salir—. Akira es solo el recuerdo viviente de que nunca podré ser feliz, de que siempre estaré rota. ¿Y sabes qué, Maca? A nadie le gustan las cosas rotas, ni a ellas mismas.

Después de esa perorata, donde he intentado que la única amiga que me queda sepa por qué nunca podré ser quien ella quiere que sea, la muy imbécil se descojona mientras mira a Jorge.

Yo parpadeo un poco asombrada. Mi tío se une a la risa histérica, y hasta Jorge esboza una sonrisa etílica, con las mejillas sonrosadas y voz pastosa, creo que susurra la siguiente frase:

—A mí sí me gustan las cosas rotas.

Y doy por terminado mi cumpleaños sin ningún tipo de ánimo para continuar.

Capítulo V

Cuando me despierto, todo sigue igual

Junio, Japón.

Desde que quedé por primera vez con Akira en la *Golden Week*, nuestra relación de amistad se había vuelto cada vez más interesante. Me había ido enseñando rincones de Tokio poco conocidos, otros deslumbrantes, como el museo Ghibli, donde disfrutamos como niños.

Éramos amigos, en nuestro tiempo juntos ningún tema estaba vetado, salvo contárselo a alguien más. Lo habíamos convertido en nuestro pequeño secreto y se estaba haciendo grande. Yo sabía que Akira no estaba del todo conforme con eso, era yo la culpable. Algo en mí me decía que, si se hacía público, ya no sería tan fantástico y nos obligarían a dar a un paso que no estábamos seguros de dar. Puede que fuera una tontería, pero yo me aferraba a eso con todas mis fuerzas.

Quedábamos todas las semanas, nuestra cita de los sábados por la mañana en la cafetería de la primera vez era inamovible. En alguna ocasión, me acompañaba a casa y se quedaba un rato jugando a la Play con mi padre, mientras yo terminaba mis deberes.

Akira se había colado en mi vida despacio, sin prisa, llenándola poco a poco de su presencia, de sus bromas y de su forma de entenderlo todo, que en ocasiones nos despistaba a mi padre y a mí. Era muy japonés para unas cosas y muy suyo para otras.

Mi padre me preguntó, tras una visita de Kira, si había algo más entre nosotros. Cuando le respondí que no, me miró como si esa información no encajara en el mundo y me preguntó: «¿Por qué?».

«Somos amigos, papá», le dije. «Y así estamos bien».

«Bueno, pues...». Se quedó pensativo y cambió de tema.

Era cierto, éramos amigos y felices de serlo, aunque yo, poco a poco, empezaba a querer algo más. Mi primera impresión sobre Aki fue cambiando, me había dejado influenciar por los comentarios de otras personas y por mi experiencia pasada. Lo había metido en el saco de «chicos guapos, capullos y creídos». Nada más lejos de la realidad. Conmigo era simpático, amable, cariñoso y burlón. De vez en cuando, me dejaba caer que había pasado de «obra benéfica» a «oscuro secreto», no como algo sórdido, sino, más bien, como algo inevitable. Lo había metido en un armario del que quería salir.

Si a veces pasábamos tiempo con mi padre, también lo hacíamos con su familia. De vez en cuando me quedaba a cenar en casa de Nanako, sus padres eran muy simpáticos y me veían un poco como una curiosidad, que hablara japonés de forma fluida me daba puntos frente a ellos, que no manejaban casi el inglés. Y, claro, cuando terminaba la cena, la madre de Nana *obligaba* a Akira a acompañarme a casa. El muy idiota siempre se hacía el remolón, sabiendo que luego nos reiríamos por el camino, nos contaríamos tonterías y, al llegar al portal de mi edificio, nos diríamos adiós, él daría cinco pasos, se giraría y se despediría con la mano. Yo no subía a casa hasta que lo veía girar la esquina.

Era como un ritual.

Akira no me volvió a coger de la mano. Nunca. No insinuó nada más. Nunca. Nos estábamos conociendo.

La noche anterior, como otras tantas, Akira me había acompañado a casa entre risas y me hizo una pregunta curiosa:

«¿Por qué te llamas Rukia?».

Bien, podría haberle dicho que no me llamaba Rukia, que me llamaba Lucía; más bien, Lucy, para casi todos mis amigos y familiares. Pero me encantaba que me llamara así.

«Por una obsesión, que roza la locura, de mi padre con el LSD».

Me encantaba sorprender a Akira, quitarle esa pose de sabelotodo. Por un segundo, sus ojos se habían abierto más de lo normal, su cuerpo se paró y se quedó mirándome fijamente. Por unos segundos, su mundo había dado un giro de ciento ochenta grados. Luego, había vuelto a ser él. El mismo listillo de siempre.

«Vale, está bien, no es cierto. Es por *Lucy In The Sky With Diamonds*».

Nos reímos de las manías de mi padre, con el que él tenía cada vez más confianza gracias a los juegos *online*. En ocasiones, salía de mi cuarto y los pillaba jugando juntos, pero cada uno en su casa. Siempre pensé que papá no había abandonado la adolescencia... pues bien, Aki, en ese aspecto, tampoco parecía tener ganas de hacerlo.

Cuando le pregunté a Akira por su nombre, se acercó un poco más a mí, para contármelo a media voz.

«Mis padres eligieron mi nombre porque está compuesto por dos partes: el sol y la luna. Eso significan los radicales que forman el *kanji*^[xv] de Akira, aunque, en realidad, se puede traducir por alegre».

Desde ese momento, no paraba de darle vueltas a una idea un poco tonta y era que Akira significa alegría.

Aquel jueves de finales de junio, me tocaba limpieza en clase; era una de las cosas que más odiaba del instituto. Si ya me costaba trabajo limpiar en casa, fuera de ella, me parecía un tormento. Mi grupo había terminado hacía un buen rato y se había marchado; yo me quedé detrás buscando un libro desaparecido que no podía perder. Como estaba sola en el salón de clases, me puse los auriculares y escuché un grupo que me recomendó Hiro: B'z.

Sonaron los primeros acordes de una guitarra y me quedé enredada en la voz del cantante. Tenía un tono especial, nunca creí que me gustara escuchar música en un idioma que, en un principio, no sonaba tan musical como el francés o el inglés. Pero me encantaba. Me daba rabia no entender bien lo que decía la canción y, en aquel momento, se convirtió casi en una necesidad saberlo. Me senté en la mesa que había al lado de la ventana, la de Shou, y apoyé la cabeza en el cristal. La letra decía algo de un monte, ¿de la Luna? Mierda. No lo sabía. Fruncí el ceño, cerré los ojos e intenté concentrarme. Escuché el solo de guitarra, perfecto.

Respiré hondo, intenté concentrarme y, antes de volver a ponerla, leí el título *Konya Tsuki No Mieru Oka Ni* en la pantalla de mi teléfono móvil, que quería decir, más o menos: «Esta noche en la montaña donde se ve la Luna». Al menos entendía algo de la letra.

Pulsé de nuevo el reproductor y me envolvió otra vez la sensación de que esos acordes tenían algo que contarme. En ese momento, mientras tenía los ojos cerrados y toda mi atención puesta en las palabras que estaban por venir, alguien se plantó frente a mí, me quitó uno de los auriculares y se lo puso. Abrí los ojos y vi a Aki con su mirada fija en mí; paré la canción antes de que comenzase la primera palabra, como si pudiese leer mis pensamientos, me quitó el móvil de las manos, me regaló media sonrisa, volvió a darle al *play* y juntó su frente con la mía.

Poco a poco, me fue traduciendo cada una de las palabras que iba escuchando por el auricular. Todo tenía sentido. Sentí que esa música no era solo música. Era algo suyo y mío. Y, de forma indirecta, me estaba cantando nuestra canción.

Si de alguna manera supiera como ser capaz de llegar a tu interior

Y mirarme desde tus ojos

Podría ser capaz de entender unas pocas cosas.

Cuanto más te quiero, más me pierdo en la niebla.

Vamos allá, cogidos de la mano,

A la colina donde la Luna brilla como si estuviera ardiendo.

Volveré a por ti, así que solo espérame aquí.

No dormiré esta noche,

*Hasta que entienda cómo te sientes, incluso si solo comprendo un poco.
Lo que duele y lo que nos gusta
Es diferente para cada persona.
Me tropiezo con una pequeña diferencia
Y otra vez vuelvo a tener una gran caída.
Al herirte, finalmente lo entiendo, pero no está bien, no es demasiado tarde.
Vamos, tomados de las manos,
A la colina donde se encuentran las extrañas estrellas.
Vamos al matorral,
No importa si nos hacemos daño.
Solo quiero ver el otro lado de esa sonrisa.
Vamos, tomados de las manos,
A la colina donde la Luna llena ilumina a todo el mundo.
Y la forma de nuestros corazones se reflejan en el cielo.
No rías como siempre.
Quiero quedarme contigo esta noche aquí,
Hasta que entienda como te sientes, aunque solo sea un poco.*

Cuando sonaron los últimos acordes, pensé que esa era la colina más disparatada del mundo, donde solo pasaban cosas raras, pero que, si pudiera ir con Akira, querría pasarme allí todas las noches.

Durante los cuatro minutos y diez segundos que duró la canción y la traducción de Kira, me acarició la mano, casi me cantó al oído y me sentí más cerca de él que de ningún otro ser humano.

No me había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que los abrí con el sonido de otra canción. El momento había pasado. Me quité mi auricular mientras no podía apartar mi mirada de sus labios. No sabía qué decir, no paraba de pensar que, si estuviéramos inmersos en una película, debería besarme. Él debería acercarse y besarme. Así, sin más.

No lo hizo.

—¿Te ha gustado? —me preguntó, sin romper esa conexión que habíamos creado.

Asentí con la cabeza, separándome de él. En ese instante, me di cuenta de que no tenía que ser como en las películas, que no tenía él que dar el primer paso. Así que me bajé de la mesa y tomé aire. Me fui acercando a él, hasta que estuve segura de que no se apartaría si decidía besarlo. Justo cuando pude reunir fuerzas para lanzarme, Shou, que había estado en mi grupo de limpieza y yo lo creía ya camino a su casa, abrió la puerta de golpe y acabó con mi iniciativa. Sentí como si en el techo se hubiera formado una gotera imaginaria que me caló hasta los huesos. Y el agua no era más que desilusión.

Los dos se saludaron con corrección. En el instituto, había pequeños piques entre los clubes deportivos; Akira era el capitán del de *kendo* y Shou del de tenis, no tenían nada que ver el uno con el otro, pero era algo que había aprendido con el tiempo: no se podían llevar bien. Como el agua y el aceite.

Mientras ellos dos se medían los egos, Nanako apareció por el aula y nos miró extrañada, quizá de ver a Kira y a Shou juntos, algo que no era muy habitual. Se respetaban, pero no se llevaban nada bien.

—¡Vamos, Lucy! —me gritó, algo nerviosa—. Vamos a casa a hacer los deberes. Aki, ¿nos acompañas?

Akira dijo que sí con muchas ganas, se separó de mí y fue a la puerta con su hermana. Quizá con demasiadas ganas de poner distancia entre nosotros. La mirada de Shou se quedó fija en él hasta que pasó a mí y me hizo estremecer, como si quisiera lanzarme un mensaje alto y claro.

Los hermanos se quedaron en el pasillo, fuera del aula, y yo, al fin, encontré el libro. Lo metí en la mochila y, antes de salir para marcharme con ellos, Shou me agarró del brazo y me dijo al oído:

—Todo eso solo te va a hacer daño.

Cuando me giré para preguntarle a qué se refería, él ya estaba recogiendo sus cosas y me ignoró completamente. Fue como si un fantasma hubiese pasado por mi lado y me hubiese soltado la primera frase que se le pasara por la cabeza. No tenía ningún sentido.

—¿Qué quieres decir?

Shou ni se giró para contestarme; pareció que iba a decirme algo, pero, como Nanako se puso a hacerme señas insistentes desde fuera, decidí dejar pasar el momento y marcharme con ellos, con Akira. Esa noche, con suerte, cenaría con ellos y Kira me acompañaría a casa entre risas y confesiones.

Solo si tenía suerte.

Tras aquel día, mi vida se volvió un caos. Con junio llegaron los primeros exámenes, el estrés y la locura de ver qué tal me estaba yendo el curso. Estudié muchísimo con Nanako y logré colarme en la mitad de la tabla. En los institutos japoneses, se hacía un *ranking* de los mejores estudiantes, de las mejores notas, y estar entre los diez primeros era algo muy complicado. Estar por debajo de la mitad de la tabla era una verdadera deshonra. De hecho, había una leyenda urbana que decía que, en los lavabos de determinados institutos, vagaba el espíritu de una estudiante. Y, si alguien sacaba malas notas, se aparecía para atormentarlo.

Vaya, como una Myrtle, la llorona, versión japonesa y cruel.

Pues bien, a mí esa chica no tenía nada que decirme, ni a mis amigas, ni a Aki, ya dicho de paso, que había quedado entre los diez primeros. Era una gran ventaja que el japonés fuera su idioma natal, sin duda.

Durante esos días de locura, no había podido ver casi a Akira, y fue muy duro no poder pasar casi tiempo a solas con él. Me había acostumbrado a tenerlo cerca, a mantener una relación de amistad clandestina, y que eso mereciera la pena. Aunque no dejamos de comunicarnos; todas las noches, antes de dormir, nos mandábamos mensajes con iconos exagerados que me hacían desear poder estar junto a él.

Me sentía mal por engañar a Nanako; era su hermano, y sabía que no le sentaría bien que tuviera una relación con él más estrecha sin decirle ni media palabra. Cada día me gustaba más pasar tiempo con Akira y, para qué mentir, también él mismo. Aunque en ocasiones lo veía totalmente tranquilo a mi lado, en otras parecía... culpable. Él no quería nada conmigo más que lo que ya teníamos. Si lo quisiera, me lo habría dicho. Había salido con él durante un tiempo, nos habíamos conocido, habíamos compartido confidencias por medio del teléfono móvil, y la única vez que tuve la certeza de que habíamos estado a punto de saltar la barrera de la amistad fue cuando casi me atreví a intentar besarlo y Shou nos interrumpió. No tenía ni idea de cómo habría sido el final de todo aquello sin interrupción de por medio y, en ocasiones, me encontraba a mí misma con ganas de descubrirlo. Algunas veces me imaginaba un beso de película de Hollywood de los años treinta, de esas que veía mi padre, y, en otras, cómo él se sorprendía y me apartaba con educación para decirme que era una loca. Una pirada. Una estúpida que lo había malinterpretado todo.

Cuando veía a Akira con sus amigos en el pasillo y me saludaba, cuando acudía al club de tenis y lo veía practicando *kendo* o simplemente cuando escuchaba nuestra canción, mi imaginación se desbocaba con aquel estúpido momento. Luego bajaba los pies a la tierra y seguía con lo mío.

El primer día tras los exámenes, toda mi clase se fue a un karaoke, en Japón era un gran acontecimiento. Ayaka me contó que hasta los novios en sus bodas cantaban en el karaoke; en España solía cantar el amigo borracho.

Aunque en un primer momento no quise ir porque no le veía la gracia a desgañitarme frente a una canción extraña, pues dudaba que el noventa y nueve por ciento de la oferta musical me fuera, ni tan siquiera, conocida de algo, la verdad fue que me lo pasé muy bien.

Nos metimos toda la clase en una sala grande, con una mesa donde nos pedimos una merienda. La gente cantaba sentada en su asiento, no había un escenario como tal. Nosotros mismos elegíamos las canciones en la máquina y

nos pasábamos el micrófono. Solo lo toqué para pasárselo a mis compañeros.

Todos hicieron el payaso con canciones que conocían desde la infancia y yo los animaba con palmas. Así que solo aplaudía y me reía, que no era poco.

En un momento dado, mis tres amigas se pusieron a cantar como si les fuera la vida en ello. Eso del karaoke allí era como una religión. En ese instante, mientras me reía de cómo iban poniendo poses y vivían cada una de las palabras que, no cantaban, no... *gritaban*, Shou se acercó a mí.

—Lucy —me dijo en un tono algo bajo, que hizo que todo se distorsionase —, ¿puedo hablar contigo?

—Claro, dime. —Le sonreí, no me costaba nada. Shou era simpático, siempre me había ayudado en clase, estaba en mi grupo de limpieza y era el capitán de mi club de deportes. Era una persona atenta que miraba más por los demás que por él mismo.

—¿Podemos salir fuera?

Observé a mis amigas; la canción estaba terminando, o eso esperaba, ya que se estaban emocionando de más y a ese ritmo iban a acabar afónicas. Volví la mirada hacia Shou y asentí. Los dos salimos. Un par de personas de la sala se dieron cuenta, pero sin darle mucha importancia, ya que pronto se elegiría a los nuevos cantantes.

En la calle hacía buen tiempo, el calor sofocante del día se iba apagando, ya estaba anocheciendo y Tokio empezaba a acoger a sus animales nocturnos. No me acostumbraba a la luz de esa ciudad, me asombraba, tan clara, tan agradable a la vista, incluso con sus luces de neón.

—Lucy, ¿te gustaría ir conmigo al *Tanabata*?

—¿Al qué?

Nunca me he caracterizado por reaccionar bien ante las sorpresas. En un cumpleaños pasado, mi padre quiso ser original y me despertó a las doce de la noche con una tarta de merengue. ¿Mi reacción? Se la estampé en la cara, porque solo quería seguir durmiendo. Seguro que otra persona le hubiese dicho que sí o que no a su proposición y no hubiese ahondado más. Al fin y al cabo, Shou también era un chico guapo, agradable y simpático. Pero no era Akira.

—Es un festival de verano, muy divertido; si quieres venir conmigo, te explicaré las costumbres y podremos ver los fuegos artificiales.

—¿Van a ir también el resto?

—Sí, aunque... yo me refiero a quedar tipo cita.

—¿Cita?

¿Había alguna palabra que dejara más en evidencia a mi única neurona?

—Sí, bueno... piénsatelo, queda todavía un tiempo. ¿Te puedo llamar para confirmarlo?

—Claro.

Entramos de nuevo al karaoke, donde un compañero casi lloraba con una canción lenta y triste. Shou se sentó junto a sus amigos y las mías se acercaron. Cuando les conté lo ocurrido, se sorprendieron. Unas más que otras, la verdad. Jamás pensaron que yo fuera el tipo de chica que le pudiese gustar a Shou.

—¿Y qué tipo de chica crees que le gusta? —pregunté, algo ofendida.

—No sé —respondió Yumi—, más... centrada. Casi no llegas a la mitad de la tabla.

Sí, era un despojo social, una pérdida... seguro que Myrtle, la llorona japonesa, tenía que algo que decir al respecto...

Tras esa primera salida con mis compañeros después del periodo de exámenes, le escribí a mi obra benéfica favorita, pero no me respondió. Qué raro, Kira solía hacerlo en muy poco tiempo. El instituto seguía abierto para clases de repaso, los clubes y alguna que otra actividad como limpiar. Pero no había ni rastro de Akira.

Pasaron un par de días y seguía sin saber nada de él, así que volví a escribirle y solo me respondió que no estaba en Tokio, que me vería a su vuelta. Bien, pues, ¿dónde estaba?

Esa tarde, tras su respuesta escueta y directa, quedé con mis amigas, fuimos a pasar el rato a una de esas cafeterías-discotecas que las volvía locas y nos tomamos un helado. Mi cabeza se perdió en el mensaje que me había mandado Aki. Me resultaba todo muy raro; él no era así, no me respondía sin más cuatro palabras y pasaba del tema y, mucho menos, lo hacía tras días sin dar señales de vida. ¿Qué estaba ocurriendo?

Cuando dejamos a las chicas, Nanako me invitó a pasar un rato en su casa, quería enseñarme la ropa que se había comprado con su madre. Mientras se probaba los modelitos, soñaba despierta con mil cosas. Ella era así, vivía más en el mundo de las ideas que en el real. Era como una Campanilla moderna. La adoraba, tenía ese halo de facilidad que era tan fuerte y tan frágil a la vez. Sin embargo, con esa imaginación, se montaba unas historias que no siempre acababan bien. Pensé en contarle, como si fuera cualquier cosa, que me había hecho amiga de su hermano. Parecía el mejor momento.

Además, quería aprovechar el tiempo con ella, pues en pocos días, tras la ceremonia de clausura, se marcharía unas semanas con sus abuelos. La familia quería pasar las vacaciones de verano con ellos, no me había dicho nada en concreto de Akira, aunque parecía normal que él también se fuera, y eso me

privaría de pasar unos días tan fantásticos como en la *Golden Week*.

Nana se estaba probando la tercera falda que le quedaba de maravilla, se observaba en el espejo la caída de la misma cuando vi mi oportunidad de contarle la verdad. Abrí la boca y no me dio tiempo a articular palabra, pues su madre apareció con un par de tés helados para nosotras. Pasó mi momento, ya que se quedó a ver el desfile de moda.

Me gustaba mucho su madre, representaba todo lo que nunca fue la mía: familiar, cariñosa y preocupada por sus hijos. Su familia era muy formal y tradicional. Al principio, les había costado algo de trabajo aceptarme, hasta que me conocieron y ya me recibían con una sonrisa en la boca. Me centré en la ropa, en sus planes de las vacaciones de verano, hasta que Akira surgió en la conversación:

—Entonces, ¿también va a venir a ver los abuelos? —preguntó Nana.

—Sí, después de pasar unos días con sus amigos. No se va a perder la ceremonia de clausura —respondió su madre con tranquilidad.

—¡Yo pensaba que *onii-chan*^{lxvii} volvería después de ver a Keiko! Se va a perder el *Tanabata*...

—No sé más, Nanako. Deja a tu hermano en paz, él sabe lo que hace.

—¿Quién es Keiko? —cuestioné con un hilo de voz.

¿Una prima? ¿Una tía enferma? ¿Una hermana perdida y hallada esa misma semana de verano?

—Oh, Keiko es la novia de Akira —me dijo su madre muy contenta. Yo tuve que fingir una sonrisa y que no se me había roto el corazón en pedazos pequeños—. No te puedes ni imaginar, Lucy, lo felices que nos hizo a su padre y a mí el día que nos lo contó.

—Keiko es hija de unos amigos de mis padres —apostilló Nanako con su habitual voz chispeante algo apagada.

—Es la chica más fantástica que te puedas imaginar, educada, estudiosa, sencilla... la pena es que a su padre lo destinaron a otra prefectura. —Ojalá alguna suegra hablase tan bien de mí en la distancia. La tal Keiko la tenía totalmente comprada.

—Aki va muy en serio con ella, se han prometido ir juntos a la Universidad de Tokio, y por eso estudia tanto para entrar. Una vez dentro, lo mismo se van a vivir juntos.

—¡Nanako! —la regañó su madre—. Eso no lo sabemos, no cuentes de más, tu hermano tendrá sus planes, y, hasta que no nos diga nada, no son cosa nuestra.

Y yo, entre tanto, solo pensaba que Akira siempre había sido un jugador y yo una tonta por creerlo. Me hubiese encantado levantarme e irme, pero no quería que ellas lo notaran. Pude escaparme en el momento en que me invitaron a cenar

y me recordaron que no se encontraba Akira para acompañarme, con lo que, según su madre, no podría hacerse muy tarde. Así que decidí despedirme e irme a casa.

Por la calle se me fueron escapando lágrimas sin querer, pero me las quité todas de un manotazo. Él nunca me había prometido nada, nunca me había dicho nada, ni tan siquiera me había besado. Solo teníamos momentos juntos y una canción en común. O eso quería creer.

Durante las anteriores semanas, desde que había tenido el coraje de pensar en dar yo el primer paso y besarlo, había creído que nuestra amistad era un prelude de más, de algo más que se estaba cocinando lentamente.

Me paré en seco y pensé que quizá yo me lo estaba inventando todo.

Pero no, no era así. Esa posibilidad era absurda. Él estaba siempre por mí, se había colado en mi vida como una obra benéfica y se había despedido como un puñal.

Cuando llegué a casa, mi padre estaba preparando la cena con Ayaka; no quería hablar con nadie, así que me encerré en mi habitación. Escuché sus voces algo alarmadas y pensé que me estaba comportando como una idiota. Así que saqué el móvil y escribí un mensaje rápido y directo, algo que no había decidido hacer hasta ese momento.

Escuché un toque en la puerta, y mi padre habló desde el otro lado.

—¿Estás bien, Lucy?

Abrió la puerta al no escuchar respuesta. Para ese entonces, ya me encontraba más serena, entera, mejor. Pero solo podía pensar en preguntarle una cosa, una que me rondaba la cabeza.

—Si quieres cenar, Ayaka y yo hemos preparado *okonomiyaki*. Te encanta.

Se sentó a mi lado y continuó con su perorata:

—Si necesitas estar sola, lo entiendo, aunque te vendría bien comer algo. La abuela Concha siempre dice que las penas con pan son menos...

—¿Cómo puedes seguir queriendo a mamá? —lo interrumpí. Solo podía pensar en eso.

—¿Qué?

—¿Cómo puedes seguir queriendo a una persona que solo te ha hecho daño?

—No es algo tan simple, Lucy.

—A mí sí me lo parece. Mamá se cansó de nosotros hace un tiempo, pero de vez en cuando vuelve y trastoca tu vida, y la mía, ya de paso. Y tú dejas que eso pase. No quieres avanzar, tienes a Ayaka loca por ti. No le haces caso, por mamá, siempre es por mamá. No lo entiendo y necesito hacerlo, papá. ¿Cómo lo aguantas?

—Lucy, lo que tenemos tu madre y yo es mucho más complicado que eso.

No estoy aparcando nada por ella, lo hago por mí. Llegó un momento en mi vida en el que me di cuenta de que solo soy feliz con ella, incluso si me tengo que conformar con la idea de no estar con ella. Nadie más me hará nunca tan feliz como con los pocos momentos que pasamos juntos.

—¿Te has conformado con eso? ¿Se puede ser feliz solo con migajas?

—Se puede decir que sí, yo lo he conseguido. Eso no quiere decir que puedas tú o que te lo merezcas.

—Papá, creo que te mereces algo más. Te mereces a alguien que esté contigo, que te haga enfadar y te pida disculpas, que no pase por tu vida de puntillas. Te mereces algo así. —Desde la puerta de mi habitación, se podía observar a Ayaka algo nerviosa, sin saber qué hacer, con unos platos en la mano.

Mi padre dirigió su mirada hacia la dirección a la que le había señalado. Me dio la sensación de que le había quitado un velo de los ojos. Con el tiempo, me había dado cuenta de que mi madre siempre sería mi madre, el rencor se había esfumado y me había quedado con ella. Con sus virtudes y sus defectos. Una cosa era nuestra relación, que yo sabía que, sin duda, se esforzaba por mantener, y otra era el trato a mi padre. Él se merecía mucho más. Y lo peor era que la culpa la tenía mucho más él que ella, que se había acomodado a no sentir, a solo estar, a no ser.

Yo no podía vivir a medias, como él. Yo quería todo. Lo bueno y lo malo. Llorar y reír. Lo quería todo con Akira, pero él tenía a otra persona con quién compartirlo.

—No sé qué te ha hecho Akira —soltó mi padre, y se levantó para volver al salón—, pero estoy seguro de que tiene solución, sobre todo si no estáis a kilómetros de distancia.

No quise decirle a mi padre que esos kilómetros ya existían, tanto física como mentalmente.

—Papá, hazme caso, dale una oportunidad a Ayaka, se lo merece más que mamá.

Mi padre no dijo nada al respecto. Dejó la puerta abierta, era una invitación para cenar con ellos. Por un momento, me quedé sola con mis pensamientos y entendí que lo que tuve con Akira se había terminado incluso antes de empezar.

Y no podía parar de llorar por eso.

En verano, la actividad escolar se interrumpía, si aprobabas los exámenes, claro. De otra forma, tocaba ir a clases de repaso. Yo no tenía que acudir; contra todo pronóstico, había conseguido aprobar mis parciales, gracias a los dos hermanos

Kimura. Nanako, que me había dejado estudiar en su casa, y Akira, que, en nuestras escapadas al café con nata, me había explicado todo lo que le había pedido.

Mi obra benéfica regresó de ver a su novia solo una semana después de que yo me enterara de la existencia de la relación. Bueno, yo estaba mucho mejor, ya no lloraba, ni rompía cosas, ni me encerraba en mi cuarto. Solo me encontraba en un estado bipolar. Absoluto.

Mi sensación era que me había abandonado. Bueno, más bien me sentía una cornuda sin cuernos. Como si tuviera todo el derecho de recriminarle. Como si él fuera algo mío.

Había momentos en los que creía que Akira solo me había mentido, solo había jugado conmigo, pero, en otros, cuando repasaba cada recuerdo, cada momento a su lado, me daba cuenta de que no había sido así. Siempre me había tratado como a una amiga, aunque yo sintiera que él quería otro tipo de relación. Nunca me la pidió, nunca, solo yo creí tenerla.

A veces era muy sencillo para mí engañarme.

Y tampoco ayudaba que él no hubiese dado señales de vida.

Por Nana sabía que, después de visitar a Keiko, se había marchado con sus amigos unos días a la playa. No tenía que darme explicaciones, eso estaba claro, no tenía que decirme nada, eso también lo sabía; eso sí, me habría encantado que lo hubiera hecho.

La mañana que hacía siete días sin noticias de mi obra benéfica, mientras pasaba la aspiradora por el piso, mi móvil volvió a vomitar un conejito con ese sonido horripilante que le había puesto Nanako, al que ya me estaba acostumbrando, y, como tenía la cabeza en el pelo revuelto de Aki cuando lo observaba practicar *kendo*, lo ignoré. Mis ensoñaciones eran mucho más agradables.

No había terminado de pasar la aspiradora cuando me fijé en mi móvil, con su lucecita amarilla que parpadeaba. Así que me acerqué a leer un mensaje, que era de mi obra benéfica favorita o la más odiada o a la que más echaba de menos... en fin, de Akira.

Mi corazón, mi estúpido y malcriado corazón, me dio un vuelco.

Akira: « Acabo de volver a Tokio y no hay nada que me apetezca más que un helado, ¿te apuntas? ».

Bien, pues frente a mí se presentaron las dos respuestas bipolares que representaban el estado de ánimo que había tenido hasta ese mismo instante. Le podía contestar: «Que te den, mentiroso, no pienso volver a verte en mi vida». Borrar su número del móvil, arrancarlo de mi vida y no volver a verlo. Sin dramatismos. Vale, esa opción se encontraba en el campo de la más pura ciencia

ficción. Cuando leí sus palabras, deseé poder volver atrás, no haber sabido nunca que él no podía estar conmigo, ya que mantenía una relación con otra, y responderle la segunda opción: «Claro, no hay nada que me guste más que un helado en tu compañía». Moñas, ¿eh?

Estaba enamorada de Akira desde el día que me había dicho que le gustaba incluso más sin conocerme. Sí, desde ese mismo instante, aunque no lo supiera, me conquistó su media sonrisa, sus ojos marrones, su pelo desgreñado y lo interesante que me parecía. Sin contar con que era el tipo de cualquier mujer asiática, europea, americana o marciana. Tenía ese toque oriental que lo hacía misterioso y a la vez un halo arrollador que parecía que te atrapaba con cada movimiento.

Me podía engañar en muchos aspectos de mi vida, pero sabía que, en ese instante, no podía pensar en estar con nadie más que con Akira. Quería gastar todo mi tiempo con él. Me había vuelto loca por él, por sus silencios cómodos, por sus comentarios algo misteriosos, por su forma de leerme la mente y por la idea de besarlo. Cada día, a cada momento, en cada ocasión que lo tenía cerca, quería besarlo.

Llevaba ya unos pocos minutos con el aspirador encendido sin hacer nada, con el móvil en la mano y con la mente enredada en la sonrisa de Akira, cuando el conejo borracho que vivía en mi móvil volvió a vomitar.

Akira: «Espero que digas que sí pronto, estoy en el parque de al lado de tu casa».

Me puse nerviosa, tiré el móvil, el aspirador hizo un movimiento raro y se marchó un metro solo hasta caer al suelo. Bien, dieciséis palabras escritas por Akira desataron el caos en mi pequeño mundo ordenado. No era de extrañar que, cuando me cantaba cien, quisiera no volver a separarme de él en la vida.

Recogí el móvil del suelo con dignidad, y el muy maldito volvió a sonar. Esta vez parecía que me había vomitado encima, con ese sonido que, si lo pensaba bien, debería cambiar ya.

Akira: «Dime que estás en tu casa, estoy abajo».

Sentí como si hubiese estado metida en un submarino de sentimientos encontrados y, solo con esas palabras, la alarma sonora y roja que indicaba que era el momento de salir a la superficie sonaba con mucha fuerza en mi cabeza. Cuidado, había comenzado la Tercera Guerra Mundial en algún momento en los minutos pasados y me había pillado en casa en pijama y con un moño a medio caer. O le contestaba sin demora o llamaba a la puerta.

Lucía: «Cinco minutos. Bajo. (Carita sonriente, carita sonriente)».

Bien, acababa de comprar con parte de mi paz mental cinco minutos de respiro. Fui a mi cuarto y no me pensé mucho la ropa que me iba a poner. Sin

tiempo, no había moda. ¿Qué debería hacer? ¿Debería decirle que lo sabía, que era un sucio mentiroso que me había dado esperanzas y por el que había perdido la cabeza? Él, por su parte, me podría decir que me quería como a una hermana y que no esperaba que yo reaccionara así. Es más, incluso podría estar en el portal de mi casa con la tal Keiko, que, en mi cabeza, se había convertido en una modelo de Victoria's Secret que había dejado la pasarela por Akira. Yo lo haría, seguro que ella también. Si eso ocurriera, si estuvieran los dos abajo esperándome, no me quedaría más remedio que tirarme por un puente de Tokio y adiós, mundo cruel. No, no me volvía nada dramática en momentos de crisis.

La otra opción, la más cobarde, la más segura y con la que me sentía más cómoda, para qué mentirnos, seguir como hasta ahora, fue la elegida. No quería dejar de disfrutar de él. Aunque había una diferencia en relación a hacía unos días, sabía a qué atenerme. No más ilusiones vanas, no pensar más allá. No podía enamorarme más de él ni podía desenamorarme tan rápido. Solo podía dejarme llevar, continuar con mi vida tal y como se encontraba y rezar, rezar cada noche, para que mi corazón no sufriera mucho más de lo necesario.

En la entrada de mi piso, mientras me ponía los zapatos, me recriminaba a mí misma ser una cobarde, pero, en ocasiones, la valentía nos dejaba solos en el mundo. Yo quería disfrutar de Akira hasta que no pudiera hacerlo más. Era consciente de que el daño me lo estaba haciendo yo, no él. A conciencia. No podía dejar de ser una masoquista.

Cuando bajé al portal, ningún ángel de Victoria's Secret me esperaba brillando junto a Akira. Bien, no había cogido mis gafas de sol. Solo me esperaba él y, durante esos días que había pasado fuera, había conseguido estar incluso un poco más increíble con un tono de piel algo tostado. Con unos vaqueros usados, una camiseta con el logo de algún grupo que desconocía, con el pelo suelto, media melena y su sonrisa pícaro, que siempre escondía algo más. Sentí que necesitaba más suspirar que respirar. Me reprimí. Mucho. Hasta llegar a su lado.

—Yo también me alegro de verte, Rukia.

Me hizo reír, como siempre, y todas las lágrimas que había derramado por él desaparecieron de mi memoria. No habían existido, todo había sido un mal sueño. Era curioso cómo el dolor emocional podía partir en dos y se podía olvidar con tanta facilidad gracias a una frase oportuna o una sonrisa descarada.

—Vamos, tengo algo que contarte —dijo Akira mientras comenzaba a andar.

—¿Qué tal tu viaje? —Si tenía algo que contarme, me lo iba a decir igual. No me caracterizaba por mi paciencia.

—Bien, tranquilo. Necesitaba alejarme un poco de Tokio.

—Pero si no te gusta el campo —le comenté. Paseábamos el uno junto al otro por mis calles favoritas de la ciudad.

—Por eso no he ido al campo, he ido a casa de unos amigos de mis padres y luego con mis amigos a la playa. He descansado y he visto a personas a las que echaba de menos. No puedo pedir más de un viaje.

—No, no puedes. —Sentí cómo la euforia de estar a su lado se iba transformando en tristeza—. Creí que irías a ver a tus abuelos directamente y que ya nos veríamos en clase.

—No podía perderme la ceremonia de clausura del primer trimestre ni alejarme tanto tiempo de ti —bromeó conmigo el muy imbécil. Mi bipolaridad no se había marchado del todo.

—¡No seas tonto!

—¿Y tú? ¿Cómo han ido estos días?

Desastrosos. Terribles. Dolorosos.

—Tranquilos, en casa y en el club de tenis.

Akira hizo un sonido casi imperceptible de asco. Como había pasado mucho tiempo con él, podía reconocerlo. Giré la cabeza para regañarlo, y lo observé con las manos en los bolsillos, mientras andaba decidido, con el ceño fruncido y me dio la sensación de que en esa ocasión había algo más que lo molestaba, no solo el tenis.

—No voy a unirme al club de *kendo*, capitán.

—¡Ni te lo he pedido, Rukia!

—Como si lo hicieras, con esa cara... me gusta el tenis, es divertido.

—No mucho más que el *kendo*.

Pasamos a tener una conversación estúpida, ya que no se podía comparar el tenis al *kendo*, era igual que decir que la paella estaba mucho más rica que el jabón. Eran cosas totalmente distintas.

En pocos minutos pasé del subidón de verlo a la tristeza de saber que no podía haber nada entre nosotros y a la tranquilidad de volver a ser los que éramos antes de Keiko; bueno, antes de que yo supiera de la existencia de Keiko.

Akira bromeó conmigo, pero no me contó mucho más de su viaje. Parecía que él tampoco quería llegar a ese punto en la conversación.

Paramos en una pequeña heladería. En Tokio no había punto medio, o todo era monstruoso o era diminuto. Podías encontrar pequeños lugares debajo de las vías donde solo podían servir a cinco o seis comensales. O encontrar centros comerciales gigantescos con mil tiendas variadas. Akira solía preferir los lugares pequeños, mientras que yo me decantaba por disfrutar de los dos, cada uno cuando tocaba. No podías disfrutar de Tokio sin su grandeza y sin sus

pequeñeces.

Aunque la heladería era pequeña, tenía una gran cantidad de sabores y la peculiaridad era que el cono del helado tenía forma de pez y lo hacían allí, casi al momento.

—No me digas que hay helado de salmón, Kira...

Aki se tapó la boca para reírse, como si no quisiera ofender al heladero.

—No lo descartes, Rukia. He visto, no probado, el sorbete de carbón, el helado de curri y de ensalada.

No sabía de qué me sorprendía, no éramos tan distintos los japoneses y los españoles. Yo había visto el helado de chorizo, el equivalente en Tokio era el de curri. El mundo del helado era casi tan extraño como el mío en aquellos momentos.

—Quiero uno de vainilla y chocolate —le dije al chico para que lo preparara.

—Yo solo de chocolate.

El vendedor cogió dos conos con forma de carpa, les puso chocolate derretido en la base y luego el helado encima. De regalo les espolvoreó frutos secos y nos los dio, con una sonrisa, a cambio de unos yenes. Pagó Akira, pues él me había invitado a salir.

Nos sentamos en un banco cercano; la heladería no tenía mesas, era solo un escaparate de sabores. Entre exclamaciones de *oishii*^[xvii] y comentarios de lo raro que era comerse una carpa de barquillo, nos acabamos los helados en un tiempo récord.

—Te he traído algo de mi viaje —dijo Akira, tras volver de tirar una servilleta a la papelera más cercana.

Se sentó de nuevo a mi lado, el pelo le tapaba las facciones mientras rebuscaba en uno de los bolsillos de su pantalón, un poco echado para atrás para poder encontrarlo. No podía verle bien la cara y me daba la sensación de que se había puesto algo colorado. Aunque lo dudaba mucho, creí que sería más mi imaginación.

Lo encontró, y le dedicó una sonrisa al pequeño paquete envuelto en papel de regalo. Me lo entregó con algo de ceremonia, una costumbre muy japonesa que siempre me había encantado.

—¿Por qué te has molestado en traerme algo? —le dije, al aceptarlo.

En realidad, quería decir algo como «¿Por qué me has traído algo del viaje donde has visto a tu novia?». Pero no, por supuesto, no lo dije. No podía decir algo hiriente a esos ojos que me miraban expectantes, para saber si me iba a gustar o no.

—Es costumbre traer a los amigos y vecinos un regalo cuando se viaja, ¿en tu casa no te han enseñado buenas costumbres? —comentó, con un tono entre

divertido y nervioso.

—Pues gracias, amigo. —Sin querer, o al menos sin haberlo planeado, hice hincapié en la última palabra.

Ignoré su comentario, estaba algo inquieto. Yo también, la verdad. Me decidí a abrirlo con cuidado. El papel estaba decorado con unas carpas saltarinas muy simpáticas, igual que el cono de helado que nos acabábamos de comer, lo había planeado todo a la perfección, así que me dio pena romperlo.

¡Era un conejo! Un conejo de peluche para poner de colgante en el móvil.

—Siempre te estás quejando del tono de mensajes que te ha puesto Nanako... del conejo borracho a punto de morirse o algo así. Así que creí que te gustaría llevar uno en el teléfono.

No había visto ni a una sola persona en Tokio que no llevase un adorno en el móvil, ya fuera hombre, mujer o niño, y sin importar la edad. El único requisito era poseer un teléfono móvil. Yo no tenía un solo adorno, más por despiste que por otra cosa. Hasta ese momento, en el que Aki me había regalado un conejo. ¿Lo bueno? Tener algo de él, algo que él había comprado solo para mí. ¿Lo malo? Que ya era imposible cambiar el sonido de móvil. Para siempre se quedaría ese horrible conejo borracho que en algún momento debería llevar a alcohólicos anónimos.

—¡Me encanta! Voy a ponérmelo.

—Deja, yo lo haré, tengo maña.

Como no, Akira también tenía maña. Me quedé observando sus manos y mi imaginación comenzó a volar. Vale, que Kira me pusiera un peluche pequeño de un conejo en el móvil no era el equivalente a decir el «sí, quiero» con un anillo de por medio. Pero para mí la sensación resultó ser esa, sentí que se estaba comprometiendo en algo conmigo. Y, para mi desgracia, todo eso solo estaba ocurriendo en mi absurda imaginación.

Y, para despertarme, el maldito sonido —en aquel momento, bendito— de mi conejo adicto a la bebida volvió a interrumpir mis pensamientos.

Akira terminó de colocar el regalo y me lo pasó con el ceño fruncido, me dio la sensación de que algo en su actitud había cambiado, casi lo vi decepcionado. Abatido en un momento, pero se recuperó pronto. Cuando vi mi terminal, lo entendí y solo se me ocurrió decir:

—¿Qué es el *Tanabata*? —Se me olvidó por completo, me sonaba como una palabra extraña, fuera de mi vocabulario.

—Un festival de verano —respondió seco, casi ofendido.

—Genial.

No sabía qué decir, nunca había compartido un silencio tan tenso con Aki. Él se movió incómodo en el banco, miró su reloj y al fin me preguntó:

—¿Vas a ir con Shou?

—Sí, me lo pidió tras los exámenes. —Y yo acepté la misma noche que me enteré de la existencia de Keiko, entre lágrimas, en mi cuarto, como un impulso. Tenía que hacer algo para reaccionar y solo se me ocurrió aceptar una cita con otro. Con el bueno de Shou.

—No ha perdido el tiempo —murmuró, ya ofendido.

—¿Por qué debería? —pregunté, con un poco de rabia. Él era la última persona en el mundo que podía reprocharme nada. Nada.

—Por nada, lo pasarás bien.

Se levantó del banco, al parecer nuestro tiempo juntos había terminado. Sabía que no había hecho nada malo al aceptar la cita. Él tenía a su modelo de Victoria's Secret que, en mi cabeza, también trabajaba como vocal en la ONU o algo por el estilo. Yo podía salir con quien quisiera, incluso con Shou. No lo había hecho porque fuera el capitán del equipo de tenis y, como tal, su rival en los deportes. Solo lo había hecho porque nadie más me lo había pedido.

Nos marchamos del banco en silencio, y Akira, como siempre, me acompañó a casa. Por el camino, me explicó qué se hacía en el *Tanabata* como si no fuera con él nada de lo que me estaba contando. Sí, yo no había hecho nada malo, pero algo en mi estómago no me dejó tranquila durante todo el trayecto.

En ocasiones tenía momentos de lucidez, como en aquel instante, mientras me arreglaba para salir con Shou, y no podía parar de pensar en cuándo mi vida había pasado a ser un constante pacto tácito. Mi padre, desde que le pregunté por mi madre, había cambiado su actitud en ese sentido; fue como si hubiese robado un oso panda y lo escondiera en su habitación. No era ninguna sorpresa para mí saber que Ayaka resultó ser para él más que una amiga, y, en ese estúpido pacto de no agresión, él no preguntaba por quién me hizo llorar desconsoladamente, lo daba por hecho, y yo no le pedía explicaciones de quién era la persona que, cada vez que llamaba, lo ponía nervioso y sin saber qué hacer. Yo también lo daba por hecho.

Luego se encontraban mis amigas, todas sospechaban que yo escondía algo; bueno, dicho así, parecía que hubiese asesinado al oso panda que había robado mi padre del zoo y que escondía en su habitación. No, tranquilidad absoluta, el oso panda imaginario se encontraba feliz y sano en su cuarto. Lo que ellas creían estaba claro: que había alguien en mi vida que me hacía sonreír de la misma manera tonta en la que mi progenitor cogía el móvil.

Maldita familia de pirados. No sabíamos guardar un secreto ni para bien ni

para mal.

Y luego estaba, cómo no, Akira. El maldito Akira. Durante nuestro último encuentro, sentados en un banco comiendo helado en un cucurucho con forma de carpa, habíamos hablado de su viaje, de mis días vacíos sin él, y no había mencionado ni en una sola ocasión a Keiko, su novia. Su novia. Sí, tenía que repetírmelo de vez en cuando para que los pies, que tendían a elevarse unos metros del suelo a su lado, no se despendolaran. No había piedra que los sujetase al suelo. Era feliz así, haciéndome daño, engañándome, ¿quién dijo que el masoquismo había pasado de moda? Yo no preguntaba, él no respondía, y yo seguía en mi burbuja. No era raro que Akira no hablara de Keiko, al fin y al cabo, no la había nombrado antes en ninguna ocasión. Pero, ahora que sabía de su existencia, no podía parar de preguntarme si algún día lo haría.

Desde aquel momento, no lo había vuelto a ver en persona. Solo nos habíamos mandado mensajes.

Esa tarde, se celebraba el *Tanabata*, un festival de verano donde mis amigas, muy emocionadas, querían salir y disfrutar. Yuri había intentado, por activa y por pasiva, explicarme, por mensajes de Line, qué se hacía. Pero lo hizo justo el día en que yo me encontraba paseando con Akira y nada en el mundo me podía despistar de la forma que tenía de mover la cabeza cuando intentaba explicarme algo y no encontraba las palabras exactas. Fruncía el ceño y casi se enfadaba, odiaba no dar con el término exacto y tener que dar rodeos.

No es fácil enamorarse de por sí; cuando no sabes si es correspondido, resulta mucho peor. En mi caso, eso estaba ya claro. Yo lo había hecho de un tokiota y me comunicaba con él en una mezcla curiosa entre inglés y japonés. Pues sencillo no era, para qué mentir. Y si encima él tenía novia y yo una cita con otro chico, todo se volvía un caos. ¡Bien por mí!

Así que me puse un vestido corto de tirantes, amarillo y con algunas flores en el estampado. Me sentaba bien, me hacía sentir más fuerte. Mi autoestima se reforzaba con él y así pensé que podría pasar un gran día. Salí de mi habitación y me encontré a mi padre en el sofá, con el móvil en la mano y cara de intranquilidad.

—¿Ocurre algo, papá? Pareces preocupado.

—No, bueno... es la abuela Concha, le ha dado un golpe de calor y la han ingresado.

Gracias, papá, casi morí del susto. Me encontraba a miles de kilómetros de ella. Necesitaba más información

—¿Está bien? —titubeé.

—Tu tío dice que sí, pero me fío poco de él... no sé si debería ir...

Me senté a su lado, estaba desconsolado, y yo también, para qué mentir.

—¿Quieres que llame yo a alguno de mis primos e investigue?

Como un cachorrillo asustado, con los ojos muy abiertos y la expresión de que el mundo, de un momento a otro, iba a desaparecer del universo, asintió.

No me llevaba muy bien con mis primos, nunca habíamos tenido una buena relación, no lo iba a negar. Algunos eran muy mayores, hasta con hijos, por parte de mi madre, que era la pequeña de todos. Y por parte de mi padre, me llevaba mucho mejor, pero no existía una relación de amistad. Me decidí a llamar a Lorena, una prima de mi edad, quizá con la que mejor relación tenía. Dio un tono, dos tonos, tres tonos. No me acordé de mirar qué hora era en España, así que mi prima podría lanzarme un grito nada más descolgar el teléfono. Era un riesgo que tenía que asumir.

—¿Lucía? —La voz de Lore denotaba la incredulidad de escucharme. Era mi primer acto de comunicación desde que vivía en Tokio.

Cuando mi prima cayó en la cuenta de la razón de mi llamada, lo entendió mejor. No se enfadó. Solo me informó y me preguntó por mi vida en Japón. Mi abuela no estaba bien, y al escucharlo, el corazón se detuvo. No podía vivir sin ella, lo tenía claro. Aunque también me dijo que los médicos estaban muy contentos con su evolución. Le di las gracias y colgué con una idea en la cabeza.

—Papá, tenemos que ver a la abuela.

Como ir a España era casi una quimera en nuestras circunstancias, mi padre y yo decidimos tomar cartas en el asunto. Mi tío David tenía una tableta que hasta sabía cómo funcionaba y, como eran casi las diez de la mañana en España, pensamos que podríamos hacer una vídeollamada clandestina.

Hablé con mi tío David, que tardó mucho más de lo que pensábamos en conseguir encontrar su tableta, el cargador e ir al hospital. Entre tanto, yo conseguí que mi padre no enseñase su cara de preocupación extrema. Le hice ensayar su cara de tranquilidad todo el rato, así también nos distrajimos. Los dos pusimos nuestras mejores sonrisas y esperamos a que mi abuela nos reconociera. Según me había contado Lorena, el hospital podía despistarla. Así que esperaba que, al ver nuestras caras a través de una pantalla, pudiera darle algo de alegría.

—¡Abuela! —le grité a miles de kilómetros de distancia.

Ella sonrió sin separar los labios, le habían quitado la dentadura y sabía que no quería enseñarnos las encías. Coqueta hasta el final. Con una edad inadecuada para quitarse los dientes, si es que esa edad se tenía en alguna ocasión, decidió hacerlo, y me daba la sensación de que se arrepentía en cada momento de su vida. Solo tenía los dientes feos.

La abuela Concha tocó la pantalla y no sabía qué decirnos. Hasta que, al final, cuando el tío David le explicó que era una conexión en directo y que no era un vídeo lo que estaba viendo, ya reaccionó.

—¡Los viajeros! —dijo, como si mi padre y yo fuéramos Phileas Fogg y Jean Passepartout y nuestro plan fuera volver tras dar la vuelta al mundo en ochenta días.

—Mamá, ¿cómo estás? —preguntó mi padre con mucha más entereza de la que creía que pudiera aparentar. La abuela Concha era el pilar que unía mi familia.

—¿Yo? Estupendamente, ¿no ves que estoy en un balneario? —Guiñó un ojo y miró tras la tableta, quizá a mi tío, para que siguiera la broma.

David se asomó y comenzó a contar las bondades del «balneario». Mi abuela lo ayudó y la vi bastante bien, algo cansada. Y quizá la videollamada no había sido tan buena idea. A nosotros nos tranquilizaba, pero para ella podía ser un tormento hacerse la fuerte. Nos encontrábamos a miles de kilómetros y no nos quería preocupar.

—Me alegra mucho verte bien, abuela. ¿Quieres que hablemos cuando estés en casa?

—Sí, claro, como siempre. Los domingos por la tarde espero vuestra llamada.

—No vamos a fallar ni un día, te lo prometo.

Me besé los dedos de la mano y se lo pasé a través del cristal del portátil. Era en situaciones así cuando la decisión de mi padre de seguir su sueño y la mía de ir tras él no me parecían las más acertadas. Aunque duraba muy poco. Cada uno tenía que vivir su vida y mi abuela, más que nadie, lo sabía. Se alegraba por nosotros y era feliz a su manera.

Mi familia se despidió entre alguna que otra lágrima; yo no podía dejar de sentirme destrozada al saber que no podía estar con ella cuando más me necesitaba. Había sido un golpe de calor; si todo iba bien, en pocos días estaría en casa y recuperada. Pero si fuera algo más... nunca me lo podría perdonar.

Cuando mi padre apagó el portátil no tardó en decir:

—Si en dos días no se ha recuperado, nos vamos a España.

Lo dijo tan serio, tan seguro de sí mismo, que sabía que era una buena decisión.

—Dos días. ¿Lo podrás arreglar en el trabajo?

—No importa.

El conejo borracho que vivía en mi móvil se enfadó con la idea y empezó a sonar. No tenía un mensaje, tenía así como veinte. Hacía más de una hora que había quedado con Shou, y todos los mensajes habían llegado de golpe. Bien, ahora tocaban las disculpas.

Por el móvil sabía que Shou se había encontrado con sus amigos y con mis amigos, al ser todos de la misma clase era habitual salir juntos y, sobre todo,

quedar en los mismos sitios. Encontrarnos era casi inevitable. Así que, más que enfadarse, estaba preocupado por mí. Decidí escribirle un mensaje escueto y explicativo, pronto llegaría y sería mejor aclararlo en persona. Mis amigas, por su lado, al ver a Shou solo, se habían asustado, y con ellas sí que quise explicarme algo más.

Mi abuela se iba a recuperar y que yo me quedase en casa no iba a solucionar nada. Tenía una cita con Shou y suficiente lo había hecho ya esperar.

Me levanté del sofá y me despedí de mi padre, no sin antes romper uno de mis pactos tácitos, ya que le dije que lo mejor que podía hacer era llamar a Ayaka. Me sonrió, supe que me iba a hacer caso, y me fui a pasar el *Tanabata*, fuera lo que fuese eso.

Las calles estaban repletas de gente, al parecer era un momento importante de turismo en Tokio. Habían decorado los lugares más emblemáticos con unas guirnaldas de colores y vi a bastantes chicas con kimonos. Llegué al lugar donde había quedado y me sorprendió el variopinto grupo que se había juntado, ya que casi toda mi clase estaba reunida con algunos alumnos de otras, incluso de la de Akira, pues reconocí a algunos de sus amigos. Aunque sin rastro de él.

Hiro y Yuri se acercaron para preguntarme por mi abuela, mientras que Nanako llegó la tercera, también preocupada, pero con un brillo en los ojos especial.

Luego se acercó Shou, que me explicó que creía que era mejor que hablara primero con mis amigas, pues con él tendría menos confianza; aun así, se lo expliqué por encima. Había venido muy guapo. Tenía un estilo radicalmente opuesto a Akira. Era más serio, con el pelo corto, tenía los ojos más rasgados y siempre estaba sonriendo. Aunque Aki sonriera mucho a mi lado, no lo hacía de forma habitual, me había fijado en ese detalle.

Shou decidió hacer de guía de todo lo que íbamos a hacer y, en un momento dado, lamentó que nuestra cita no fuera como la había planeado y me insinuó que pronto podríamos tener otra. Lo vi muy interesado en hablar conmigo.

Lo primero que íbamos a hacer en el *Tanabata* era escribir deseos. En esa festividad, una de las costumbres era escribir algo que quisieras y anudarlo a un árbol. Algunos, incluso, lo escribían por medio de un poema.

Mientras pensaba en el mío, que era más evidente, me pregunté si las deidades de esa festividad entendían el español. Eso esperaba. Pedí por la salud de mi abuela.

Paseamos por un mercadillo donde había comida en puestos ambulantes. Mis amigas no paraban de dar chillidos y alegrarse por cada cosa. Yo no podía, mi cabeza estaba en otro lugar, un poco lejos.

—¿Estás bien? —Shou era mi compañero de clase, nos sentábamos el uno al

lado del otro, habíamos hecho trabajos juntos y acudíamos al mismo club de deportes. Me caía muy bien. Y para mí, él podía ser un magnífico mejor amigo o hermano mayor. Nada más.

—No, la verdad es que no. No puedo quitarme a mi abuela de la cabeza.

—Lo siento mucho, ¿vas a marcharte? —preguntó con un tono de preocupación.

—No, yo...

En esos momentos, escuchamos un sonido característico, de fuegos artificiales. Mis amigas y el resto del grupo buscaron un lugar mejor donde poder contemplarlos. Shou me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera por el gentío. No paraba de mirar hacia atrás para ver si yo lo seguía. Aunque, de pronto, me paré; no quería ir tras él, quería disfrutarlos a mi manera. En mi cabeza, los fuegos artificiales no eran algo sorprendente, pero esos eran especiales, casi mágicos. Seguí a la marabunta y me perdí un poco del resto; sabía dónde estaban, yo solo quería encontrar un hueco para mí. Separar mi cabeza de las preocupaciones gracias al espectáculo que se estaba formando en el cielo.

—Me ha costado dar contigo, Rukia. —Reconocería la voz de Akira entre cualquier gentío y con fuegos artificiales de fondo, comprobado.

Noté cómo él se acercaba y se situaba detrás de mí. Sin timidez, me abrazó por la espalda y dejó que apoyase mi cabeza en su pecho. Respiré su olor y sentí que lo peor ya había pasado. Estaba con él y nada más importaba. Aki se agachó un poco y comenzó a hablarme con esa voz única que tenía:

—Orihime, hija del rey celestial, era una princesa tejedora que pasaba día y noche con sus telas en el *Amanogawa*, el cielo. Trabajaba duro, aunque siempre se encontraba triste por la vida que llevaba, sin amor. Un día, conoció a Hikoboshi, un pastor de estrellas que vivía al otro lado del *Amanogawa*, y, nada más verse, se enamoraron. Al poco tiempo se casaron y fueron felices. Tanto que ambos desatendieron sus trabajos: Orihime dejó de tejer, y el cielo se quedó sin vestidos; Hikoboshi descuidó su rebaño, y las estrellas se desperdigaron por el firmamento sin rumbo, causando estragos. El rey del cielo se enfadó tanto que separó a los dos amantes para que no se vieran más. Pero Orihime no podía vivir sin su marido y consiguió que su padre aceptara que se vieran una vez al año, si ella terminaba su trabajo a tiempo.

»El primer año, Orihime y Hikoboshi se encontraron cada uno al otro lado del *Amanogawa*, y se dieron cuenta de que era imposible para ellos cruzar y abrazarse. Orihime no se lo podía creer, tanto tiempo trabajando duro y no podría ni tocarlo. Así que comenzó a llorar desconsolada, hasta que una bandada de pájaros acudió en su ayuda y formaron un puente. Los pájaros, conmovidos

por la historia, prometieron volver cada año, siempre que no lloviera.

»Así que, cada año, el séptimo día del séptimo mes lunar, los amantes pueden verse, si no llueve. Y nosotros lo celebramos mirando al cielo y observando sus dos estrellas, que, por ese día, no están separadas por la vía láctea.

—Es una historia horrible y cruel —dije, tras asimilar todo lo que me había contado. Que no era otra cosa que la explicación de la festividad del *Tanabata*.

Detrás de mí, Akira se tensó. Durante unos segundos no supe si lo había ofendido con mi comentario. Pronto escuché su risa resonando en mi espalda. Y me tranquilicé.

—Es verdad, tienes razón. El rey del cielo podría haber sido un poco más razonable.

—Desde luego, Kira. ¡No hay que tomarse las cosas a la tremenda!

Akira se relajó de nuevo y dejó su barbilla apoyada en mi cabeza —era bastante más alto que yo— mientras los fuegos artificiales iban llegando a su fin. No podía asegurarlo, no me llegaba la vista, aunque creí sentir que estaba sonriendo, como casi siempre que estábamos juntos. Sonreía como si le hubieran contado un chiste privado, como si pudiera ver el futuro y supiera lo que iba a pasar, sonreía como las personas que no tenían nada que perder, pero sí mucho que ganar.

Y yo decidí romper otro pacto tácito, quizá el que más me dolía, el que podía hacer que mi felicidad se esfumase. No había que tomarse las cosas tan a la tremenda, después de todo.

Los fuegos artificiales cesaron y Akira dejó de abrazarme. Nuestro momento había pasado, no mi decisión. Me giré para enfrentarlo. Sus ojos negros tenían puesta toda su atención en mí; cuando hacía eso, parecía que el mundo a mi alrededor desaparecía y solo nos encontrábamos nosotros dos solos, en una urbe gigantesca como Tokio. Aunque algo debió notar en mi expresión, pues frunció el ceño preocupado.

—¿Cuándo piensas hablarme de Keiko?

Su expresión de preocupación se acentuó, y tuve el impulso de levantar la mano y alisar las arrugas que se formaron en su frente con el dedo índice. Respiró hondo tres veces, las contó, y con cada exhalación apretó un poco más los puños.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Tu madre me contó la historia.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó, con un tono de disgusto que no le había escuchado antes dirigido a mí.

—Aquí la que está enfadada soy yo, Akira, no tú.

—¿Por qué? ¿Qué más te da? —Sus preguntas me tomaron desprevenida.

Claro que me importaban. ¿No era evidente?—. Cuando quedamos, es porque soy tu obra benéfica, ya me has dejado claro en más de una ocasión que no te interesa nada más que para pasar el rato conmigo. Nunca has querido dar un paso más allá, ¿ni tan siquiera le has contado a mi hermana que somos amigos! Nunca quieres que esté contigo cuando hay más personas, solo con tu padre.

—Akira... yo...

—Siempre te busco, te espero, te acompaño, te asalto... en ocasiones. Le prometí a Keiko que la esperaría, pero por tu culpa estoy faltando a mi palabra. Hace unas semanas viajé para hablar con ella. No la conoces, es fantástica. Me ha comprendido y... bueno, no importa. Y yo lo primero que quise fue verte. Sin importar qué excusa utilizar.

Respiró hondo de nuevo, negó con la cabeza y cerró los ojos.

—No soy tu obra benéfica, ni tu amigo. —Abrió los ojos y los fijó en la multitud—. No tienes derecho a reprocharme nada.

Akira echó a andar y yo giré la cabeza para ver que mi tercer pacto tácito ya estaba roto: mis amigas, incluida Nanako, me miraron con los ojos como platos. Me encogí de hombros y salí tras él. Aki se había perdido en la multitud. Saqué el móvil e intenté localizarlo. Lo tenía apagado.

No estaba todo perdido, me dije sin cesar. Entre papeles con deseos y caras sonrientes, fui a buscar a Akira. ¿Dónde estaba? No se había podido ir tan lejos. Pero Tokio era como un monstruo durmiente, a veces respiraba con lentitud, como por las mañanas en las que acudía a clase, y, en ocasiones, como esos momentos, roncaba a pleno pulmón. Las personas se iban sucediendo, las caras iban pasando y yo no lo encontraba. Durante un instante, creí verlo en un chico con el pelo largo que tonteaba con su acompañante. No era Akira, gracias a Dios.

Me paré, tomé aire y la ciudad se me hizo grande, angosta e imposible. Sabía que no debería, pero me di por vencida. Intenté orientarme para llegar a casa, no era tan sencillo, la verdad. Akira estaba muy enfadado, ¿dónde podría estar? No podía presentarme en su casa sin más... o sí. Me puse a trastear con el GPS y alguien llegó corriendo a mi lado.

—Al fin te alcanzo.

Shou. Me había olvidado de Shou. Si existía un *ranking* de las peores citas de la historia, la nuestra estaría dentro. Ni me había acordado de él.

—Yo... perdona... es que...

—Te vi con Akira —dijo, mientras un grupo de chicas pasó por nuestro lado entre risas. La gente seguía andando, viviendo, amando, mientras yo estaba en ese mismo instante frente a mi cita, a la que no le había hecho ni caso, con la cabeza puesta en otra persona—. Vamos, te acompaño a casa y hablamos. Creo que tienes que saber quién es.

—¿Akira?

—Sí.

Shou sabía dónde vivía, en alguna ocasión lo habíamos hablado. Al parecer, una tía suya tenía una casa cerca de la mía. Así que nos pusimos en marcha, y me fie de su orientación y de que hubiera nacido en Tokio. Sí, de eso también.

Era tarde, y descarté la idea de pasar por casa de Aki. Al día siguiente aclararíamos todo lo ocurrido. Podría escuchar a Shou, aunque poco me podía decir él que cambiase mis sentimientos. Parecía claro que su interés por tener una cita conmigo era mantener esa conversación. ¿Hasta ese punto llegaba la animadversión de Shou por Kira?

—Conozco a Akira desde la escuela primaria. No sé si lo sabes, fuimos amigos durante un tiempo. Luego nos separamos. Esa historia no viene al caso, perdona. La cuestión está en que yo también soy amigo de Keiko, la novia de Akira, y no sé qué hacer con respecto a vosotros dos.

—No hay un nosotros, Shou, te lo puedo asegurar.

Observé cómo me miraba con una sonrisa sincera, como si creyera que no le mentía, pero a la vez no pudiera creerme. Como ya había dicho, era una persona transparente.

—Lucy, siempre he tenido mis sospechas. No quiero pensar mal, creo que he tenido la ocasión de conocerte durante estos meses y no creo que lo hagas por maldad.

Si por algo se caracterizaba Shou, era por su forma de hablar formal, pausada y pensando cada uno de los pasos que quería dar. En el club de tenis, cuando tenía que explicar un movimiento a alguno de los miembros más torpes, lo hacía con mucho tacto y de una forma que parecía que ellos le explicaban algo a él.

—Te gusta Akira —dijo sin rodeos, y eso me asombró. No era nada habitual en su cultura ni en él—. No eres la única, al noventa por ciento de nuestro instituto le gusta Akira.

—Y a ese mismo tanto por ciento le gustas tú. —No supe por qué le respondí eso, quizá era una forma de defenderme, atacarlo, creer que todo lo que me decía era por celos, por Keiko, no por mí. Su forma de nombrarla era especial.

Shou se encogió de hombros y siguió con su charla.

—Pero, al contrario de lo que ocurre con el resto de chicas, Akira sí te hace caso. Y eso me preocupa. Keiko no se lo merece y, déjame que diga esto, tú tampoco.

—Si intentas decirme que Akira está jugando conmigo...

—Eso es lo peor, Lucy, creo que no está jugando contigo, creo que solo no sabe qué hacer contigo.

—¿Cómo dices?

—Akira está dividido entre la relación y la lealtad a Keiko y el amor y la atracción que siente por ti. Lucy, tienes que elegir: ir en serio con Akira y romper su relación o dejarlo en paz y seguir con tu vida.

Capítulo VI

Sonríe solo para ti

Desde que convivo con el dolor físico, aprecio más los momentos en los que no pasa nada. Ni bueno ni malo. Cuando abro los ojos por la mañana, no sé dónde estoy, quién soy ni qué ha pasado en mi vida.

Esos instantes de confusión me hacen sentir bien.

Luego me muevo un poco y el dolor comienza a rondar, primero como un eco lejano; en mi cabeza, lo comparo con un coche con la música a todo volumen. La escuchas de lejos, no puedes distinguirla, pero, cuanto más se acerca, mejor puedes identificarla. En mi caso, el dolor puede ser soportable, paulatino, en un punto medio, agudo o insoportable. Con la música es igual, mientras el coche se acerca, se puede identificar la melodía.

¿Es aquella canción que no paran de poner en la radio? ¿O es esa que tararea mi compañera de universidad? ¡Ah, ya lo sé! Es una vieja canción de *rock'n'roll*.

Y, para mí, esa vieja canción de *rock'n'roll*, parece un disco rayado.

Creo que soy adicta a las pastillas. Bueno, ya va siendo hora. Hay días en los que preferiría no salir de la cama, pues pienso en todo lo que va a pasar: las caras de pena, la inutilidad y la angustia. Cierro los ojos y me imagino en un prado hasta que mi abuela aparece por la puerta tatarando la misma canción de todas las mañanas y me hace empezar el día. Otras, simplemente, no le hago caso.

Mi fisioterapeuta, la nueva novia de turno de mi tío David, no para de contarme historias de casos de chicas resplandecientes, con muy buen humor, que llegaron a tener una vida normal y a soportar los avatares de la vida. Venga, perfecto, yo no soy así. ¡Bien por ellas! A mí me importan todas una mierda. Es muy repetitiva, sé que lo hace por mi bien, aunque creo que ya soy mayor para saber qué es lo que me viene mejor.

Desde mi cumpleaños, mi padre me llama todos los días y, todo sea dicho de paso, mi madre se comunica más que en años. Mi padre nunca me habla de mi vida anterior, de Nanako, de Shou o de Akira. Nunca. Solo un poco de la suya y me anima a seguir con la mía. Nunca habla de la decisión de apartarme de Tokio. Yo pienso mucho en ella, aunque tampoco se lo digo.

Pero ¿qué haría yo en estos momentos en Tokio?

Lo mismo que en España, sin mi abuela, sin mi tío, sin Maca ni Jorge.

Creo que ya he dicho que odio diciembre. La culpa la tiene mi otra vida, mi

otra vida sin pastillas, mi otra vida con Akira. Con diciembre y enero como meses mágicos. No quiero hablar de febrero.

Desde la fiesta de mi cumpleaños, Maca y yo hemos pasado casi todas las tardes juntas; digo *casi*, ya que el resto las he compartido con Jorge que, tras su desliz, no ha vuelto a sacar el tema. Cuando él está en casa, mi abuela se pasea por el salón limpiando motas de polvo imaginarias, nos trae delicias caseras para comer y nos vigila como si, de un momento a otro, nos fuéramos a meter mano. En algunos momentos es adorable y, en otros, vergonzoso.

Jorge y yo tenemos muchas cosas en común, lo he descubierto gracias al tiempo que hemos pasado juntos en los últimos meses. En alguna ocasión ha intentado invitarme al cine o al teatro, de forma sutil, casi como si no lo estuviera intentando.

«Me han hablado de una obra...».

«Tengo unas entradas para esta noche en el cine...».

«Creo que deberíamos ir a una exposición...».

Y, aunque siempre se encuentra con un «no» por mi parte, él insiste. No se da por vencido conmigo. Y se lo agradezco, pues el tiempo con Jorge cada vez es más importante para mí. Nunca me pregunta por cosas que duelen, me deja hablar sin indagar, algo que, sin duda, lo convierte en una persona especial. Sus ojos grises, inexpresivos en casi todas las ocasiones, me traspasan. Me parece muy curioso que sea una persona que transmite más con los ojos cerrados que abiertos. Es tranquilo, pausado, y, cuando pierdo los nervios por el dolor o por un mal día, sabe cómo hacerme sentir mejor, que me olvide de lo malo y centrarme en lo bueno. En muchas ocasiones hemos acabado sentados en el sofá viendo alguna película, mientras mi abuela nos vigilaba desde su mecedora entre ronquidos mal disimulados.

A su lado me siento bien, cuidada. Me entiende. Sin embargo, me cuesta mucho ver más allá de nuestros momentos de complicidad. No soy tonta, cada vez veo más señales en Jorge, y las bromas de mi tío David también ayudan. Aunque no ha dado ni un solo paso más allá de la amistad que mantenemos.

Pienso en él bastante más de lo normal últimamente, ya que se ha marchado al pueblo de sus abuelos para celebrar la Navidad y así va a ver a una de sus hermanas, de la que me ha hablado mucho, que vive en Nueva York. Volverá para Nochevieja.

Su tranquilidad, nuestro tiempo juntos... lo echo de menos. Y siento como si mi mundo estuviese del revés.

Por supuesto, también me acuerdo de Akira, todos los días. De las últimas fiestas que pasamos juntos, de lo lejos que está ahora la felicidad. Es por eso que no quiero ver a nadie en Nochebuena; mi abuela no ha querido discutir mucho

mi decisión, la verdad es que me ha sorprendido. Yo solo me he encerrado y me he metido debajo del nórdico con la única intención de no llorar, solo dejar pasar el tiempo.

Antes de la cena, que se celebra en casa de uno de mis tíos, escucho cómo la puerta se abre, y el inconfundible olor del perfume de la abuela Concha entra en la estancia. Seguro que se ha puesto guapísima; no le hace falta, ella siempre está igual de preciosa. Escucho sus pasos, y se sienta en mi cama.

—*Lucini* —me llama como cuando era pequeña y comencé a vivir con ella —, despierta, guapa.

Asomo la cabeza por encima del edredón. Solo los ojos y la nariz.

—*Lucini*, cuando se murió tu abuelo, yo no podía seguir adelante con mi vida, como te pasa a ti...

—Akira no está muerto.

—Vale, vale... pero, cuando se murió tu abuelo, creí que nunca lo iba a superar, que todo me vendría grande. Tú no lo llegaste a conocer, le hubieses encantado. —Siempre dice lo mismo—. David era pequeño, casi un bebé, y me encontré desesperada.

Saco la mano de la seguridad de la manta y cojo la suya. Lleva varios anillos. Los reconozco solo con el tacto, siempre son los mismos: las dos alianzas, la suya y la de mi abuelo, y el anillo de plata, simple y con el dibujo ya perdido en el tiempo, de su quinto aniversario; mi abuelo no podía permitirse nada más.

—Así que puedo decirte una cosa, *Lucini*: nada volverá a ser igual. Nunca. Atesora bien los recuerdos aquí. —Me toca la frente con el dedo índice de la mano que no le tengo cogida—. Y volverás a ser feliz, sí, pero de otra manera.

En ese momento, me recuerdo a mí misma que no, no quiero llorar. Aprieto los labios y parpadeo varias veces.

—Abuela, eres la mujer más fuerte que conozco, tú podrías superar cualquier cosa. Yo, en cambio... lo intento, te juro que lo intento.

—Te voy a contar un secreto: Claudia es la nieta que más se me parece físicamente, es evidente, pero tú has heredado mi carácter, mi cabezonería y un poco de mi forma de ver la vida. Si alguna tiene esperanzas de salir de casi cualquier escollo de la vida, esa eres tú, *Lucini*, te lo aseguro.

»Y ahora me voy a cenar con la familia. Esta vez te lo perdono, todo el mundo necesita momentos para olvidar y para lamerse las heridas. Aunque es la última vez. Te lo prometo, volverás a ser feliz de otra manera.

Mi abuela me da un beso en la frente, me arropa y se marcha. Dejando su olor en la estancia. Cuando cierra la puerta, dos lágrimas asoman, no las deajo salir.

Ya nada volverá a ser como antes. Seré feliz de otra manera.

Como dice la abuela Concha.

Igual que mi abuela es comprensiva y me deja esta noche tranquila, el tío David no se lo toma nada bien. No comprende que yo no quiera celebrar nada. Antes tenía una familia, Akira y yo éramos una familia. Mis fiestas las pasaba con él, mi vida transcurría con él... ¿De verdad cree que puedo *superarlo* en tan solo unos meses, menos de un año? Hay cosas que no se superan nunca.

Aunque no siempre lo comprende, si por él fuera, yo ya me habría acostado con Jorge y habría pasado página. ¿No entiende que yo no puedo pasar página? He perdido la felicidad por el camino, no se recobra solo con la intención de hacerlo. No sé, realmente, si se puede recuperar.

Y, como no me entiende, ha comenzado una guerra contra mí, y lleva sin hablarme desde hace unos días, desde que anuncié que, para mí, la Nochebuena se cancela. Los enfados con mi tío no duran mucho. Es por eso que, esta noche, tras la visita de la abuela, horas más tarde, tras su vuelta de madrugada, cuando entra en mi habitación y me echa en cara mi actitud de niña malcriada, casi respiro con tranquilidad. Al parecer, mi ausencia en esa celebración tan señalada ha hecho llorar a mi abuela Concha. Lo que ellos no consiguen comprender es que no voy a ir a cenar a casa de ninguno de mis tíos, con mis perfectos primos sin muletas. Ellos no tienen la culpa, la tengo yo. Y no, no voy a ir.

—Lucy, no me gusta discutir contigo. Tienes la oportunidad de olvidarte de lo ocurrido, deberías rehacer tu vida y eso empieza mañana, ¿me oyes? —Como al entrar no ha encendido la luz, me hago la dormida—. Vas a levantarte para la comida de Navidad.

Mi silencio parece ponerlo más nervioso de lo que está, le gusta la situación tan poco como a mí.

—Si no comes con nosotros, te rompo la otra pierna.

Tras amenazar la integridad física de uno de mis miembros, se marcha por la puerta y la cierra con tanta delicadeza que sé que ya no está enfadado.

Tras las dos conversaciones, por la mañana, intento tener buen aspecto, buena actitud y portarme como la nieta que mi abuela quiere tener. Pobre. Se merece algo más que yo, sin duda.

Tengo multitud de tíos y primas, no somos una familia unida, cada uno tiene su vida y muchos de ellos viven fuera de la ciudad. En ocasiones nos reunimos todos y es imposible hacerlo en casa de la abuela Concha. Este año solo nos reunimos unos veinte. Comeremos por turnos, como en otras ocasiones.

En los aperitivos con mis primos, creo que me voy a marchar. Sin embargo,

intentan hacerme pasar un buen rato, me preguntan por mis viajes, por lo que estoy haciendo y por lo que quiero hacer.

No del accidente, no por Akira.

Y yo se lo agradezco con contestaciones agradables y algún que otro casi chiste que les saca unas sonrisas. Somos de edades distintas, muy dispares, con las vidas casi hechas. Como el tío David no ha tenido hijos, yo soy la más pequeña por meses, y por eso no he podido tener una infancia con los mayores. No estamos muy unidos, pero aprecio que se preocupen por mí.

En casa de mi abuela hay dos comedores, uno donde hacemos vida y el otro que está reservado a las visitas y a los momentos especiales, como este. Cuando acabo de comer, decido ir al otro comedor, donde se encuentran los mayores, los tíos y la abuela.

Estoy de muy buen humor, me ha alegrado conectar con ellos y creo que me viene bien pasar un rato con mi familia. Sin embargo, todo se va al traste cuando una de mis tías, ignorando mi presencia y toda precaución, se pone a hablar de nosotros, de mi padre y de mí. Y no se puede decir que mi entrada sea, justamente, muy silenciosa.

—La niña no tiene la culpa de ser una bala perdida, su madre siempre ha sido un desastre y la culpa la tiene su padre por consentirla. Pero ¿qué se puede esperar de la mezcla de dos personas así? Tu hermano siempre fue muy especial, Ginés, deberías saberlo. Y la niña... perdida por la China, pues ha salido rara. Y con instintos...

—Japón —digo muy cabreada—. Mi padre, el especial, me llevó a Japón, donde, por cierto, hablar de otras personas sin estar presentes es de muy mala educación, ¿no lo es en España?

—Perdona, yo creí que no... —La frase muere en los labios de mi tía, que siempre ha sido una cotilla.

Podría decirle tantas cosas... aunque prefiero callarme, no gano nada gastando mi tiempo y mi vida con ella. Me vuelvo a encerrar en mi habitación con la certeza de que debo cuidar muy bien a las personas que todavía están a mi lado, como mi padre, el tío David o la abuela Concha.

Así que, sin pensármelo, enciendo mi móvil y respondo a un mensaje de Maca al que ya había dicho que no, y ahora que sí. Solo espero que no sea muy tarde.

No sé quién está más ilusionado con que salga en Nochevieja: mi abuela o Maca. David no lo tiene nada claro, para él una cosa es que vaya a cenar a casa de unos

amigos y otra muy distinta que pase toda la noche fuera. Nadie le hace ni caso, claro está. No sé de dónde ha sacado ese instinto protector que, hace tan solo unas semanas, se encontraba fuera de combate. Se lo habrá pegado mi padre... el mismo que esta noche comerá fideos para tener una vida más larga, verá el típico programa de la tele japonesa y, al día siguiente, buscará un lugar elevado para ver el primer amanecer del año. Sí, tal y como hice yo el año anterior. En mi otra vida, con mi otro yo.

Acepté acudir, pues la fiesta se celebra en el mismo barrio donde vivo, a pocas paradas de metro. Los amigos de Maca que ya conozco y otros cuantos van a cenar, se tomarán las uvas y pasarán una noche juntos. Bien, algo que yo, mi cojera y mis pastillas podemos soportar.

No es muy glamuroso salir en fin de año con muletas, lo sé y lo acepto. Mucho peor sería quedarme en casa viendo con mi abuela el especial que ponen por televisión todos los años con cantantes casposos y chistes manidos. Solo tomo la opción más digna.

Maca y yo llegamos a casa de Toni, un amigo suyo de la carrera, cerca de las diez de la noche. Y, por supuesto, ya casi todo está preparado. Llegamos tarde por mi obsesión de viajar en metro. Me siento algo cansada en una silla, Maca se sienta a mi lado y saludo a todos con una sonrisa forzada. Jorge me saluda desde la otra punta de la mesa y sigue hablando con Pilar, una compañera de Maca que me cae muy bien. En general, todas las personas de la mesa, que son unas doce, son bastante agradables. Luego llegará más gente, y no sé qué vamos a hacer en ese piso que, aunque grande, no lo parece con tantas personas.

Durante la cena, me entero de que no todos van a tomar las uvas con nosotros, sino que algunos tienen planeado ir a la Puerta del Sol, salir en la tele y dispersarse por Madrid, como Jorge. Otros, entre los que me encuentro, nos quedaremos en el piso, y yo intentaré pasar la noche con toda la elegancia que me da el ser una lisiada. Ninguna.

—¿No te importa que Jorge se marche? —me pregunta Maca con una copa en la mano y con la vista en la puerta, donde se están despidiendo.

—No, claro que no.

—¿Por qué eres así con él? No, no alces las cejas en modo interrogación, lo sabes muy bien.

Maca le da un trago a su copa y yo sonrío. Sí, lo sé. Desde mi cumpleaños, desde que comentó que a él le gustaban las cosas rotas, como yo, Jorge no ha intentado dar un paso más allá, pues yo no lo he dejado, he puesto una barrera. ¿Qué le voy a decir? Es un chico guapo, simpático, con un punto melancólico que me hubiese fascinado en otro momento de mi vida. Es tranquilo y divertido. Tan distinto a Akira en algunos aspectos, y en otros tan igual. No le guardo la

ausencia a nadie, es algo difícil de comprender, lo sé. Es solo que no puedo dar un paso sin mis muletas emocionales, que son mis recuerdos de otra vida que me gusta mucho más.

Maca desiste y se marcha en busca de más gente. Lo malo de no poder andar con soltura es que la gente, en ocasiones, tiene que venir a ti, aunque no me siento desplazada en ningún momento. La medianoche llega con su ritual de uvas, presentadores horteras y/o de moda, su atragantamiento y las risas por terminar o no terminar con la tradición.

Por unos momentos soy feliz. Simplemente con estas personas que casi forman parte de mi vida. Alguno incluso llega a bromear conmigo sobre mi estado, y lo acepto. El nuevo año llega y yo no puedo cambiar de forma radical, pero sí puedo intentar pasar un buen rato.

Comienzan los juegos de beber, y yo no puedo participar. Pongo de excusa mis pastillas obligatorias, todos lo entienden y continúan. Bueno, no es tan divertido como cuando estás involucrada, pero, aun así, logro sonreír sin esforzarme.

El dueño de la casa, Toni, tiene los ojos puestos en Macarena, aunque ella no se entera. Es algo que creo que pasa desde hace tiempo, pero no tiendo a meterme en la vida de los demás; suficiente tengo yo con la mía. De hecho, es una pena, ya que es muy atento, y Maca no se da cuenta. Mi amiga tiene esa actitud perdida, bondadosa, a la que cualquier cosa le viene bien y no comprende del todo las formas negativas de la personalidad. Si fuéramos objetos, ella sería un árbol de Navidad con multitud de regalos a sus pies, luces preciosas de colores, adornos que nos evocan la niñez y la felicidad. Yo sería una botella de cava rota, es decir, el recuerdo de tiempos mejores.

Me divierto con las tonterías que sueltan, somos tan pocos en el salón que decidimos unirnos en un solo grupo. Me pierdo un poco en sus anécdotas de la universidad y tengo un pinchazo en el pecho al recordar las mías. No cuento ninguna, no vendría a cuento, aunque me hace pensar en cómo debería cambiar mi vida, a mejor. Debería plantearme nuevas metas este año nuevo. Parece un gran cliché, pero no quiero centrarme en lo típico: dejar de fumar, porque yo no fumo, o apuntarme al gimnasio, porque el día que pueda andar con soltura, ya pensaré en ellos. No, voy a plantearme cosas más cotidianas: retomar mi carrera, mi vida, mi rutina y, por qué no, la alegría.

Cuando el nivel de alcohol sube, deciden que me tengo que unir, aunque sea a chupitos de zumo. Por supuesto, con los calmantes no puedo beber y, en ocasiones, me encantaría, pero no quiero que pierdan su efectividad. La razón de querer que me una a ellos es que todos quieren saber qué vida sexual tiene una chica tullida con muletas.

—No me hace falta zumo de ninguna clase para responderte a eso, Carol —le digo a la chica que va más borracha y que me formula la pregunta—: ninguna.

Todos estallan en risas, sé que les parece una broma y se ponen a especular con mi vida y mis muletas. Al parecer, tengo una faceta secreta que ni yo misma conozco. Consigo reírme con ellos y así es como me pilla Jorge, que vuelve al piso con otras personas.

Sus amigos lo saludan algo sorprendidos, y la pregunta es la misma por parte de todos: «¿No se supone que te ibas?». Algunos alzan las cejas, otros hacen gestos. Es divertido ver cómo no tienen reparo en decirse las cosas a la cara. Se sienta a mi lado, parece nervioso. Con su llegada y la del resto, el piso se vuelve a llenar de gente, y el pequeño grupo se disuelve.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto yo también—. No me puedo creer que Madrid sea un muermo en Nochevieja.

—Lo es, un poco sí lo es.

—Pues has venido al sitio correcto, aquí se lo están pasando genial.

—¿Se lo están pasando? —pregunta casi con preocupación—. ¿Tú no?

—Tranquilo, policía de la diversión. —Levanto las manos a modo de broma, no quiero una niñera, necesito un amigo—. Mis pastillas y yo hacemos lo que podemos.

—Eso está mejor... ya sabes, año nuevo...

Está tan raro que hasta yo puedo ver las señales que me manda.

—Ven —me tiende su mano—, quiero hablar contigo.

Miro su mano extendida y a mi cabeza se vuelcan otros momentos, otras emociones, otros tiempos. Otra mano. Parece que mi vida hubiese sufrido una herida a la mitad. Antes de ella, yo era una persona, ahora soy otra. Como no ha cicatrizado, como sigue latiendo, yo no me puedo despedir de la antigua Lucía ni puedo ser la nueva.

—No.

Lo miro a los ojos y pienso: «Mierda, joder, mierda, le voy a hacer daño». Aunque convivo a diario con el dolor físico, puedo decir que, en ocasiones, el dolor emocional es peor, y yo no se lo quiero infligir a nadie.

Jorge cierra los ojos por un instante, esos segundos transmiten en su cara el mismo dolor que llevo yo soportando meses. Akira no es el causante de todo lo que me pasa, he asumido que el pasado no va a volver, el daño me lo hago yo. Por eso no puedo, me niego a ser el epicentro de la angustia de alguien que me importa.

No de la suya, no quiero hacerle daño a él, con el que me he reído cuando no tenía ganas de nada. Él, que me ha sacado de mi caparazón a machetazos. No, no le puedo hacer daño a él.

—Vamos a dar un paseo —le digo muy seria, casi con solemnidad.

Frunce el ceño. Sí, lo sé, una tullida estúpida con muletas no puede dar un paseo. Pero sí puede bajar al portal de la casa y tener algo de intimidad. Si nos metiéramos en una de esas habitaciones, no quiero ni pensar el follón que darían sus amigos... nuestros amigos.

—¿Estás segura...?

—Necesito que me dé el aire.

Solo aviso a Maca, que casi da saltos de alegría cuando me ve con Jorge. Si alguien tiene fe en las personas, esa es Macarena. En Nuncajamás sería un hada; en el País de las Maravillas, una asidua a los no cumpleaños, y en la Tierra Media, el *hobbit* más feliz de la Comarca. Tengo mucho tiempo libre para leer.

Nos despedimos del resto con la mano, escucho algún que otro cuchicheo a nuestras espaldas y cerramos la puerta con un par de sonrisas tímidas. Nos metemos en el ascensor sin mediar palabra. En la cercanía, puedo oler el alcohol de sus labios, por un segundo creo que todo saldría mejor si hubiese bebido y tuviese esa excusa.

Al salir a la calle, hace mucho más frío del que esperaba y los dientes comienzan a castañetearme. La absurda idea de sentarme en el portal de la casa me parece cada vez más la primera chorrada que sale de mi boca en este nuevo año que empieza. Jorge se ríe, sí, se ríe, el muy idiota, y señala con la cabeza su coche.

Me quedo paralizada, como si una señal de alarma se posara en mi cabeza, roja, dando vueltas, y me dijera que montarme será la segunda tontería más grande que podría hacer. Respiro hondo, una, dos, tres veces... no pasa nada. Solo soy yo y mi estupidez.

Apago la alarma.

Me siento en el asiento de atrás con mucha dificultad, todavía me llama la atención que los coches se conduzcan por el lado incorrecto en España, ¿o es el correcto?

Jorge enciende la calefacción y se sienta conmigo, a mi lado. Se frota las manos y me mira con picardía.

—Por si quieres hacer manitas.

No he bebido ni una gota de alcohol, pero me río como una imbécil y le doy en el hombro. No es un momento tenso, es un momento divertido, no me lo puedo creer. Lo miro de reojo y sé que él podría estar con cualquier chica del piso de la fiesta. Con cualquiera, incluso con Maca, si se lo currara un poco. Tiene esa forma de hablar, esos ojos grises profundos y esa perenne barba de dos días medio afeitada y medio no, que te dan ganas de deslizar el dedo por su cara y llevarlo a sus labios y...

—Hablemos. —Le sonrío, no puedo seguir con esos pensamientos—. ¿Qué tal tus fiestas en familia?

¡Bien por mí y por mi manera de romper el hielo! ¿Podía preguntar algo más tonto?

Jorge pone cara de que lo último que quiere esta noche, en el asiento trasero de su coche, es contarme cuántos polvorones se ha comido o si su familia se peleó por las gambas en Nochebuena.

—Eh, muy bien. Vino mi hermana Laia con su novio, ya te conté que viven en Nueva York y tal. Me han invitado, a mí y a mi otra hermana, a visitarlos. Creo que debe de ser genial vivir en la Gran Manzana.

—Sin duda, Nueva York es uno de esos sitios a los que tengo que ir algún día. —Bien, conversación neutral. Puedo dejar de mirar sus labios cuando habla y cómo los humedece con la lengua.

—Pues vente conmigo. —Se ríe, como si hubiese contado un chiste hilarante.

—¿Qué pasa? ¿Qué me he perdido?

—No quieres ir ni a tomar un café fuera de tu casa conmigo a solas... no vas a venir a Nueva York...

Niega con la cabeza, como dando por hecho que todos sus esfuerzos, por grandes o pequeños que sean, no pueden acabar bien. Aunque lo intenta, él siempre lo intenta.

Hace casi un año desde lo ocurrido. Casi un año sin Akira. ¿Sería tan malo darle una oportunidad a Jorge? Poco a poco, sin prisas. Puedo estrenar con él el año. La primera buena decisión, la primera mala decisión, el primer café fuera de casa, la primera caricia...

—No estoy preparada para dar un paso así. Quizá para un café...

—Cuando quieras, querida —dice con seriedad, como si fuéramos a firmar un armisticio de guerra, pero con una mirada pícar—. ¿Cuándo querrías...?

—Tengo ganas ahora de un café, amor.

Él dice la verdad, yo no. Tengo ganas de algo más que un café. No sé dónde han salido esos «querida» y «amor».

—Podemos ir a mi casa, tengo café, tengo el que quieras —comenta, casi cruzando los dedos, con un tono de esperanza precioso.

—¡Vaya! Un chico me invita a café el uno de enero de madrugada. Debo de ser la cita más aburrida de la historia.

—Es la única vez que me dejas acercarme de verdad. No voy a perder la oportunidad.

El tono jocosos termina con esa frase, con dieciséis palabras y una propuesta.

Quiero hablar, necesito hablar, debo contarle lo que pasa, lo que siento, lo que no puede ser. ¿No puede ser?

—Perdona, he sido brusco. Lucy —me llama como mis personas más cercanas y eso me hace sentir como en casa—. Déjame decirte una cosa: no quiero cuidar de ti, no quiero ser tu niñera, tu enfermero o quien te diga lo que tienes que hacer. Durante meses te he estado conociendo, te has metido en mi piel, en mi vida y eres una parte importante. No sabía a qué me enfrentaba contigo, ¿qué te pasó en Tokio? ¿Qué te hizo encerrarte? Así que se lo pregunté a Macarena.

Abro los ojos desorbitadamente, no tiene derecho a contarlo, no tiene ni el más mínimo derecho a hablar de algo que no entiende, que no siente, que no es suyo.

—No te enfades con ella, por favor. Es cosa mía, la he acosado para que me lo contara.

Respiro hondo y, sin querer, comparo a Jorge y a Kira. Tan distintos, pero dos personas que han pasado a ser importantes en mi vida. Mientras que Akira es más callado, jamás se metería en la vida de nadie y es incapaz de engañarme, a Jorge lo veo más parlanchín, con esa seguridad que le da a la gente que sabe que cae bien en toda situación y que le da derecho a hablar de cualquier tema y con una habilidad pasmosa para esconderme información. Esto último no sé si achacárselo a él o a mi puñetera actitud de mierda, que saca lo peor de él. También es una pena que, para acercarse a mí, tenga que utilizar a Maca, pues yo no le he dejado ni una rendija por la que asomarse.

Se merece mucho más.

—¿Por qué no me lo preguntaste a mí?

—¡Lo he intentado mil veces! Mientras dábamos clases de japonés, y siempre cambiabas de tema. Me volví loco, no por averiguarlo, por intentar comprenderte. Lucy, déjame entrar. Déjame ser parte de tu vida. Akira no va a volver.

Escuchar el nombre de Aki de su boca es como una herida física.

Abierta. Sangrante. Viva.

—No lo entiendes. Todo lo que me puedas decir ya me lo han dicho antes mi padre, mi tío o Maca. Y lo sé. El problema es que todos os centráis en él, no en mí —le digo mientras me miro la rodilla mala, la enferma, la que no me deja andar. La que me recuerda paso a paso todo lo que soy.

—Yo siempre me he centrado en ti... Solo me centro en ti. A él no lo conozco. —Se encoge de hombros. Un gesto que, por su mirada algo perdida, parece hasta infantil—. Solo quería saber qué había pasado para comprenderte. Hay momentos en los que te olvidas de todo, sonríes y creo que el sol ha salido por el lado opuesto, todo cambia a tu alrededor. Esos días, solo quiero besarte y, para mi desgracia, no lo he hecho ni una sola vez.

Noto cómo una mano de Jorge se acerca a mi cara, realiza el mismo itinerario que mi dedo quiso seguir por su rostro minutos atrás. Primero me roza la mejilla, sigue lentamente hasta mis labios y los entreabro para dejar que juegue con ellos. Sé lo que va a pasar, me fascina lo que va a ocurrir. No quiero cerrar los ojos, así que lo veo acercarse y siento sus labios incluso antes de que rocen los míos. Su respiración se mezcla con la mía y no me toca más. Solo un beso profundo y sincero. Tiene los ojos cerrados y yo los tengo abiertos. Quiero ver lo que pasa, lo que siento. No recibo un beso desde hace casi un año. No uno así, desde luego. Al principio me aparto un poco, ¿que él me bese borrará la marca de Akira en mí? No lo sé y, aun así, tengo ganas de seguir, de notar cómo es rozar mi cuerpo con el suyo. Y me sorprendo al darme cuenta de que el cuerpo se calienta, se despierta, como si hubiese estado entumecido durante mucho tiempo.

—Estás helada —me dice mientras me abraza, y yo le dejo—. Vamos a mi casa.

Doy un respingo, aunque asiento con la cabeza. Nos sentamos en la parte delantera, en mi caso con algo de torpeza. No decimos ni una palabra. Cuando Jorge gira la llave y hace contacto, se enciende el equipo de música, un dial cualquiera nos da la bienvenida en la radio con *África*, de Toto, una canción que no me gusta mucho, pero que llena el coche y el silencio que nos inunda. No decimos ni una sola palabra durante el trayecto. Yo estoy muy nerviosa y creo que él no quiere decir nada que pueda hacer que yo cambie de opinión, lo noto como conteniendo el aliento.

Es la primera vez que voy a la casa de Jorge. Sé que vive con un compañero que ahora se encuentra en el piso de Toni con el resto de nuestros amigos. Es un piso pequeño, con dos habitaciones, oscuro y desordenado. Nos vamos a su habitación directos. Bueno, más bien él me guía hasta llegar a su habitación sin tropiezos. Ninguno de los dos quiere hablar de más, cada palabra, esta noche, está contada, por miedo a romper el momento, el encanto. No siento el dolor punzante de esta mañana en el cuerpo; no, más bien me siento como si fuera indestructible, como si fuera... normal. Me acuesto con él en la cama. En espacios tan reducidos y con poco movimiento, vuelvo a ser una mujer que siente, quiere, ama y necesita calor humano.

Los dos tumbados, uno al lado del otro, nos miramos. Existe menos de un palmo de distancia entre mi cara y la suya. Jorge la sorteas y, cuando empieza, no para de besarme y acariciarme. Yo soy algo más tímida y no sé qué hacer, es como si hubiese perdido algo de mi audacia en el camino. El tacto de Jorge es cálido, suave, me despierta sentimientos encontrados.

Todo va muy bien, con algo de timidez le levanto el jersey que lleva, él se lo quita en cuestión de segundos. Hace algo de frío en el piso, aunque con él tan

cerca, es como mi fuente de calor personal. Mi camiseta tarda algo más en desaparecer. Jorge me mira de arriba abajo; en un momento, casi sin pensar, los dos nos hemos quedado en ropa interior y volvemos a besarnos con una urgencia que me asusta.

Lo abrazo más y noto todo su cuerpo pegado al mío, en casi todas partes, salvo las que tapa la ropa interior. Noto como desliza sus dedos por mi espalda, con lentitud, que choca con la urgencia de nuestras bocas. Esa mano se deshace de mi sujetador en cuestión de segundos.

Solo faltan dos prendas.

En ese momento, empiezo a sentirme mal, como si estuviera engañando a una parte muy importante de mi vida. Como si me estuviese engañando a mí misma. Creo que él nota que me he quedado quieta, ya que dirige sus besos a mis mejillas, a mi barbilla, a cualquier sitio que no sea mi boca, por si quiero hablar. Se queda en silencio, esperando a que yo le diga algo. Sus ojos grises, inexpresivos como siempre, se quedan quietos en los míos. Sus dedos se deslizan por mi torso. Levanta una ceja, parece que me quiere preguntar qué pasa. Como no reacciono, noto cómo su mano se desliza de uno de mis pechos a mis braguitas y comienza a colarse por ellas.

Aguanto la respiración, noto su erección pegada a mi muslo. Hace tanto tiempo que solo me centro en mi dolor que ni me he parado a pensar en mi placer. Cuando uno de sus dedos roza mi sexo, me estremezo, y él atrapa mi boca en un impulso. Noto sus movimientos, que me van volviendo cada vez más loca, más agitada. Una de mis manos se desliza para devolverle el favor, pero, antes de poder siquiera tocarlo, lo que se estaba convirtiendo en el preludio de un orgasmo acaba en un dolor punzante.

Me quedo quieta y de mi boca sale un gemido que él interpreta de forma extraña, pues baja el ritmo.

Con la mano que tengo casi en su piel, de forma instintiva, le sujeto la muñeca con fuerza y le susurro un «no».

No, no, no. Lo siento, pero no.

Él para al instante, imagino que molesto. No lo parece, a decir verdad. Decide respetar mi decisión, no insiste, solo me besa el pelo y se abraza a mí.

—Quédate a dormir, mañana te llevaré a casa.

Asiento con la cabeza, tengo un nudo en la garganta que no me deja hablar, y noto como él se dedica a acariciarme. Nos metemos debajo de las sábanas así, sin vestirnos. Jorge no para de mimarme, de tocarme, de intentar hacer que pase ese mal momento. Ese «no» que de nuevo nos separa.

Paso así la primera noche del año.

Y no pienso, ni por un instante, en dejarle una llamada perdida a Nanako.

Capítulo VII

Tras la oscuridad

El *Tanabata* se había celebrado el siete de julio.

Unos días después, habíamos tenido la ceremonia de clausura del primer trimestre, donde pude ver a Nana, que me saludó con la mano algo distante. No pude encontrar a Akira.

Habían pasado unas semanas desde el festival de verano, y no había sabido nada de mi obra benéfica favorita. Lo había intentado por todos los medios tecnológicos posibles, ya que no tuve fuerzas para acudir a su casa a la mañana siguiente, ni tan siquiera el día de la ceremonia de clausura, que fue el último que podría encontrarlo, pues era el mismo en que la familia al completo se había marchado a visitar a sus abuelos maternos. Tampoco había quedado con Nana, aunque ella sí me respondía los mensajes.

Esas semanas sin Akira se me habían hecho eternas, vacías, muertas... La única alegría había sido ver a mi abuela recuperada y a mi padre cada vez más cercano a Ayaka. Él también se merecía ser feliz.

La noche anterior, la familia de Akira y Nanako había vuelto de su viaje, lo sabía porque ella misma me había llamado para decírmelo y para informarme, palabras textuales, de una visita al día siguiente por la tarde. Me dio instrucciones muy concretas: «Prepara té, tenemos que hablar».

Por esa razón yo estaba histérica en el piso que compartía con mi padre, esperando a que sonara el timbre y pudiera hablar con ella. Lo cierto era que no hacía nada útil, solo daba vueltas y más vueltas por el salón. Nuestra amistad era algo muy importante para mí, quería que entendiera que mi intención no había sido que mi relación con Akira fuera un obstáculo y que, a causa de la misma, nos separáramos, aunque ocultarle ese dato no había sido la mejor idea que había tenido, la verdad.

Me senté en el suelo, cerca de la mesa camilla, y moví, por enésima vez, las dos tazas que había sacado para tomar té. Nanako siempre bebía té. Eran mis preferidas, transparentes, con un dibujo floral. Las recoqué, las puse en la forma perfecta. Una vez, dos veces, tres veces... ¿Cuántas formas perfectas existían?

Había decidido que lo mejor sería sentarnos en esa mesa camilla tan japonesa que había en mi salón, que me parecía más hogareña, más íntima, para crear un buen ambiente. Hacía poco que había puesto el agua a hervir. Sabía que haría

ruido, lo sabía, pero también que me asustaría como el noventa y nueve por ciento de las veces que la ponía para preparar una infusión. Y esa vez, con la cabeza en otro sitio, seguro que no sería la excepción. Respiré hondo y, cuando sonó el timbre, di un respingo y creí que mi corazón se iba a marchar a dar una vuelta por la manzana.

Me levanté tan nerviosa que casi me caí. Era mi amiga, no debía sentirme mal, solo tenía que intentar ser sincera. Tomé aire, me di unos segundos de calma y abrí la puerta. Llevaba un tiempo viviendo en Japón y todavía me seguía pareciendo extraño que las puertas se abrieran para afuera, era antinatural o muy confiado por su parte.

Tras la puerta, Nanako me esperaba con una sonrisa de oreja a oreja y, justo detrás de ella, con cara de pocos amigos, estaba Akira. Al que tanto había echado de menos, al que tenía tantas cosas que explicarle. Y él parecía no tener ninguna gana de estar plantado en mi puerta. Con las manos metidas en los bolsillos de unos vaqueros desgastados, me miraba tras el flequillo que formaba su pelo largo algo despeinado. Y no, no me miraba con anhelo o con pasión, no, me miraba con una mezcla entre enfado e incompreensión.

Me quedé boqueando en el marco de la puerta, como un pez que se hubiese emocionado con el señuelo de un rape y le pareciera la cosa más maravillosa del mundo, y eso, aunque el pobre no lo supiera, iba a matarlo.

Quizá tanto comer *sushi* me hacía pensar mucho en peces.

Antes de poder darles la bienvenida, la tetera se puso a gritar desde la cocina y, claro, cómo no, me asusté. Aquel día cualquier cosa me alteraba. Di un saltito, un respingo, los dos me miraron con el mismo semblante; eran hermanos, mellizos, y no comprendían a la loca que tenían delante. Los invité a pasar, intentando guardar las apariencias, y me fui corriendo a la cocina para retirar la tetera del fuego. Como ellos tenían que quitarse los zapatos antes de entrar –en Japón era de muy mala educación no hacerlo– me daba el tiempo justo para preparar otra taza y dejarlo todo en la mesa.

Como si siempre hubiese esperado la visita de los dos y no solo de Nana.

—Hola, Nana, A-ki... ra. —Lllamarlo Aki o Kira, de pronto, me pareció demasiado personal, íntimo.

—¡Lucy!

Mi amiga me dio un regalo, me abrazó y se puso a parlotear.

De todos los escenarios que me había imaginado desde su llamada el día anterior, ese no era el más probable. Parecía que todo estaba igual entre nosotras, que nunca le había escondido una relación de amistad con su hermano y que solo venía a contarme sus aventuras y desventuras con sus abuelos. El *Tanabata* no había existido. Punto. Ale. Locura.

—Uno de los últimos días en Kioto, mis abuelos nos llevaron a una pastelería y no he podido dejar de traerte unos *wagashi*^[xviii].

Nanako me instó a desenvolver el regalo, y apareció una caja muy bonita, de madera pintada con motivos florales; al abrirla, encontré unos dulces que era habitual tomar con té, por eso mi amiga había insistido tanto la noche anterior. Así que los dejé en la mesa y sonreí con algo de extrañeza. La situación no era incómoda, solo era inesperada.

—El viaje ha sido divertido, mis abuelos están bien y hemos podido ver a nuestros primos. Todo fantástico, todo...

Dejé de escuchar a Nana y me puse a pensar en la tetera y en que, si la hubiese dejado mucho más al fuego, hubiese explotado; bueno, no, pero eso parecía. Esa situación también nos iba a explotar a nosotros. Quisiéramos o no. Por algún lado tenía que salir toda esa energía que vibraba en el ambiente. No era mala, era intensa.

—Lucy... —Nanako me cogió de la mano y esbozó una sonrisa—, va a ser genial que seas mi cuñada —soltó, como si nada, con toda la intención de volverme loca.

—¿Qué? —grité.

—¡Nana! —la regañó a su vez Akira.

Los dos elevamos la voz al mismo tiempo. Nanako me miró primero a mí y luego a su hermano con cara de satisfacción. Me soltó la mano y se levantó. Con la expresión de quien había realizado un buen trabajo.

—Me voy, he quedado. ¡Que os gusten los *wagashi*!

Salió disparada por la puerta, no me dio tiempo a decir nada y, por segunda vez esa tarde, me quedé como una idiota con la boca abierta. ¿Me había contagiado con algún tipo de enfermedad que tenía como consecuencia una parálisis temporal de la voz aleatoria, en algún momento entre la noche anterior y esa tarde? ¿Funcionarían mis cuerdas vocales? ¿Qué me pasaba?

Escuché cómo Nana cerraba la puerta y nos quedamos solos. Akira y yo. El uno frente al otro. Los segundos pasaban como losas, yo no sabía bien qué decir, hasta que el conejo borracho que vivía en mi móvil sonó. Lo callé para que no molestara a ese silencio tan incómodo pero necesario que se había instalado entre nosotros. Estaba vivo, pesaba, era uno más para tomar el té.

El mensaje era de Nanako y no podía ser más extraño:

«Nunca me gustó Keiko-san, tan perfecta... Estoy feliz por vosotros, Lucy. No lo estropeéis.

PD: Si se pone tonto, llámalo al móvil».

Vale, gracias, ¿no podía ser más misteriosa?

—Akira, ¿qué le has dicho a tu hermana?

No me miró, no se inmutó. Solo tomó su taza y bebió con tranquilidad, con la mirada perdida en el ventanal del salón. Esos movimientos me pusieron mucho más nerviosa que si me estuviera gritando. Akira no gritaba, era verdad.

Mis nervios llegaron a su punto álgido cuando dejó la taza casi sin hacer ruido y decidió ignorar mi pregunta... ¿o se la estaba pensando? Bueno, daba igual, pues, si no decía algo pronto, le iba a tirar el teléfono móvil, con conejo borracho incluido, a la cabeza.

Justo unos segundos antes del desastre conejil, al fin se decidió a dirigirme la palabra, con ese tono pausado, profundo, que me hacía perder un poco el juicio.

—A estas alturas, ya deberías saber cómo es Nana. No hace falta que yo le diga nada o la aliente —soltó como si nada y se encogió de hombros.

Fui a replicarle alguna burrada, pero antes lo observé con detenimiento. Estaba nervioso, no sabía a dónde mirar. El Akira que yo conocía no titubeaba, sabía lo que tenía que hacer a cada minuto; lo que quería, por supuesto; te daba ánimos, te alegraba con una sonrisa y con la palabra justa, exacta. Tenía el don de saber cómo comportarse en cualquier situación y cómo salir airoso. Sin gastar una palabra de más. Por eso, su comportamiento, tan abierto y transparente a mis ojos, me extrañó tanto y me hizo cambiar de opinión. No enfadarme, sino intentar solo tranquilizarlo.

Tenía que quitarle de encima todo eso que se lo estaba comiendo por dentro.

Para bien o para mal.

—Nana cree que voy a ser su cuñada, ¿tienes algún otro hermano que no conozca?

Clavó su mirada oscura en mí, me dio la sensación de que me podía electrocutar con la energía de esos ojos. No dijo nada, solo se quedó sentado, conmigo, esperando algo. Entonces lo supe. Entendí qué estaba pasando casi como una bofetada en la cara.

Tonta. Tonta. Tonta.

—Tienes razón, no eres mi obra benéfica ni mi amigo. Kira... estoy tan confundida como tú.

—Yo no estoy confundido, ese es el problema —respondió como siempre, directo, conciso, sin subterfugios.

Como la última vez que lo vi, quería huir. Como si no pudiera destapar más sus pensamientos e ilusiones, como si ese fuera su límite, todo lo que me podía confesar. Se levantó. Lo encontré tan enfadado... y no entendía del todo la razón. En un acto desesperado, decidí llamarlo al móvil, tal y como me había dicho Nanako.

Akira se paró en seco, tenso; yo me levanté, me sonrojé.

Sonaba *Konya Tsuki No Mieru Oka Ni* desde algún lugar de sus pantalones.

Sonaba la que para mí era nuestra canción.

Y para Akira también. Al parecer.

Los primeros acordes, que me encantaban, hicieron que se me formara un nudo en la garganta. No era llorona, no quería llorar, así que hice lo único que se podía hacer para que no se desatase el llanto: me levanté y lo abracé. Con todas mis fuerzas. Por si mi cuerpo podía hacer que se quedara, por si podía contarle todo lo que yo no sabía ni cómo articular.

Al principio, no supo cómo reaccionar, y yo me apretaba cada vez más a su pecho. Hasta que él también se deshizo, como un ovillo, y decidió abrazarme a su vez. Me apretó, casi estrujó, y me dio la sensación de que el tiempo se movía conforme a los acordes de la guitarra que sonaba de fondo.

Cuando la música terminó, cuando la llamada llegó a su fin, nos dio igual, seguimos plantados en el mismo sitio, en el mismo espacio en mi salón. Casi sin respirar.

—Me arrepiento de una cosa, Rukia. —No sabía a qué se refería. Así que me dio miedo, tenía pavor de algo que no conocía, no quería que Akira me dijese que ahora no quería estar conmigo. Que se lo había pensado mejor, que se quedaba con Keiko y que lo nuestro había sido un lapsus, un desliz, un descuido, un desastre.

—No sé si quiero saberlo —susurré con toda sinceridad a su pecho, sin mirarlo a los ojos.

Se rio en silencio; lo noté por su cuerpo, todavía pegado al mío.

Su mano acarició mi barbilla y me hizo elevar la mirada. Me choqué con sus ojos, como cuando iba en bicicleta y me encontraba con un obstáculo al traspasar una esquina. De forma peligrosa e intensa. Me atropelló su mirada.

—Me arrepiento de haberle dicho a Nanako que te quería antes que a ti. No tengo perdón. —Se agachó hasta rozar su nariz con la mía, un segundo, un pequeño instante, para luego decir—: *aishiteru*^[xix].

Un día, hace un tiempo, había mantenido una conversación con Nana sobre la forma de decir te quiero de los japoneses. No lo decían casi, algo que me había extrañado. Mientras que yo le podía decir a mi padre «Adiós, te quiero» casi sin pestañear, para ellos utilizar el *aishiteru* era algo más sagrado o íntimo, solo se decía si de verdad se sentía. Ellos preferían demostrarlo, como había hecho Akira en ocasiones conmigo, y solo lo decían en situaciones muy especiales. Según me había contado, no querían que perdiera su significado al decirlo muchas veces. Se utilizaba como artillería pesada, cuando todo lo demás fallaba.

Y Akira me lo acababa de decir a mí.

Aishiteru.

Yo también se lo dije, a mis oídos tan flojo que parecía que provenía de otra

parte. Cuando al fin lo solté, todas las piezas del puzle encajaron, nosotros habíamos encajado. Sentía que todo era posible, que podría hacer cualquier cosa a su lado. *¿Una locura?* Hecho. *¿Nos vamos a la Luna?* Vale. *¿Volamos?* ¿No lo estamos haciendo ya?

Sin embargo, se me ocurrió algo mucho más terrenal, algo que hacía tiempo que sentía que debía hacer. Me empiné con los pies y dejé que mis labios y los suyos se tocasen, al fin. Con tranquilidad, saboreando cada instante, teníamos todo el tiempo del mundo a nuestro alcance.

Akira no perdió el tiempo y subió una de sus manos a mi nuca, para que no me escapase, quizá, o para que no cayese al suelo, tal vez, y la otra la deslizó por mi espalda. Nunca había sido una experta en chicos, en España mi vida era tranquila a ese respecto. Quizá por eso me había costado más de lo habitual entenderlo a él y, para qué mentir, también un poco a mí.

Había deseado durante tanto tiempo besar a Akira que por mi cuerpo parecían pasearse millones de sentimientos. Nos besamos, nos mordimos, nos abrazamos y, en definitiva, disfrutamos el uno del otro en mi salón. Así, sin pensar en mucho más.

No supe el tiempo que pasamos besándonos y acariciándonos. Pero, cuando mi padre entró por la puerta con cara de pocos amigos, el sol ya había abandonado el horizonte. Akira tuvo que disculparse tantas veces que parecía hasta cómico. Al final se marchó, con los labios hinchados y con la promesa de vernos pronto.

—Lucy, me alegra que hayas arreglado las cosas con Akira, es un buen chico, pero ya te dije que no quería que viniera a casa mientras yo no estaba... —Mi padre suspiró, se sentó en el sofá derrotado y me miró con mucho más miedo que enfado—. Sois un par de adolescentes, aunque para mí siempre serás mi niña pequeña... ¿sabes lo que son los preservativos?

—¡Papá! ¿Qué dices?

—No sé, tienes dieciocho años, estoy seguro de que... vaya... en fin... ¿sabes lo que son? ¿Alguien te lo ha explicado?

Sacó el móvil, con cara de concentración, y se puso a buscar información sobre anticonceptivos.

—Papá, tranquilo, el tío David ya ha hablado de eso conmigo.

—¿En serio? —Respiró aliviado, aunque seguía nervioso—. No quiero ser un padre pesado... me preocupas, Lucy. No quiero detalles, pero sí que tengas cuidado, que...

—Papá, solo tengo novio. —Decirlo en voz alta me supo a gloria. Aunque Akira y yo no habíamos hablado ni una palabra desde que sonó la melodía de su móvil, no habíamos puesto nombre a nuestra relación, yo sabía que no cabía otro

—. No he perdido la cabeza.

—Ay, Lucy. Te aseguro que ya lo harás... ¿Qué hay de cena?

Tras cenar con mi padre, me fui a mi habitación. En el móvil tenía unos cuantos mensajes que no había querido leer delante de él, pues estaba segura de que sería imposible ocultar mis pensamientos; se me verían en la cara. Uno era de Nanako, para vernos pronto con las chicas, y el resto eran de Akira. Me mordí un nudillo sin saber qué hacer, ¿tenía derecho a llamarlo? ¿Podía darle las buenas noches sin parecer una loca o, peor, una desesperada?

A riesgo de parecer una desequilibrada, decidí llamar a Akira. Sonó un tono, aunque en mi cabeza era una guitarra, ya que sabía exactamente qué melodía me tenía asignada. Dos tonos, y ya estaba tateando la canción. Tres tonos, cogió el teléfono.

—Rukia —dijo al otro lado de la línea, con un tono de alegría que no me pasó desapercibido. No formulaba una pregunta, era una afirmación que me dio pie a hablar. Al fin y al cabo, había llamado yo.

Era curioso, había pasado tardes enteras con él, paseos interminables hasta mi casa, momentos robados en los pasillos del instituto y no me había quedado sin palabras. Si no sabía qué decir, ¿por qué había llamado? Ah, sí... por la cobardía.

—Kira, nos hemos despedido tan pronto que no hemos podido hablar. —Y así, sin intermediarios, sin más, tenía que saberlo—. Cuéntame qué ocurrió con Keiko.

—Creo que es mejor quedar mañana y te contaré todo lo que quieras.

—No, si quieres hacer las cosas bien —lo parafraseé—, necesitamos dejar de lado esto. ¿Qué ocurrió con Keiko? Shou me contó algo...

—Shou es el primo de Keiko. —Aki, como siempre, directo al grano—. Desde pequeños habíamos ido juntos Nana, Keiko, Shou y yo. Pero, cuando comencé a salir con su prima en serio, nos distanciamos. No hay mucho más que contar, Rukia. Te conocí a ti y me di cuenta de lo que era querer estar con alguien, no por tener confianza con esa persona o por creer que así la hacías feliz. No, estar con alguien por el puro placer de estarlo.

»Keiko es fantástica, siempre será mi amiga. Un día me gustaría que la conocieras, es alguien que no dejará de ser importante en mi vida, como amiga —recalca—. Ahora estas tú. Y solo vas a estar tú.

Si en algo se diferenciaba Akira del resto de personas que conocía, era en que

no tenía miedo a la hora de decir lo que pensaba. En el pasado, en ocasiones se había callado por no poder hablar, seguía atado a Keiko, aunque, si lo pensaba un poco, con sus actos, con sus gestos, con sus miradas, me había dicho tantas cosas... Yo no las supe descifrar.

—Acuéstate, mañana hablaremos.

—No, Kira no. No voy a poder dormir.

—Está bien —oí como ruidos de sábanas, como si se estuviese poniendo cómodo—, pregunta lo que quieras.

Me acomodé en mi cama yo también. En ese momento tenía frente a mí dos opciones: acribillarlo a preguntas sobre una relación pasada que él mismo me había dicho que se había quedado atrás o asentar las bases de nuestra relación, de nosotros, de lo que iba a ser estar juntos.

Sin lugar a dudas, prefería la segunda. El pasado ya no existía, en aquel momento solo estábamos él y yo. Y así debía ser.

—Vale, creo que es el momento de plantearnos cómo será nuestra vida.

Escuché su respiración y cómo cambiaba el ritmo. En mi cabeza estaba sonriendo. Fui a hablar y me interrumpió.

—Está bien. He tenido tiempo para pensar en nosotros. Más de lo que crees. Voy a decirte cómo creo que será nuestra vida: feliz. Pasaremos por lo bueno y por lo malo, pero juntos. Cuando te digo que quiero hacerlo bien, Rukia, no es una frase hecha, no lo he visto en un *dorama*. Es que, desde esta tarde, soy tan feliz que no creo que exista otra manera de vivir. Durante la cena, he sonreído tanto que mis padres me han preguntado qué me pasa, ¿y sabes qué les he contestado?

—No —susurré.

—Que el futuro me hace muy feliz.

—A mí también.

—Eso era algo que no me pasaba desde hacía un tiempo.

Dejó la frase a medias, no la supe interpretar, ¿hablaba de sus inicios con Keiko? ¿De su deseo de no seguir la estela familiar? ¿De algo más? Aki siguió hablando y creí que tendríamos todo el tiempo del mundo para contarnos todo.

—Esa será nuestra vida, ¿necesitas saber algo más?

—No, Akira, no necesito saber más.

—Mejor, al destino no le gustan los curiosos.

—¿Qué dices? ¿De dónde has sacado eso? —«¿De una galletita de la suerte?», pensé.

—Es un dicho que mi abuelo le dice a mi abuela cuando quiere saber algo que es imposible que él sepa. Yo no te puedo decir cómo será nuestra vida, sino como quiero que sea.

Sonreí como la boba más feliz en la faz de la Tierra.

—Buenas noches, Aki. Nos vemos mañana.

—Buenas noches.

Durante los siguientes días de vacaciones, Aki me enseñó sus lugares favoritos de Tokio, como el santuario Meiji, donde me contó que se sentía más en paz que en ningún lugar de la tierra. Le insistí para que me contara cómo era la forma de rezar correctamente, con respeto, y pasamos un día fantástico. También hicimos planes de futuro, nos cogimos de la mano y construimos una relación. Volví a salir con mis amigas, fuimos al centro comercial Shibuya 109 a comprar ropa; les encantaba ese lugar. No paraban de preguntarme mil cosas sobre mi actual relación, algunas muy personales; Nana se enfadaba y les recordaba que era su hermano, a fin de cuentas.

Una de las últimas tardes de ese pesado y bochornoso verano, que fue uno de los mejores de mi vida, Nana y yo decidimos refugiarnos en su casa. En su cuarto, con el aire acondicionado puesto a todo lo que daba, unos refrescos y música de fondo, así disfrutamos de uno de nuestros últimos días de tranquilidad. Ella se acostó bocabajo en la cama; balanceaba las piernas y movía la cabeza al ritmo de la guitarra de la canción. Yo decidí acomodarme en el suelo, con la sana intención de no derretirme, pues el aparato tardaba un rato en climatizar la habitación, por lo que decidí darme aire con un folio que encontré en su mesa de estudio.

La habitación de Nana no se parecía nada a la mía, que era mucho más moderna. La decoración la habían llevado a cabo sus padres, los señores Kimura, que eran muy tradicionales, y su casa era el reflejo de su forma de ser. Muebles robustos y austeros. Estampados japoneses y normas estrictas. Esa me parecía en aquel momento la mejor manera de describirlos. Su madre había trabajado durante un tiempo, pero había decidido dejarlo para cuidar de sus hijos. El padre de Kira era el dueño de una pequeña empresa y quería que su hijo lo sucediera, algo que yo esperaba que no ocurriera, por la felicidad de Aki, algo que sin duda para mí se había colocado como una de mis mayores preocupaciones.

—Siempre creí que Aki acabaría con Keiko —soltó Nana, como si no pudiera detener sus pensamientos—, y la verdad es que me alegra que no sea así. Se os ve felices juntos.

—Lo somos —dije, sin pensarlo mucho.

—¿Cómo se consigue? ¿Cuándo supiste que querías estar con Aki? ¿Qué os decidió?

Nana parecía verdaderamente interesada en saber todo lo que tenía que ver con nosotros. Bueno, más bien, cómo nos encontrábamos el uno con el otro. Yo me había criado sin hermanos, no sabía qué relación se debía tener con ellos. Lo más cercano había sido mi tío David, pero ni por asomo se portaba como un hermano mayor, más bien como un colega dispuesto a enseñarme los escondrijos de la vida.

La relación que mantenían ellos dos, Aki y Nana, me parecía genial. Se decían tonterías y se metían el uno con el otro, aunque eran muy protectores, algunas veces, demasiado, y dedicados a sus estudios, para que sus padres estuviesen orgullosos de ellos. Los dos se peleaban por ser el mejor en lo suyo. Y una de las pocas cosas en que Nana no superaba a Aki era en deportes, ya que él era el capitán del equipo de *kendo* y ella no lo era del de tenis; se encontraba Shou en su lugar. Aunque, en ocasiones, había ido a practicar con ella y lo mismo era por esa competitividad que necesitaba para funcionar, pero me había parecido que jugaba mucho mejor que en los entrenamientos del club del instituto.

—No lo sé, es decir, no supe al instante que quería estar con él —le contesté, de la mejor manera que supe—. Fue algo paulatino, con el tiempo. Debo admitir que al principio no me caía del todo bien. —Nana frunció el ceño, como si no entendiera nada—. Me impactó su forma de ser, no me parecía sincero del todo. Solo tuve que conocerlo para darme cuenta de cómo es el verdadero Akira. Y ocurrió, ¡zas! Ya no podía vivir sin él. Visto así, la verdad, no parece nada muy fantástico...

—Pero lo es. Lucy, has viajado hasta Japón y has encontrado a Aki. Yo no puedo encontrar a nadie ni en el mismo instituto.

—Si lo piensas por otro lado, Nana, he tenido que viajar miles de kilómetros para encontrar a alguien como él. Si me hubiese quedado en España con mi familia, nunca lo habría conocido... Sí que es tan fantástico al final.

Nana me lanzó un cojín, y un poco más y tiró el refresco que se encontraba en la mesa. Yo me reí un rato por su expresión. Se bajó de la cama y se sentó a mi lado en el suelo.

—Yo sí que lo he encontrado, Lucy —me confesó—, pero no me ha pasado nada tan fantástico.

Observé cómo Nana se quedaba pensativa. Por su expresión, parecía que le había costado horrores confesarlo, y me lo había contado a mí. Quizá fue que yo pasara a ser parte de su familia lo que la hizo dar el paso. ¿Salir con Akira me daba una posición nueva en la vida de Nana?

Ella desvió la mirada hacia un lugar muy concreto: su raqueta de tenis, bueno, la funda, que estaba firmada por los integrantes del club, después de que

ganara una competición entre institutos de la zona jugando ella sola.

No fue difícil atar cabos.

Si no se hubiese precipitado todo con Akira, lo habría sabido antes. Nana jugaba tan bien al tenis que podría ser la capitana, aunque, como una Penélope desatando el arco, parecía que, en ocasiones, era mucho peor, que desaprendiera, y Shou tenía que entrenar con ella. Su saque, su juego de muñeca... todo.

En Japón existía una especie de cultura sobreprotectora con la mujer, a muchos hombres les seguía gustando sentirse los príncipes de la historia, sin saber que ya no hacía falta que nadie salvase a la princesa. Mi amiga se había criado dentro de esa sociedad y era su manera de llamar la atención. A mí me parecía curiosa y, en ocasiones, ofensiva, pero no podía juzgarla. Por eso no se había alegrado nada cuando tuve mi «cita» con él; por eso, cuando Shou se había preocupado por mí, ella no comentaba nada. Por eso solo hablaba con él de tenis. Quizá por eso también se había alegrado tanto cuando se dio cuenta de que yo solo quería a Akira.

—Shou se fijaría en ti si te esforzaras un poco.

Nana dio un respingo. Ella sabía que me había dado toda la información para poder solucionar el enigma. Entendí que solo quería una respuesta, una solución a la pregunta que la reconcomía desde hacía tiempo: ¿cómo podía llegar al corazón de Shou? Pues vaya, no era sencilla de responder.

—No lo entiendes, Lucy. Keiko siempre fue la más guapa, la más lista y la más popular. Shou siempre ha estado enamorado de ella, pero eligió a Aki, por eso se separaron.

—¿No es su prima?

—Son parientes, se llaman primos, solo son familia lejana por parte de madre. Si la conocieras... —Nana se agachó un poco, su postura la hizo mucho más vulnerable a mis ojos. Mi amiga era maravillosa y no debería tenerle envidia a nadie, aunque, al parecer, se sentía el patito feo de la historia—. Es perfecta, muy guapa, estudiosa y consigue todo lo que quiere. No me creo que se haya tomado tan bien que Aki la dejase.

Bueno, la verdad es que sus palabras no me tranquilizaron en absoluto.

—Es un ángel de Victoria Secret —afirmé sin conocerla. Nana me miró con algo de pena y asintió convencida—. ¿Tienes una foto?

—¡No! ¡Yo no! Pero seguro que Aki tiene alguna, voy a buscarla.

Debería haberle dicho a Nana que no, que no hacía falta. Sería mentira, ¡claro que hacía falta! Cuando mi amiga entró en la estancia con una foto enmarcada, su madre se asomó por la puerta con cara de curiosidad.

—¿Qué hacías buscando en el armario? —preguntó la señora Kimura—. ¿Esa es la foto de Keiko y de Akira en la ceremonia de apertura del curso

pasado? —Aki me había contado que Keiko se había marchado de Tokio a mitad de ese año.

—Sí, quería que Lucy la viera.

—Oh, mi querida Keiko. No entiendo por qué Akira ha quitado esta foto de su habitación, ¡están tan guapos los dos!

—Mamá, ya no son pareja, quizá mi hermano no quiera tenerla todo el día en su habitación. Mirándolo... da repelús. —La cara mi amiga era un poema a lo extraño.

—¡Tonterías, Nana! Espero que sea una pelea tonta.

La madre de Akira se sentó con nosotras y observó la foto algo embobada, como si todo pasado fuera mejor. Por fin pude echarle un vistazo. No era tan despampanante como me había descrito Nana, ¡menos mal! Aunque era guapa, muy guapa. Tenía un pelo largo negro precioso, buen cuerpo y una sonrisa fantástica. Al lado de Akira, parecía realmente feliz. Casi tanto como lo era yo en aquellos momentos. Por un instante, sentí algo de pena por ella. Yo nunca quise romper una relación; de hecho, ni sabía que existía.

—No entiendo cómo este hijo mío nos ha dado este disgusto a su padre y a mí... ¡Romper con Keiko! A ver para qué. ¡Son la pareja perfecta!

Que Dios me librara de contestar a eso. Bueno, me libraba Nana.

—Mamá, lo mismo Aki no era feliz.

—¡Imposible! Se les veía tan bien... —Suspiró y puso cara de resignación—. La que venga nunca será tan buena.

Bien, maravilloso. Tenía el listón tan alto que ni lo veía. No sabía cómo se iban a tomar los padres de Akira nuestra relación, era algo en lo que ni había pensado. Mi padre lo sabía, por supuesto, era la única familia que tenía en Japón y, además, nos había pillado en medio del salón besándonos como si no hubiera mañana. Tampoco había que ser una lumbrera. Mi abuela y mi tío David se habían enterado al domingo siguiente en la videoconferencia semanal, no les guardaba secretos. Nana había sido cómplice para que nuestra relación llegara a buen puerto. Y, para mí, el cupo estaba completo, no había pensado en nadie más. No había pensado en los padres de Akira.

Madre e hija se enzarzaron en una conversación absurda sobre la futura e hipotética novia de Akira, una sin saber que se encontraba delante de ella y la otra teniéndolo muy presente. Era casi cómico. Como un partido de tenis de opiniones disparatadas. Mi cabeza se dirigía a una y luego a la otra, así una y otra vez. Sin embargo, todo se paró cuando el otro interesado en esa conversación apareció por la puerta. Descalzo, en vaqueros, con una camiseta de manga corta de otro grupo que no alcanzaba a identificar, el pelo largo revuelto y las manos en los bolsillos delanteros. Vamos, Akira entró como siempre, con esa

forma de andar que podía pararme la respiración. Pasó a la estancia con preocupación al escuchar la discusión, pero su cara cambió de forma radical cuando se dio cuenta de mi presencia, se iluminó, me sonrió y, por un instante, no había nadie más en esa habitación. Solo él y yo. Él, su sonrisa y yo. Nadie más. Pero tuvimos que volver a la realidad, para que Kira pusiese algo de orden.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacéis con una foto mía? —La miró con atención, se sentó al lado de su madre, en el suelo de la habitación de Nana, que cada vez era más pequeña—. No voy a volver con Keiko, mamá. Ya lo hemos hablado.

Con un gesto cariñoso se acercó a ella y le dio con la cabeza por un instante, como si fuera un gato tratando de hacerse entender. En ese momento, podría haber babeado y nadie se habría dado cuenta. Toda nuestra atención era para él, el imán en que en ocasiones podía llegar a convertirse.

—Akira, no me gusta meterme en tu vida. Solo estábamos hablando de que hacíais una pareja fantástica. Solo eso.

—Y que mamá cree que nunca podrás tener una novia mejor —apuntó Nana.

Nadie me miró, por supuesto. Y fue lo mejor que me podía pasar, ya que, aunque la habitación cada vez estaba más helada, a causa del aire acondicionado, yo me encontraba tan colorada que me podía dar un golpe de calor solo con el bochorno. Los calores me subían y bajaban por el cuerpo con plena libertad. No había pensado en que mi relación con Aki pudiera acarrear problemas, y mucho menos con sus padres.

Akira, el muy malvado, se rio, abrazó a su madre y relajó la situación.

—Sabes que eso no es verdad. Además, sé que hay una chica maravillosa esperándome, que no es Keiko, mamá. Nunca lo fue, y lo siento. Hazte a la idea, por favor.

—¿Una chica maravillosa? ¿Dónde? ¿Quién? —lo interrogó su madre con preocupación en su voz.

Me dieron ganas de levantar la mano, como cuando me encontraba en clase y sabía la respuesta: con algo de timidez y también intimidada. Había mucha competitividad en mi instituto en Japón. Aunque decidí no meterme en esa conversación. Si Akira había decidido no contarle nada a su madre en ese momento, por algo sería, él los conocía mejor y sabría cómo tratarlos.

Aki se encogió de hombros, un gesto que me encantaba, pues parecía entre infantil y delicado.

—Y ahora me voy a acompañar a Rukia a su casa, a no ser que se quede a cenar.

Así fue como zanjó la conversación, fue la forma de indicarle a su madre que ya estaba bien de interrogatorio por un rato. Como él posó su mirada en mí, sentí que yo era el centro de atención de todos y desvié mis ojos a un punto inexacto y

anodino de la estancia.

—No, no me quedo —dije, casi en un susurro.

—Oh, yo había contado contigo —contestó su madre, algo confundida.

—No, he quedado, lo siento. —No mentía, tenía una cita con Akira.

Me levanté, y Nana me guiñó un ojo. Un gesto de complicidad que no pasó desapercibido a su madre, que puso cara de que la interrogaría después. Kira se despidió de ellas, al parecer ya sabían que no cenaría esa noche en familia, y nos despedimos de las dos. Nada más poner un pie en el primer escalón, escuché cómo comenzaba de nuevo la charla entre madre e hija. Bajamos las escaleras hasta el piso inferior en silencio, nos pusimos los zapatos sin articular palabra y nos marchamos. Hasta que no cruzamos la esquina de su casa, no pudimos ser nosotros dos. Aki se giró y me aplastó contra la pared de su casa para poder besarme, como si hubiese estado conteniéndose todo ese tiempo. La verdad es que yo también había tenido ganas de lanzarme encima de él cuando lo vi en el marco de la puerta. Por eso nuestras bocas y nuestras manos se entretuvieron un rato hasta que decidimos que era hora de ir a cenar. No sin antes darnos un par de besos más.

Comenzamos a pasear por las calles de Shinjuku con dos sonrisas plantadas en la cara. Sin embargo, había un tema que tenía que sacar a colación, aunque disminuyera el buen ambiente.

—Tu madre está muy disgustada. —Con Aki no hacía falta dar vueltas para decir todo lo que pensaba.

—Ya se le pasará, es un poco exagerada para todo —respondió, con una sonrisa ladeada—. Lo que le molesta no es que no esté con Keiko, es que era la hija de su amiga y se había hecho ilusiones. ¿Dónde quieres cenar?

Akira no le dio mucha importancia a la reacción de su madre, así que yo tampoco. Total, al fin y al cabo, era su familia. Tenía razón, ya se le pasaría a su madre. En el fondo, hacía muy poco tiempo desde su ruptura y podía encontrarse en una especie de «periodo de luto». Lo mejor era darle tiempo.

—¿Qué tal en mi casa? Compramos algo y cenamos tranquilamente allí —dije, con la cabeza llena de besos y caricias y no de cena alguna.

—¿Tu padre ha levantado el veto? —preguntó, con una ceja levantada.

Unas semanas antes, mi padre había hablado con Akira para decirle un montón de chorradas. Tras la conversación, que mantuvieron mientras yo no estaba en la casa, me enfadé mucho con él y le pedí que tuviera un poco de confianza en mí y en mi criterio. Mi padre puso cara de no comprender las palabras que salían de mi boca. Pero le tuve que explicar que Akira me hacía feliz y que no debía intentar controlar a una chica de dieciocho años como si fuera una de doce. Y mucho menos cuando no lo había hecho en la vida.

Aunque, a favor de mi padre, podía decir que no había tenido una vida social tan ajetreada hasta entonces.

En el fondo, el miedo de mi padre era que yo siguiera unos pasos parecidos a los suyos. Ellos fueron padres adolescentes y no supieron compaginar las obligaciones con su relación. Lo intentaron, eso era algo que sabía, pero no pudieron superarlo. Su relación se pudrió y se murió. Así, sin más, y solo les quedaba yo como el recuerdo vivo. Quizá por ese trauma aprendido, todavía no había mantenido relaciones sexuales con nadie. Me daba pánico acabar como ellos. Aunque lo cierto era que, desde que conocía a Akira, ese miedo había desaparecido, pues tenía la sensación que nada podría matar nuestra relación, como les había ocurrido a mis padres.

—Algo así —dije, intentando parecer misteriosa, pero no surtió mucho efecto en él, que lo aceptó como todo lo que yo le decía: como una gran verdad.

—Pues quiero pizza —sentenció.

—¡Con piña!

—Eres la única persona en el mundo a la que le gusta la pizza con piña, Rukia.

—No soy la única... No estoy sola, a mi padre también le gusta.

—Familia de chiflados...

Al final, tras una discusión que volvió a acabar en besos frente a nuestra pizzería favorita, compramos una mitad con piña, una mitad sin piña. Mientras esperábamos con unos refrescos en una mesa, Aki me cogió de la mano y se puso a jugar con ella.

—Aki —llamé su atención y pareció que lo había sacado a golpes de su mundo—, ¿por qué el *kendo*?

Aquella misma tarde había entendido un poco más la pasión de Nana por el tenis, le gustaba, sí, y también le dejaba pasar tiempo con Shou.

—La culpa la tiene *Shichinin no samurai*^[xx]; era mi película favorita, hubo un tiempo en que la veía casi todos los días con Haruto.

Su voz se apagó, y pareció que volvía a meterse en su mundo interior, aunque esa vez a un lugar mucho menos divertido que la anterior.

—¿Quién es Haruto, Aki?

—Haruto era mi hermano pequeño, murió hace unos años. De leucemia.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Fue hace cinco años. Me encantaba tener un hermano pequeño, alguien a quien enseñarle cosas, con quien aliarme en contra de Nana. Haru solía decir que, gracias a él, siempre ganaba el equipo de los chicos. Ahora estamos empatados... —Me soltó la mano y se tocó el pelo, un gesto que siempre hacía cuando algo lo superaba, cuando se ponía realmente nervioso—. Todavía lo echo

de menos.

No supe qué decir. Me dio la sensación de que Akira nunca podría dejar de echar de menos a su hermano. Era una sensación tan fuerte que decidí no verbalizarla, me parecía hasta cruel hacerle ver esa realidad.

Como las palabras no me salían, decidí cogerle yo la mano, apretársela, para poder indicarle con mi gesto que yo estaba allí. Que podía contar conmigo.

—Nunca pensé que podría ser así —soltó.

—¿A qué te refieres?

Antes de comenzar a hablar, con la mirada fija en mi mano, Aki sonrió con resignación, como si no le quedara más remedio que hablar. ¡Ni que yo le hubiese puesto un flexo en la cara y lo apuntara con una pistola!

Se lo pensó un poco antes de responder, me daba la sensación de que muchas ideas se agolparon en su cabeza y todas pugnaban por salir.

—Hablar contigo, confiar en ti... Gracias por no preguntar de más.

Se acercó, chocó su nariz con la mía y me besó con lentitud, con calma.

Al rato, no sabría decir cuánto tiempo habíamos pasado en nuestro mundo, escuchamos un carraspeo que provenía del hombre que llevaba en las manos nuestra pizza mitad piña, mitad no piña.

Yo me sonrojé, y Akira le dio las gracias. Era nuestro lugar favorito de pizzas, pero supimos que tardaríamos un tiempo en volver.

Esa noche, mi padre trabajaba hasta tarde, ya me había avisado. Así que paseamos sin prisa hasta llegar a casa. La pizza, con el calor, tampoco se iba a enfriar. No sabría decir si era el ambiente, pesado, incluso a esas horas de la noche, pero todo me parecía a cámara lenta: los gestos de Aki, sus risas, su forma de fruncir el ceño cuando yo decía algo mal... Todo, en definitiva.

Nada más llegar a casa, encendí el aire acondicionado y saqué bebida fresca. Los dos nos sentamos en el suelo, en la mesa camilla baja tan japonesa que presidía mi salón y que me encantaba. ¿Qué había hecho hasta ese momento sin una? Apoyamos la espalda en el sofá y comenzamos nuestra cena. Pusimos la televisión de fondo y una película americana de tiros y sangre estaba comenzando, así que la dejamos.

Sin embargo, llegado cierto punto, no le hicimos mucho caso.

Las primeras veces que había visto la televisión en Japón, estaba deseando que llegasen los anuncios, me fascinaban. Pandas saltarines, animes, voces locas y un sinfín de cosas que no se veían en España, desde luego. Así que, como Akira sabía de mi obsesión por los anuncios, guardaba silencio sepulcral en ellos, para que yo alucinara, y hablaba durante la película.

Era el mundo al revés.

Nuestro mundo al revés.

De tal forma que cenamos sentados en el suelo entre risas, bromas y miradas cargadas de complicidad. Los últimos trozos de la cena se quedaron en la mesa justo en el momento en el que Akira se lanzó a hacerme cosquillas, por un comentario mío sobre un anuncio de plátanos, y acabamos los dos enredados en una maraña de besos, manos, piernas y risas.

En el suelo de casa, me encontré con Akira besándome el cuello mientras una de sus manos, que había comenzado un camino en mi estómago, subió hasta mi pecho. Lo besé y le mordí el labio en compensación a su audacia. Lo empujé un poco para que me dejase sentarme. Puso cara rara, como si yo no quisiera más caricias; me gustó que se apartara sin más, sin quejarse, respetando mi pequeño empujón. No sabía qué iba a hacer yo.

De tal modo que, cuando me quité la camiseta de tirantes, noté cómo la alegría volvía a sus ojos. Fui a desabrocharme el sujetador, cuando él paró mi mano.

—¿A qué hora vendrá tu padre? —Aun en momentos así, podía mantener la cabeza fría, yo no.

Miré el reloj de pared de la cocina. Y, en ese momento en que giré el cuello, él se lanzó a besarlo casi como si no pudiese resistirlo.

—Yo creo que tenemos una hora.

—Pues no vamos a perder el tiempo —susurró, con sus labios a escasos centímetros de mi piel.

Akira me quitó el sujetador, y yo, para igualar la apuesta, deslicé mis manos por su pecho para quitarle la camiseta. Una a una, fuimos deshaciéndonos de las prendas de ropa que tanto nos molestaban. Me sentía cómoda desnuda delante de él, algo que nunca creí que pudiera ocurrir.

Aunque el suelo no era incómodo del todo, me levanté y me senté en el sofá. Kira, completamente desnudo, se levantó, y me dejó que lo observase durante unos instantes, antes de comenzar a besarme. Nos fuimos adecuando al sofá, hasta que él acabó tumbado encima de mí.

Durante un rato, me dediqué a sentir los labios de Akira, las manos de Akira y el cuerpo de Akira sobre el mío. Yo solo podía estremecerme y gemir. Tocarle el pelo, la cara... todo. Poco a poco iba conociendo cada rincón de mi anatomía, descifrando qué me gustaba más solo por gemidos. Me asombraba la manera que tenía de mimarme y de arrancarme sensaciones que no sabía ni que tenía.

En un momento de lucidez, miré el reloj de la cocina, que se veía perfectamente desde el sofá, y entendí que mi padre estaría a punto de llegar. ¡Joder! Acelaré un poco la situación, lo último que quería era que nos pillase así.

—Vámonos a mi habitación.

Recogimos la ropa del suelo y fuimos corriendo a tirarnos a la cama. Pronto

recuperamos el ritmo anterior. Le susurré al oído que lo quería, a la par que deslicé mis manos por su cuerpo, algo que me encantaba. Cuando llegué al lugar que estaba buscando, él soltó un gemido en mi oído. Me imitó, bajó la mano de mis pechos a mi ombligo y luego a ese lugar que me volvía loca. En la cama todo era mucho más sencillo que en el sofá. Así que nos movimos con mucha más soltura.

Nos volvimos a besar, cada uno haciéndose cargo del otro. En un momento dado, creí que iba a explotar y me centré solo en mí. Akira sabía cómo tenía que tocar mi cuerpo para que en cuestión de segundos estuviese teniendo un orgasmo increíble en la cama de mi habitación. Sin saber cómo, lo agarré del pelo y grité.

Grité para liberar mi cuerpo.

Pasaron unos segundos en los que no supe dónde estaba, tenía que recuperarme. Y fueron sus besos, esparcidos entre mi cuello y mi hombro, los que me hicieron saber que estaba en casa, con él. Lo volví a besar y creí que era el momento de que él también llegase al séptimo cielo y volviese a la tierra. Con la excitación que teníamos los dos, no tardó casi nada en gemir para mí.

Nos vestimos y nos quedamos acurrucados en el sofá. Si mi padre llegaba, solo estábamos viendo la televisión. Yo me coloqué encima de Akira, él comenzó a acariciarme el pelo. No dijimos mucho más al principio, nuestros cuerpos habían hablado por nosotros.

No era la primera vez que Akira y yo llegábamos a tener ese grado de intimidad, pero nunca pasábamos de ese punto, ya que parecía que él me dejaba a mí avanzar, descubrir y sorprenderme. Antes no le había preguntado por su experiencia, pero esa noche creí que había llegado el momento.

—Aki. —Él dejó de acariciarme el pelo y de mirar la televisión para centrarse en mí completamente. Me fascinaba que hiciera eso, como si el foco de su atención fuera solo mío—. ¿Hasta qué punto has llegado en tu vida... sexual?

—¿Me preguntas si soy virgen?

Asentí con la cabeza, a la espera de una respuesta. Cualquiera era buena, solo quería conocerlo un poco más.

—No, no lo soy.

—¿Con...?

—¿Quieres saber con quién me he acostado?

—Me puedo suponer que con Keiko, pero no sé si con alguna más.

—Dan igual, Rukia, todas las mujeres del mundo me dan igual. Ninguna me hace sentir lo que tú y no voy a querer a ninguna más que a ti. —Me dio un beso rápido y añadió—: Solo te voy a querer a ti por lo que queda de vida.

Me volví a acurrucar a su lado y sonreí. En la única conversación que había mantenido con mi madre sobre el sexo, me había dado un consejo muy claro:

«Que tu primera vez sea con un chico experimentado, será mucho mejor». No sabía hasta qué punto le iba a hacer caso. En ese momento, supe que no tenía más remedio que seguir su recomendación, Akira ya lo era. Pero no importaba lo que hubiese pasado antes, solo importaba lo que iba a ocurrir desde ese instante. Yo marcaría los pasos, yo tenía que sentirme segura y nunca lo había estado tanto.

Al poco rato llegó mi padre, y Akira se marchó a su casa. Ese fue uno de los últimos días de verano, y no podría haberlo despedido mejor.

Cuando volví a empezar las clases, la tranquilidad y los días pesados de verano se volvieron una utopía frente a la locura de la vuelta a la realidad. Mis compañeros se encontraban en un estado de histerismo increíble. Pronto dejaríamos el instituto para comenzar una nueva aventura.

Los nervios provenientes de la idea de tener que encontrar un trabajo o una universidad donde continuar sus estudios estaban haciendo mella en su actitud, habitualmente simpática; algunos parecían manojos de nervios andantes.

A mí el estrés no me llegó tan pronto. Todavía vivía en mi burbuja. Yo había pasado un verano tranquilo, conociendo al Akira-novio, saliendo con mis amigas y soportando las quejas de mi padre sobre los cambios en su empresa. Y, aunque también debía plantearme mi futuro, mi estado zen me permitió saber que podía esperar un poquito más.

En la tercera hora de clase de aquel primer día tras las vacaciones, Hiro ya había pasado por varios estados: quería ser matemática o enfermera o nada por el estilo, pasando por *mangaka*^[xxi] o formar un equipo de natación sincronizada. Nos estaba volviendo a todas locas. Yumi, por su parte, se encontraba encantada con lo que le deparaba el futuro: sus padres tenían un pequeño restaurante y quería continuar con él. Estudiaría Hostelería y tendría su propio negocio. En cambio, Nana no abrió la boca para opinar sobre el futuro que teníamos ya tan cerca que casi lo podíamos tocar con las puntas de los dedos. Sus ojos se chocaban una y otra vez con la espalda de Shou. Parecía que temía que esos fueran los últimos meses que disfrutara junto a él. Y, con Keiko soltera, según me había contado, creía que sus posibilidades se habían reducido a cero.

Yo no estaba tan segura. Ella estaba aquí, Keiko no. Eso ya era un punto a su favor.

Nana quería ser profesora, tenía tan claro su futuro como la propia Yumi, así que no había mucho que decir en torno a su decisión. Sus padres estaban encantados: Nana maestra y Aki seguiría con la empresa familiar.

¿Qué quería ser yo? No me costó nada darme cuenta de que sería veterinaria, como mi madre. Compartía con ella mi amor por los animales y, aunque nuestra relación fuera extraña y a distancia, con el tiempo iba a mejor.

Al llegar la hora del almuerzo, era habitual que las parejas lo tomaran juntas. También había una tradición no escrita que establecía que las chicas eran las que traían la comida para los dos. En cambio, Kira y yo no la seguíamos, yo llevé mi *obento* y Aki el suyo. Nos sentamos en su clase, juntando dos mesas y disfrutamos el uno del otro. Aunque, para ser sinceros, noté unas cuantas miradas fijas en nosotros. Éramos la novedad, sin lugar a dudas.

—Se han vuelto todos locos, Akira —le dije con un tono burlón—. El futuro ha llegado a clase.

Se rio como solo él sabía hacer, levantando los labios y mirándome bajo sus pestañas pobladas. No podía gustarme más, si no tuviéramos a medio instituto asomado por la puerta de su clase, me acercaría a besarlo.

—Al menos tú lo tienes claro, Rukia. No dejes que te estresen con sus locuras.

—¿Y tu decisión? ¿Cómo la llevas?

—¿Mi decisión? —Se quedó perplejo.

—¿Qué quieres estudiar?

—Mi destino está sellado y marcado, Ru. Seguiré con la empresa de mi padre, así que estudiaré en consecuencia.

—Akira. —Llamé su atención, ya que estaba jugueteando con el arroz en vez de comer como una persona normal—. Al destino no le gustan los curiosos.

—¡Nunca debí enseñarte esa frase!

—Es tarde, amigo. —Le guiñé un ojo.

Me miró con una sonrisa de oreja a oreja. No podía dejar de ser feliz cuando estábamos juntos. De fondo, escuché cómo unas chicas de su salón suspiraban y me observaban con algo de envidia. Volví a mirar a Akira que, en esos momentos, hablaba con un compañero de clase, y lo entendía perfectamente. Ya no era solo que fuera guapo, era ese halo de seguridad en sí mismo, de saber lo que quería y lo que necesitaba en cada momento. Mientras charlaba con un chico, del que no recordaba su nombre, me guiñó un ojo a mí también sin perder el hilo. Quería que me muriera de placer delante de sus compañeros. Le tiré un trozo de salchicha, que esquivó sin problemas, y seguí comiendo.

No había sido tan feliz nunca.

Capítulo VIII

Abre tus ojos

Me despierto tras la primera noche del año en brazos de Jorge. Por un momento, por un lejano y absurdo momento, noto cómo me aprieta para acercarme a su cuerpo y creo que es Akira. Huele a mis mañanas con él. Imposible, lo sé. Siento unas ganas tremendas de llorar, se me agarra una sensación oscura, dura, pesada, en el cuello; me acuerdo de todo lo pasado y decido deslizarme de la cama. Bueno, de la forma más elegante que tiene una lisiada de poder hacer eso.

Cuando me alejo de él lo suficiente, lo observo: está casi en coma. Ayer bebió bastante y parece que no pueda despertarlo mi –no muy silenciosa– huida. Tengo suerte, o no, ya que, si se despertara, la explicación a mis actos sería tan absurda y tan idiota que lo mismo me quedaría a desayunar con él. Se disiparía la tristeza y comenzaría el año con buen pie. Suena del todo irónico.

Me marchó. Dolorida, renqueante y triste.

Desde el portal llamo a un taxi. Hace mucho frío y parece que va a llover. El ambiente húmedo y helado hace que me despierte del todo y que sienta que no hay momento mejor que el presente para hacerlo. No voy a esperar.

Mientras no llega mi medio de transporte, saco el teléfono móvil y llamo. Hacía tanto tiempo que no pensaba en hacerlo...

Un tono. ¿Qué hora será por allí? En Japón son las cuatro de la tarde.

Dos tonos. ¿Me cogerá el teléfono?

Tres tonos. Debería desistir.

Cuatro tonos. Suspiro.

Voy a colgar y...

—¿Lucía? —Se hace un pequeño silencio. He llamado yo, debería poder responder—. Lucía, ¿estás bien?

—No, mamá, no estoy bien.

Mi madre es la mujer más moderna del mundo. Cada vez que la veo tiene el pelo de un color distinto, un tatuaje o un *piercing* nuevo. Sin embargo, eso es algo que no se puede percibir en un bebé, así que el día de su nacimiento le colocaron de nombre Joaquina, en honor a una bisabuela mía. Desfasado, horrible y feo, así

lo define ella. Mis abuelos, que nunca han sabido cómo lidiar con una hija rebelde, no la entienden y le tienen algo de resquemor, que también me tienen a mí por añadidura.

Aunque mi madre sabe cómo lidiar con los problemas a su manera.

Todos la llaman Jackie.

Si tuviera que describir a mi madre en una palabra, sería egoísta. Solo piensa en sí misma. Aunque, cuando consigo superar esa barrera, me doy cuenta de que es simpática, algo descerebrada y alocada. Todas características geniales si es una tía de edad parecida a la mía, como me pasa con mi tío David, pero difíciles de entender cuando es mi madre. Sin embargo, con el tiempo, nos vamos entendiendo mucho mejor que antes. No me ha quedado más remedio que quererla tal y como es. De otra manera, nuestra relación sería inexistente.

Trabaja como veterinaria, por eso siempre quise serlo. Con cada viaje que he hecho a tierras inglesas a lo largo de mi vida, he podido comprobar cómo es cuidar de animales desvalidos. Caballos, gatos, perros, conejos... Todos me gustan.

Una de las grandes penas de mi vida siempre ha sido que mi padre fuera alérgico a casi todo bicho viviente con pelo. Y mi abuela, para colmo, siente pánico a todo lo que no tenga pelo, como lagartos, tortugas o serpientes.

Desde hace unos años, mi madre vive en Luton, al norte de Londres. Tiene una clínica veterinaria con una socia y vive tranquila y feliz. Lejos de nosotros, lejos de la maternidad. Sin tener que rendir cuentas ante nadie; solo de vez en cuando, por medio de llamada, correo electrónico o mensaje nos cuenta su vida.

Ese chollo se le ha terminado. Voy de camino a su casa en taxi.

Levantarme junto a Jorge, o más bien en los brazos de Jorge, ha sido lo que me ha dado fuerza para darme cuenta de que todo está mal, muy mal. Necesito un descanso de mí y de mi propia vida. He dejado atrás Tokio, mi carrera y no tengo en cuenta mi salud.

¿Lo peor? Que me da igual. Y eso tiene que cambiar.

Necesito un respiro, y qué mejor lugar que al lado mi egoísta e independiente madre; ella me dará el espacio que necesito. Me da igual lo que haga, me da igual todo, solo necesito a alguien que no se preocupe por mí en exceso y que me deje pensar. Así, si consigo aclarar mis ideas, casi con seguridad, cuando vuelva a montarme en un vuelo, será para regresar a Tokio. Si recargo las pilas, podría ir a buscar todo lo que tanto echo de menos.

La casa de mi madre es un adosado de dos plantas; en la baja está el salón, la cocina, un cuarto de baño y una pequeña estancia que, según me ha comentado, ha acondicionado para mí. Arriba se encuentra su dormitorio. Creo que es la mejor forma de que cada una tenga su propia intimidad. Y yo eso lo necesito.

Hace mucho tiempo que no la visito. Durante los últimos años, casi ni hemos hablado, solo nos hemos enviado *emails* y mensajes. En mis últimas semanas en Japón, sé que llamaba a mi padre a diario, yo nunca quería hablar con ella. Bueno, ni con ella ni con nadie, para qué mentir. Este año, hasta se ha acordado de mi cumpleaños.

Sí, creo que todo va a ser muy raro.

Es por eso que, cuando el taxista me deja en la dirección acordada, me siento perdida y no puedo diferenciar su casa entre el grupo de adosados de piedra marrón algo enmohecida. Todos me parecen iguales, salvo uno que está decorado con tantos enanitos de jardín que bien podría ser la aldea de David, el gnomo. Da escalofríos.

Busco el número, lo localizo, el treinta y seis, y me dirijo a la entrada. Sin gnomos ni enanitos de jardín. Bien. Con este clima, mi cojera es incluso peor. Un desastre. Me duele, claro, como siempre, y también noto como si las pastillas hicieran mucho menos efecto.

Llamo al timbre y escucho ladrar a Blacky, el perro labrador de mi madre, que tiene algo así como quinientos millones de años, está casi ciego y le faltan la mayoría de los dientes. Aunque el olfato lo conserva como el de un cachorro, ya que, cuando abre la puerta, sale corriendo a saludarme y me reconoce. Siempre me ha gustado ese perro.

—¡Lucía! —Mi madre me da un abrazo con demasiada fuerza—. Pasa, pasa, he preparado tu habitación.

—Gracias.

Sí, mi habitación es el cuarto de invitados lleno de trastos. Como ya sabía. Sin sorpresas hasta el momento.

Noto a mi madre algo nerviosa. No me ha visto desde hace años. Cuando vivía con mi padre en Japón, rara vez hablábamos por Skype. En persona, hace más de cinco años que no la veo. Yo tampoco me siento muy tranquila, por lo que decido no hablar mucho.

—¿Quieres acomodarte? Estoy haciendo un té. —Es más británica que si hubiese nacido en la isla. Nos acercamos a la puerta de mi estancia—. Sal cuando estés lista.

Intenta cerrar la puerta, aunque no lo consigue, pues Blacky no quiere salir. En medio de la puerta, con la lengua fuera, parece que está sonriendo, feliz por mi llegada. Le toco la cabeza y le agradezco el gesto.

Mi madre ha cambiado mucho desde la última vez que la vi. Ahora lleva el pelo negro con un mechón blanco a lo Cruella de Vil que no le queda bien ni mal, solo extraño. Le he visto el pelo rosa, naranja, verde y, en la última ocasión, con reflejos azules. También está un poco más rellenita de lo normal, le queda

bien, aunque no sé si es verdad o es mi percepción sobre ella. Sé que le guardo algo de rencor, lo sé a la perfección. No lo quiero admitir abiertamente, pues en el fondo preferiría no sentirlo.

Mi padre siempre ha querido que tuviéramos una buena relación, y quizá gracias a él y a su forma de intentarlo incansablemente, no la odio de verdad, nunca lo he hecho, aunque sí tengo ese pequeño sentimiento de rencor que en ocasiones me inunda. Es por eso que mi padre está contento con este viaje, aunque también algo asustado. Me conoce muy bien y sabe que, si he decidido aislarme con ella, es que estoy más rota de lo que cree. Todavía recuerdo su cara de preocupación. No puede prohibirme nada, ya soy mayorcita, como él dice, pero sí puede sentir que algo va mal.

También sé que lo mismo que mi madre se aburrirá de mí o se agobiará de mi presencia en pocos días, mi padre me querrá siempre con él. Por eso me siento como si le estuviera haciendo daño, aun cuando sé que no es así.

Dejo mi estúpida maleta *kawaii*, con motivos festivos y de carpas, en una esquina. Me siento en la cama. Saco mis dos móviles. El japonés a la derecha y el español a la izquierda. Mi atención se centra en ellos, en estos dos aparatos; no le hago caso a nada de la decoración de la estancia o a la ventana que da a una calle poco transitada. Quiero llamar a Nana, mandarle un mensaje o una señal de humo, contarle tantas cosas que me han pasado y que quiero que sepa, pero me he propuesto no hacerlo. Me he planteado bajar el número de llamadas y mensajes, quitarme la obsesión, ya que quiero hacer las cosas bien. Quiero no sentirme así de vacía cada mañana y la única forma de conseguirlo es estar en paz con Akira. Con su recuerdo, con nuestra vida, con mi felicidad.

Suspiro. Los meto en el bolsillo exterior de mi bolso y salgo a ver a mi madre. Voy a ser fuerte. Blacky me acompaña con su movimiento de cola y una felicidad que solo tienen los animales: sincera, sin tapujos y libre.

Encuentro a mi madre en la cocina, descalza, dando pequeños saltitos mientras espera que la tetera suene. La veo muy nerviosa, tarareando un soniquete que no logro identificar.

—Mamá —la llamo casi en susurro.

—¿Ya estás cómoda? ¿Está todo a tu gusto? —pregunta muy rápido.

—Sí, todo muy bien, no he traído mucho. No me voy quedar muchos días, descuida —le comento, con algo de tristeza en la voz que nada tiene que ver con ella. Por una vez, quiero ser sincera.

—Puedes quedarte todo lo que quieras, Lucía.

Mi madre, con lo apegada al mundo británico que está, nunca ha querido llamarme Lucy. Nunca ha querido explicarme la razón y la verdad es que me parece muy curioso. He desistido de preguntarle más sobre el tema.

—Gracias.

Me acerco a la mesa de la cocina y me siento. Debo comenzar cuanto antes la recuperación con la fisioterapeuta, no he ido en los últimos tiempos a todas mis citas y lo noto mucho. Las pastillas, por sí solas, no son suficientes. Me falta actitud, ganas de enfrentarme a la recuperación.

—Lucía, lo siento, no quiero ser brusca, pero ¿a qué has venido?

La buena educación inglesa jamás dejaría a nadie preguntar algo de forma tan directa. Mi madre no es inglesa, es de Carabanchel.

—Me estaba ahogando en casa, necesitaba descansar un poco de tanto... amor. Suena egoísta, ¿verdad?

—¿Y has venido con la arisca de tu madre? —ignora a propósito mi último comentario.

Me encojo de hombros. Suena la tetera. Yo ya no me asusto con ese ruido, mi madre tampoco. Se acerca a la misma y la trae para servir el té.

—Lucía, sea lo que sea lo que te haya traído aquí, me alegro de que así sea. Hace tiempo que no nos veíamos.

—Yo siempre he estado localizada, mamá.

—Yo también, vivo en Inglaterra desde que tienes cinco años.

Le sonrío. Al final no somos tan diferentes.

—No te voy a preguntar cómo estás —comenta como si tal cosa, mientras remueve con su cucharilla el té con leche que se acaba de servir—. No es desinterés, es que no quiero forzarte. Estás mal, no hay más vuelta de hoja. No ha pasado aún ni un año desde lo ocurrido y no has podido rehacerte. Propongo ignorar ese tema. —Le da un sorbo a su bebida—. Solo lo tocaremos si tú quieres, bajo tu responsabilidad.

Me lanza una mirada de complicidad tras su taza y me guiña un ojo.

—Y tampoco hablaremos de lo que me hizo venir aquí.

—Bien, pues entonces tenemos un tema maravilloso y neutral que tratar.

—¿Cuál?

—Los animales.

—Me parece bien. ¿Verdad que sí, Blacky? —le pregunto al labrador, que se ha sentado entre ambas a escucharnos.

—También podemos hablar de mi nuevo tatuaje...

—¿Otro, mamá?

—Soy adicta, lo confieso. —Levanta las manos como si se estuviera rindiendo—. Y tengo un gato.

—¿Y cómo lo lleva Blacky?

—Bien y mal. Bien, necesitaba un amigo y Percy es un amor, pero mal cuando se va de picos pardos. Y eso que está castrado...

—¿Tienes un gato putero?

Nunca había utilizado un lenguaje así delante de ella. A decir verdad, poco he dicho delante de ella. Se me queda mirando como quien ve un espécimen a estudiar y asiente.

—Completamente putero. —Se bebe de un sorbo su taza ardiendo y dice—: Tengo grandes planes para ti aquí.

Los días en Luton están resultando toda una sorpresa. Mi madre me ha incluido en su día a día con naturalidad. Voy todas las mañanas a su clínica y hago una especie de prácticas. Los animales son mi pasión, y estudiar Veterinaria, mi sueño. Con todo lo ocurrido en mi vida, la verdad es que lo he aparcado todo, incluida mi carrera. Así que retomar mi antiguo sueño es reconfortante. Puedes ser una veterinaria coja, no pasa nada. Nadie va a creer que eres peor profesional por eso. Mi nuevo sueño, el de ser médica, me acerca mucho más al doctor House que a otra cosa. Y, para qué me voy a engañar más, no es mi sueño, es el sueño de Akira. Mi manera de seguir a su lado. Con este nuevo año que ha empezado, no voy a hacerme daño de nuevo. Voy a vivir mi vida, como yo quiero, a mi manera.

En estos días, hemos decidido no tocar varios temas entre nosotras: mi pasado y el suyo. Es decir, hemos empezado de nuevo, sin rencores y sin remordimientos. Ella es como una hermana mayor a la que llamo mamá, pero que, de vez en cuando, se porta como la idea maternal que tengo en la cabeza. De tal forma que la relación fluye de una forma nueva para nosotras. Creo que estoy cansada para tenerle rencor toda mi vida, y esta situación es cómoda. Reconfortante, incluso. Fácil. Siento como si hubiese recuperado una parte de mi vida que siempre estuvo vetada para mí. Clausurada, escondida, muerta.

Y así puedo recuperar mi relación con mi madre, conocerla. Saber quién es y que, al fin, ella me conozca a mí. Bueno, a lo que queda de mí.

Esta noche, degustamos la comida china que ha pedido Jackie, las dos sentadas en el sofá con la tele apagada. Y decido sincerarme con ella, contarle cada detalle de mi vida, cómo he sido la mujer más feliz del mundo y cómo todo se vino abajo y me aplastó, literalmente. Di tres vueltas de campana y aterricé en un mundo sin Akira y sin esperanza.

Mi madre no dice nada.

Solo me deja hablar y hablar mientras come de forma sistemática con palillos unos tallarines con gambas y algo más.

Es curioso, no he podido hablar de todo esto con mi padre, él lo vivió. David,

mi abuela, Maca o Jorge me han preguntado en multitud de ocasiones y no he podido decir ni media palabra. Con mi madre, sí; con mi madre, después de todo, a la que en realidad casi ni conozco; sé que no va a juzgarme, es a la única persona a la que se lo puedo contar sin tener miedo.

Cuando termino, estoy llorando. Las lágrimas me han acompañado desde la segunda frase. Me las quito con rabia de la cara. Odio llorar.

—Lucía, lo que te ha pasado es una mierda. Una mierda gigante.

—Mamá... no me jodas —le digo entre el llanto y la risa.

Deja su plato de tallarines, se sienta con las piernas cruzadas en el sofá y se queda mirándome sin pestañear.

—Una vez salí con un abogado. —No quise preguntar si antes o después de mi padre, aunque parece claro—. Se tomaba la vida un poco como tú: como si todo lo que hubiese pasado fuera una sentencia. Una sentencia firme, definitiva, inamovible. Tenía una exesposa —ya no me queda ninguna duda sobre la línea de tiempo de esta historia—, una a la que odiaba con toda su alma, pero, como estuvo casado con ella... —Hace aspavientos con las manos y pone cara de mono concentrado—. ¿Como cinco minutos? Pues no se la podía quitar de encima. Rompimos.

Vuelve a coger sus tallarines y se acomoda.

Espero que siga, pero parece que no lo va a hacer, hasta que se le ilumina una bombilla y me señala con los palillos.

—Eso te pasa a ti. La vida no es una sentencia, son experiencias. Debes sopesarlas, estudiarlas y ver si te son válidas o si deberías olvidarlas.

—¿Por eso te fuiste cuando tenía cinco años?

Es un golpe bajo, y lo sé. Me da igual, yo le cuento mi vida entera, todo lo que he sufrido y me compara con un ex suyo que fue abogado y no sé cuántas chorradas más. Mi madre no lo nota, solo sigue comiendo y creo que, por primera vez, se sincera.

—Odiaba mi vida, Lucía. No espero que lo entiendas o que me perdones. No estoy pidiendo tu perdón, no lo necesito. Ahora que eres mayor y que has vivido, puedes ver a tus padres sin las gafas de Superman. Ni tu padre es el mejor del mundo ni yo lo soy.

—Pero papá siempre ha estado conmigo.

—Y yo se lo agradezco. Os quiero a los dos, de la única manera que sé querer: en la distancia. No me fui por ti, aunque admito que no soy muy fan de los críos —dice, con un tono burlón preñado de verdad—. Me he hecho una ligadura de trompas. Yo no era feliz y, a la larga, os haría muy infelices a tu padre y a ti. Así que me fui. He sido la mejor versión de mí que podía durante estos años y me alegra mucho que, cuando mi hija ha necesitado un descanso, no

se haya ido a las Bahamas, y me haya elegido a mí. Yo no lo he hecho bien; tu padre sí. Y esta es la prueba.

—No tenía dinero para irme a las Bahamas...

—¡Otro punto para mí!

Nos reímos. En otro momento de mi vida, el rencor que siento por todos estos años de ausencia se hubiese convertido en odio profundo. Pero, tras todo lo que he vivido, la entiendo mejor. Yo también quiero ser la mejor versión de mí. Yo también quiero despertarme sabiendo que soy infinitamente más feliz que antes.

Y, para conseguirlo, me he dado cuenta de muchas cosas: necesito volver a Madrid, arreglar las cosas y, si todo sale bien, volver a Tokio. Volver al punto en el que lo dejé cuando no sabía ni qué hacer.

Ir directamente sería un error. Una cabezonería sin más. Necesito recuperarme.

—Siempre podrías estudiar aquí, Lucía, en mi clínica hay sitio para ti.

—Mamá, me echarías en menos de un mes, no soportas tener compañía.

—Blacky y Percy no dirían lo mismo si pudieran hablar. —Les guiña un ojo a los dos, que están más atentos a la comida que a otra cosa.

—Los bichos de cuatro patas no cuentan.

—¿Y de tres?

—¡Mamá!

—No es ningún secreto que las mujeres follamos. Sí, fo-lla-mos. No sé cómo no te tiraste al tal Jorge, en la foto es muy guapo.

—En la vida real también.

—Tu Akira también.

—Sí, también.

—Lucía, quédate, vete o haz lo que quieras. Pero cuenta conmigo. Intentaré escribirte dos veces al mes.

—¡Te vas a matar!

—Lo sé, soy la madre del año y, como tal, todavía hay una cosa que tengo que hacer contigo...

Por más que quiero sonsacarle, mi madre no me dice nada. Solo se hace la interesante y continúa la conversación hablando del reuma de Blacky. Creo que está disfrutando de mi compañía.

Mi viaje estaba programado para una semana, diez días a lo sumo. Así que la mañana que hace quince, me despierto un poco alucinada. Es temprano, me

acercó a la cocina y me encuentro con un desayuno *british* y con una noticia: mi madre quiere hacerse otro tatuaje y me pide que yo vaya con ella.

Al parecer, lleva un tiempo dándole vueltas y hoy tiene una cita con su tatuador habitual en Londres. No había pensado hacer turismo, ya que no creí que mi madre pasara tanto tiempo conmigo; ahora que soy adulta y me puedo valer por mí misma... a ratos, cuando las pastillas funcionan, parece que podemos congeniar.

Llegamos a Londres en poco tiempo. Eso sí, movernos por las calles es otra cosa. Me gusta mucho esta ciudad, cómo late, cómo vibra, es distinta en muchos aspectos a otras capitales. Mi madre quiere que comamos en su restaurante favorito, en Notting Hill, y que compremos algo que no necesitamos en el mercado de Portobello Road.

Aunque la primera parada es, cómo no, su tatuaje. No he estado nunca cerca de un lugar donde se hagan dibujos permanentes en la piel y me sorprende el lugar. Tan luminoso, tan artístico. Lo más cerca que estado, en este sentido, de un tatuador, ha sido gracias a ver por las tardes *Ink Master*, mientras mi abuela se encontraba con las amigas durante mis meses de pura desidia en España.

Mi madre saluda muy efusiva a un hombre bastante guapo, que ha hecho que su cuerpo sea un lienzo; se llama Paul, y me parece un nombre demasiado vulgar para alguien así. ¿No deberían tener nombres de guerra? Por la forma de moverse, de actuar, sé que está profundamente colado por mi madre.

Paul se sorprende cuando me presenta como su hija. No nos parecemos en nada. Aunque sospecho que esa información tampoco ha estado a su alcance. Cuando supera el susto, se centra en el tatuaje de mi madre.

—¿Lo llevas? —pregunta Paul.

—Sí, aquí está.

Mi madre saca una hoja con un sencillo dibujo, no es más que una línea y lo que parece una equilibrista con un palo para mantenerse. Paul lo mira y frunce el ceño.

—Este no es el diseño del que hablamos, Jackie.

—Ya, estos días me han hecho cambiar de opinión. —Mi madre me mira y me guiña un ojo.

—A Jackie —me dice Paul a modo explicación— le gusta tatuarse sus propios diseños. Voy a prepararlo, espérame aquí.

Mi madre se sienta en una camilla, mientras yo sigo sentada en la misma silla desde el principio, con mi muleta apoyada en la pared. La miro a modo interrogación y ella, con su mechón blanco, se encoge de hombros.

—Habíamos hablado de otro diseño, Paul y yo nos llamamos casi a diario. Él vive aquí, en Notting Hill, no podría abandonarlo, por lo que no podemos vernos

tanto como nos gustaría por nuestros trabajos.

—¿Estáis... juntos?

—Algo así. —Desvía su mirada a un diseño que está colgado en una de las paredes—. Algo así, todo lo que puedo darle.

El silencio es incómodo. No sé si mi madre cree que, después de tantos años, yo tengo alguna esperanza de que vuelva con mi padre. Ni tengo doce años ni mi padre está soltero. No lo quiero, desde que tengo uso de razón, no lo he querido. Solo se hacen daño, cada uno tiene que tener la vida que desea. Es algo que debería decirle a Jackie, lo sé, pero el rencor que todavía queda en mí se niega, hace una pequeña aparición estelar en el peor momento, justo en el día en que me encuentro más unida a ella. Aunque, si fuera profundo, que ya no lo es, le contaría lo feliz que es mi padre con su nueva vida y su nueva familia lejos de la relación envenenada que siempre han tenido.

No, tampoco lo hago.

Así que rompo el hielo de otra manera. Una que me reconcilia con ella.

—¿Qué significa tu tatuaje?

—Tú y yo —dice sin mirarme a la cara—. Toda mi vida he creído que debería tener algún tipo de relación contigo más profunda, pero no podía o no sabía, había algo en mí... hay algo que no funciona en mí, no me ha dejado, hasta ahora, creo. Estos días... hemos conectado y me gusta la relación que tenemos.

»Somos tú y yo, en equilibrio. Intentando tener una relación, Lucy.

—¿Me has llamado Lucy, mamá?

—Sí. —Esta vez sí me mira y me sonrío—. Ya puedo llamarte así.

—¿Por qué? ¿Por qué antes no podías?

—Ya te lo explicaré... cuando pueda.

Paul entra en la estancia e interrumpe la conversación. Como es un dibujo sencillo, apenas unas líneas, pronto se pone a tatuar a mi madre en la muñeca, el lugar donde ha elegido tener este dibujo que muestra el equilibrio entre nosotras, un lugar que verá todos los días de su vida.

No la veo pestañear, y eso que debe de ser doloroso. Aunque es un tatuaje pequeño, me parece significativo. Los dos hablan como si se conocieran de toda la vida, como si entre ellos hubiese una historia inacabada con algo que les impide avanzar.

Cuando termina Paul con su trabajo, mi madre está feliz y sonriente, ha quedado muy bien. Y a mí parece que se me ha pegado algo de ella, o quizá siempre ha estado en mí. Saco mi teléfono móvil, busco por internet y llamo su atención.

—Paul, ¿tienes tiempo para otro más?

—¿Qué? —pregunta mi madre—. Tu padre me mata...

—Claro, supuestamente este no iba a ser el diseño original.

—Bien, pues quiero esto.

Le enseño un *kanji* a los dos, que ponen cara de asombro.

—¿No pondrá *pollo frito* ahí? Se han dado casos...

—Mamá, he vivido años en Japón, creo que sé lo que significa.

—¿Sabes leer eso? —pregunta Paul con admiración en la voz. Yo asiento—. ¿Podrías repasar los que ofrezco al público? No quiero que nadie se queje de lo que le ponemos...

Mi madre y Paul se ríen a carcajada limpia. Me explican que una de las tatuadoras es china y que nunca tendrían ese problema con ese idioma, pero que el japonés es otro cantar. Solo lo tatúan cuando el cliente trae el diseño, como en mi caso.

En esta ocasión, Paul no se marcha para prepararlo, se queda con nosotras y bromea. «De tal palo, tal astilla». Quiero algo pequeñito, chiquitito, que signifique algo que siempre voy a querer. Que pueda ver todos los días de mi vida sin arrepentirme.

En un rato, tengo en mi clavícula derecha el tatuaje del *kanji* que, para mí, significa «alegría». El sol y la luna juntos forman la alegría. Cuando me levante cada mañana, podré verlo en el espejo y desear que mi día sea así, alegre, feliz, especial. Sin más.

Me he tatuado el nombre de Akira.

Nos despedimos de Paul con una sonrisa, ellos han hecho sus planes para verse en unas semanas. Yo ya no estaré allí. Mi madre está tan contenta que me ha pagado ella el tatuaje, le ha hecho una foto y lo ha subido a todas sus redes sociales antes de que yo pudiera saberlo.

Mi padre me llama unas horas más tarde horrorizado. Lo primero que me dice es: «¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hija?». Cuando me escucha reír y mi tono de voz, lo escucho llorar al otro lado del teléfono.

Creo que lo peor ha pasado.

Mi estancia en Luton, planeada para poco más de una semana, ha durado un mes. Por mucho que dijera mi madre, si hubiese vivido con ella algo más de tiempo, me hubiese echado por la puerta. O eso creo. Le gusta su vida, su intimidad y no creo que quiera realmente compartirla.

La entiendo, no ser lo que todo el mundo quiere que seas es complicado. Ella solo fue una *hippy* desfasada de época que se quedó embarazada y no supo cómo sobrellevarlo. No quita que pudo hacer las cosas mejor, aunque ya da igual.

A mí, al menos, me da igual.

Antes de marcharme, en el aeropuerto de Luton, me da un abrazo y un último

regalo. Una carta, que espera que lea durante el viaje. No delante de ella. Solo cuando esté sola.

Y así lo hago.

Mi querida Lucy,

Te he podido explicar pocas cosas durante estos días. Algunas son imposibles de decir o admitir, y otras no eran para nada lo que querrías escuchar. Pero nos hemos conocido, hemos pasado un tiempo juntas maravilloso y creo que te mereces saber la verdad.

Nunca quise ser madre.

Está bien, ya lo he dicho. No creo que sea un secreto, solo es la verdad.

Aunque también quiero que sepas que, en el momento en que naciste, lo intenté con todas mis fuerzas. Te miré y supe que eras mi Lucy In The Sky With Diamonds, una canción que había marcado la relación que tu padre y yo teníamos.

Yo te puse ese nombre; por eso, cuando me fui, no pude seguir usándolo. Me recordaba todo lo que no pude ser.

Durante cinco años intenté ser tu madre; lo hice, de veras. Pero llegó un momento en que me di cuenta de que no iba a ser posible, nunca sería feliz así y nunca os dejaría ser felices a ti y a tu padre. Así que me fui.

No te abandoné, te dejé de la mejor manera y luego, con los años, intenté ser fiel a todo lo que quería ser. Y no lo lamento en absoluto. Si de algo me arrepiento, es de no haber cogido un avión en cuanto supe lo que te había pasado. Llamé a tu padre todos los días y, cuando colgaba, me hacía siempre la misma pregunta, si debería ir o no. Ahora sé que debí estar a tu lado y lo siento.

Estos días juntas me han hecho ver la persona que eres, y me gusta. No podremos tener una relación madre-hija normal, ¡yo no lo permitiría! Aunque creo que, ahora que sé lo es tenerte cerca, mi vida sería mucho más triste sin ti.

Te voy a prometer algo (ya sé que no soy famosa por cumplir mis promesas, intentaré no fallar a esta): te voy a llamar, al menos, una vez por semana y te voy a escribir siempre que me sea posible. A cambio, te vas a pensar el venirte aquí más tiempo. Sin presión, sin agobios, solo por el hecho de poder ser tu misma. A veces, la soledad y la distancia hacen que nos conozcamos mejor.

Piénsatelo.

Un beso muy fuerte.

Jackie, tu madre.

Capítulo IX

Miro atrás, al camino que escogí

La vida era mucho más sencilla cuando la compartía con gente a la que quería. Era algo que sin duda había aprendido desde que me encontraba en Japón. Mi padre cada vez tenía más trabajo y lo veía menos, así que me pasaba el día con Akira, Nana y mis amigas. Los amigos de Kira también aparecían de vez en cuando, pero no conseguía congeniar con ellos. Me gustaba cómo transcurrían los días, aunque también teníamos que estudiar mucho.

El tiempo en clase pasaba volando. Mi cumpleaños pasó en un suspiro, bajo multitud de regalos por parte de mi familia –que llegaron todos a la vez un par de días antes–, de mi padre, mis amigos y de Akira. Mi tío David y mi abuela me cantaron el *Cumpleaños feliz* a través de una pantalla, mis amigos me felicitaron en japonés y mi madre me envió un audio cantándomelo en inglés, de tal forma que, más que una celebración de cumpleaños, parecía la torre de Babel.

Durante la fiesta, mi padre acabó un poco borracho y me comentó lo contento que estaba de que mi vida fuera feliz y que mi relación con Aki también. En el fondo, temía que mi familia, tan disfuncional y alocada, influyera para mal en esos aspectos. ¡Claro que lo había hecho! Pero no para mal, desde luego.

Ese día, por la tarde, salí con Akira. En Japón, lo habitual era que el cumpleaños se celebrase en pareja, si es que se tenía, claro. Y, además, mientras que los amigos sí que regalaban lo que ellos creían que le podía gustar al cumpleañosero, los novios no. Las parejas iban a comprar el regalo juntos. Así me lo explicó Kira y, la verdad, me mosqueó, me apetecía que él se calentara la cabeza buscando algo que realmente me pudiera gustar. Luego, lo agradecí. Pasamos una tarde fantástica, disfrutando de pasar el tiempo juntos y Aki nunca podría haberme regalado lo que yo quería: ropa. Soportó sin una queja un *tour* por mis tiendas favoritas.

Cada vez se acercaba más el final de curso, y había una conversación que quería mantener con Akira. No sabía cómo. Si alguna vez él atisbaba ese tema, cambiaba el mismo con una sonrisa, con un beso o con una caricia. Sabía perfectamente cómo despistarme. Así que, poco a poco, día a día, había llegado la Navidad. Bueno, no la Navidad; en tierras niponas no la celebraban como en España, sino que eran *las fiestas*. Así, sin más.

En Japón no se andaban con tonterías a la hora de decorar. Tokio se había

llenado de luces desde finales de noviembre y se notaba un ambiente feliz que se respiraba a cada momento. Era como si un unicornio hubiese estornudado felicidad, colores y luces por la ciudad. Un unicornio muy grande, eso sí.

El veintitrés de diciembre era fiesta, se celebraba el cumpleaños del actual emperador de Japón, Akihito. Y el veinticuatro, que yo siempre había pasado en compañía de mi familia, lo habitual era celebrarlo en pareja o con amigos. Mi padre iba a pasar la noche con Ayaka, y yo había quedado con Akira para cenar.

En los últimos tiempos, habíamos tenido mucha presión con los exámenes y, cuando por fin los pudimos acabar, los Kimura arrastraron a sus hijos a ver a sus abuelos de nuevo. Así que ese día, después de todo, por fin Aki y yo teníamos la noche para nosotros.

Quedamos en una plaza absolutamente iluminada por un árbol repleto de luces; al día siguiente, con seguridad, comenzarían a quitarlas y, por arte de magia, parecería que eso nunca había ocurrido.

Cuando vi a Akira de lejos, se me formó una sonrisa en la boca. No podía parar de sonreír, me sentía resplandeciente por dentro y por fuera. Estaba tan guapo, esperando por mí... Con el pelo alborotado, concentrado en su teléfono móvil y con una caja en la otra mano. Se había arreglado, todo lo que podía arreglarse Kira, para pasar la noche conmigo.

Yo, por mi parte, me había puesto un vestido rojo, para ir acorde con la fiesta navideña. Me había arreglado más que en toda mi vida. Necesitaba que, tras ese lapsus sin poder disfrutar de él al cien por cien, esa noche fuese mágica, especial.

Llegué a su lado y, cuando él levantó la vista del móvil, supe que por un momento se quedó enredado conmigo. Volví a sentirme como al principio de conocerlo, con ganas de desentrañar todos los misterios que albergaba, todo lo que me podía ofrecer y lo que no.

—Ven aquí.

No hacía falta que me dijese lo guapa que estaba para él, decidió contármelo todo con sus labios y su cuerpo. Nos besamos debajo del gran árbol luminoso, en una noche en la que Tokio se volvía un lugar incluso más especial que antes.

No sé cuánto tiempo pasamos así, solo que parecía que él no quería dejar de besarme, pues, cuando yo me apartaba un poco, él continuaba. Hasta que rozó su nariz con la mía, un gesto que hacía para controlarse, para no seguir más. Era como su último beso antes de continuar con nuestras vidas.

—¿Qué llevas en esa caja? —le pregunté para volver al mundo real.

—Una tarta de Navidad.

Nana me había comentado que era muy común en esos días comer una tarta con un glaseado blanco y con fresas. Solo el día veinticuatro. Me hizo ilusión ver

que Akira se había acordado de ese detalle. Era nuestra primera Navidad como pareja.

Me cogió de la mano y nos dirigimos a un restaurante que había elegido él. Quiso darme una sorpresa, no supe hasta ese momento a dónde nos dirigíamos. Había escuchado hablar del local por mis amigas, que se morirían de la envidia cuando se lo contara. Era muy elegante, mucho más de lo que dos chicos de instituto podían pagarse. Cuando le pregunté a Akira, solo me dijo que era un día especial, no soltó nada más. Lo vi muy ilusionado; tanto que decidí que era el momento de aprovechar su buen humor y hablar con él del tema espinoso que parecía imposible mantener.

—En enero quiero prepararme en serio el acceso a la universidad —solté, para calentar motores.

—Deberías haberlo hecho antes. No es sencillo entrar en la facultad de Veterinaria.

—Creo que tú también deberías hacerlo. —¡Ale! Así, sin más preámbulos.

—Mi carrera no es tan dura —respondió, mientras le echaba un ojo a la carta.

—Medicina es de las más duras.

—No voy a hacer Medicina —dijo con el ceño fruncido—, ya sabes que no puedo dejar el negocio de mi padre. No puedo ser médico.

—¡Pero quieres ser médico! —La emoción me pudo un poco. Necesitaba que él entendiera que yo lo apoyaba en todo.

—Lo sé, aunque mi familia no me lo perdonaría.

—Kira, claro que te lo van a perdonar, ellos te lo perdonarían todo, son tus padres.

—Rukia... no lo entiendes, mis padres son muy tradicionales.

—Por eso aún no les has dicho que salimos juntos.

Era el elefante rosa al que no le hacíamos caso en nuestra relación. Siempre con nosotros, siempre a nuestro lado, levantando la trompa a modo de un saludo siempre ignorado. Mientras que mi padre estaba más que encantado con Akira, sus padres no sabían ni que teníamos una relación. Yo no había dicho nada hasta esa conversación, no me había quejado, por dejarle su ritmo, su tiempo y su espacio. Pero lo cierto era que, si seguíamos obviando el tema, podría suponer un problema entre ambos.

—Les estoy dando tiempo para que asimilen lo de Keiko.

—Han pasado meses, Akira. Si no se lo dices pronto, será mucho peor, se sentirán engañados.

—Yo veré cómo será mejor hacerlo.

—Está bien, pero que sea pronto. —Me resigné en ese tema, al menos ya había salido del armario.

—Será pronto, te lo prometo.

—Y también tienes que decirles que tu vida es tuya y que quieres hacer Medicina, ¿o no quieres hacerlo?

—¡Claro que quiero! No es tan sencillo.

—Sí que lo es.

—Rukia, si aceptan nuestra relación estaré tan agradecido que no podré decirles nada sobre lo que quiero, solo tendré que hacer lo que debo.

—Akira, eso no es justo.

—Es mi familia, Ru, no los puedo decepcionar, es mi deber como el hermano mayor. Además, se lo prometí a mi madre cuando...

Akira se quedó callado, quieto. Le cogí la mano que tenía apoyada en la mesa y se la apreté, era mi forma de pedirle que hablara, que me contara todo lo que tenía en mente. Que yo estaba allí y que siempre lo iba a estar, fuera médico, astronauta, barrendero o peluquero. Fuera lo que fuese, yo siempre iba a estar a su lado.

—Tiene que ver con Haruto.

Me miró a los ojos desconsolado, y yo le mantuve la mirada. Me había hablado muy poco de él. Le dolía tanto pronunciar su nombre, hablar de sus aventuras juntos, que yo nunca sacaba ese tema por no molestarlo. Sabía que Akira, como en ese momento, cuando lo necesitara, me hablaría más de él.

—Era mi hermano pequeño, ya lo sabes, tenía cinco años menos que Nana y yo. Murió cuando yo tenía trece años y él ocho. De leucemia. Creí que nadie en mi casa podría soportar el dolor. Recuerdo que, tras el funeral, me acerqué a mi madre y le dije que quería ser médico, no quería que ningún otro niño tuviera que pasar por esto, necesitaba ayudar a las personas en nombre de mi hermano menor. Mi madre estaba destrozada, y mi confesión la hundió un poco más. Se puso a llorar desconsoladamente y me hizo prometer que no haría eso nunca, que debía continuar con el negocio de mi padre, ya que así continuaba con su legado. Y se lo prometí.

—Aki, siento lo de tu hermano, lo siento de verás, pero tu madre nunca debió hacerte prometer eso. Desde que te conozco, sé que jamás te hará feliz el futuro que te han impuesto.

—Rukia, por favor, déjalo. Voy a luchar para que acepten nuestra relación, no voy a hacer nada por mi carrera.

—Pero Akira...

—Por favor.

Su voz sonó derrotada, perdida. Como si no pudiera hacer nada más por su sueño, como si lo hubiera enterrado. Akira quería ser médico para salvar a niños como su hermano, ¿cómo era posible que su madre no lo viera? ¿Cómo era

posible que su madre no lo entendiera?

Yo quería ser veterinaria desde que pisé por primera vez la clínica de Jackie, y ella, que de forma habitual no se fijaba en mí, lo entendió. ¿Cómo podía no darse cuenta la madre de Akira de que le había hecho prometer un imposible, o algo que solo podía llevar al desastre, a que su hijo fuera infeliz?

La madre de Nana y Akira, la señora Kimura, era todo lo contrario a la mía. Y eso, que en un principio me había parecido bueno, en ese instante me pareció muy malo. Ella era maternal, hogareña y siempre se estaba preocupando por sus hijos, mientras que mi madre se había marchado cuando yo tenía cinco años y nunca había tenido la oportunidad de conocerla realmente. Y las dos tenían unas gafas que les impedían ver a sus hijos como eran. Mi madre, por su forma de ver la vida, y la de Akira, también por lo mismo, pero cada una en un extremo distinto. De lo liberal a lo tradicional. Ningún extremo era bueno.

Terminamos la comida algo callados. La noche del veinticuatro iba a ser todo risas y alegría, y al final nos habíamos chocado contra un muro y con el silencio instalado entre los dos. Nunca creí que eso nos pudiera pasar a nosotros.

Paseamos por la calle sin decir palabra, hacía frío y comencé a temblar. Akira me abrazó y sentí que habíamos vuelto otra vez a ser los mismos de hacía tan solo unas horas. No quisimos hablar, como si fuéramos a romper un hechizo, pero sí podíamos tocarnos. Comenzamos a besarnos en la parada del tren que llevaba a mi casa y casi no paramos hasta cruzar la puerta. En ocasiones, era más fácil contarle a Akira lo que sentía con gestos que con palabras. A él le pasaba lo mismo.

La idea original había sido tomarnos la tarta juntos y ver qué pasaba después. Pero el pastel se quedó en la entrada tirado. Si no podíamos hablar, si no podíamos comunicarnos todo lo que pensábamos, al menos sí podíamos besarnos. La noche no se iba a arruinar por eso. No íbamos a dejar que ocurriese.

Cuando me quise dar cuenta, mi vestido había salido volando y se encontraba abandonado en el suelo de mi habitación. Nuestros zapatos se habían quedado en la entrada, los abrigos en el salón y en ese momento nos estábamos quitando la poca ropa que nos quedaba, sin pensar. Casi sin respirar. Ambos sabíamos que esa noche la casa era solo para nosotros.

En realidad, que el mundo era solo para nosotros.

Me encontré solo en ropa interior y con medias frente a Akira, mis manos corrían sueltas por su cuerpo para quitarle el pantalón; de la camisa ya se había ocupado él. Me senté en la cama mientras Aki terminaba de despojarse de toda ropa y lo observé desnudo. No era la primera vez, aunque pensé que nunca podría cansarme de mirarlo.

Me quité el sujetador y escuché cómo Akira intentó aguantar un gemido de satisfacción que al final se le escapó. Me hizo sonreír. Supe, por lo que podía ver, que él estaba tan excitado como yo. Me acosté, y él siguió el mismo camino. No dudé, ni por un momento, en acariciarlo, besarlo... Todo parecía tan natural como si no hubiese más opciones, como si eso fuese lo que necesitara hacer desde hacía mucho tiempo. Por su parte, Kira tampoco se quedó atrás, con cada beso sentía cómo adoraba cada pedacito de mi piel, hasta que me despojó de la última prenda que me quedaba, sin contar las medias, que en unos tirones salieron sin prestar más batalla.

Con los cuerpos pegados, piel con piel, no sé en qué momento todo se volvió distinto al resto de veces en las que nos habíamos perdido entre besos y caricias. Pero lo era. Todo entre nosotros había cambiado para mejor.

Noté su respiración cada vez más acelerada, me miraba con una intensidad que sabía que él también sentía. Cómo sabíamos los dos que esa noche sería distinta. Los dos nos contuvimos, nos pausamos, no había otra forma de describir cómo el tacto lento de sus dedos en mí hacía que sintiera destellos de placer. Por un lado, quería gritarle que fuera más rápido, y por otro, necesitaba que continuara con su paso lento, ese que me hacía perder la cabeza.

—Akira... —le susurré mientras me retorecía bajo sus caricias.

No hacía falta más, quizá por mi tono de voz, por el tono de súplica y excitación que no sabía bien de dónde había salido. Fue como pulsar un botón. Y Aki me saqueó la boca con una intensidad que antes no había utilizado.

Me besó, me mordió, me lamió.

La intensidad no se rebajó ni cuándo él, con las manos algo temblorosas, se puso a buscar un preservativo. No dejé de acariciarlo con la punta de mis dedos, como si pudiera pintar en él todo lo que sentía en aquel instante. Observé cómo se lo colocó con algo de nervios y, cuando acabó, me miró fijamente. No apartó su mirada, esperaba algo, solo consiguió que yo me mordiera el labio por la expectación. Se fue moviendo hasta colocarse encima de mí, sin dejar de tocarme y me sentí tan excitada que solo quería dar ese paso con él. Cerré los ojos para no perderme nada con el resto de los sentidos.

Sabía que Akira se encontraba muy nervioso; lo sabía porque lo conocía bien, porque lo sentía, pero no porque él hiciera algo mal. No, me acarició por última vez con su mano y me besó. Abrí los ojos y lo vi observándome, mientras poco a poco lo notaba cada vez más dentro. Tenía tantas ganas de disfrutar ese momento con él que no sentí más que impaciencia al principio y luego una pequeña incomodidad que él hizo que se me olvidase con sus mimos, sí, y con sus besos. Me olvidé de todo lo que no fuéramos él y yo.

Se me escapó un gemido cuando comenzamos a movernos. Me sentí

conectada a él, hambrienta de mucho más. Pronto me acostumbré a la sensación y la disfruté, tomé las riendas y lo vi sonreír bajo el velo de la excitación. En un momento dado, gimió y echó la cabeza para atrás, con el pelo suelto; era la imagen más erótica que había visto nunca. Y la tenía toda para mí. Ese movimiento, seguido de los míos, hizo que llegase al orgasmo casi sin esperarlo. Temblé, y todo mi cuerpo se sumergió en una sensación de placer increíble. Nunca había sentido algo así. Entre la nebulosa del éxtasis, noté cómo Akira también gemía.

Los dos nos habíamos quedado sin resuello, todavía unidos y con cara de felicidad. Nos besamos entre risas y caricias, para celebrar que nuestra relación había dado un paso más, el único que nos faltaba para tener plena intimidad.

No podía ser más feliz. La sensación era única.

Akira se quedó esa noche conmigo y me encantó acurrucarme y dormir entre el olor de nosotros dos unidos y las huellas en mi cuerpo de sus caricias.

A la mañana siguiente, me desperté por el sonido del móvil; no fue nada agradable. Mi padre me había mandado un mensaje para decirme que comería con Ayaka, algo que ya sabía, pero al parecer él prefería confirmarlo. Me encontraba desnuda, enredada en las sábanas que olían a todo lo que había ocurrido la noche anterior. Hundí la cara en la almohada con una sonrisa recordando cada detalle, cada instante, cada toque, cada beso. Me embargaba una sensación de que todo era perfecto y que éramos invencibles.

Escuché movimiento en la cocina y observé que la ropa de Akira no estaba ya toda olvidada en el suelo.

Lástima, me hubiese gustado verlo desnudo haciendo el desayuno.

Me vestí y me asomé al salón. Supe que era imposible que nada me borrara ese día la sonrisa de la boca.

La mesa estaba puesta para los dos. Se las había apañado para encontrar una flor y la había colocado en un vaso redondo en el centro. No le faltaba detalle: mantel, tazas, zumo...

Cuando me vio, Akira se acercó y me dio un beso en la boca. Lento, delicado, con el que me quería decir tantas cosas.

—¿Te parece si desayunamos la tarta que no probamos ayer?

—Sí, me parece bien. —Todo me parecía bien, cualquier cosa que dijera. Sí, estaba bien.

Me senté en la mesa y esperé a que trajera el café. Era tan feliz que no lo podía ocultar, daba saltitos en la mesa por la espera y todo me parecía

maravilloso. Sin embargo, Aki me tenía algo despistada; lo encontré serio, pensativo. Cuando se sentó en la mesa conmigo, no hizo el amago de desayunar, sino que esperó a que yo le diera el primer sorbo al café para empezar a hablar.

—¿Te parece bien si comemos con mis padres?

Lo miré extrañada, casi esperanzada. Levanté una ceja a modo de interrogación. Si yo comía con su familia, quería decir que...

—Pasamos a por el pollo frito, y comemos con ellos. Así les puedo hablar de nuestra relación, ¿o prefieres no estar presente?

Gracias, Aki, por darme también esa opción, pero no la necesitaba.

—Oh, sí, claro, quiero estar.

Akira sonrió, parecía aliviado y la alegría volvió a la mesa por parte de los dos. Para él era un paso importante que sus padres supieran que estábamos saliendo, y me encantaba la idea de hacerlo juntos, como todo lo que viniera desde ese momento en nuestra relación.

Me quedé embobada un momento y él me instó a probar la tarta, era tradición allí, y estaba deliciosa. Hablamos, nos reímos y no nos bajamos de nuestra nube. Tras comer, nos metimos a darnos una ducha, al más puro estilo occidental, en un baño nipón, y acabamos de nuevo liados entre besos y caricias. Descubrí otra forma de hacer el amor y, en aquel momento, era lo que más me gustaba: descubrir ese nuevo mundo con Akira.

Japón no es un país católico, por eso la Navidad no es una festividad oficial. El día veinticinco no se hacía una comida para celebrar nada que tuviera que ver con Jesucristo; el día veinticinco se comía pollo frito y, si podía ser KFC, mucho mejor. Todo se remontaba a los años setenta; de esa época provenía esa extraña *tradición*, a causa de una campaña de publicidad. Sí, por una campaña de publicidad, ¡cosas peores se han visto!

La madre de Akira, la señora Kimura, como tantas otras, tenía pedido su pollo frito desde hacía un tiempo, mientras que la tarta la iba a hornear ella.

Esa era la comida típica allí el día de Navidad.

La cola que se había formado en el KFC era digna de un concierto multitudinario o de un cine en estreno. Mientras nos acercábamos, pensé que ojalá Neil Gaiman no tuviera razón cuando dijo que el Gobierno de los Estados Unidos les había obligado a cambiar el nombre de Kentucky Fried Chicken a KFC por no vender ya pollo, sino un animal tipo oruga con alitas y muslitos que alimentaban por medio de tubos. No, nunca me había gustado la comida rápida, y leer a Neil Gaiman no ayudaba en ese sentido. Ese día, haría una excepción.

Nos colocamos en una fila más corta, la de la gente que había sido previsora y lo había pedido con antelación. Desde que habíamos salido de casa, Akira se encontraba cada vez más nervioso, y lo exteriorizaba estando más callado y más circunspecto; para él era un paso importante hablar con su familia. Con el cariño que le tenían a Keiko, lo mismo al principio podía parecer un problema, pero me conocían desde hacía meses y eso seguro que jugaba a nuestro favor. Lo cierto era que se podrían sentir dolidos por no haberlos hecho partícipes antes de la situación, aunque con el tiempo seguro que lo entendían. ¡Cualquiera hablaba con la señora Kimura de una chica que no fuera Keiko para su hijo!

Le mandé un mensaje a Nana con la noticia de que comía con ellos. Ella me dijo que ya lo sabía, que Akira la había informado esa misma mañana para que nos echara un cable, pero que prefería hacerse la loca. Al parecer, había llegado tarde la noche anterior, la había pasado con nuestros amigos, y no se iba a levantar de la cama hasta que le llegase el olor del pollo frito. Si la conocía un poco, no se iba a perder la noticia; estaría en primera fila comiendo y observando a su familia.

Nos sirvieron la comida en unas cajas decoradas con la imagen de la franquicia: el Coronel Sanders disfrazado de Papá Noel. Era espeluznante. Las chicas que nos atendieron debían de estar trabajando desde primera hora, por sus ojeras, pero continuaban al pie del cañón con su uniforme y su sonrisa. Nos hicieron sentir cómodos y no unos consumistas que estaban ayudando a la muerte de miles de pollos (o de gusanos gigantes con alitas y muslitos); no lo quería ni pensar.

Cuando salimos del establecimiento, Akira me cogió de la mano y me susurró: «Para darme fuerzas». Me encantó saber que yo era su batería, el punto de apoyo de su mundo cuando creía que algo podía ir mal. Por el camino, hablamos de las diversas fiestas que quedaban hasta terminar el año, de cómo las había celebrado hasta ese momento y, en cuestión de lo que parecieron minutos, llegamos a la puerta de su casa entre risas. Una vez allí, nos miramos para serenarnos, respiramos hondo y nos dimos un beso rápido, para entrar con buen pie.

En la entrada, como era costumbre en Japón, Akira gritó: «Ya estoy en casa». A lo que su madre respondió contenta y salió al escuchar mi voz imitándolo. Hubiese sido de mala educación no decir nada. Cuando posó sus ojos en mí, frunció el ceño, aunque se recompuso pronto y se mostró amable.

—¡Hola, Lucy! ¿Te has encontrado a Akira por el camino? —me preguntó, mientras me quitaba los zapatos.

—No, lo he acompañado a comprar la comida.

Nos fuimos al salón, donde su padre se encontraba sentado en la mesa

esperando el pollo frito. Nos saludó y puso una cara rara por unos instantes, aunque, por la mirada de su mujer, la suavizó.

Nana apareció por la puerta con un pijama lleno de cerdos, *kawaii*, desde luego, disimulando un bostezo. Y me salvó de esa situación tan incómoda. Nadie hablaba, nadie decía nada, solo se miraban los unos a los otros algo desconcertados por mi aparición en su ámbito familiar.

—Hola, hermano y Lu-cy —dijo, arrastrando la última sílaba como preguntando si de verdad lo íbamos a hacer.

Me senté entre Akira y Nana. Sus padres intuyeron que algo estaba pasando, ya que no hicieron ademán de servir la comida. Me sentía frente a un jurado listo para dar su veredicto. Como si me hubiese presentado a un concurso de esos de la televisión de cantantes, hubiese intentando que *Somebody to Love* de Queen hubiese salido de mi garganta sin un solo gallo y, por el contrario, me hubiese encontrado con la granja entera. Noté una presión en el pecho, la tensión que me llegaba directamente de los ojos de la señora Kimura. Aunque Kira, por debajo de la mesa, me cogió la mano y la apretó. Esta vez para darme fuerzas a mí.

—Papá, mamá, tengo que contaros algo —comenzó Akira.

En ese momento, como en una epifanía, sentí que la situación no debería ser tan tensa. Cuando mi padre supo que salía con Akira se alegró; el día de mi cumpleaños, se lo presenté a mi abuela y a mi tío David, y saltaron de alegría, literalmente, al verme contenta. Hasta Nana nos dio su bendición con una sonrisa en la boca.

En cambio, los padres de Akira, cuando les comentó que estábamos juntos, un poco más y me echaron de la casa. Fue como si su hijo les hubiese dicho que había entrado en el instituto con un arma y había matado a todos los profesores... ah, y que no se arrepentía.

La madre de Akira se quedó callada y taciturna; su padre, por su parte, se levantó y se marchó de la estancia, no sin antes repetir que estaba muy decepcionado con él. No quería ni oír hablar de la situación.

—Mamá... —Aki se acercó a ella con delicadeza. Lo vi desplegar todas sus dotes de persuasión—. Tengo que vivir mi vida y la voy a vivir con Rukia.

Su madre se echó a llorar y siguió los pasos de padre.

Mientras, yo me quedé pasmada. ¿Qué había pasado? ¿De verdad era tan malo?

—Muy bien, Aki, muy bien. ¿Tenías que fastidiarnos el día del pollo frito? —preguntó Nana, para aliviar la tensión, mientras comenzó a comer sin pensarlo mucho.

—Lo siento —musitó Akira con la mirada puesta en la puerta por la que habían desaparecido sus padres.

—Me siento culpable y no sé bien de qué —les confesé, perdida.

—No sientas nada, ya se les pasará. —Akira me dio un beso en los labios y se sentó a mi lado—. Vamos a comer.

En los siguientes días, mi vida cambió de una forma radical.

Cuando mi padre volvió de estar con Ayaka, me contó que lo iban a trasladar. En Japón, el día veinticinco no es fiesta, así que, cuando volví de comer, me soltó la bomba y se marchó de nuevo al trabajo. Solo me dijo que, cuando empezara el próximo año, tenía que trasladarse a la sucursal de su empresa en Osaka, donde debería pasar mínimo seis meses para empezar y acabar un proyecto. Ya era mayor, mi padre no podía obligarme a marcharme con él, pero deseaba que lo hiciera.

Esa noche, con más tranquilidad, me lo explicó paso a paso, y yo pude contarle todo lo que había ocurrido. Mi padre no puso cara de sorpresa. Me advirtió que, si los señores Kimura eran muy tradicionales, no les gustaría nada la relación. Aunque él era un optimista por naturaleza y me dijo que todo saldría bien, pero que me pensara lo de irme con él.

Esa noche no dormí mucho. No quería marcharme de Tokio, pero ya me encontraba lejos de mi familia, ¿también quería estar lejos de mi padre? ¿Pesaba más mi vida allí que mi vida con él? Toda esa aventura nipona había comenzado con él, con su sueño, con todo lo que quería vivir. Y había continuado conmigo, también había pasado a ser mía, a ser mi aventura, mi vida y no quería que terminase. No me quería ir con él, no me quería marchar lejos de Akira, lejos de mis amigas y lejos de todo lo que me gustaba hacer.

Y, por supuesto, tenía una fecha límite, mi decisión debería estar tomada antes del día uno de enero, pues había que preparar muchas cosas, como el traslado y el viaje. Mi padre debía estar ya viviendo en Osaka para la segunda quincena de enero, en concreto el día dieciocho. Y no estaríamos solos: Ayaka también viajaría con nosotros.

Tras esa bomba que podía partir mi vida en dos, la otra tampoco se quedaba lejos. Akira estaba muy raro desde el conato de conversación, ya que no había llegado a serlo, con sus padres; andaba ensimismado. Nana me contó que en su casa la situación era mucho más tensa de lo que él me daba a entender. Su padre no le dirigía la palabra y su madre no paraba de repetir que debería volver con Keiko. No lo entendía bien. No me entraba en la cabeza. Aunque mi amiga sí me lo podía explicar, con palabras directas y crudas, algo muy poco habitual en el mundo nipón, y eso era lo que iba a hacer, según me había prometido. No era

una conversación para tener por teléfono.

Nanako se había acercado a mi casa mientras yo hacía la limpieza de fin de año. Daba buena suerte desempolvar bien la casa ese día y, si en el proceso se tiraban los objetos que no se usaban, mejor que mejor. Me pareció una tradición muy eficiente y útil, por eso la estaba practicando. Era mi último día para decidir si irme o quedarme. Akira no había querido intervenir en mi decisión, solo me había apoyado, y la verdad era que no me encontraba ni un poco más cerca de decidirme que el día que me lo comunicó mi padre.

—Lucy, mis padres son muy tradicionales. —Había llegado a odiar esa frase. Parecía que, con solo invocarla, se explicaba todo lo malo que hicieran los señores Kimura—. Para ellos, el futuro de su hijo mayor debía ser el siguiente: casarse con una buena chica japonesa; Keiko era, sin duda, la mejor opción. —Nana puso los ojos en blanco y continuó—. Y que siguiera la estela de mi padre en la compañía. Ah, y que en poco tiempo le diera un nieto o dos. Que no siga el camino trazado es para ellos una verdadera decepción.

—¿Se les pasará? ¿No?

—Imagino que sí, pero no sé qué decirte, nunca han estado tantos días sin hablarse, ya van seis. ¿Vas a tirar esa camiseta?

Se refería a una prenda que no usaba desde hacía tiempo, ya se encontraba en mi maleta cuando llegué a Tokio, y no le había dado mucho uso. Se la iba a regalar sin dudar, aunque me hice la dura.

—¿Has venido a verme o a quedarte con las cosas que no voy a usar?

Nana sonrió, con esa picardía propia de un hada que sabía mucho más de lo que contaba.

—Un poco de ambas, Lucy.

—Toma, quédatela. —No me hice más de rogar—. Gracias a ti vamos a cenar mi padre y yo *toshikoshi*, te mereces una camiseta.

—¡Gracias!

Los últimos y primeros días del año eran para pasarlos en familia y con los seres queridos. En Nochevieja se comía el *toshikoshi*, unos fideos que, según la tradición japonesa, alargaban la vida. Bueno, no me importaba vivir unos años más si podía disfrutar de mi vida tal y como era en aquel momento. Con un poco menos de drama, por favor, señor destino.

—Esta noche va a ser horrible... —susurró Nana mientras se probaba la camiseta—. La cena con mis padres y con Aki sin dirigirse la palabra... uff, ¿puedo venir a cenar contigo?

—Por supuesto —le dije desde la cama, mientras buscaba un collar que le iba genial con la camiseta—, pero no lo hagas... no quiero que tus padres me achaquen también la fuga de su otra hija. ¡Toma esto! —le pasé el complemento.

Nana se rio, asintió con fuerza y se lo puso.

—Me lo puedo quedar también, ¿no?

—¡Claro!

—Pues me vendré aquí a cenar y les diré a mis padres que estoy en casa de Yuri, entonces. —Me guiñó un ojo.

—¡Buena idea! Aunque yo tengo otra mejor... Vete a la de Shou.

Mis palabras la entristecieron un poco. Esa no era mi intención.

—Shou es primo lejano de Keiko, y pasan estos días juntos... estoy convencida de que, para cuando empiece el año, ya estarán juntos.

Pensar que Keiko, la adorada Keiko de mis suegros, se encontraba en Tokio, me hacía sentirme mal. Y no era la única. Nana se sentó a mi lado y nos quedamos un poco ensimismadas. No tenía tantas razones como ella, pero me habían comparado tanto con Keiko en casa de Akira, según me había contado Nana, que ya tenía curiosidad por conocerla. Bueno, curiosidad y ansiedad a partes iguales.

—No lo sabes, no pierdas la esperanza —le dije, intentando darnos ánimos a las dos.

—Si no la he perdido en todos estos años... unos días más no me van a matar. Este año que entra es distinto. ¡Voy a conseguir contarle a Shou todo lo que tengo en la cabeza!

—¡Así me gusta, Nana! ¿Lo tienes todo pensado?

—¡No! —gritó entusiasmada con el futuro, aunque parecía muerta de miedo —. Solo sé que será uno de mis propósitos de año nuevo.

—Bien, pues vamos a pasar a planearlos...

El *toshikoshi* que nos había traído Nana estaba delicioso. Mi padre y yo lo disfrutamos entre risas y con un programa típico de Nochevieja titulado *Kohaku Uta Gassen*^{lxxiii} de la NHK, donde todos cantaban y había dos equipos que se enfrentaban: el equipo rojo, solo compuesto por mujeres, y el equipo blanco, de los hombres. Vamos, algo parecido al especial musical que daban después de las uvas, pero versión japonesa y competitiva.

Entre mi padre y yo había un tema que no queríamos tocar: mi futuro en Osaka o en Tokio. Incluso en Madrid, si decidía que mi vida en Japón había terminado, aunque esa opción estaba más que descartada. Me daba la sensación de que mi padre me iba a preguntar por mi decisión en varias ocasiones, pero siempre se quedaba a mitad o se callaba. Sabía que no quería escuchar mi determinación, por si había decidido quedarme. La verdad, mi corazón me pedía

tanto que me quedase como que me marchase.

Nunca había vivido sin mi padre.

Así que decidimos olvidarnos un poco de que pronto podríamos vivir separados y disfrutamos de la cena como nunca. Aunque todo cambió en el momento en el que sonó el timbre; nos estábamos riendo de un comentario de la presentadora cuando lo oímos. ¿Quién sería a esas horas?

Abrí la puerta y me encontré con Akira y con Nana. Él tenía el ceño fruncido; mi primer impulso fue abrazarlo, aunque la sonrisa de oreja a oreja de ella me dejó algo despistada.

—¡Hola, Lucy! —gritó mi Campanilla favorita con demasiado entusiasmo—. ¿Podemos pasar?

—Claro, claro...

Nana se quitó los zapatos y, de un salto, se fue corriendo al salón a hablar con mi padre. Era su forma de darnos intimidad.

—¿Qué ocurre, Kira?

—Mis padres y yo hemos discutido hasta un punto insospechado. —Se tocó la cara casi con desesperación—. Me han llevado al límite y he terminado diciéndole a mi padre que mi sueño nunca fue continuar con su empresa. Como te puedes imaginar, se ha enfadado mucho más. Han dicho cosas que no quiero repetir, así que Nana y yo nos hemos ido.

—Oh, Akira, lo siento.

Lo abracé todo lo fuerte que pude. Noté cómo él me besaba el pelo y se dejaba envolver en todo lo que yo lo quería. Por un instante, nos fundimos, pudimos dejar atrás todo, y solo me centré en nuestras respiraciones tranquilas.

—No puedo vivir con ellos, Rukia, no puedo seguir haciéndolos felices cuando eso significa que yo sea miserable. —Se separó de mi abrazo para observarme—. Te quiero, y eso no va a cambiar. No quiero seguir con su empresa, y eso tampoco va a cambiar. Voy a empezar el año nuevo de cero con respecto a lo que ellos quieren de mí.

Nos besamos, con delicadeza. En ese momento yo fui la familia de Akira, me incluyó, o quizá ya lo había hecho y yo no me había dado cuenta. Ya no solo sus padres y su hermana la formaban, también estaba yo. El año nuevo solo nos podía traer cosas mejores.

Entramos al salón, donde Nana entretenía a mi padre, que me miró con curiosidad. Akira lo saludó y también se sentó con ellos. Saqué algo de beber y ya nadie le hacía caso a la televisión, por lo que decidí apagarla. Adiós, programa de Nochevieja. Aunque Nana podía mantener una conversación ella sola sobre casi cualquier cosa que pudiéramos imaginar, esa noche no estaba centrada. Parecía algo normal, no se encontraba bien tras lo ocurrido. Y eso que

yo no sabía en profundidad lo que se habían dicho. Yo nunca me había peleado con mis padres, no de esa manera, no sintiendo que su presión era tanta que, para respirar, tenía que vivir en otro lugar.

—Nana, Nana, para. —Al parecer, mi padre no estaba interesado por saber qué *doramas* se estrenaban en enero y que estaba loca por poder ver mi amiga. A decir verdad, yo tampoco—. ¿Qué ha pasado esta noche?

Se hizo el silencio. Uno denso y pesado. Mi padre tenía derecho a saber la verdad. Tanto Kira como Nana apreciaban a mi padre, y contarle que sus padres me odiaban era algo que podía ser muy duro para todos. Mi amiga no dijo nada, apartó la mirada algo avergonzada, y Akira cogió aire para poder explicarse cuando yo lo interrumpí.

—Papá, a los Kimura no les gusta mi relación con su hijo.

—Ya, eso ya lo sé.

—Tampoco ven con buenos ojos que elija cómo vivir mi vida —dijo Aki con semblante muy serio.

—¿Y qué es lo que tanto los molesta, Akira? —Mi padre lo preguntó con mucho cuidado, sin parecer suspicaz.

—Quiero poder elegir mi carrera, no que sean ellos quienes la decidan y quiero seguir con Rukia.

—¡Y no volver con Keiko! —dijo con mucho entusiasmo Nana, que no podía quedarse callada.

Mi padre asintió, como si lo entendiera mucho mejor que yo.

—Lo siento mucho, ¿crees que cambiarán de opinión? —le preguntó a Akira.

—No, por ahora no lo creo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tengo ya edad para vivir por mi cuenta, este año comienzo la universidad. Así que me voy a ir de casa, deben entender que soy yo el que mando en mi vida.

—¡Aki! —Nana le gritó con los ojos desorbitados.

—No puedo seguir así indefinidamente.

—¡No ha pasado ni una semana desde que se lo has dicho! —respondió su hermana.

—No van a aceptar mi relación, no van a aceptar que quiera hacer mi vida, Nana. Desde que murió Haruto, he intentado ser el hijo que ellos quieren, pero no puedo. Al final, no soy tan perfecto. —Aki se encogió de hombros, como si aceptase una verdad inmutable.

Nana siguió quejándose; una cosa era que Akira se enfrentase a sus padres y otra muy distinta que se separase de ellos. Hablaba con una mezcla de enfado y desesperación. No podía apartar la vista de ella, hasta que mi padre me hizo un

gesto para que lo siguiera a la cocina. Aunque nos encontrábamos a escasos metros y sin puerta, supe que los hermanos no nos escucharían, estaban demasiado metidos en su conversación.

—Lucy, no te vas a venir conmigo a Osaka, ¿verdad?

—Papá... yo... —Negué con la cabeza, era algo que ya había decidido, al parecer; en aquel momento me pareció imposible hacer otra cosa. Sin duda, tenía que estar en paz con esa idea antes de comunicársela a mi padre, y el momento había llegado.

—Bien, no te estoy obligando, que Dios me libre... pero, si decides, cuando yo me marche, que quieres que Akira se quede aquí a vivir, tiene mi cuarto disponible... Bueno, lo tenéis para los trastos, la ropa y para cuando yo venga de visita. Piénsatelo bien, Lucy, eres muy joven. Aunque si tú vas a vivir sola y él va a vivir solo, es cuestión de tiempo... Y, en una ciudad donde la gente vive en soledad como es Tokio, quiero que sientas que estás acompañada, que eres feliz. Que no me engañes. No es una obligación, repito, solo una observación.

Mi padre se marchó y se sentó con los hermanos, que seguían discutiendo. Me quedé quieta, apoyada en la encimera, y con una pregunta que me daba vueltas en la cabeza: «¿Quiero vivir con Akira?».

Akira y Nana se quedaron esa noche en mi casa. A él le tocó dormir en un futón en el suelo del salón, mientras ella se acostó conmigo en la cama. Esa noche nos costó conciliar el sueño, sobre todo porque en pocas horas había que levantarse para acudir al templo, contemplar desde las alturas los primeros rayos del día, pues los japoneses creían que había algo especial en las primeras cosas del año. De hecho, hasta el siglo pasado, no se celebraban los cumpleaños; todos cumplían años el uno de enero, el primer día del año. Era por eso que ellos no tenían una canción de cumpleaños y utilizaban la americana, la cantaban en un inglés hecho a su medida.

Así que lo de acostarnos fue más para descansar y para que los hermanos dejaran de pelear que otra cosa. No íbamos a estar ni dos horas en la cama.

—Lucy, ¿crees que podrías convencer a mi hermano? —me preguntó mi amiga con voz temblorosa. Yo intentaba descansar con los ojos cerrados.

Me di la vuelta y le respondí mirándola a la cara.

—Nana, lo dudo. Creo que hace lo mejor.

Mi amiga mi observó fijamente, casi con rabia.

—Abandonar a mi familia no es lo mejor.

—No va a abandonar a tu familia, va a independizarse. En unos meses

empezará la universidad y tiene que pensar en su propia vida, no en la que tus padres le imponen. ¿Tú no quieres algo así?

Nana se quedó pensativa. Sabía que con su hermano no iba a dar su brazo a torcer, su relación era un juego de voluntades. Conmigo, al menos, podía razonar.

—A mí, salvo en algunos aspectos, me obligan a poco. No sé por lo que pasa Akira. Mi padre, en ciertos aspectos, solo lo presiona a él. Pero no voy a parar de luchar para que se reconcilien, eso te lo aseguro.

—Y no deberías —le confesé con sinceridad—. Y ahora cierra los ojos un poco, en breve partiremos al templo a darle la bienvenida al año nuevo.

Mi amiga me hizo caso, menos mal. Escuché a mi padre roncar a lo lejos. Era increíble la facilidad que tenía para dormirse. Yo, por mi parte, no logré conciliar el sueño, solo pensaba en la proposición que me había hecho.

Mis padres se casaron cuando tenían ambos dieciocho años y yo ya tenía dos. Mi madre se quedó embarazada con dieciséis años y, por lo que me habían contado, los dos primeros años vivieron separados. Luego consiguieron irse a vivir juntos, pero a los tres años, mi madre no pudo más y se marchó. Mi padre, con veintiún años, volvió a casa de la abuela Concha.

Yo tenía en aquel momento diecinueve años.

Akira cumplía veinte en febrero.

¿Éramos muy jóvenes para irnos a vivir juntos? ¿Eso fue lo que mató la relación de mis padres? Quizá debería vivir sola para saber lo que era y luego dar el paso.

La visita al templo resultó ser muy divertida, algo con lo que yo no contaba en un primer momento, por la tensión entre los hermanos. Pero esas horas de descanso les habían sentado bien. Entre Akira y Nana me fueron contando todas las tradiciones que había que cumplir en el año nuevo, ya que mi padre nos dejó pronto; había quedado con Ayaka. En el templo también nos encontramos a Hiro, a Yumi y a algunos amigos de Akira.

Compramos unas papeletas que adivinaban la suerte de ese año. Mientras que a mí solo me propinaba buenas palabras, a Akira le ponía que tuviera cuidado con la salud, a Nana que no descuidase sus obligaciones, a Yumi que era un buen año para encontrar el amor y a Hiro que haría un gran viaje.

Como el año nuevo era como un ente para los japoneses, los primeros actos de esos días eran en sí una celebración. El primer amanecer, la primera sonrisa, el primer sueño... todo. Y yo lo estaba disfrutando con Akira, algo que me hacía

muy feliz.

En un momento en el que nos encontramos solos, nos subimos a la zona más alta del templo; había que observar las alturas el día uno de enero. Akira me abrazó por detrás y posó su barbilla en mi cabeza, un gesto que me hacía sentir como en casa.

—Tienes razón, voy a hacer el acceso a la facultad de Medicina.

Sonreí abiertamente, él no podía verme. Acabar el año significaba decir adiós a cosas que no se usaban, a personas que te habían hecho daño y a una vida con la que no habías sido feliz. Para mí, el nuevo año me deparaba independencia, ya no iba a vivir con mi padre; felicidad, gracias a Akira y a mis amigas, y nuevas oportunidades, en el momento en el que aprobase el acceso a la Universidad de Tokio.

En el caso de Akira, el año nuevo también le traía nuevos cambios: sabía que iba a ser feliz conmigo, mucho más de lo que lo había sido con Keiko; iba a conseguir estudiar lo que quería y nadie más le iba a decir lo que tenía que hacer. Por otra parte, también debería intentar reconciliarse con sus padres, quizá el poder del año nuevo hiciera algo por volver a unir sus lazos.

Capítulo X

Supongo que estoy tratando de agradecértelo

El día que me marché de Luton, lo hice con el firme propósito de encauzar mi vida de forma correcta. Nada de desidia, nada de lamentos, nada de todo lo malo que yo misma me estaba haciendo. Y, aunque fue una buena forma de comenzar el año, admito que no lo consigo todos los días.

Al menos, me estoy tomando en serio mis rutinas de ejercicios y me he acercado a la facultad para saber qué tengo que hacer para comenzar el nuevo curso. He pensado más en mí y menos en mi pasado, que me estaba agobiando el presente.

Y lo he hecho justamente hoy.

La estancia con mi madre me ha hecho recordar qué he querido ser siempre. Sin contar con ella, con mi padre o con Akira. Lo que siempre he querido yo y nadie más. Que Aki no pueda ser médico no significa que yo tenga que seguir su sueño. Me ha costado un poco darme cuenta, pues aferrarme a ese pedacito de él me hace sentirme más cerca de todo lo que tuvimos.

Ahora me doy cuenta de lo absurdo que es. Las tonterías que se hacen en momentos de tristeza nos avergüenzan después.

Voy a continuar con mi carrera en Veterinaria.

Así que he ido decidida a la facultad, y un poco más y me echan por loca, pues he discutido con la señora de administración hasta la saciedad cuando me ha comentado que el curso normal comenzaba en septiembre. ¿En septiembre? Los cursos normales empiezan en abril. Tras ese incidente, me quedo deshecha, rota de nuevo. No estoy viviendo la vida que deseo, sino la que me toca. Y me duele.

Vuelvo a casa en metro, tras conseguir algo de información, pensando en las veces que he quedado con Maca, que no para de insistirme en que debo llamar a Jorge. No sé nada de él desde el día uno. Y no sé qué decirle. «Hola, Jorge, te dejé colgado en Nochevieja. ¿Cómo va la vida?».

Al llegar a casa, me encuentro con mi tío David que, contra todo pronóstico, sigue saliendo con mi fisioterapeuta, sentado el sofá hablando por teléfono. Mi abuela, por su parte, que es la que más se ha alegrado de mi vuelta, no está por ninguna parte; a estas horas está, sin lugar a dudas, en casa de la vecina, la abuela de Maca.

Saludo a David con la mano y me encierro en mi cuarto. De verdad que lo intento, de verdad que sé que todo puede ir a mejor. Sin embargo, en días como hoy, nada tiene sentido. El año nuevo solo tiene un mes y medio, y yo no quiero levantarme de la cama. Tras mi paseo, me he tomado tantas pastillas que ya parecen golosinas. Estoy convencida de que, un día, algo dentro de mí va a explotar. A veces, hasta oigo el tic-tac.

Hoy es quince de febrero.

Podría ser el mejor día para empezar, para hacer borrón y cuenta nueva, para volver a ser yo sin él. Así que cierro los ojos y, aunque todavía es media mañana, siento que necesito dormir y descansar por mucho tiempo.

Mi abuela entra, como el ángel cantarín que es, me da un vaso de leche con unas galletas y las pastillas que ha dicho mi padre que son solo para días así.

Solo para días así.

Para días en los que no puedo ni moverme.

Me acaricia el pelo, me cuenta cosas de mis primos y se despide con un beso en la frente, además de advertirme de que me tengo que levantar para comer. No me queda otra. Si no, vendrá y me arrastrará. Es físicamente imposible, pero no puedo decirle que no a su voz cantarina con facilidad. Antes de cerrar la puerta, me susurra que siempre hay esperanza.

Mi abuela siempre tiene razón, hasta cuando no la tiene. El problema de la esperanza es el concepto en sí. ¿Esperanza para qué? Yo sé que no voy a mejorar, sé que Akira no va a aparecer por la puerta con cara de culpabilidad por haber estado desaparecido un año, sé que Nanako no me va a coger el teléfono y sé que, en el fondo, Jorge tiene un lado de buen samaritano que lo hace querer estar conmigo.

Soy el equivalente a recoger el gato abandonado de las relaciones.

No puede haber otra explicación.

Cierro los ojos e intento dormir. Pero en días así, en *esos días*, cuando me quedo sola conmigo misma, solo se repite el pasado en mi cabeza:

Akira y yo peleándonos.

Yo le quito las llaves.

Él se encoje de hombros.

Llueve.

Truena.

Me dice que me ama.

Y desaparecemos.

En bucle, una y otra vez. Una y otra vez... hasta que solo quiero que paren, las imágenes y el dolor, que paren de una vez. Y vomitar, sí, eso también.

Pero hoy no es simplemente *un día de esos*, hoy es el día. Justo hoy, hace un

año, perdí mi vida para siempre.

Abro los ojos al escuchar una voz familiar. No sé cuántas veces se ha repetido el bucle, no sé contar las veces que Akira y yo nos hemos peleado, cuantas veces me ha dicho que me quiere y las veces que hemos desaparecido en espiral.

—¿Lucy?

La voz de Maca entra en mi cuarto. Saltarina, atiplada y con un toque de felicidad.

—Puedes encender la luz, estoy mejor.

—Oh, Lucy, tienes muy mala cara —me dice mientras se sienta a mi lado en la cama con una bandeja—. Tu abuela dice que llevas un buen rato aquí, medio muerta.

—Vaya, gracias.

Me incorporo lo suficiente para poder dejar la bandeja en mis piernas. Es potaje de acelgas, mi abuela sabe que es para mí una debilidad. Eso sí, pero solo el suyo. No sé qué le pone. Es delicioso.

—Hazme un sitio.

Maca se recuesta conmigo en la cama. Es pequeña, las dos lo somos. Me recuerda a nuestra infancia. Cuando yo iba a su casa a dormir y nos contábamos tonterías que, en aquel momento, eran todo nuestro mundo.

Comienzo a degustar el plato de mi abuela, y Maca decide comerse el pan que hay en la bandeja a pequeños pellizcos. No me molesta, todo suyo.

—Desde que volviste de ver a tu madre, no hemos podido hablar todo lo que me gustaría. Los exámenes y eso... —se intenta disculpar—. Creo que con Jorge fue todo bien, ¿no? —dice con un tono de ironía.

Se muerde un dedo y se gira para mirarme. Creo que ella está más interesada que yo en mi vida personal. Al menos, ha tenido el detalle de esperar a que terminase de comer para lanzarse a hablar de Jorge. He tardado un tiempo récord en acabar mi plato, me encuentro mucho mejor. Las pastillas para *esos días* han hecho su efecto correctamente. Bienvenidos a mi cuerpo de nuevo, tranquilizantes para elefantes.

—Bien sí, ya hizo su buena acción del año.

Sí, me enfurruño. Y no es solo por el hecho de que un chico guapo, simpático y divertido se haya fijado en mí. Es también porque no creo que hoy, justamente hoy, sea el día propicio para hablar de esto. Me gustaría cambiar de tema, me gustaría hacerme daño para sentir algo más.

—¿Qué dices, Lucy? ¿No pensarás que...? ¡Oh! —Maca se asusta de sus propios pensamientos. La adoro. Coge la bandeja y la deja en la mesa, mientras ella misma se queda de pie, quizá para juzgarme mejor.

—Vamos, Maca, ni tú eres tan ingenua. ¿Desde hace cuánto que lo conoces?

—Mira, bonita, no soy ninguna ingenua. Tú, señorita, eres tremenda. Conozco a Jorge desde el instituto. Si tú no te hubieses ido a aquel colegio de pijos revenidos...

—¿Pijos revenidos?

—¡Lo que sea! Lo habrías conocido tú también. Jorge da asco. Es guapo, listo y cariñoso. En el instituto estuve muy colgada de él, muy muy muy muy colgada de él.

—Lo dices como si eso hubiese pasado hace mil años.

—Para mí, sí. Ahora es mi amigo, Lucy. Lo quiero mucho, pero también le cuesta abrirse. Contigo ha sido... distinto. Lo supe desde el primer momento en que os vi. Congeniasteis. Fue genial. Todos lo comentamos.

—¿Todos? ¿Qué todos?

—¡Pues todos! No sabíamos cómo podíais no estar juntos antes. Ahora es como si todo hubiese encajado. —Con las manos aplasta un objeto imaginario.

—Maca, ¿has vuelto a ver *El diario de Noah*?

—¡Eres la única persona del mundo a quien no le gusta!

No me gusta, nada. Maca no puede darse cuenta de que nunca podré ver pasar la vida al lado de Akira, nunca tendremos hijos ni nietos, nunca podré cogerle la mano de nuevo, ni podremos pasear juntos ni pelearnos sobre qué es mejor, el *kendo* o el tenis ni... sin querer, y por culpa del maldito *Diario de Noah*, se me caen dos lágrimas por la cara.

—¿Es por tu chico? ¿Es por Akira?

Es tan raro escuchar su nombre de labios de Maca... Asiento. Ella se vuelve a tumbar conmigo. Nos quedamos las dos recostadas la una al lado de la otra.

—Sé que es una tontería. Llorar no soluciona nada. Pero, Maca, y si...

—Lo siento, Lucy, los «y si» solo te van a dar mucha más ansiedad. No puedes dar marcha atrás. Deberías cogerle el teléfono a Jorge y ser feliz con él, dejar que sanen las heridas y vivir tu vida.

—No puedo, los «y si» son más fuertes que cualquier otra sensación. No puedo hacerlo, Maca. Además, Jorge no me ha llamado. Desde que me fui a ver a mi madre, me mandó unos cuantos mensajes absurdos, nada importante; lo avisé de mi vuelta, pero no ha llamado.

—Qué raro. Me ha dicho... —Frunce el ceño y desconfía de mí.

—No lo ha hecho, créeme.

—¿No le vas a dar una oportunidad?

—No hay ninguna oportunidad que darle, Maca. Es un buen amigo y pasamos un rato juntos. Sin más. No hay más.

Maca se queda callada, expectante, como analizando la situación.

—Cuéntamelo. Cuéntame qué sientes, qué te hace no querer seguir adelante.

El dolor de la pierna se extiende por el muslo. La posición en la que me encuentro no ayuda a paliarlo. Al intentar explicarle a Maca lo que me pasa, el dolor es incluso peor.

—Es un chispazo, ¿sabes? Estoy contigo hablando, comiendo con mi abuela, yendo a la fisioterapeuta y me da. Un recuerdo, un mísero y absurdo recuerdo. Y, por un instante, todo es real, todo es perfecto y sigue estando aquí, a mi lado. La sensación es tan fuerte, tan repentina y tan real... y desaparece tan pronto que me quiero morir. Entonces lo intento evocar una y otra vez, me pierdo en mi mundo, todo me da igual. Y no llega, nunca llega. Porque voy olvidando su voz, voy olvidando su sonrisa y sé que no podré recuperarlas. Pero no olvido lo bueno ni lo malo, que conste... Solo daría todo lo que tengo para volver a vivirlo de nuevo.

Tengo un nudo en la garganta que no me deja respirar; es doloroso, inhumano. Los ojos están anegados de lágrimas, pero me niego a que salgan. Veo a Maca borrosa. Los cierro para encerrarlas, para que no me hagan parecer más tonta de lo que ya parezco. Para no superar la línea de lo patético.

—Hoy hace un año de todo, Maca.

—¿Te refieres a... bueno... a Akira?

Asiento con la cabeza, y mi amiga me da ánimos como puede. Ya se lo he contado todo en detalle a mi madre y parece que esa puerta no se va a cerrar nunca más. Así que creo que es el momento de confiar en ella, que entienda qué pasó y las razones por las que hoy, justamente hoy, no estoy para nadie. Lo he intentado, que conste. Pero no estoy ni para mí misma.

Cuando termino de relatarle todo lo ocurrido, Maca me abraza y solloza. Me dice que lo siente tantas veces que pierdo la cuenta. Nos quedamos un rato así las dos. Hasta que tiene que irse.

Cuando me vuelvo a quedar sola, intento descansar, intento pensar en otra cosa. Miro mi teléfono: Jorge no me ha llamado. Me fijo más en él, no es el de España, es el de Japón. Lo cargo todos los días, le hago un par de llamadas perdidas a Nanako y lo uso para tener abierto un Line al que nadie me escribe. Cojo el otro, el que me vale aquí y está apagado. A ese le hago menos caso. Lo pongo a cargar y veo que tengo seis llamadas perdidas.

Al final, sí que me había llamado.

Aunque sé que no es un día para nada, hago de tripas corazón y decido llamar a Jorge. Me encuentro mejor después del cóctel de pastillas regado con un potaje

de la abuela Concha.

Por Maca sé que hace un par de días que ya ninguno tiene exámenes del primer cuatrimestre. Así que, cuando lo he llamado, me ha propuesto salir un rato, hacer algo de personas normales. Cenar, reír y hablar, palabras textuales.

No he podido decir que no.

En el momento en que cuelgo el teléfono, me arrepiento; no debería salir hoy y mucho menos tener una especie de cita edulcorada el día del cumpleaños de Akira. Aunque sé que necesito no estar encerrada entre estas cuatro paredes, necesito quitarme de encima todo este día, los recuerdos y formar otros.

Me sorprende notar mi pierna menos rígida que otras veces, el trabajo con la fisioterapeuta está dando sus frutos pasito a pasito. Me alegra. Decido no arreglarme de verdad, solo unos vaqueros, un jersey que no parezca recién donado a Cáritas y unos zapatos cómodos.

A las ocho en punto, Jorge llama a la puerta. Mi tío se sorprende por su llegada y se alegra cuando le digo que voy a cenar con él. Se acerca, me da dinero y me pregunta si quiero condones, en tono de humor. Jorge no sabe a dónde mirar, mi abuela ha escuchado «colores» y asume que vamos a una exposición. Yo, por mi parte, cuando paso al lado de mi tío, le clavo la muleta en el pie. No será que no se lo merece.

La absurda actuación de David nos da pie para hablar de algo que no sea el año nuevo y mi escapada de su casa. Nos metemos un rato con mi tío, en lo que llegamos al metro. Vamos a ir al cine, se ha empeñado. Es como si quisiera obligarme a hacer cosas de persona normal o... ¿de pareja normal? Si es así, este chico no pierde la esperanza de ninguna manera.

Nos metemos a ver una película de las que no te hacen pensar. Tiros, coches, *pum-pum*, una historia de amor de pega y final feliz. Bien, no me disgustan, tampoco tengo la cabeza para una película sueca profunda que trate sobre el calentamiento global y el tema de la despoblación de pingüinos en la Antártida, o algo así. No tengo ánimos para pensar y no es que no me importen los pobres pingüinos, que los adoro; es que hoy no estoy para nada medio normal.

Por algún absurdo mecanismo de autodefensa, creo que, cuando den las doce, podré respirar con tranquilidad. Ser yo otra vez. La persona que quiere levantarse y seguir con su vida.

Llegamos a una cafetería donde hemos cenado alguna vez con el resto de nuestros amigos en común. Sé que él siempre se pide la hamburguesa especial con extra de ración de patatas. Son las diez y media, estoy a hora y media de terminar con mi paranoia. Me merezco también una hamburguesa especial.

Mientras esperamos la comida, hablamos de la película, de las tonterías, de los chistes fáciles y de cómo este actor o esta actriz han firmado para salir en

ella. Los dos llegamos a la conclusión de que necesitaban dinero.

—Te voy a hacer una confesión —me dice Jorge bajando el tono—: hay una película que me encanta y que, si alguien me pregunta, jamás lo admitiré, ni bajo pena de tortura.

—Madre mía... Miedo me das. ¿*Los puentes de Madison*?

—Nop.

—¿*Titanic*?

—Degeneras... *Love actually*.

—¡A mí también me encanta! Me flipa la historia de Colin Firth.

—No, amiga, no, a ti te flipa Colin Firth.

Hago un gesto con la mano para desechar su muy acertada idea.

—Y no entiendo cómo Keira Knightley no se derrite en la escena de las cartulinas... Es mi favorita —le digo para no seguir pensando en Colin Firth.

—Y la mía.

En ese momento, nos traen la comida, y nos sumimos en un silencio nada cómodo. Creo que el tema de mi huida está siempre ahí, aunque bromeemos y digamos chorradas. Sé que él quiere o necesita saber qué pasó y también que no saca el tema por si eso hace que me marche de nuevo, de manera patética, renqueando a otro lado. Como un caracol ofendido.

Así que lo saco yo.

—No debí irme así.

Lo suelto sin una disculpa o un perdón. En el fondo creo que, si él se hubiese despertado, todo habría sido distinto. No tengo derecho a echarle en cara nada, yo tomé mi propia decisión, sería absurdo. Él lo intenta, lo intenta... y yo no sé si tengo más miedo a que deje de hacerlo o a que yo rompa la cuerda.

—No, no debiste.

Bien, no me lo va a poner fácil. Tampoco me lo merezco.

—No podía quedarme, si lo hubiese hecho... —Nadie me interrumpe. Jorge me mira esperando una explicación, pero me doy cuenta de que no la hay, no existe tal explicación. Solo que soy imbécil y que no sé qué hacer cuando alguien se porta bien conmigo.

—Si lo hubieses hecho, habrías tenido que hablar conmigo. Admitir que te gustaron mis caricias, que tu cabeza ya no está con Akira, que ahora está aquí, conmigo. Que solo te sentiste culpable por continuar con tu vida, mientras que él no puede tenerla. Creo que ya está bien de autocompasión, Lucy. Cansa. He visto algo en ti que me ha hecho dar un paso adelante, intentar estar contigo en las buenas y en las malas, pero me sentí como un violador, como un hijo de puta que fuerza a alguien. Te fuiste sin dejar una nota, un mensaje, nada. Al día siguiente me llega un *whatsapp*: «Me voy a Luton con mi madre, nos vemos a mi vuelta».

¿Qué demonios hice yo para que reaccionaras así?

—Nada, tú no hiciste nada, soy yo, que tengo algo que no funciona, algo que no va bien.

—Eres increíble. ¿Sabes para qué quería hoy quedar contigo? Para despedirme, para decirte que lo del día uno fue un antes y un después para mí, que no quiero sentirme segundo plato de nadie y que no voy a aguantar algo así. Y apareces con esa sonrisa, bromeas conmigo, me coges de la mano en el cine, apoyas la cabeza y nos pasamos la tarde entre confidencias. Y creo que no podría pasar mejor el tiempo que contigo a mi lado. ¿Quién eres realmente? ¿La persona amargada que se hace daño y hace daño a los demás o la persona de la que me he enamorado? Sé que eres las dos, cada una en un momento distinto. Hoy parece que intenta ganar la alegría a la tristeza.

—No puedes estar más equivocado —miento, pues a su lado me he comportado así y me siento culpable. Hoy no—. Hoy va ganando la tristeza por goleada. Hoy hace un año de... ya sabes... Hoy es el cumpleaños de Akira.

El silencio se instala de nuevo entre nosotros, pero no como un cuchillo, sino con tranquilidad. Sé lo que está pensando, lo veo en sus ojos. Se siente culpable por hacerme salir hoy de mi cascarón y enfrentarme a la realidad. Aunque no lo supiera.

—Lo siento, hoy es un mal día.

—Hoy hace un año... Pensaba quedarme en casa sola, luego he creído que no habría mejor plan que pasarlo contigo.

Sonríe y niega con la cabeza.

—Deberíamos haber visto una película de humor.

—Y yo no debería haberme ido de tu casa así. —Por primera vez, mirándolo a los ojos, me arrepiento de lo que hice—. Lo siento. Sé que no podemos olvidarlo, pero sí podemos intentar compensarlo con noches de cine y hamburguesas especiales.

—Hecho.

No es el momento de hablar de nada más. Él lo sabe, y yo se lo agradezco. Tener a Jorge en mi vida es un plus con el que nunca conté cuando volví a casa. Queda media hora para las doce de la noche y ya siento el alivio del final del día. Oficialmente ha pasado un año desde todo aquello, oficialmente puedo descansar, puedo respirar.

Nunca voy a olvidar mi vida con Akira, aunque sí que puedo intentar hacer las cosas bien. Y creo que todo pasa por una visita a Tokio. Cuando esté fuerte, cuando pueda enfrentarme a la realidad y no salir corriendo, o renqueando, cuando de verdad me vuelva a sentir yo misma. Entonces, cogeré un avión y me enfrentaré a todo lo que me hizo huir de allí.

Aunque todavía no.

Capítulo XI

No tengo alas en mi espalda

La casa me parecía vacía sin mi padre. Hacía una semana que se había marchado a Osaka, y no me arrepentía de haberme quedado, solo sentía un tipo de tristeza que no me llenaba del todo, solo de vez en cuando me embargaba. Se pasaba pronto, pues mi vida se estaba convirtiendo en un caos.

El día de su partida, Akira y yo lo habíamos acompañado al aeropuerto; ellos se quedaron un rato hablando a solas, mientras yo arreglaba un problema con el billete que no fue tal, mi padre me había mandado para nada. Hasta que pude al fin despedirme. No sabía de qué habían hablado y, cuando le pregunté a Aki, se mostró evasivo, al igual que mi padre por mensajes. Esa misma noche, Kira se quedó a dormir conmigo; bueno, dormir no era el verbo adecuado para indicar lo que hicimos, ya que yo no descansé mucho esa noche. Pero fue la primera de todas las noches desde que vivía *sola*.

Desde ese momento, todo se volvió extraño, pero no para mal, solo diferente al futuro que yo me había planteado. Aunque solo fuera por unas pocas semanas más, continuaría siendo alumna de instituto. A mitad de marzo acabaría mi andadura por el Competitive International Tokio School y veríamos qué ocurría con el futuro.

Akira tenía planeado irse de la casa de sus padres en el momento en que comenzase la universidad. No habíamos tenido una conversación oficial sobre qué ocurriría tras ese momento; parecía que él no quería obligarme a dar el paso de vivir juntos sin estar listos, y yo, de todas formas, tenía que acostumbrarme a mi nueva situación. Entre semana, acudía a clase, pasaba el rato con las chicas y estudiaba para el examen de acceso con ellas o con Kira, mientras que los fines de semana eran todos nuestros. Desde que salíamos por la puerta del CITS el viernes hasta que entrábamos el lunes por la mañana. Solo nos separábamos el tiempo justo para su entrenamiento de *kendo*, que ya no era todos los sábados, solo algunos, cada vez menos.

El catorce de febrero también se celebraba el día de San Valentín en Japón, pero ellos lo hacían de otro modo. Uno muy distinto. Nana y yo nos encontrábamos en mi cocina intentando cocinar dulces caseros. Si algo se apreciaba entre mis amigos, era que los regalos fueran algo hecho a mano y para ellos. Así que estábamos preparando bombones de chocolate con formas típicas:

corazones y estrellas.

Moñas, sí, pero divertido.

—No, solo regalan las chicas —comentó Nana a mi pregunta de qué era lo habitual que regalaban los chicos japoneses en esa fecha, pues yo ya me había imaginado a Akira comprándome una caja de bombones o algo para celebrarlo—. Ellos nos regalan el catorce de marzo.

—¿Cómo?

—¿Eso no se hace en España? —Negué con la cabeza mientras le daba vueltas al chocolate con una espátula en un cazo—. Nosotros les regalamos a los chicos mañana, el catorce de febrero, mientras que ellos nos regalan, normalmente dulces blancos, un mes después, en el *White day*.

Nana realmente dijo algo parecido a «guaitodaito», y asumí lo que quería decir.

—¿Entonces mañana no tendré regalo?

—No, mañana no, tendrás que esperar un mes.

—¿Estamos también preparando chocolate para Shou? —le pregunté para cambiar de tema y al verla más relajada.

—Le regalo todos los años... no es una novedad. También se les regala a los amigos, y como él es el capitán del club... Bueno, suele recibir muchos.

—¿No vas a hacer nada? ¿Nunca?

—No sé qué hacer.

Nanako se sentó en una silla cercana, y me dejó a mí con la tarea de que no se nos quemase el chocolate... o la cocina, ya de paso. La muy insensata.

—Díselo, no tienes nada que perder, Nana.

—Le puedo escribir una carta y se la meto con el chocolate.

—¿En serio? ¿No se te ocurre nada peor?

—Sí, que me diga que no.

—El no ya lo tienes, Nana, creo que deberías arriesgarte.

—Como a ti te salió bien, crees que la vida es color de rosa.

—Sí, puede ser que sí.

Las dos nos reímos y volvimos a nuestra tarea. No sabía si el chocolate estaría comestible, pero sí que Nana daría un paso muy importante al día siguiente y esperaba que le saliera bien. Yo estaría a su lado, pasase lo que pasase.

El catorce de febrero de ese año cayó en sábado, un día magnífico para mí, no para las demás. Los chocolates se darían el lunes; las chicas que fueran amigas

de Akira, según me había contado Nana, también le regalarían. Solo yo lo haría en el día adecuado.

Los sábados por la mañana había entrenamiento en el club de tenis, pero yo no asistía ese día a las prácticas, ya que no eran obligatorias. Y Akira cada vez acudía menos al suyo de *kendo*; con los exámenes de acceso tan cercanos, a los alumnos de último curso se les perdonaba no asistir a todas las clases de sus correspondientes clubes. Yo aprovechaba para acudir entre semana. Los fines de semana eran para Aki y para mí. Pero ese sábado no, porque tenía la misión importante de ser el apoyo de mi amiga Así que dejé a Akira durmiendo en la cama y, antes de marcharme, me entraron ganas de volver a acurrucarme con él. Me encantaba verlo tan tranquilo, tan feliz, con el pelo suelto en la almohada y un brazo encima de la frente. Suspiré y me acordé de la promesa hecha a Nana, que nunca podría compensarme por eso. Ella le quería dar sus chocolates a Shou y yo debía apoyarla.

Quedamos en la parada de metro más cercana; hacerlo en la puerta de la casa de los Kimura parecía una utopía. Lo mismo, si me acercaba por ese lugar, me tiraban aceite hirviendo por las ventanas, o agua, para derretirme como a la bruja mala del oeste que era para ellos.

Nanako no podía parar quieta, estaba tan nerviosa que en el metro daba saltitos en su asiento. No seguía ninguna conversación ni parecía poder centrarse en nada que no fueran sus pensamientos. Así que decidí que lo mejor era hacer un trayecto en silencio, cada una pensando en lo suyo. Ella, casi con seguridad, en lo que le diría a Shou, y yo en el precioso despertar que le podría haber dado a Akira y que me estaba perdiendo.

Llegamos al CITS y me sorprendió toda la gente que se encontraba en los clubes extraescolares. Yumi se acercó a nosotras; ella era del club de baloncesto, y nos contó que todos habían aprovechado para dar sus chocolates. Me preguntó por Akira y le respondí que estaría ocupado. Al menos, la noche anterior, no me había dicho que se acercaría al instituto para nada. Unas cuantas chicas se sentirían decepcionadas al no verlo.

Nos dirigimos a la cancha de tenis y, antes de salir al campo a entrenar, varias chicas se acercaron al capitán para darle chocolates. Entre ellas, yo misma, que, como gesto de amistad, le había preparado una cajita pequeña. Shou me sonrió y la aceptó con un asentimiento de cabeza. Con la mirada buscó a Nana, que era la única que no se había acercado. Y no lo hizo. Dejó que el entrenamiento comenzara y sus chocolates se quedasen en su mochila.

Nanako se moría de nervios. Entre raquetazo y raquetazo, le pregunté a qué estaba esperando. Ella solo hizo un gesto extraño que yo quise interpretar como que lo haría después. Cuando acabó el entrenamiento, que fue más duro de lo

habitual, ya que había una tensión extraña en el ambiente, mi amiga me hizo un gesto para que la esperase en la puerta de salida.

¡Vaya una mañana llevaba! Rara como ella sola.

Por la puerta pasaron nuestros compañeros del club, que se despidieron de mí hasta el lunes con la mano. Unas chicas incluso se pararon a hablar conmigo, no era normal verme allí en sábado. Cuando me quedé sola, le mandé un mensaje a Akira para decirle que eso podía ir para largo. Lo hice más por no aburrirme que por otra cosa. Pero, cuando él me respondió que no tuviera prisa, que me esperaba en casa, sonreí como una boba. Me hacía muy feliz saber que, a mi vuelta, me estaría esperando.

Pasaron unos minutos hasta que Nana salió como una exhalación, corriendo, y pasó por mi lado casi sin dirigirme una mirada. Miré atrás y observé a Shou con cara de culpabilidad en la puerta. Me hubiese gustado acercarme a preguntarle qué había pasado, aunque parecía obvio, y, sin duda, mi amiga me necesitaba mucho más que él. Así que la seguí.

—¡Nana! —le grité. No me hizo ni caso—. ¡Nana! ¡Espera!

Tras varias calles corriendo, dando un espectáculo algo patético, Nana se paró al fin y se giró. No estaba llorando, aunque multitud de lágrimas pugnaban por salir. Estaba haciendo un esfuerzo increíble para que no se derramasen, para no parecer una chica débil.

—Oh, Nana, puedes llorar, está bien llorar.

—¡No quiero!

—Vale. —Levanté las manos como si me estuviera rindiendo—. No es día para estar triste.

La abracé, ella se quedó quieta como una tabla. Durante unos segundos me dio la sensación de que iba a ceder. No lo hizo. Así que la arrastré a mi casa, sabiendo que acababa de destrozar mi San Valentín, pero también que merecía la pena.

Cuando entré por la puerta, Nana se marchó al cuarto de baño, no quería que su hermano la viese con esa pinta. Estaba derrotada. Pasé al salón y me dio pena lo que vi: Akira había preparado una versión romántica de lo que era nuestra comida de los sábados. Todo estaba precioso, me recordó a aquel día lejano en el que se había quedado a dormir conmigo por primera vez. Esbocé una sonrisa triste; eso no se podía quedar así, por muy bonito que fuese. Akira se me quedó mirando desde la cocina algo confuso. Yo no saltaba de alegría o lo abrazaba para darle las gracias por su detalle. No, más bien lo iba a destrozar.

—Tienes que dismantelar esto. —Señalé la mesa con flores y velas—. ¡Ya!

—¿Qué? ¿Por qué? —titubeó por un instante, con cara de no entender nada.

—Tu hermana necesita hoy un hombro donde llorar y no motivos

románticos, ¿no se supone que los chicos regaláis el mes que viene?

—Sí —respondió. Hizo una pausa para apagar las velas y quitarlas con algo de desgana, pero sin quejarse por nada—. Aunque he leído que en España no es así y he querido sorprenderte...

Fantástico, en ese instante me sentí como el Grinch en Navidad, versión *malrrollera* de San Valentín.

Intenté disculparme por fastidiarle la sorpresa. Akira me dio un beso y me prometió que ya se lo cobraría más tarde; para él también era importante que su hermana estuviese bien.

Cuando salió Nana del baño, ya habíamos quitado todo rastro de romanticismo de nuestro piso y había un plato más dispuesto para ella. Se había lavado la cara a conciencia, ya no quedaban lágrimas ni rastro de ellas. Solo se encontraba muy seria para lo expresiva que era de forma habitual. Se sentó sin ninguna gana y casi ni comió. Akira me lanzaba miradas significativas; él sabía que su hermana estaba loca por alguien, no era ciego, pero ella me había hecho prometer que no se lo diría, y no era asunto mío.

—Está bien, Nana. Suéltalo ya, ¿qué ha pasado?

Sí, la paciencia de Akira había llegado a su fin con el suspiro número tres mil quinientos veintisiete. La mía unos dos mil antes, solo deseaba estrangularla. Si no hablaba pronto, era capaz de sacarle las palabras con uno de los palillos.

—Nada, Aki, que no todo el mundo tiene la suerte que tenéis vosotros. Me han rechazado hoy.

—Nana, no me parece justo que llames suerte a lo que tenemos Rukia y yo. Más bien ha sido tesón. Suerte fue que su padre obtuviera un puesto de trabajo y acabara en el CITS. Y digo suerte, porque, de no ser así, nos habríamos encontrado en otro sitio tiempo más tarde. La suerte solo radica en habernos encontrado antes que después. Lo demás ha sido cosa nuestra.

»Así que aplícate el cuento. No es suerte, Nana, nunca es suerte.

Yo me quedé mirándolo con ganas de besarlo y arrastrarlo al dormitorio. Nana, por su parte, bufó y se cruzó de brazos.

—Odio cuanto te pones moñas, Akira, te lo digo de verdad —dijo su hermana. Esa relación solo se podía tener entre familiares.

—¿Quién te ha rechazado, Nana?

—Nunca te tomé por un cotilla, ya sabes lo que decía el abuelo de los curiosos, Aki.

—¡Pues no me lo digas! —Ya está, ya comenzaban a pelearse—. ¡Solo deja de suspirar como una idiota y haznos el favor de...!

Akira se quedó callado, su móvil estaba sonando. Los dos hermanos se miraron de forma significativa. Yo solo sabía que ese no era el tono habitual del

teléfono de Aki. Alguien a quien tenía asignada una melodía especial lo estaba llamando, quedaba saber quién era.

Se levantó y se metió en nuestra habitación para responder.

—Creo que debería marcharme. ¡Gracias por la comida! —gritó Nana con demasiado entusiasmo fingido.

—No, no, tú te quedas y me dices qué está pasando —le respondí, a la vez que la agarraba del brazo.

—Lucy, en serio, lo mejor es que me marche. Ya estoy bien, hablaremos de Shou en otro momento. Ahora, Aki y tú necesitáis vuestro espacio... ¡es el día de los enamorados! O algo así...

En el momento en el que Akira salió de la habitación, Nana se despidió con un *sayonara*^[xxiii] y desapareció sin hacer ruido.

—¿Qué pasa, Aki?

—Es Keiko, quiere quedar conmigo.

No me consideraba una loca de las fechas, Akira sí lo era un poco. Me había hecho celebrar días que ni tan siquiera sabía que existían. Siempre me decía que el tiempo que pasáramos juntos quería que mereciera la pena, era como si tuviera la sensación de que llegaría un momento en que no podríamos tenernos todo el tiempo. Y no le faltaba razón. No quería pensar en el futuro con tanta antelación. A Kira lo habían criado para estudiar, trabajar y ser un hombre de provecho, donde la felicidad quedaba en un segundo plano. Según me había contado, así había vivido hasta que me conoció a mí y decidió que, aunque era importante todo lo demás, ser feliz en el día a día debía ser lo primero. No serlo solo el día de tu cumpleaños, los fines de semana o cuando colocaban las luces de Navidad. No, serlo siempre. Por eso, había decidido encauzar su vida hacia lo que quería y no a lo que querían los demás.

Así que, llegados a ese punto, aunque el catorce de febrero fuera un día comercial, para él significaba pasar más tiempo disfrutando de las cosas que le gustaba hacer. Y, desde luego, Keiko entraba dentro de esos parámetros, pues para él seguía siendo una persona muy importante en su vida. Como ese día también se celebraba la amistad, la chica había venido a Tokio para poder ver a sus amigos y, por supuesto, no iba a dejar de ver a Akira, ya que en Navidad no habían podido verse.

No había momento bueno para conocer a una ex de mi novio, ni lugar, ya sea dicho de paso. Akira había dado por hecho, desde el primer momento, que yo lo acompañaría a verla. A veces me hablaba de Keiko, y sabía que era alguien que

no iba a desaparecer de su vida; sin embargo, yo no sabía hasta qué punto la quería dentro de la nuestra.

Aki siempre dio por hecho que nos llevaríamos bien.

Nos dirigimos a una cafetería tranquila en el centro. Al parecer, era un lugar al que les gustaba acudir el último año que ella vivió en la ciudad y que eran pareja. Él no le dio ninguna importancia al enclave, pero a mí me pareció un poco extraño. Deseaba conocerla con la mente abierta, sin prejuicios, aunque parecía algo difícil de conseguir. En mi cabeza ella era la perfecta Keiko, la que los señores Kimura siempre querrían para su hijo. No era sencillo aceptarla así como así.

En la puerta del local, nos esperaba Shou, al que al parecer también había llamado. No era de extrañar, también era su amigo y su pariente a la vez. La tensión entre Kira y Shou había desaparecido hacía ya un tiempo, pero el capitán del equipo de tenis ese día tenía más motivos que nadie para sentirse intimidado al lado de Akira. Desconocía el hecho de que él no supiera nada al respecto. Si Nana no se lo quería contar, yo tampoco podía.

Nos saludamos con algo de tirantez y apenas hablamos. Yo noté cómo unas hormiguitas me subían por las piernas y me recorrían el cuerpo. Me encontraba nerviosa, sin razón, muy nerviosa. Y la conversación entre Shou y Kira tampoco estaba ayudando.

A lo lejos observé llegar a dos chicas, una de ellas se iba riendo y la otra miraba al suelo embobada. Había visto a Keiko en fotografías y sí, era tan guapa como aparecía en ellas, y reconocería a Nana hasta con la cabeza gacha.

—¡He pasado a recoger a Nanako por casa! —comentó Keiko nada más llegar—. ¡No quería venir!

Shou y Nana se sonrojaron, y Akira no tardó ni tres segundos en darse cuenta de qué había pasado. Me miró con algo de asombro, aunque no dijo nada al respecto. Él más que nadie sabía que era una guerra en la que no debía inmiscuirse.

Tenía pinta de que iba a ser una merienda encantadora. Desde luego.

—Oh, tú debes de ser Rukia. —Keiko se dirigió a mí con el nombre que ya solo utilizaba Akira. No me gustó. Era ya algo nuestro, de nuestra relación y que ella lo utilizase no sirvió para que yo tuviera mejor impresión de la chica. Sin contar con su tono, que me pareció tirante.

—Sí, hola. Prefiero que le llamen Lucy. —No iba a dejar eso así.

—¡Claro! —respondió con algo más de entusiasmo de lo que parecía razonable.

Nos saludamos con algo de incomodidad y entramos a la cafetería. Una vez dentro, Keiko no tardó ni tres segundos en darles sus chocolates a los chicos, que

se lo agradecieron.

De primeras, no me gustó Keiko. Vale, parecía algo normal. No íbamos a ser las mejores amigas de un momento a otro. La observé detrás de mi batido de chocolate, y la forma que tenía de mirar a Aki no me gustaba nada. Ni un pelo. Y mucho menos la forma que tenía de tocarle el brazo cada vez que se dirigía a él. Me sorprendió no tener celos, y fue gracias al poco caso que le hacía Akira en ese sentido.

Sin embargo, llegó un momento en el que me solidaricé con ella. El peso de la conversación recayó sobre Keiko y solo intentaba que los que fueron sus mejores amigos se llevaran bien y esa merienda no transcurriera tan tensa que pareciera que todo se fuera a romper de un momento a otro.

Tras un largo silencio, la chica chilló:

—¡Tengo novio! —Ya habíamos agotado los temas de conversación típicos, como el tiempo, ponernos al día y las presentaciones. Gracias a su declaración, tendríamos algo de lo que hablar—. Aki, no me has destrozado la vida, ¡por Dios! Soy joven y bonita —dijo, guiñando un ojo, y en ese instante me dio la sensación de que Akira tenía razón: me podía gustar Keiko, no era la típica japonesa tímida ni mucho menos—. Repito: Akira no me ha destrozado la vida, ¿lo has entendido, Shou?

El aludido emitió un graznido extraño. Si Keiko supiera... La tensión del ambiente poco tenía que ver con ella, aunque tampoco podía conocer ese dato.

—Así que ya está bien esta tontería, habéis sido grandes amigos. Shou, entendí que no te gustase que, bueno..., lo eligiese a él, pero ya está. Akira tiene a Lucy, yo tengo pareja y tú deberías pasar página.

—Debería pasar página —bufó Kira, que parecía que no se había enterado de nada y seguía metiendo más presión a esa reunión que ya parecía una olla exprés pitando—. Creo que ha pasado demasiadas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Keiko—. Aparezco por Tokio para traer alegría a vuestra vida y me encuentro con este funeral. Y si Shou y Aki ya se llevan bien, según me comentó Nana por el camino... —Hizo un gesto para que alguien hablara, para que alguien le explicase lo que se escondía tras nuestros silencios.

—Nana, lo siento, es un secreto a voces —dije para intentar suavizar el tema.

—Shou me ha rechazado, solo eso, listo.

Nana se levantó, Keiko con ella, para intentar detenerla. Akira hizo el amago y yo lo detuve, debía dejar a su hermana en paz. Y fue Shou el que nos sorprendió a todos.

—Yo no te he rechazado, Nana. Has salido corriendo.

—¿Qué? —preguntó Keiko, aunque todos podríamos formular esa misma

pregunta.

Nana se marchó de nuevo, y los demás nos quedamos sin saber qué hacer.

—¡Corre a por ella! —gritó Keiko.

Shou tardó unos segundos en reaccionar y hacerle caso. Akira y yo nos miramos un poco sorprendidos, mientras Keiko le dio un sorbo a su té. Sonrió y dijo con un tono de aburrimiento:

—Os enseñaría fotos de mi novio, pero era mentira.

Tras pasar toda la tarde con Keiko podía decir dos cosas: Akira tenía razón, era magnífica, y yo también tenía razón, seguía muy enamorada de él y eso no me gustaba. Ella misma me lo confesó en un momento en el que nos quedamos solas, pero también me dijo que no me inquietara, que ella no iba a hacer nada al respecto, que era algo que se le pasaría con el tiempo. Por alguna razón, no me preocupaba en exceso. Al fin y al cabo, sin yo saberlo, le había robado a su novio. Debería sentirme mal o avergonzada... y no podía. La felicidad podía ser que tuviera un precio; si era así, yo ya lo había pagado atrás.

Cuando nos despedimos de Keiko, nos marchamos a casa con intención de que Akira se cobrara el haber desmantelado su comida perfecta de San Valentín ese mediodía. Aunque justo en el momento en el que entraba en el salón, llegó la llamada de Nana; la estaba esperando desde hacía un rato. Así que me encerré en mi habitación y dejé a un Akira resignado preparando la cena.

—¿Qué ha pasado, Nana?

—Shou me dijo que... bueno... que no lo sé, Lucy. Me puse nerviosa, él comenzó a explicarse y, como he esperado tantas veces sus negativas, malinterpreté sus palabras. Soy idiota.

—Completamente idiota, Nana. ¿Quieres decirme que ni tan siquiera esperaste a que te dijese que no? ¿Solo huiste?

—Algo parecido. Él comenzó a decirme algo así como que éramos amigos y yo me esperé lo peor. Así que le corté y le dije que sabía aceptar una derrota y me marché.

—¿Y él te dejó ir así, si más?

—No... me siguió hasta la puerta, pero le pedí que me dejase en paz. Y lo hizo.

—No sé quién es más tonto, si tú por no haberlo escuchado o él por hacerte caso.

—Ya conoces a Shou, siempre es muy correcto. Y si yo le chillo que me deje en paz...

—¿Le has chillado, loca?

—Solo un poco.

—¡Madre mía, Nana! ¿Y qué ha pasado esta tarde?

—Hemos cenado juntos y hemos decidido salir mañana. No sé más.

—¡Eso es genial!

Quedamos al día siguiente para elegir un vestido adecuado para la ocasión. Y a mí me quedaba todavía una cita al otro lado de la puerta. Ya le había fastidiado a Akira la sorpresa una vez, no iba a hacerlo dos.

Shou y Nana comenzaron a salir en serio una semana antes de los exámenes de acceso a la universidad, pasito a pasito, poco a poco; no tenían prisa. Ella se lo tomó muy bien. Tras tanto tiempo esperando, era como un sueño.

Todos aprobamos los exámenes para la universidad, pero no todos fuimos a la de Tokio. Akira logró entrar en Medicina y yo, en Veterinaria. Shou decidió hacer un tipo de Ingeniería y Nana, Magisterio. Ninguno coincidió en su elección de carrera, salvo Keiko, que comenzó la misma carrera que yo. No me podía haber tocado otra compañera...

Tras la entrada a la universidad, Akira cumplió su palabra y se puso a buscar piso. Yo le propuse vivir juntos y no me contestó, solo me abrazó y me besó. Fue su forma de aceptar. Eso sí, puso una condición: no quería vivir de mi padre, por lo que teníamos que buscarnos la vida. Era una petición justa, y la acepté. Así descubrí el increíble alquiler que estaba pagando mi padre por un piso de dos habitaciones en Shinjuku, una de las zonas más caras de la ciudad, muy cerca de su trabajo, de mi instituto y de la universidad, pues, una vez que lo trasladaron, la empresa dejó de pagar la renta del piso. Aki y yo no nos lo podíamos permitir. Además, ¿quién quería dos dormitorios? ¿Eh? Nosotros solo necesitábamos uno.

Así que centramos nuestra búsqueda en Bunkyo, el barrio donde se hospedaban los estudiantes de la universidad, lo que éramos al fin nosotros. Tampoco era barato, desde luego, pero sí que estaba más cerca de lo que nos podíamos permitir. Al final, encontramos un pequeño apartamento de un dormitorio, mucho menos lujoso que mi anterior piso, aunque con un añadido: sería solo nuestro.

Durante las siguientes semanas, las primeras del curso, Akira y yo estuvimos pintando, decorando y haciendo nuestra la casa. Yo había encontrado trabajo en una floristería a tiempo parcial. Él seguía en la misma cafetería, que, tras el cambio de casa, le pillaba un poco lejos. Lo mejor hubiese sido que buscara otro trabajo más cerca, pero no quería dejarlos tras tanto tiempo.

Con todo ese ajetreo, nos veíamos principalmente por las noches. El primero que llegase a casa preparaba la cena y todos los días, sin excepción, desde que vivíamos juntos, hacíamos el amor. Sonaba cursi, aunque así me sentía cada vez que estaba con él. Todo merecía la pena.

Y así, con mucho trabajo y esfuerzo, había llegado el día en que por fin íbamos a enseñar nuestra obra maestra a familia y amigos. Habíamos preparado una comida a la que incluso acudiría mi padre con Ayaka. Había podido realizar el viaje para celebrar que su hija ya había entrado en la universidad y que vivía con su novio. Bueno, eso último quizá no venía a celebrarlo, más bien a asumirlo. Pero venía, que era lo importante.

Hacía apenas diez minutos, habíamos tenido una videoconferencia con mi tío David y mi abuela y les habíamos enseñado la casa con la cámara del portátil; no era muy grande y había sido algo raro. Mi abuela, con todos sus años, se había alegrado tanto de que fuera feliz que le había dado igual que no estuviéramos casados y que aun así viviéramos juntos. Nunca creí que diría que mi abuela Concha era una mujer moderna, pero lo era.

Esa misma mañana, le había mandado un correo a mi madre con fotos de Akira y mías en el salón de casa, con grandes sonrisas. No esperaba respuesta inmediata ni a corto o medio plazo, para qué engañarme. Algún día me contestaría.

Sonó el timbre y fui corriendo a abrir la puerta. Habíamos invitado a Shou y a Nana, a mi padre con Ayaka, y a los señores Kimura. A esos últimos no los esperábamos, la verdad. No habíamos podido avisar a nadie más, no cabrían.

Cuando abrí la puerta, me encontré a mi padre y a Ayaka, que iban a dormir en un futón en mi salón. Los hice pasar tras un par de abrazos muy sentidos. Había echado tanto de menos a mi padre... Él me besó el pelo y me pidió un *tour* por el piso diminuto que era mi hogar con Aki.

Lo primero que les enseñé fue el salón, donde estaba todo preparado, la mesa puesta y todo limpio. Akira los saludó con una sonrisa. Como la casa era tan chiquitita, en menos de medio minuto habían visto nuestra habitación, la cocina y el cuarto de baño. No había más. Esa era mi casa: una diminuta caja de cerillas donde había más libros que adornos. Habíamos decidido poner nuestras mesas de estudio en el salón, juntas, para poder vernos. La decisión era romántica y práctica a la vez, pues en nuestra habitación no había espacio para mucho más que una cama, así que era lo mejor que podíamos hacer. Si ya nuestro tiempo se había reducido entre clases y trabajo, qué mínimo que estudiar juntos. Durante

ese tiempo no nos hablaríamos, pero sí estaríamos el uno al lado del otro.

Mi padre no vino con las manos vacías, trajo regalos: unos dulces típicos de Osaka y dos cajas grandes. Una para cada uno. Cuando la abrí, encontré un ordenador portátil nuevo, precioso y muy fino. Aki tenía otro igual en sus manos. El mío era dorado, el suyo plateado, solo se diferenciaban en el color. Nos miramos algo desconcertados.

—Papá, gracias, pero es demasiado.

—¡Dos estudiantes no pueden vivir sin un ordenador! Y como habéis decidido vivir juntos, he pensado que no tendríais mucho dinero para lujos... Aunque ya sabéis que estoy aquí para lo que haga falta.

—¡Gracias, papá!

Lo abracé muy fuerte y eso fue lo que me impidió ponerme a llorar. Con todos esos cambios, me notaba muy sentimental. Akira también le dio las gracias y decidimos dejar la sensiblería para otro momento. Si nosotros teníamos cosas que contar, ellos también.

Volvió a sonar el timbre y aparecieron Nana y Shou. Desde que salían juntos, eran adorables; delante de la gente no se tocaban, no se besaban ni nada, pero había miradas que decían mucho más que mil gestos. Siempre iban juntos a todas partes, se habían vuelto inseparables. En su relación iban tan despacio, con tanto recelo que, sin lugar a dudas, los dos tenían miedo a decepcionar al otro.

La relación entre Akira y Shou era cada día un poco menos tensa. Nosotras nos reíamos cuando los dejábamos solos, pues sabíamos que, con el tiempo, volverían a llevarse bien.

Cuando pasó una hora, todos aceptamos que los padres de Akira y Nana no iban a aparecer, no habían dado señales de vida. Así que decidimos ponernos a comer. Fue muy divertido tenerlos a todos en casa, disfruté mucho de tener a mi familia de verdad y a la postiza.

Solo once minutos más tarde, sonó el timbre de casa y todos nos tensamos.

Akira fue quien se levantó para abrir la puerta. Y, tras unos segundos, escuché la voz de su madre, muy formal, saludando. Entró sola por la puerta, así que asumí que su padre no vendría a comer. Para él, que su hijo hubiese dejado de lado su negocio y que me quisiera a mí y no a una chica japonesa como Keiko era el peor agravio que le podían hacer. No le hablaba desde hacía meses y parecía que la cosa no iba a cambiar.

La madre de Akira vio la casa en menos tiempo incluso que mi padre, no prestó mucha atención a las explicaciones de su hijo y solo puso cara de desagrado. Los demás no dijimos ni media palabra.

—Mamá, siéntate aquí —comentó Nana, que fue la única que parecía tener voz en ese momento.

—No, no he venido a comer, solo he venido a hablar con Akira. ¿Hay algún sitio en el que podamos hablar tranquilos?

Estaba tensa, con el bolso agarrado como si estuviera en medio de una cárcel rodeada de ladrones, con los ojos disparados y sudando.

—Claro, podemos hablar aquí. Esta es también mi familia.

Shou dio un respingo, como si no esperara ser incluido en ese círculo tan íntimo. A mí me gustó su gesto, lo entendí, pero sin duda su madre tenía algo importante que decirle y no quería que todos nos enteráramos.

—No seas así, Akira, prefiero hablar en la calle —dijo su madre con el tono más desafiante que le hubiese escuchado nunca. Para mí, siempre había sido una mujer hogareña que estaba muy pendiente de su familia, con voz pausada, un tono más bajo de lo normal, que nunca rompía las reglas o se insubordinaba a su situación. Si hubiese tenido que describirla con una palabra hacía un tiempo, hubiese sido sumisa. ¡Qué equivocada estaba!

—Está bien, vamos a nuestra habitación.

Akira hizo un especial énfasis en *nuestra* habitación y echó a andar sin mirarla. Los dos desaparecieron tras la puerta y los demás perdimos las ganas de comer.

—Esto no es nada bueno —dijo Nana, mientras le cogía la mano a Shou. Un gesto inusitado.

—No, no lo parece —le respondí, sin dejar de mirar a la puerta por la que habían pasado.

—Nunca me he querido meter en este lío, Lucy —comentó mi padre algo apenado—, creo que es un problema de Akira y que solo él puede solucionar. Sin embargo, creo que ahora es un problema de los dos.

—¿Crees que debería entrar?

—Lucy, no es cuestión de lo que yo piense o crea, solo te digo que ahora es un problema de los dos. Si los padres de Akira no aceptan vuestra relación, podéis hacer dos cosas: ignorarlos y desterrarlos de vuestra vida —lo siento, Nanako—; o intentar solucionarlo. No digo que sea hoy o mañana, pero quedarte ahí sentada y ni saludarla no ha sido la mejor manera de afrontar esto.

—Papá, entiéndeme, me ha sorprendido verla y así... parecía que entraba a un examen.

—Sí, no tenía la mejor cara, aunque no creo que hayas actuado bien, deberías haberla hecho sentir parte de la familia, no una extraña.

—No creo que sea justo, papá...

Me interrumpió el sonido de la puerta. La conversación había sido muy corta. La madre de Akira salió con la cara algo más desencajada que como había entrado y con ganas de marcharse corriendo.

—Señora Kimura —la llamé y seguí el consejo de mi padre—, debería sentarse con nosotros, tenemos comida y siempre será bienvenida en esta casa.

—No, yo me tengo que ir. Adiós.

Salió casi corriendo y el ambiente se quedó tenso. Akira no salió de nuestra habitación, así que les pedí a los demás que siguieran con la comida, pues yo tenía que entrar con él. Saber qué había pasado.

Si algo me gustaba del cuarto donde dormíamos era la ventana grande que daba a la calle. Vivíamos en un tercero y no veíamos solo el piso de enfrente, sino el paisaje urbano y un parque con unos columpios. Me encantaba la vista desde nuestra casa. Y a Akira, que estaba con la mirada perdida, las manos en los bolsillos y pensativo, también. No parecía que me hubiese escuchado entrar.

Pasé y cerré la puerta. Me acerqué a su espalda y lo abracé. Me quedé pegada a él y respirando su olor. Él solo se movió para apretar mis manos. Nos quedamos así durante un rato. No había mejor sensación que saber que lo estaba protegiendo yo de lo que fuera que hubiera pasado. Creí que lo mejor era que yo no hablase, él ya lo haría cuando ordenase sus pensamientos.

—Mi madre me ha ofrecido dinero, mucho, por dejarte. —Se calló y yo casi ni respiraba, me parecía increíble—. Dice que pueden soportar que haga Medicina, al fin y al cabo, es bueno tener un médico en la familia, pero que nunca aceptarán nuestra relación. Primero me ha soltado eso, luego me ha suplicado que te deje y luego me ha ofrecido dinero.

—Por Dios, Akira, ¿tan mala soy para ellos? —le pregunté y dejé de abrazarlo para ponerme a su lado.

Él se giró y me besó.

—Me da igual, Rukia, le he dicho que se marche y que no vuelva. No voy a dejar que controlen mi vida y, mucho menos, que me digan con quien puedo o no estar. Si no te aceptan, no me aceptan a mí. No hay solución, mi padre nunca dará su brazo a torcer y mi madre hará lo que él diga. —Suspiró y me abrazó casi de forma desesperada—. Ahora tú eres mi familia.

Capítulo XII

Voy a abrazar mi tristeza

Son las tres de la madrugada, las malditas tres de la madrugada. Me acabo de acostar hace tan solo un par de horas. Jorge y yo hemos ido al cine y a cenar como una pareja normal, solo que cojeando y con un muro entre ambos.

A las tres de la maldita madrugada, suena mi teléfono.

Y no, no el actual. No. El japonés, el que cargo todos los días y mantengo el número con la excusa de hablar con mi padre.

El corazón se me acelera tanto que creo que me va a dar algo. No lo veo bien, ya que cuando intuyo quién me llama, un poco más y tiro el aparato al suelo.

Es Nanako.

La misma Nanako a la que he llamado tantas veces que he perdido la cuenta. La misma que me tiene bloqueada desde hace casi un año. La misma que juró no hablarme en la vida. A la que he mandado mil quinientos mensajes, mensaje arriba, mensaje abajo. Esa Nanako y no otra.

—*Moshi, moshi*^[xxiv], ¿Nanako? —pregunto con un tono de incredulidad tan exagerado que parece que estoy practicando para una obra de teatro.

—Lucy... yo...

—Nanako, ¿qué ocurre? ¿Qué pasa?

—Es Aki... —Escucho un pequeño gemido, como si intentase aguantarse el llanto tras el teléfono, y me espero lo peor. Los latidos que me dan la vida se paran, ¿para qué los quiero en este momento? Aguanto el aliento, no quiero respirar, solo quiero escuchar todo lo que me tenga que decir la que fue mi mejor amiga. Agarro el teléfono con tanta fuerza que temo estar tapando el auricular—. Aki tiene un tres en la escala Glasgow y mis padres, mi padre... —No puede soportarlo más y se pone a llorar al otro lado del teléfono, a miles de kilómetros, así que a mí también se me caen un par de lágrimas sin querer, sin saber bien qué está pasando. Mi cabeza sabe lo que es la escala Glasgow, solo tiene que recordar, y, cuando lo hace, también me pongo a llorar, esta vez de verdad, pero de forma callada y pausada—. Lucy, lo van a desconectar.

Esas palabras no hacen mella en mí en un primer momento. Hasta que caigo en la cuenta.

Lo van a desconectar.

Van a desconectar a Akira.

Aunque estoy deseando chillar, gritar, decirle que es un error, o que me espere, que voy para allá, que no pueden hacerlo, no sin mí cerca, solo atiendo a intentar que mi cerebro funcione.

—¿Cuándo?

Le pregunto mientras, haciendo un esfuerzo e ignorando el dolor, me muevo por mi habitación hasta encontrar el portátil. Tengo que reservar un vuelo a Japón. No sé con qué dinero, pero eso me da igual. Y solo pienso en la frase que más le gustaba a Aki decirme, cuando me volvía loca, sobre el destino y las consecuencias de querer controlarlo.

—Esta tarde a las cinco.

Me quedo quieta en medio de la habitación, mientras solo puedo ver cómo se va encendiendo la pantalla. Las cinco de la tarde allí... las diez de la mañana aquí.

—¡No! ¡Nanako, no! No podéis hacer eso, por favor. Tengo que verlo, tengo que hablar con él.

—Lucy... —Su voz quebrada es como la última llamada de un barco que se marcha por la bahía.

—Vais a matarlo —susurro.

—No, de eso te encargaste tú —me replica y, por un momento, no la escucho gimotear, sino usar un tono duro y cortante—. No hagas que me arrepienta de esta llamada. Creí que te merecías saber lo que está pasando. Aki ya no está, los médicos lo tienen claro. Mantenerlo vivo es solo una tortura para él y para su cuerpo.

—No, no puede ser, por favor, no puede ser. Necesito verlo, aunque... sea una última vez.

No obtengo respuesta al otro lado del teléfono y tengo miedo de que Nanako se lo piense mejor y me cuelgue. Así que me juego mi última carta: mi orgullo.

—Nana, por favor, te lo ruego, necesito verlo por última vez. Sabes que yo jamás quise esto. Tu hermano es y siempre será el amor de mi vida. —Cuando esa frase sale de mi boca, sé que es la pura verdad. Y me duele tanto que me caigo al suelo. No puedo despedirme de Akira así, no puedo decirle adiós así a mi vida con él, a mi vida preciosa, ordenada y fantástica. No puedo y no lo haré.

»Te lo suplico. —Mi voz es otra, distinta, ahogada, angustiada por los sentimientos que bullen en mi interior—. Déjame verlo. Mete tu móvil con una videollamada y déjame decirle adiós.

No se me ocurre nada mejor. Mi cerebro funciona a todo lo que da, buscando opciones, maneras de poder llegar a ver a Akira por última vez.

Pasan unos momentos angustiosos, solo escucho su respiración entrecortada por retener las lágrimas. De la tensión, mi cuerpo suda, un sudor helado, tan frío

que tengo miedo a que el teléfono se escurra de mis manos y no escuche su respuesta.

—Vale, te llamaré en cuanto pueda.

Y cuelga.

Y yo me muero.

Me quedo quieta, mirando un punto en la pared, uno cualquiera, uno que me importa muy poco. A miles de kilómetros de mi casa, hay alguien que quiere desconectar a Akira, alguien que quiere que muera, que nunca despierte de ese estado de coma en que lo mantienen las máquinas desde que casi lo mato yo hace un año en un accidente de coche. ¿En un accidente o un no accidente? No sé lo que fue, solo que cambió mi vida por completo.

Para mi desgracia, durante los próximos minutos o en las próximas horas, tengo que pensarme cuáles serán las últimas palabras que voy a decirle a la persona que más he querido en mi vida.

Y, para ser honesta, no me salen.

Cuando tenía quince años, Maca y yo redactamos una lista de cosas que nunca querríamos hacer. Algo así como una lista del miedo. Recuerdo poner cosas como «tener una tarántula de mascota», «ser patrona de barco» (me mareo) o «torear». Nunca, ni en mis peores pesadillas, pude imaginar que el número uno de esa lista del terror fuera: «Despedirme del amor de mi vida por medio de una videoconferencia mientras se encuentra en coma y está a pocas horas de ser desconectado por su familia».

Nunca.

Ni en mis peores pesadillas.

¿Qué le dirías al amor de tu vida en esas circunstancias?

¿Cómo te despedirías de él?

¿Existen las palabras correctas para un momento así?

No, ¿verdad?

Eso creo yo.

Tengo otra lista. Una lista que nunca creí que tuviera que elaborar: «La lista de cosas que quiero decirle a Akira por última vez». No sé si me acordaré de todo. Estoy histérica. Así que mato el tiempo repasándola una y otra vez en mi cabeza, una y otra vez...

1. Quiero llamarlo. Quiero decir su nombre y saber que se lo digo a él, a nadie más. Que no estoy hablando de él con una tercera persona. Que por fin puedo hablar con él, aunque sea la última vez. Todo va a comenzar con un

«Akira».

2. Quiero pedirle, suplicarle, si hace falta, que vuelva en sí. Que vuelva. Que despierte. Que vuelva, joder, que vuelva.

3. Quiero pedirle perdón por muchas cosas, pero sobre todo por nuestra última pelea.

4. Quiero recordarle cuánto lo quiero. Quiero recordarle lo que me quiere él a mí. Y no quiero decirle que me ha roto el corazón; no hay justicia.

5. Quiero decirle que lo entiendo, que ahora lo entiendo todo.

6. Quiero decirle que, pase lo que pase, viviría nuestra historia desde el principio hasta el final de nuevo. Sin arrepentimientos.

7. Quiero contarle que hay mañanas en las que, en mi cabeza, aún me despierto con él a mi lado. Que todavía es posible.

8. Quiero confesarle que cambiaría mil días de los que vivo ahora por uno más a su lado.

9. Quiero recordarle que siempre hay esperanza, incluso cuando no lo hay.

10. Y quiero decirle, sobre todas las cosas y para que lo entienda, que lo quiero. Y que eso no va a cambiar pase lo que pase. Que seguiremos siendo él y yo siempre. En esta vida o en la siguiente.

Enciendo el ordenador y conecto mi teléfono al mismo; si voy a ver a Aki, quiero hacerlo de la mejor manera. Me pongo mis cascos para poder hablar bien, quiero que me escuche.

Pasa una hora, llegan las cuatro, las cinco y las seis. Y yo sigo sentada en el suelo, con el portátil en las piernas y esperando una llamada de Nanako, que no llega. ¿Se habrá echado atrás? ¿Habrán desconectado ya a Akira?

A las seis y veinte tres minutos llega la ansiada llamada. Veo a mi amiga, que ha cambiado mucho. Ahora lleva otro peinado y se ve que ha estado llorando mucho, ya que tiene los ojos tan hinchados que casi ni se le ven.

No me dice nada, solo observo cómo anda por una casa; la conozco bien, es la casa de sus padres en Tokio. Entra en una habitación, parece la antigua de Akira, aunque tiene algo distinto. Será la luz, los aparatos que lo mantienen con vida o la tristeza que desprende.

Lo veo.

Primero en una pasada rápida de la cámara antes de dejarla quieta. Está postrado, parece otro. Y, hasta que no deja el teléfono en su sitio, no puedo fijarme en cómo está. Con solo esa visión ya tengo ganas de volver a llorar, me duele la garganta de contenerme y no quiero que mis últimas palabras estén salpicadas de más tristeza que la necesaria.

No puedo reconocerlo, tiene el pelo rapado, ya no queda nada de su melena. Se le ve pálido, dormido, con un tubo que sale de su boca y un pijama de tipo

hospital que no le hace justicia.

Antes, en otra vida, compartíamos los pijamas.

Pero sigue siendo Akira. El mismo Akira que me hacía reír y rabiar, que se autoproclamó mi obra benéfica, que luchó contra viento y marea por nuestra relación. El que siempre creyó en mí, hasta en el último instante en que fue consciente. Sus últimas palabras, antes de que el coche diera tres vueltas de campana y nos aplastara, fueron: «Me vuelves loco, Rukia, pero no sabes cuánto te quiero», en un tono enfadado que no dejaba lugar a dudas. Me quería y, en ese momento, me hubiese ahogado.

No sé cuánto tiempo me paso mirando su imagen en la pantalla; tengo que hablar ya, antes de que Nanako vuelva a por su móvil. No me he dado cuenta, pero, desde que lo puedo ver con claridad, mi mano acaricia la pantalla como si pudiera tocar su cara.

Tomo aire, respiro y sé que tengo que hablarle por última vez. Algo que me parte en dos.

—Akira, hola. —La voz me sale a trompicones, con dificultad, así que me paro, trago saliva y comienzo de nuevo—. Hola, Kira. Te he echado de menos, te he echado mucho de menos... ¿Y tú? Quiero pensar que también. Todos los días me acuerdo de ti, no importa el tiempo que pase, no importa lo que haga con mi vida, me acompañas en cada paso que doy. Cuando estoy en el fisioterapeuta y no quiero continuar, parece que escucho tu voz diciéndome lo quejica que soy. Cuando pienso que nunca debería haber despertado tras el accidente, me acuerdo de tu sonrisa, de las tardes en aquella cafetería, de ti y de mí. De lo maravilloso que fue estar juntos —me atropello la voz y rectifico—. De lo maravilloso que es estar juntos. Qué odiosa es la vida, que nos ha separado, nos ha quitado el tiempo y nos ha regalado distancia. Algo que yo nunca querría contigo.

»Te echo de menos a cada paso que doy, te echo de menos cuando intento enderezar mi vida. A veces me sorprendo pensando en que le hubieses encantado a mi abuela y que mi tío David no te hubiese soportado. Y seguro que, si tú pudieras hablar conmigo, me dirías que dejara ya de echarme menos, que tengo una vida que vivir. Pero no puedo, ¿sabes? Creo que siempre estás conmigo.

Tomo aire, suspiro y me preparo.

—Quieren desconectarte, Akira. Quieren hacerlo de verdad. Por favor, no les dejes. Sé que estás ahí, sé que, en algún lugar tras esas máquinas, sigues estando preso. Por favor, Akira, no lo hagas por mí, hazlo por ti, por las vidas que querías salvar cuando fueses médico, por todo lo que todavía te queda por vivir. No dejes que te desconecten.

Espero unos momentos, algo que me haga mantener la esperanza. El pitido del latido de su corazón es constante, su respiración pausada y el cuerpo de Kira

sigue sin moverse.

Así que intento, de forma absolutamente desesperada, que despierte. He leído mucho sobre el tema, sobre las voces de los seres queridos, los sonidos familiares y, para nosotros, no hay otro más nuestro que *Konya Tsuki No Mieru Oka Ni*. Suena nuestra canción y la tarareo para él. Hacía tanto tiempo que no la escuchaba de verdad... desde antes del accidente. A mitad, no puedo quedarme callada, necesito que me escuche, necesito que vuelva.

—Lo siento. Lo siento tanto. Por mi culpa te encuentras así, ojalá nunca... No me arrepiento de nada contigo. Atesoro cada risa, cada momento, cada palabra... todo. Te quiero. —Sigo tocando la pantalla, en un intento inútil de hacerlo despertar, de hacerlo volver a mí—. Akira, despierta. Akira, no me olvides. Recuerda lo que amabas, debes intentarlo por ti y por mí, por favor... debes...

Escucho un ruido y la pantalla se queda en negro. Ya no veo a Aki, ¿qué ha pasado? Llamo a Nanako, da tono, y me cuelgan. ¿Qué ha pasado? ¿Qué está pasando? Sé que me ha dado tiempo, pero no he podido decirle adiós, aunque tampoco quería.

Sigo pegada al ordenador, esperando una llamada, y lo que llega es un mensaje:

«Mi madre ha llegado para escucharte y te ha colgado, no puedo hacer más.

Adiós, Lucy».

Y ya está. Así acaba todo. Mientras Akira se mantenía vivo tras una máquina, todavía podía respirar, pero estas horas antes de las diez van a ser agónicas, desesperadas... Dejo el ordenador encendido en el suelo, con el cable enchufado, por si Nanako cambia de opinión. Y así me quedo, encogida, dolorida, muerta por dentro, esperando un milagro que sé que no va a llegar.

Mi abuela entra para despertarme, como cada mañana, y me encuentra tirada en el suelo, mirando una pantalla de ordenador que no se mueve. Me pregunta qué me pasa y no le puedo responder, es como si las palabras se hubiesen quedado olvidadas en algún lugar de mi cerebro. Perdidas, muertas. Se asusta tanto que llama a mi tío David. Entra y saca a mi abuela de la habitación, se sienta en el suelo y se queda mirándome.

—¿Qué ha pasado, Lucy?

No le digo nada, son las nueve y trece minutos.

—¿Tiene que ver con tu madre?

Para la familia de mi padre, mi madre es el foco de todo mal. Niego con la

cabeza. El reloj de la pantalla da las 9:14. Quedan cuarenta y seis minutos para que desconecten a Akira.

—Lucy, por favor, nos tienes asustados, ¿qué pasa?

De su voz se desprende verdadera preocupación, no puedo hacerles eso. Aspiro, respiro y me decido a hablar. Salen cinco palabras que nunca creí que tuviera que pronunciar.

—Van a desconectar a Akira.

Mi tío emite un sonido de pena, me coge la mano y, como ve que no es suficiente, salta el portátil para abrazarme con torpeza. No sabe qué hacer.

—¿Cuándo?

—A las diez.

—Ya veo, ahora vuelvo.

Lo siento por él y por mi abuela, solo les doy quebraderos de cabeza. Si pudiera moverme, si pudiera hacer algo, lo haría. Desde luego. Pero solo puedo ver la pantalla de mi ordenador, en la que el tiempo pasa lento y rápido a la vez.

Pone que son las 9:24.

David vuelve a entrar con la *tablet* que casi ni usa en la mano. Ha llamado a mi padre, que debería estar trabajando. Lo veo en la calle, sigue en Osaka, no puede llegar a Tokio y, aunque lo hiciera, no lo dejarían pasar a la casa de los padres de Akira. Es *persona non grata*.

—Papá, tío, gracias —puedo decir, me cuesta un mundo—. Necesito pasar esto sola, ¿vale?

Mi padre me mira desde la pantalla y asiente. Insiste un poco, lo intenta, pero de verdad que no puedo. Si pudiera estar aquí, si pudiera abrazarme, no me separaría de él. Pero, como no puede, es mejor que siga con su vida, y que yo acabe con la mía. Mi tío desaparece y me dice que estará por aquí si hace falta. Qué suerte poder trabajar en casa.

Ahora son las 9:33.

Tarareo nuestra canción por dos cosas: la primera, para hacerme daño, es como si lo necesitara y, la segunda, para hacerlo por última vez. No quiero escucharla más en vida. Cuando sean las diez, cuando sean las once y las doce, cuando el mundo sea un lugar mucho más triste sin la sonrisa de Akira, necesito dejar de hacerme tanto daño.

No sé si lo podré conseguir.

Un trocito de mí se va perdiendo a cada minuto que pasa en el reloj virtual de mi portátil. Sin noticias, sin llamadas, sin nada. Sé que mis antiguos amigos japoneses no creen que merezca mucho, lo que ha hecho Nana va a enfadar a casi todo el mundo. Todos me culparon tras el accidente y ninguno me ha vuelto a hablar. Es como si necesitaran tener a alguien a quien echar la culpa.

Y ese alguien soy yo, incluso para mí misma.

Claro que soy yo.

A las 9:52 empiezo a temblar. Es una sensación curiosa el no poder controlar el cuerpo, hace lo que quiere como quiere. Poco puedo hacer. Me castañetean los dientes. No siento cómo el frío se instala en mi cuerpo, es como si saliera de él. Me estoy congelando por dentro.

Llaman a la puerta.

No necesito ver a nadie, desde luego, así que lo ignoro.

No vuelve a llamar, directamente entra.

Es Jorge. No he mirado, no hace falta, estoy muy concentrada en el reloj del portátil, pero sé que es él. Su forma de moverse, su olor, que me llega; es él, sin duda. Se sienta detrás de mí y me abraza. Creo que necesitaba ese gesto, para un poco los temblores y el frío que me llega desde dentro.

Me besa el pelo y comienza a tatarrear una canción, ¿qué se le dice a alguien en esta situación? Y empieza a cantar, con esa voz rota y sin mucho ritmo, una canción de Nina Simone; anoche me confesó que estaba en una etapa un poco obsesionada con ella.

Ain't got no home, ain't got no shoes...

Cuando casi susurra cantando la última frase, noto cómo a los ojos se me llenan de lágrimas. Son las 9:59. No sé si lo desconectarán a las diez en concreto, pero para mí es la hora límite en la que el mundo se quedará sin él. Jorge sigue sin hacer caso a la hora.

Ain't got no mother, ain't got no culture...

El reloj cambia silencioso a las 10 y no puedo evitar llorar en sus brazos sin consuelo. Me acaricia el pelo y me mece, yo solo puedo estar en ese estado. Cuando pasa un minuto y ya no son las fatídicas diez, sigue cantando con la voz un poco perdida:

Well, what have I got?

Termina con una tranquilidad que no tenía la canción original. He escuchado cada palabra cantada y susurrada. Entiendo que no hay palabras para consolarme ahora y que para él es su manera de decirme que está aquí. Pero, si algo tengo claro en este momento, es que jamás podré escuchar esa canción de nuevo sin que se me haga un nudo en el corazón.

Continuamos así, abrazados, algo perdidos, sin decir palabras. Él me tararea de vez en cuando la melodía para que me acuerde de que, pase lo que pase, sigo teniendo mi vida. Aunque no es consuelo, no lo hay y él lo sabe. Me besa el pelo, me seca las lágrimas y deja que le moje el jersey que lleva puesto.

No sé qué hora es, cuánto tiempo he pasado o puedo pasar así. Solo sé que, al otro lado del mundo, por culpa de una escala, algo sin corazón y sin alma, han

desconectado a Akira y ha dejado de existir. Ya no es. Según el sintoísmo, parte de Aki se quedará en la tierra y la otra parte de Aki se irá al cielo. Lo mismo, como en el *Tanabata*, podemos vernos de nuevo, aunque solo sea una vez al año y que dure por toda la eternidad.

Capítulo XIII

Silenciosamente, silenciosamente, abre las cortinas

Akira y yo habíamos pasado nuestro primer año de universidad entre el caos de vivir juntos, comenzar unos estudios superiores –y yo en un idioma que no era el mío natal– y trabajar a horas muy dispares el uno y el otro. Y, por aquel momento, ya íbamos acabando el segundo año de universidad. No nos habíamos arrepentido ni una sola vez de tomar aquella decisión. Bueno, yo al menos no y él no se había quejado, ni cuando nos peleábamos por alguna tontería doméstica ni cuando nos había costado llegar a fin de mes.

Si algo me había sorprendido durante ese par de años viviendo juntos, había sido que Keiko se había convertido en una de mis mejores amigas. Me confesó un día, entre cerveza y cerveza, que había creído que Akira siempre sería la única persona que la completaba, su media naranja, y que, con el tiempo, se había dado cuenta de que eso era imposible pues si, según su forma de pensar, solo había un gran amor en la vida, el de Akira era yo y el hilo rojo del destino solo unía a dos personas. Y, al parecer, era un hilo de ida y vuelta. Único, indestructible e infinito. Así que seguía buscando a su príncipe azul, que más bien parecía ser su medio limón, ya que espantaba a muchos chicos con su forma de ser directa y sin pelos en la lengua. Y tampoco ayudaba que durante esos años su heroína fuese una artista que sacaba moldes de su vulva para casi cualquier cosa. Quizá no fuera la mejor conversación en un bar para ligar. En mi último cumpleaños, me había regalado una. Sonriente y feliz, llegó con mi regalo como si fuera lo más valioso que se pudiera poseer. La vagina había decorado mi salón hasta que un día, por puro despiste intencionado, Nana la tiró a la basura. Y digo intencionado, pues antes ya la había tirado al suelo en un par de ocasiones sin ningún tipo de resultado. La vagina era resistente al suelo. Así que un día llego, y en un despiste de Aki y mío, la tiró sin mucho pensar. Luego se disculpó, al menos. Nos confesó que no soportaba ver esa vulva; bueno, tampoco era un gran secreto. Por ese incidente, Keiko y Nana estuvieron sin hablarse durante tres semanas, hasta que firmaron lo que fue conocido entre mis amigos como «La paz de las vaginas». El día que Nana la llevó a ver a Rokudenashiko^[xxv] montada en un kayak con forma de... ¿lo adivinamos? su vagina, sí... todo se arregló con la firme promesa de Keiko de no regalar partes íntimas de nadie a ningún amigo, por muy *kawaii* que le pareciera.

Mi padre acabó el proyecto y volvió a Tokio, a pocos días de terminar nosotros el primer curso. Pero como a Ayaka la habían vuelto a destinar a Osaka, había pedido el traslado de nuevo, y lo esperaba en unos meses. Su relación iba mucho más rápida que la mía, y pensaban en casarse; aún no tenían fecha, aunque sí nos lo habían comunicado a todos. Pronto tendríamos celebración de boda. Lo que llevó a la pregunta de cuándo Akira y yo tomaríamos esa decisión. ¡Todavía quedaba mucho para eso! Pero parecía que mi padre quería que la fiebre nupcial que lo había invadido también me contagiase a mí. Sin embargo, nosotros, ante la pregunta, nos reíamos y cambiábamos de tema. Aún no habíamos llegado a ese punto.

Nana había dejado la universidad el primer año; la experiencia no le había gustado nada y se había puesto a trabajar en la empresa familiar. Pensé que, con esa incorporación, el señor Kimura se sentiría mucho mejor al respecto de la elección que había hecho Akira, lejos de él y de su negocio, aunque no parecía ser así. Nanako no solía comentar mucho de su trabajo o de su familia delante de nosotros, pero yo sabía que así era feliz. Los padres de Akira volvieron a intentar romper nuestra relación por otros medios, hasta metieron a los abuelos paternos de Kira en la disputa, y, tras la intentona, también terminaron por odiarme. Pues nada, bienvenidos al club, ya tiene unos cuantos socios.

Akira, Nanako, Keiko y Shou tuvieron su ceremonia de mayoría de edad, que se celebraba a los veinte años, aunque Aki y Nana estaban a tan solo un mes de los veintiuno. El gran día era el segundo lunes de enero y lo normal era acudir vestidos de forma tradicional y muy elegantes. Lo cierto fue que, abrumada por el entorno, estuve a punto de llorar. Mi padre no estuvo a punto, mi padre lloró. Era algo para ellos muy emocionante. Nana y Keiko decidieron acudir con un *furisode*, que eran unos kimonos preciosos de mangas largas, con unos cuellos imitando a la piel y con unos peinados tradicionales muy bonitos. Shou también acudió vestido con un kimono de hombre. En cambio, Akira, como también era moda en esos años, acudió con un traje occidental, chaleco y corbata; estuve a punto de comérmelo antes de salir y por eso llegamos con el tiempo justo. Estaba guapísimo con su traje gris oscuro y el chaleco. En la ceremonia, realizada por funcionarios del Gobierno, se les comentaba a los invitados de honor que ya eran adultos, las responsabilidades que tenían frente a la sociedad y que debían comportarse como personas responsables a partir de ese momento. Su principal misión era no avergonzar a su país siendo desconsiderados o malos ciudadanos. A la ceremonia también acudieron los padres de Akira, aunque no se dirigieron a nosotros durante la misma. Fue en el santuario Meiji, donde acudimos después para dar gracias, como parte de la tradición, cuando la madre de Akira se nos acercó a los dos y nos pidió celebrar juntos su cumpleaños.

Acudirían sus abuelos –sí, los mismos que me odiaban–, Nana y Shou. No pudimos decir que no, desde luego. Iríamos a comer a una casa que habían comprado unos meses antes a las afueras, donde por aquellas fechas pasaban los fines de semana y las vacaciones.

Tuve la sensación de que tramaban algo. Akira también me lo comentó, aunque de forma rápida y sin profundizar en sus pensamientos. Seguía siendo su familia. Pero no nos podíamos negar a acudir; tras tanto tiempo, era la primera vez que tenían intención de acercarse a nosotros, y no íbamos a darles la espalda.

Como el cumpleaños de Akira caía en domingo, el muy perezoso se había quedado en la cama. Yo me encontraba preparando el desayuno para que nos lo comiéramos juntos. Quizá sería el último momento a solas de ese día hasta la noche, hasta que pudiéramos volver a la seguridad de nuestra casa, sin suegros malvados, sin abuelos que me tenían tirria y sin nada que nos molestara. Solo él y yo.

Terminé de cocinar y me dije que ya era hora de levantarlo. Como sería imposible comer un desayuno tradicional en la cama, que era lo habitual en los cumpleaños, pues la sopa no casaba bien con las sábanas, había preparado café y tortitas, que le encantaban. Era febrero y, si algo tenía bueno nuestro piso, era que no hacía nada frío. Así que podía ir solo con la parte de arriba del pijama de Akira de manga larga. Desde que vivíamos juntos, compartíamos los pijamas.

Abrí la puerta con el codo; tenía una habilidad adquirida desde que trabajaba en la floristería, donde transportaba grandes jarrones de un lado para otro casi sin molestarme. Akira seguía durmiendo. Me encantaba verlo tan tranquilo, con un brazo por encima de la cabeza, la sábana por la cintura, que le dejaba el torso desnudo y el pelo enmarañado. Me parecía muy sexi su pelo largo y su postura, tan relajada que me daban ganas de acurrucarme junto a él. Lo observé y me pareció el hombre más guapo de la tierra. Dejé la bandeja en su mesita de noche y cambié los planes. ¡Que se enfriara todo! Me daba igual.

Me senté encima de él a horcajadas, comencé a besarle el pecho y observé con alegría cómo iba esbozando una sonrisa perezosa, solo movía los labios. No abrió los ojos o cambio su postura. Con mis besos fui bajando por su cuerpo, hasta que me topé de cara con alguien que estaba muy contento de encontrarme esa mañana tan cariñosa. Lo acaricié y escuché un suspiro que provenía de un Akira que todavía no estaba despierto del todo. Era su cumpleaños y ese iba a ser mi primer regalo. Así que comencé la celebración con ganas. Él se tensó y noté cómo cada poro de su piel se fue erizando. Dijo mi nombre en un susurro y se estremeció, sabía que le estaba encantando. Desde mi posición lo observé despertarse y, cuando nuestros ojos se encontraron, los míos despiertos del todo y los suyos todavía a un paso del mundo de los sueños, la electricidad me

recorrió el cuerpo. Me acarició la cara al quedarme quieta y se mordió el labio en el momento en el que, sin previo aviso, continué con un ritmo mucho más rápido.

Cuando creí que ya no podía más, paré, y él se incorporó para alcanzar mi boca, con pasión y con fuerza. Mientras nos besábamos, sus manos fueron desabotonando la única prenda que llevaba puesta. Me la quitó casi con rabia y me acarició de arriba abajo, sin quedarse quieto. Ya se había despertado del todo. En esa postura, era casi imposible que no pasáramos de los preliminares para comenzar la verdadera acción. Así que, con un poco de ayuda por mi parte, Aki se coló en mí. En ese instante, el nivel de ansiedad se redujo a cero y nos paramos, nos quedamos mirándonos el uno al otro. Le acaricé el pelo, él sonrió y nos abrazamos un poco más. Sentí como sus labios me besaron el cuello y busqué su boca para poder corresponderle cada pequeño gesto de amor que tenía conmigo.

Tras ese beso largo y pausado, volvió a desatarse el caos entre nosotros. Y, cuando nuestras bocas se separaron para poder respirar, o jadear, o gemir, tuve un momento de lucidez en el que le di los buenos días. Akira se rio, intentó seguir la broma, aunque su cuerpo le pedía mucho más seguir bailando conmigo. Suspiró en mi oído y se tumbó en la cama, para dejarme a mí toda la libertad, sin dejar de tocarme o de mirarme. Algo que me estaba volviendo loca.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, desde mis caderas a mis pechos; me apretaron y me arrancaron pedacitos de placer. Me incliné para poder besarle, pero me quedé a medio camino, pues él comenzó a besarme un pecho. Justo en el momento en que sus dientes le pegaron un mordisquito a mi pezón, me llegó el orgasmo, casi sin avisar, demoledor. Como me escuchó gritar, Akira me acompañó en el viaje al otro mundo, a ese mundo al que iba con él muy a menudo y donde solo nos esperaba el placer de estar juntos.

Cuando terminamos, no podía casi ni moverme; solo podía jadear y ver su pelo y el mío entre nuestras caras. Los dos nos reímos y yo me desplomé hacia un lado de la cama. Akira me besó un hombro, el cuello y luego la boca.

—Me ha encantado tu regalo —susurró.

—El otro se ha enfriado. —Le comenté señalando a la mesa.

—Bueno, gracias, pero este me ha gustado más.

Había amanecido nublado en Tokio, me encantaban esos días. La luz cambiaba por completo y el ambiente se volvía eléctrico. La ciudad se sumía en un gris perenne y solo nos quedaba esperar la lluvia, que siempre llegaba. Como eran

mis momentos favoritos, cuando podía, salía a dar una vuelta, y esa mañana no quería que fuera una excepción. Pero, entre repetir mi primer regalo y hacer el perezoso en la cama, se nos pasó el tiempo y al final no salimos del apartamento. Me tuve que conformar con observar el cielo y las calles desde nuestra ventana. Con él pegado a mi cuerpo. No fue tan mal plan al final.

Para llegar a la casa de los padres de Kira podríamos haber cogido un tren, pero el trayecto era algo tedioso, así que le habíamos pedido el coche a mi padre. Yo, como era mayor que él por unos meses, me había sacado el carnet de conducir antes que Akira; él poco tiempo después, pero, aun así, me gustaba hacerlo rabiando con eso. En Japón se conducía por la izquierda y todas las autopistas eran de pago. Por eso no había cogido tanto el coche como me hubiese gustado. La verdad era que no lo necesitaba, vivíamos muy cerca de la universidad y yo de mi trabajo; el de Aki estaba un poco más lejos, pero a él no le importaba. Eso sí, por puro placer habíamos hecho algunas escapadas y los dos nos solíamos pelear por conducir. Nos relajaba.

Como íbamos a la casa de campo de mis queridos y adorados suegros, nosotros habíamos hecho una tarta; bueno, digo *nosotros*, aunque en realidad yo la había horneado la noche anterior, y Akira se había dedicado a meterme mano y a distraerme. Éramos un gran equipo. Llegados a ese punto, no podía afirmar que fuera del todo comestible, lo mismo se me había colado una cebolla o una cabeza de ajo sin querer.

Cuando salimos de casa, ya estaba chispeando. Me hubiese parado un momento para sentir la lluvia, aunque, por culpa del pastel y por no querer llegar a casa de los señores Kimura hecha unos zorros, no pudo ser. Aki me miró con cara de leerme el pensamiento y se encogió de hombros. Luego me cogió de la mano y echamos a correr hacia el coche de mi padre, un Nissan plateado que habíamos aparcado la noche anterior cerca de casa en un parking.

Yo llevaba las llaves en la mano, pues le había insistido en ser yo la conductora, por si le rozábamos el coche a mi padre; mejor que la culpa fuese mía. Una vez dentro, Akira realizó su último alegato para conducir: era su cumpleaños. En el fondo tenía razón, así que le prometí que, a la vuelta, sería todo para él. Le saqué la lengua y comenzó nuestro viaje.

Salimos de nuestro barrio y del centro más espeso de la ciudad. Al parecer, el negocio del padre de Akira iba tan sumamente bien que habían conseguido comprarse una casa a las afueras, donde habían instalado a sus abuelos, y, además, los señores Kimura solían pasar los fines de semana.

De camino, comentamos, entre risas, qué hubiésemos hecho de no ser por esa cita imprevista. Así que decidimos posponer nuestros planes para el fin de semana siguiente: iríamos a Ueno^[xxvi] y comeríamos *sushi* en un pequeño bar que

nos encantaba, situado por debajo de una línea de tren. Luego nos tomaríamos un café por la zona y, si había alguna película que nos apeteciese, iríamos al cine.

Nada especial, pero a la vez muy íntimo.

La felicidad verdadera se encontraba en las pequeñas cosas con Akira: en el ruido de satisfacción que hacía Aki, sin querer, cuando comía *sushi* de atún rojo; en las miradas de complicidad que nos regalábamos cuando alguien decía alguna tontería y no nos podíamos reír; el olor a limpio que se quedaba en el cuarto de baño cuando nos metíamos juntos y terminábamos haciendo el amor; o en la forma que tenía de despertarme a besos los lunes por la mañana, cuando parecía imposible que abriera los ojos.

En eso, y no en otra cosa, residía la felicidad.

Y ojalá pudiéramos estar haciendo cualquiera de esas cosas.

Lo cierto era que notaba una tensión creciente cuanto más nos acercábamos a nuestro destino. Según el GPS del coche, quedaba muy poco tiempo. Las risas con las que había comenzado el viaje se habían ido apagando, y ya no quedaba ninguna. Los dos nos habíamos convertido en piedra.

Sabía que a Akira esa distancia que mantenía con su familia le dolía mucho, los echaba de menos. Lo habían criado para no destacar, para decirles que sí a sus padres y a sus superiores, para ser uno más. Y, entre otras cosas, gracias a conocerme a mí, había decidido salirse del tiesto y, no hacía falta que me lo dijera, yo sabía que había días en los que le costaba más sobrellevarlo que otros.

Debo decir en su favor que nunca se quejaba y que siempre intentaba hacerme feliz.

El GPS me dio las últimas indicaciones y frené el coche cerca de la casa de los Kimura. Suspiré. También era una prueba para mí. Desde hacía un tiempo, no me cruzaba con ellos, y mi vida, para qué mentir, era mucho más feliz y tranquila. Debía hacer un esfuerzo y lo haría por él. Observé a Akira, tan nervioso y tan tranquilo a la vez. Transmitía una calma pausada que siempre me había dado envidia, a mí me temblaba un poco el cuerpo; a él no. Para coger fuerzas, se acercó a mí, me apretó la mano y me besó. Al principio con tranquilidad y luego con urgencia. Noté cómo sus labios encajaban en los míos, me traspasaban el calor de su cuerpo y me daban seguridad.

El tiempo había mejorado, ya no llovía. El beso de Akira se transformó en un abrazo, casi en una súplica que me daba las gracias por estar allí. Por el calor que habíamos generado en el coche, cuando salí, el aire fresco fue como una bofetada en la cara. Una bofetada de realidad. Me acomodé la bufanda y dejé que Kira se encargase de la tarta, la posiblemente poco comestible tarta, y nos dirigimos a la casa con un ambiente funesto, la verdad.

En la puerta, nos miramos y los dos compusimos un par de sonrisas: la suya tirante, la mía falsa. Aki llamó al timbre y, en cuestión de segundos, nos abrió su madre, con una amabilidad que solo recordaba de mis primeros meses en Tokio, cuando aún no había comenzado a salir con su hijo. El padre de Akira, sin embargo, nos saludó de forma muy forzada, casi por obligación, y pronto desapareció de nuestra vista. No pude alegrarme más de ver a Nana y a Shou sentados con los abuelos de Akira, los paternos, ya que los maternos vivían en Kioto, y, por lo que sabía, nunca dejarían su casa.

Ningún saludo fue realmente cariñoso, ni el de Nana, que también parecía un pez fuera del agua. Pronto nos sentamos en la mesa del comedor, decorada al más puro estilo tradicional japonés.

La comida la había preparado la madre de Kira, que siempre había destacado por ser muy buena cocinera, y se había dedicado a cocinar todos sus platos favoritos. Por un lado, me pareció tierno que quisiera ganárselo por el estómago, pero por otro me dio mala espina que solo hubiese pensado en él.

Durante la cena, noté una tensión extraña que parecía difícil de romper. Era algo que podía esperar, sin lugar a dudas. Los abuelos casi ni me dirigían la palabra y, si no llega a ser por Nana, casi ni hubiese abierto la boca. La conversación giraba una y otra vez en torno a la empresa familiar. Me pregunté si lo hacían para aburrirnos o para echarnos en cara que Aki ya no formaba ni formaría parte de ella.

De vez en cuando, Akira, por debajo de la mesa, me acariciaba la rodilla o me cogía la mano. Era su forma de decirme que él también estaba allí, conmigo. El ambiente estaba tan cargado, viciado, que no dejaba ver qué estaba ocurriendo en realidad, pues a mí ese acercamiento cada vez me olía peor. No tardé mucho en averiguarlo, pues, al llegar el postre, todo salió a la luz.

—Estamos muy contentos de poder celebrar hoy tu cumpleaños, Akira, y el de Nanako —comentó su madre con un tono bajo y una sonrisa en la boca. Casi, casi me la creí.

—Gracias, mamá. Ya lo repetiremos.

La mujer parecía una gallina contenta y asintió con la cabeza. Para ella, todo marchaba fenomenal. Bajo la falsa ilusión de que podríamos relajarnos, la vi titubear. En ese momento, mi padre me mandó un mensaje y el conejo borracho sonó. Me disculpé y lo leí. Akira, de fondo, le preguntó a Nana cómo había llegado y cuándo se pensaba marchar. Mi padre me daba ánimos con multitud de emoticonos. No podía ser más sutil.

—¿Pensáis iros ya? —preguntó la abuela.

Yo me dediqué a poner un emoticono de un conejo vomitando a mi padre. Era como me sentía: hasta las narices de que nadie me hiciera caso y de parecer

estar de más en esa reunión familiar.

—En breve, abuela —comentó Akira y me regaló una mirada que sabía que significaba a la perfección: que en casa me compensaría el mal trago.

—No, no, hay una cosa que os queremos contar —comentó mi suegra con una voz chillona.

Todos se callaron. Fuera, había vuelto la lluvia y sonaba como un pequeño tambor constante. Por fin habíamos llegado a la verdadera razón para soportarme toda la noche. Bien, ¡que comenzara la función!

—Tu padre va a ser nombrado el empresario del año, nos van a hacer una serie de entrevistas y habrá una gala donde estamos todos invitados. Me gustaría mucho que asistierais... todos. —Su madre lo soltó todo de corrido e intentó sonreír.

Bueno, no parecía nada tan malo. Podía soportar una cena y unas fotos. Me giré para decirle a Akira con la mirada que me daba igual, pero él tenía su mirada fija en su padre, así que no me hizo caso.

—¿Solo eso? —preguntó, casi en un susurro.

—Sí y no, Akira. —Su madre continuó hablando—. Tu padre y yo, bueno, y los abuelos, hemos pensado que Lucy no daría muy buena impresión...

—¿Queréis que ella no vaya, mamá? —lo preguntó Nana, aunque pareció que Aki también tenía ganas de hacerlo.

—Nanako, Akira, vuestro padre es muy respetado y ella... no es parte de la familia.

—Aún —dijo Kira con mucha convicción.

—Pero no lo es. Ya sabes cómo son estos eventos.

Aki me miró para saber qué pensaba. Igual que podía ir a una cena y podía hacerme unas fotos, también podía no acudir a la cena y no hacérmelas, la verdad. Así que me encogí de hombros y dejé la decisión en sus manos. Seguía siendo su familia.

—Nos lo pensaremos.

El señor Kimura frunció el ceño. No estaba acostumbrado a que nadie le llevara la contraria, desde luego. Y, cuando creí que eso sería todo y que nos podríamos marchar a casa, su madre continuó.

—Sin embargo, hemos invitado a Keiko para que se una a nosotros.

—¿Qué? —Sí, esa vez lo pregunté yo. Era mi amiga y no me había dicho nada al respecto—. ¿En calidad de qué?

—De pareja de Akira para los eventos, por supuesto —remató mi suegra con un tono de felicidad.

Hay momentos en la vida en los que, dependiendo de nuestra reacción, nos definimos. Yo creí que iba a responder lo mismo que Akira, que mi voz se

quedaría eclipsada por la suya, que no habría un atisbo de duda en él.

—¡No! —grité.

—Nos lo pensaremos —dijo Akira.

Lo miré absolutamente asombrada. ¿Cómo era posible que lo viera bien? Que se lo quisiera pensar. No me lo podía creer. Si algo había aprendido, era que no había que comenzar una pelea delante de la familia. Se posicionarían y sería una pesadilla. Ya me había pasado con mi padre y podía ser horrible. Sí, vale, me sabía la teoría, ahora... la práctica era otra cosa.

—¿Qué dices? —le susurré, o eso creí—. ¿Cómo puedes decir que sí con tanta facilidad?

Akira se giró para que toda su atención fuera para mí, me apretó la pierna y me dijo:

—No he dicho que sí, solo que nos lo tenemos que plantear.

—¡No! ¿Cómo puedes pensar siquiera en dudarlo? No, no y no. Punto. —Me levanté de la mesa y sentí las miradas de todos los comensales en mí. Respiré hondo y les dije—: Lo siento, pero no cuenten conmigo para más teatros. Suficiente he tenido ya con este. Akira, vuélvete con tu hermana, yo me voy ya.

—¡Rukia! ¡Está diluviando! —me dijo a mi espalda.

Miré la lluvia por la ventana, no era para tanto. Y no me iba a quedar.

—Quédate con tu familia, yo me voy a casa.

—Rukia... —Me paré, pues me agarró del brazo—. Ven, vamos a hablarlo.

—No, Kira, desde que comenzó nuestra relación solo hemos recibido desplantes, ¡te fuiste de casa porque no te hablaban! Se te acercan en el *seijin no hi*^[xxvii] y todo vale, ¿todo está perdonado?

—No, claro que no...

—Por algo nunca me gustó esa chica —comentó de fondo su abuela, y tuve el impulso de tirarle algo a la cabeza. Tenía que salir de esa casa.

—Ya te lo dije, madre, no es para él —intentó susurrar mi suegra, aunque con toda la intención de que la escuchase.

Eché a andar, casi a correr, por el pasillo para marcharme. Akira me siguió. Yo me puse los zapatos, él también. Se despidió con un grito y se marchó conmigo al coche. Estaba tan furiosa que no quería hablar con él. Iba a abrir la puerta y me detuvo.

—Conduzco yo —me dijo Akira muy serio.

—Ni lo pienses.

—Rukia, es mi regalo de cumpleaños —susurró, en un intento de hacerme sonreír, de liberar el ambiente de tensión.

—Creo que ya has tenido suficientes.

Se pasó la mano por la cara. La lluvia nos estaba calando a los dos, pero su

mano todavía no me dejaba abrir la puerta del coche.

—Vamos, Rukia, tú conduces mejor, pero eres temeraria. Nos estamos empapando, déjame conducir a mí. —Su voz sonó dulce, comprensiva. Y eso me enfadó incluso más.

—O subes al coche como copiloto o te quedas. Tú eliges.

No había más opciones, desde luego. Akira se metió en el coche, yo también, arranqué y nos marchamos. Dejé atrás a mis suegros, sus ideas estúpidas y algo de odio que me corroía por dentro. Mientras intentaba dominar el vehículo, no nos dijimos nada. Solo cuando entramos en carretera, él decidió hablarme.

—Rukia, eres la persona a la que más quiero. Te quiero, ¿lo entiendes?

—Sí, lo sé, pero tu familia ni nos ha pedido disculpas, ni se han molestado en acercarse un poco más. Solo una comida, muy tensa e incómoda, y ¡pum! Ahora somos la familia perfecta. Bueno, *sois*, con Keiko, claro...

—No, claro que no, piensa que es una manera de comenzar. Cuando te conozcan, te querrán tanto como te quiero yo.

—Si me quisieras tanto, habrías luchado un poco, no habrías dicho que sí a lo primero que te piden. Bueno, perdón, que *nos lo pensaríamos*, que es como un sí encubierto. Un «tengo que convencer a la loca de mi novia y lo haremos». — Quizá eso no fue justo para él, pero yo me sentía así. Por eso continué hablando.

»Mi padre nunca ha sido un obstáculo, pero, si lo hubiese sido, te prometo que se lo habría dejado más claro que tú a tu familia.

—Se lo he dejado claro mil veces. La idea de Keiko es una locura, por supuesto que no lo vamos a aceptar, pero cuando te conozcan...

—¿Cuándo? —lo interrumpí.

Akira se quedó callado. Hasta ese momento, nunca creí que él pudiera ocultarme nada. Aunque, al parecer, cuando se trataba de su familia, todo era distinto.

—¿Cuándo? —le volví a preguntar, algo más calmada en la voz, no por dentro—. ¿Cuándo se lo has dicho mil veces?

Él respiró hondó y fijó su vista en la carretera.

—Desde que nos vimos en el *seijin no hi*, mi madre me ha llamado alguna vez. Te lo intenté decir... te pusiste algo intratable, como ahora, y decidí dejarlo.

—¿Intratable? ¿Eh? ¿Y tu madre te ha pedido perdón por todos los desplantes que te ha hecho y me ha hecho?

—Algo así.

—¿Qué es *algo así*, Akira? O se pide perdón o no se pide. Mira cómo se hace —me dirigí a él, con un ojo puesto en la carretera—. Lo siento, Akira, por parecer intratable con este tema.

—¡La carretera!

Lo ignoré, estaba todo controlado.

—¿Ves? Así se pide perdón. ¿Lo han hecho tu madre o tu padre?

—No, así no lo han hecho.

—Pues bien, hasta que tu madre no venga y nos pida disculpas, no quiero ni oír hablar de ser una familia normal, de hacernos fotos con sonrisas falsas o de acudir a una estúpida cena... y mucho menos con Keiko en mi papel. ¿Entendido?

—Entendido, pero, Rukia, no es en tu papel, sería mi acompañante, no mi pareja.

—¡No me jodas, Akira!

—No te cierres. Creo que, si los tratamos más, poco a poco verán lo que yo siempre he visto en ti y te aceptarán. Solo tienen que darse cuenta.

—Sin una disculpa en condiciones, no los vuelvo a ver en mi vida. ¡Y no insistas!

Akira bufó, se cruzó de brazos y se puso a mirar por la ventanilla. Yo tenía razón, sabía que tenía razón. Me centré en la conducción, me relajaba. Odiaba pelearme con Akira, nuestra vida habría sido perfecta, si no hubiese sido por su familia. Bueno, no por Nana, por el resto. Todavía me costaba mucho trabajo entenderlos.

Cuando llegué a Japón, lo hice ilusionada, algo asustada, también. Yo sabía japonés y no había tenido esa barrera para conocer gente, aunque era cierto que la mayoría de los japoneses un poco mayores que nosotros, quizá un par de generaciones más, no hablaban casi inglés y eso hacía que no tuvieran casi contacto con los extranjeros. Y, por extensión, no estaba bien visto aceptarlos en los círculos más íntimos. Así que la familia de Akira, desde un punto de vista arcaico y algo cruel, decidió ponerse en medio de la felicidad de su hijo y ser un obstáculo. No me querían a mí ni a otra extranjera. Solo querían a una Keiko, y, si la conocieran, sabrían que tampoco era tan perfecta. A veces, mi amiga era solo fachada. Como pasaba tantas veces. Aun así, tenía claro que, como me había dicho Akira tiempo atrás, era fantástica. Eso sí, sin la falsa ilusión que tenían mis suegros sobre ella.

—Yo sí lo siento, Ru —dijo Akira sin mirarme a la cara—. Me vuelves loco, Rukia, pero no sabes cuánto te quiero.

Lo observé durante unos segundos. Con la mano intenté que girase la cara, que me mirase. Yo también lo quería mucho, no me gustaba que nada nos separase tanto. Y, durante ese estúpido segundo, perdí el control del coche, la lluvia nos inundó. Solo vi imágenes que daban vueltas, como si la luna delantera fuera un gran televisor que giraba y giraba. El cinturón de seguridad tiró de mí para frenar la velocidad. Todo el mundo se quedó reducido a un amasijo de

ruidos, colores y tirones. Hasta que hubo un momento en el que todo paró y no existió más sonido que la lluvia tenue.

Y un dolor lacerante. En la cabeza, en mil puntos del cuerpo.

Y nada. Ya nunca más nada.

Capítulo XIV

Me abandonaron en este lugar

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que sé que Akira ha desaparecido.

Hoy me he despertado y mi padre me ha saludado desde una silla en el cuarto. Debió de llegar de madrugada y se quedó a mi lado. Hacía un tiempo que no lo veía en carne y hueso. Hoy solo es un día, uno de esos de la nebulosa tras la noticia; simplemente está aquí, al lado de mi cama, sentado, con ojeras y una sonrisa triste en la boca. Ha venido a cuidar de mí y se lo agradezco.

No he asumido la muerte de Akira. Solo sé que ha pasado, que ya no está, ya no es, ya no puedo verlo o tocarlo. En ocasiones no siento nada, otras veces parece que me voy a romper en dos y otras, que podré respirar con tranquilidad en algún momento.

Pocas personas me conocen como mi padre. No me dice nada, solo me da un beso en la frente y me deja ser, me deja deprimirme un rato, llorar, y luego me saca de la cama a rastras.

—Papá, no puedo. Hoy no.

Me quedo sentada en la cama, con las manos sujetándome la cabeza mientras sigo embobada observando el suelo. No quiero hacer nada, no quiero nada más que respirar y no pensar.

—Tú puedes. Hoy puedes.

Se agacha para poner su cabeza al nivel de la mía, me aparta las manos y me guiña un ojo. Él también está dolido, sin duda, aunque es más fuerte que yo.

Niego con la cabeza.

—Vamos.

Me coge de la mano y me apoyo en él para poder andar hasta el salón. Una vez allí, para mi sorpresa, se encuentra mi madre sentada sola en el sofá. Mi abuela está en su mecedora con mala cara, nunca la ha soportado, y mi tío no para de acribillarla con la mirada desde una de las sillas que hacen juego con la mesa donde comemos solo en ocasiones especiales. Hacen un trío muy extraño y disparatado.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

Se levanta y me abraza. Con ayuda de los dos llego al sofá.

—Tu padre me llamó. Lo siento tanto... Su vuelo pasaba por Londres y no lo pensé. Hemos llegado con una hora de diferencia. —Se encoge de hombros y

mira de reojo a mi tío, que ha bufado algo enfadado—. Creí que necesitarías un tiempo a solas con tu padre.

Gira la cabeza para decirle algo a David y, cuando me aparta un mechón de la cara, veo su tatuaje y me acuerdo de la sensación de cuando me hice el mío. Me lo toco por encima de la ropa y me gustaría volver a ser la misma Lucía que creía que todo acabaría bien. Mis padres se ponen a hablar a mi alrededor, conmigo en medio, en pijama y con la cabeza en otro sitio.

Cada uno tiene una idea distinta de lo que debería hacer a partir de este momento, ya no solo con mi futuro, sino también para superar la muerte de Akira. Mi madre ha leído en algún sitio, o le ha dicho una amiga suya, que para superar alguna desgracia importante solo hace falta un mes. Y no me piensa dar ni un día más. ¿En serio cree que en un mes estaré bien? Si en un mes puedo volver a respirar sin que me duela, será un gran paso.

Entre ideas locas, como escribir deseos y quemarlos, que yo no sé en qué beneficia eso a nadie, mi padre tiene la mejor: celebrar un funeral por Akira. No uno de verdad, sino uno que me dé la oportunidad de poder decirle adiós, algo que su familia no me ha dejado hacer. Y sí, también se incluye la chorrada de quemar papeles de mi madre.

Así que, unas horas después, aquí estamos, sentados en el salón. Mi madre me ha convencido para ponerme algo de ropa limpia y dejar que el pijama, que no me he quitado desde aquella noche en la que me llamaron a las tres de la mañana para darme la peor noticia de mi vida, hiciera una visita a la lavadora. Sí, ya es hora de hacer algo distinto, algo que me libere de mí misma.

Mi padre está muy serio y metido en su papel; mi madre amontona papelitos y, con un mechero en la mano, los amenaza con cara de pirómana; mi abuela me sonrío y seguro que piensa que somos unos locos adorables; y mi tío David, que ha traído una guitarra y le hemos prohibido que la toque, me hace muecas de incredulidad. También han invitado a Maca, que está sentada a mi lado y me abraza, y a Jorge, que tiene pinta de querer estar en algún lado distinto, como Marte o la Luna.

Me siento mal y debería ser un momento triste; me he pasado los últimos días sin ser, sin estar, sin sentir, sin nada. Y este extraño funeral, que solo tiene el objetivo de poder dejar que me despida de Aki, está resultando de lo más sorprendente y terapéutico.

—Deberíamos haber traído a un cura —repite mi abuela algo ofendida, pero vestida de negro para la ocasión.

—Mamá, ya te lo he dicho, los sintoístas no tienen curas como los nuestros y es complicado encontrar un monje —le replica mi padre, que ya se lo ha repetido como tres veces de distintas maneras.

—Pues deberían. Estamos celebrando un funeral en mi casa y yo soy católica. ¡Un cura nunca sobra!

—Mamá... —Mi padre la fulmina con la mirada, y ella lo ignora.

—No insisto más. ¿Estás bien, nenita?

Asiento con la cabeza e intento esbozar una sonrisa para mi abuela, que está poniendo de su parte para comprender a la chalada de su nieta y la cohorte de locos que me siguen para darme seguridad.

—¿Quién ha puesto «echar más polvos» en los papeles? —casi grita mi madre, ofendida. Como si hiciera falta preguntar.

Mi abuela se santigua, mi padre hace gestos de incompreensión, Maca mira a todos lados sin comprender y Jorge levanta la vista al techo mientras intenta no reírse.

—Por Dios, no te pongas así, Joaquina —se ofende David.

—¡Jackie! ¡Me llamo Jackie!

—Sí, claro... Joaquina...

—En serio, David, deberías tomarte esto más en serio. —Mi madre hace un gesto con la cabeza que me señala, como si no me diese cuenta.

—¿Esa cosa tuya no era para pedir deseos? ¡Pues eso he hecho!

—No, David, era para escribir nuestros *últimos* deseos para el alma de Akira.

—¡Qué mística! —responde mi tío ofendido, y hace un gesto a modo de burla de juntar el dedo corazón y el pulgar de sendas manos como si estuviera meditando.

La alusión al alma de Akira hace que se me caigan dos lágrimas y las espanto con la mano. Estoy un poco cansada de tanta lágrima, la verdad. Solo salen y salen, no tengo ningún control sobre ellas y eso me cabrea y me pone triste a la vez.

—Bueno, como no tenemos cura —lo siento, mamá— ni monje —dice mi padre—, vamos a decir unas palabras. ¿Os parece? Bueno, mejor las diremos quienes lo conocimos. Empiezo yo.

»Siempre me gustó Akira. El primer día que llegó a casa, recuerdo que pensé que hacíais buena pareja. Tengo dos momentos con él que me encantan: el primero fue jugando al *Counter Strike*, cuando nos salvó una partida matando a un *camper* a cuchillo...

—¡Friki! —grita mi tío David.

—Es mi momento favorito y para mí queda. —Mi padre se acerca y me da un beso en la cabeza—. En fin, el segundo es cuando me marché por primera vez a Osaka y nos despedimos en el aeropuerto. A ningún padre le gusta dejar a su hija sola; bueno, o sola con el novio. Pero Akira se acercó y me dijo que podía confiar en él, que la haría feliz siempre y que, pasara lo que pasara, en las

situaciones importantes, antepondría la felicidad de Lucy a la suya. Yo recuerdo que le dije que era una forma extraña de querer, y me contestó que él no sabía hacerlo de otra manera. Y añadió que, con papeles o sin papales, para él siempre estarían juntos.

No veo nada, tengo los ojos anegados de lágrimas, solo parpadeo e intento que no caigan. Las seco con un pañuelo y el silencio a mi alrededor es cómodo, sencillo. Como si de verdad nos estuviéramos despidiendo de él.

—Yo solo lo conocí por el aparato de la tele —dice mi abuela, algo tímida al principio—, pero me parecía que te miraba como si fueras lo más bonito que había visto nunca, siempre se lo decía a David. —Mi tío asiente con la cabeza como si eso fuera un mantra—. Eso era lo que más me gustaba de él.

Mi abuela Concha mira a mi tío, que se encoje de hombros.

—No voy a decir nada moñas.

Mi padre le tira un cojín que esquiva no sin algo de problema; es muy grande.

—A mí me escribió un correo una vez —dice mi madre, casi como si estuviera contando un secreto.

—Nunca me lo dijo —susurro algo asombrada.

—Yo le dije que no contara nada, que sería una sorpresa para cuando fuera a veros. Tenía billetes para ese verano.

—No me lo dijiste cuando te visité. —No es un reproche, es casi como una afirmación de lo que pasó.

—No había... no había pasado esto, Lucy. Creí que no era necesario ahondar en la herida.

—¿Y qué te dijo? ¿Lo tienes?

Es como si pudiera atesorar algo más de él, algo nuevo que nunca he visto, parte de nuestra vida, de esa que ha desaparecido tras tres vueltas de campana en un coche. Nuestra vida. La que tanto echo de menos. Una nueva sorpresa que vería en un futuro que ya nunca se dará.

—Claro, luego te lo enseño. Aunque solo quería presentarse, decirme que a partir de ahora él también sería parte de mi vida y que estaba deseando conocerme. Me sorprendió tanto...

—Ya, él era así...

Otra vez nos quedamos en silencio sin poder decir mucho más. No es el funeral más ortodoxo de la historia; sin embargo, me está sirviendo para levantarme.

—Bueno, como ya hemos hablado todos los que lo conocimos, voy a quemar todos los papeles, menos el de David...

—Yo no he hablado, mamá —le digo, casi en un susurro.

—Bueno, creí que no querías.

—Claro que quiero. Tengo muchos buenos recuerdos, pero ahora solo me viene uno a la cabeza: en uno de los primeros meses en que comenzamos a vivir juntos, me encontré con la madre de Akira por la calle, me ignoró y bueno... yo no la ignoré. La saludé y fue cómo pulsar el botón del odio. Me dijo cosas horribles sobre lo que le estaba haciendo a su hijo, que si era... Bueno, en fin, nunca le gusté a esa mujer. —Me encojo de hombros—. Cuando llegué a casa, entré gritando de todo. Aki salió de cocina con una espátula, estaba friendo unas bolitas de pescado que estaba preparando para comer... —Se me quiebra un poco la voz, pues parece que puedo verlo, despeinado, descalzo y asombrado, como si eso no fuera no con él—. Yo le conté todo lo que había pasado y recuerdo perfectamente que me dejó tranquilizarme, tirar el bolso al sofá y me dijo: «¿Eres feliz, Rukia?», tan serio, como si de mi respuesta dependiera la traslación del planeta Tierra.

Me quedo callada; en mi cabeza, todo está pasando otra vez. Maca me abraza más fuerte, como para instarme a que siga.

—Le dije que sí, que incluso cuando escuchaba a su madre decir tonterías, era feliz. Así que me dijo: «Pues es hora de comer bolitas de pescado, ve a lavarte las manos». Y así me di cuenta de que era verdad, que era feliz y que poco me importaba lo que dijese nadie. Me lavé las manos y no comimos bolitas de pescado... se habían quemado. Pedimos una pizza. Y fin.

Maca se acurruca en mi hombro, y yo estoy sonriendo. No me puedo creer que contar esa historia me haya hecho pasar un buen rato. Sin lágrimas. Me gustaría recordar a Akira siempre así, con el pelo revuelto, nunca en su sitio, o quizá ese era su lugar, con una sonrisa y con esa sabiduría oriental tan extraña que me hace recapacitar cuando lo recuerdo, aun cuando no decía casi nada.

Mi madre, sin mucha más ceremonia, se pone a quemar todos los papeles menos uno. Ahí va mi último deseo para Akira:

«No me olvides».

Pasan unos segundos en los que el papel se va consumiendo poco a poco y suena un ruido.

Un móvil.

Mi conejo borracho.

Me levanto con torpeza y voy a por él a mi cuarto. No lo escuchaba desde aquellas fatídicas tres de la mañana, cuando Nana me llamó llorando. Me cuesta llegar a mi habitación sin las muletas y con esos recuerdos a cuestas.

Que no cuelguen, por favor.

Que no cuelguen.

Que sea Akira.

Que sea Kira.

Que sea Aki.

Pero es Keiko.

—¿Keiko? —pregunto al otro lado de la línea.

—Lucy, ¿cómo estás? —Su voz suena lejana, como ida. No está cerca del teléfono.

—No estoy bien, Keiko, ¿y tú?

Tarda un poco en contestar, escucho sonidos como de papel arrugándose.

—¿Keiko?

—¿Estás en España o en Japón?

—En España, ya lo sabes... No me llamas desde hace meses... un año, ¿y es solo para eso? Cuéntame, quiero saber...

Escucho una voz de mujer a lo lejos, no la reconozco. ¿Para qué me ha llamado? Vuelven los papeles arrugados y creo que se va a cortar la llamada cuando se pone al teléfono y la escucho perfectamente.

—Lucy, no estamos bien, claro, con lo ocurrido. No he podido llamarte antes, sé que nos dijimos cosas horribles... y lo siento. Las dos queremos a Akira y ahora...

Se queda callada, como meditando sus siguientes palabras.

—Lucy, *ganbatte*^[xxviii] —dice una expresión en japonés que significa que lo dé todo, que no desfallezca—. Te volveré a llamar para hablar, creo que lo necesitamos. Me tengo que marchar. Sé fuerte.

Y cuelga el teléfono.

Mis llamadas telefónicas son cada vez más raras. Salgo fuera cojeando y me vuelvo a sentar en el sofá. No sé qué decir sobre esta llamada, así que me dedico a escuchar las conversaciones a mi alrededor.

No siento que me haya despedido de Akira. Creo que siempre será parte de mi vida y no puedo decirle adiós a un pedacito de mí.

Sin embargo, creo que puedo seguir hacia delante.

Durante un tiempo, he sentido que vivía en el vídeo clip de *Nothing Compares to You* de Sinead O'Connor. Como si se repitiera constantemente. Es una de las canciones preferidas de mi madre y por su culpa la tarareo tanto, sin ganas. Como si no pudiera dejar de hacerlo. Y no ayuda que parezca que mi ordenador cuando se enciende toca la primera nota de la canción.

No, eso no ayuda.

But nothing

I said nothing can take away these blues

'Cause nothing compares

Nothing compares to you

Aunque ha pasado un tiempo, unos meses, ha llegado la primavera, ha pasado y le he dado la bienvenida al verano, y parece que todo vuelve a una extraña normalidad, todavía sigo esperando que entre Akira por la puerta, algo estúpido y sin sentido, que Nana me llame o que, tal y como prometió, lo haga Keiko, que solo ha mandado un par de mensajes después y ha desaparecido de nuevo por completo.

Estoy organizando mi vida. Me siento como si hubiese pasado un año en guerra, todo el tiempo que Akira pasó en coma; para mí fue como entrar en un huracán que no me dejaba hacer nada con ella. Ahora la estoy recuperando. He decidido continuar con mis estudios, con mi rehabilitación y volver algún día a Tokio. Es una puerta que aún no se ha cerrado. No puedo cerrarla, todavía está todo muy reciente.

Mi madre me ha ofrecido quedarme en su casa de nuevo, y, en un impulso, he enviado un formulario para la Universidad de Londres. No tardaron mucho tiempo en responder y ahora estoy haciendo las maletas. Mi abuela me está ayudando entre encantada y triste, una mezcla extraña. Ella sabe que necesito otros aires y eso lo entiende, aunque que me marche con mi madre... eso lo entiende menos.

—En principio solo me voy un año, como mucho serán dos. Vendré en vacaciones. ¡No me voy a perder el pavo de Navidad!

—Ay, mi nena, siempre viajando, siempre viajando... —Me toca la cara y sonrío—. Has salido viajera, poco se puede hacer.

Le doy un abrazo y medio nos despedimos. Aún no ha llegado ese momento. Mi tío David nos espera en el salón con la cena casi preparada, ya que son sobras del mediodía que solo había que calentar. A eso siempre se presta voluntario. Cuando mi abuela se marcha a la cocina a por algo, le digo:

—Cuida bien de ella. Cuando vuelva, será para quedarme.

—Claro que sí, sobrinilla. Espero que el frío te despeje las ideas y vuelvas maravillosamente bien. Vas de isla en isla, ¿te has dado cuenta?

Ya hablamos casi con tranquilidad de mi vida y es un alivio no llorar por las esquinas. Desde el funeral improvisado, he dejado de lloriquear como una tonta. Me siento más fuerte y con las riendas de todo.

Cada vez que me miro al espejo, veo el nombre de Akira en mi hombro y, en esos momentos por la mañana, sonrío, mucho, como una idiota. Me vienen recuerdos que no volverán y ha pasado a ser algo bueno. No cambiaría ni un solo día vivido con él.

La teoría de mi madre, o de la amiga de mi madre, sobre que un mes es suficiente para cualquier luto, la verdad es que no me ha funcionado bien. Aunque intento seguir adelante, no todos los días son buenos y no todos los días son como hoy, el último que pasaré en Madrid por un tiempo.

Llaman al timbre y mi tío me insta a que abra yo, que él quiere ver no sé qué cosa en la tele y mi abuela, la pobre, ya se ha sentado. Cuando abro, me encuentro con la mirada de Jorge. Con esos ojos grises que parecen fríos y que para nada lo son.

Se muerde el labio, y creo que está muy avergonzado con lo que va a hacer. Saca unas cartulinas, me tapo la boca y recuerdo que una vez, entre risas, le dije que no había visto una escena más romántica en mi vida que cuando Rick Grimes (vale, no es Rick Grimes, pero para mí siempre será el protagonista de *The Walking Dead*) le declara su amor a la pavisosa de Keira Knightley, que no aprecia un bonito gesto romántico ni cuando se lo ponen en bandeja.

Me río como una idiota cuando pone en el móvil música de villancicos, estamos en julio. Mi tío David pregunta quién coño pone villancicos y le respondo lo que pone en la primera cartulina:

«Di que son cantantes de villancicos».

—No se lo va a tragar —le susurro.

Se encoge de hombros.

—¡No vengas! —le grito a mi tío, es mucho más efectivo.

—¡Saluda a Jorge de mi parte! —dice el muy mamón.

Y replica casi con exactitud la escena. Con sus cartulinas blancas escritas con rotulador negro grueso que dicen:

«El año que viene, con suerte, estaré con una de estas chicas».

Y me enseña una serie de fotos de modelos con muy poca ropa. Creo que ha imprimido el fotograma de la película, ya que se ven algo *pixeladas*. No puedo parar de reír y de alucinar, ¿qué está haciendo?

«Pero, por ahora, déjame decirte, sin esperanza ni expectativas, simplemente porque es Navidad-verano (y en Navidad-verano se dice la verdad), que, para mí, tú eres perfecta».

«Y mi corazón desperdiciado te amaré hasta que me veas así».

Sí, me pone la imagen de una momia en un estado intermedio de conservación de la película. Creo que la sonrisa se me va a quedar perenne en la cara.

«Feliz viaje».

Yo no soy la pavisosa de Keira Knightley y no voy a esperar a que dé un paso para besarlo. Así que, cuando acaban las cartulinas, me lanzo a su boca con todas mis ganas. Me abraza y nos fundimos. Siento cómo su calor traspasa mi

cuerpo y no me quiero separar de él. No me siento mal, es hacer algo tan natural como caminar. Durante estos meses no he besado mucho a Jorge, aunque las veces que lo he hecho, ha sido fantástico. Si yo pudiera darle más, sería un compañero perfecto de viaje para mí. Pero necesito soledad y no puedo meterme ahora en una relación. Él lo entiende y esta es su forma de decirme adiós.

El beso largo se convierte en pequeños besitos en la boca, hasta que nos quedamos juntos pero quietos. Abro los ojos y me encuentro con los suyos. Él no sonrío, está muy serio, casi dolido.

—No te olvides de mí cuando estés fuera —susurra.

—No lo haré. No lo hagas tú.

—No podría.

Y se marcha.

No estoy lista para nada más que eso. Venir a despedirse de mí de esta manera ha sido uno de los gestos más bonitos que han hecho por mí en mi vida. Y se lo agradezco.

Ahora, mi futuro va a ser solo para mí.

Capítulo XV

Voy a descubrir que hay detrás de esa puerta cerrada

Me sentía flotando en una nube. Blanca y brillante. Mi padre estaba sentado a mi lado y con la cabeza hundida en las manos. Él no veía esa nube, desde luego. La primera vez que abrí los ojos, no supe si seguía soñando. Me fijé en él, sin entender qué estaba ocurriendo.

Había tenido un sueño.

Había tenido una pesadilla.

Akira y yo estábamos montados en una montaña rusa, alta y angosta, pero podíamos hablar. Al principio, nos enfadábamos por alguna razón, no recordaba bien el qué y tampoco era algo que me importase mucho, la verdad. Solo recordaba que, tras la primera bajada, nos miramos y sonreímos. Nuestro vagón volvió a subir, solo veíamos los raíles, y, cuando nos encontramos en la cima, me di cuenta. Teníamos un problema, un problema de dimensiones épicas: había un árbol, un árbol plantado en medio y nos movíamos a toda velocidad contra él. Si no hacíamos nada, chocaríamos.

Grité. No me escuchaba nadie. Miré a Kira, que parecía distraído, miraba para otro lado y no se daba cuenta.

Grité. Grité. Grité.

Me quedé sin voz.

Y chocamos. Él salió volando y lo perdí.

Yo me desperté, en mi nube, donde no había árboles ni nada por el estilo.

—Lucy —susurró mi padre. Ya no escondía el rostro, lo vi algo demacrado —. Lucy.

—No deberían, papá.

—¿Qué? ¿Qué no deberían? —me preguntó, como si mi respuesta fuera a cambiar algo importante.

—No deberían plantar árboles en los raíles.

Tras despertarme, poco a poco, me fueron informando de todo: Akira y yo habíamos tenido un accidente, habíamos chocado, en una noche lluviosa, contra un árbol en la carretera. Yo había despertado; él no.

Me habían operado dos veces de urgencia, y mi recuperación parecía lenta pero segura. No tenían muy claro si volvería a andar, y cuando mi pierna comenzó a dar señales de querer volver en sí, si podría hacerlo con autonomía. Sin un bastón, una muleta o un palo. Lo que fuera.

Así había sido mi vida durante unos días que no sé si habían llegado a ser semanas o meses: médicos, caras raras, dolor y malas nuevas.

Todo, sin noticias de Akira. Sin noticias de Nana, de Keiko o de mis amigas. Le insistía a mi padre varias veces al día: quería ir a verlo, quería saber algo, aunque no me daba nada más que excusas vacías. En mi cabeza faltaba información, había algo que no me estaban contando o algo que no lograba recordar, ya que no entendía qué podría ocurrir para que no pudiese ir al lado de Akira y esperar con él a que despertase. No entendía nada. En ocasiones, me costaba razonar e hilar pensamientos coherentes.

Desde aquel sueño, no había vuelto a tener más. Era como si, al cerrar los ojos, todo se cubriera con una neblina tras la que había algo que no me dejaba descansar por las noches. Un recuerdo, información, algo vital que se escondía de mí y no me daba la clave de lo que estaba ocurriendo.

—Papá —volví a insistir—, algún día estaré más fuerte, cogeré una silla de ruedas y lo buscaré yo misma.

Lo amenacé medio en broma, medio en serio. Si llegaba ese día, no iba a dudar ni un instante.

—Me alegra que tengas esa actitud, pero no es por mí. Si yo pudiera tomar esa decisión, estaríais en una habitación los dos, quizá así Akira se recuperara.

—Entonces, ¿qué pasa?

Mi padre me debió de ver más fuerte que otros días, o mucho más recuperada, pues ya me habían quitado algunas vendas. Así que respiró hondo, se acomodó y me lo explicó:

—Sus padres han dejado bien claro que no puedes acercarte a él.

Mi cabeza, que hasta ese momento había ido a su ritmo, lo recordó todo. La noche, la pelea, la cena con su familia. Todo.

Incluso que yo conducía.

Noté que el corazón se me aceleraba y que comenzaba a sentir un sudor frío. Sin embargo, me centré en lo que importaba: ver a Aki.

—No pueden prohibirme eso, vivimos juntos.

—No estáis casados. Akira sigue dependiendo de sus padres, como tú dependes de mí. No podemos hacer nada, Lucy. Me lo han dejado muy claro. Demasiado.

—Papá, no pueden hacer eso.

Intenté levantarme, mi padre me lo impidió y mi propio cuerpo no estaba

tampoco por la labor.

—Habla con Nana, sí, habla con Nana. Ella hará entrar en razón a sus padres. Estaba segura, convencida, de que ella me echaría una mano.

—He hablado con los señores Kimura, he hablado con Nana y con todo el mundo que me ha querido escuchar. Lucy, no quieren que te acerques a su hijo y, si Akira no se despierta, ellos son los que tienen todo el derecho a decidir.

—Pero Nana...

—Nanako está de su parte.

—Dame mi teléfono.

—Lucy, deberías centrarte en estar bien, fuerte, y luego ya lidiaremos con esto.

—Si no me enfrento a esto, no podré estar fuerte.

—No, estamos esperando a que te lleven para hacerte una prueba. Descansa, y luego pensaremos qué hacer.

—No, papá, dame mi móvil.

Suspiró, algo derrotado por la situación, y buscó en un armario; me pareció ver parte de mi ropa, mi bolso y todo lo que llevaba puesto el día del accidente. Mis pertenencias descansaban allí, dentro de una bolsa grande transparente.

—Está sin batería.

—¡Joder!

En ese momento, una enfermera con cara de acabar de salir de la universidad y un poco asustada entró con mucho miedo.

—Es la hora —dijo.

—Papá, no me voy sin mi móvil.

—Lucy —negoció conmigo—, ve a que te hagan el TAC, a la vuelta tendrás el móvil cargado, te lo prometo.

Sabía que mi padre había dicho que Nana estaba de su parte, pero no me lo podía creer. Nana, no. Durante el TAC, tuve tiempo de sobra para poder pensar en eso. Desde luego, entendía que estuviese enfadada, su hermano no había despertado y yo sí. Pero tenía un as en la manga, alguien que sabía que, contra todo pronóstico, podía ser nuestro mejor aliado. Con su ayuda podría llegar a hablar con los Kimura y hacerlos entrar en razón.

Esa misma tarde, se presentó en mi habitación.

—Lucy, estás... fatal.

—Gracias, Keiko.

Akira siempre tuvo razón, Keiko era distinta a los demás. A cualquier otro

japonés le hubiese costado horrores decirme algo así, si era que al final lo hubiese dicho. Ella era directa y sincera, podía confiar en ella. Y, en los últimos tiempos, se había convertido en una gran amiga y compañera.

Se sentó mi lado. Nos encontrábamos las dos solas, pues mi padre se había marchado a casa a ducharse y a descansar de hospital un rato, tras mucho insistirle. Además, aún no les había dicho nada a mi abuela Concha ni a mi tío David, por no asustarlos. Y como yo me estaba recuperando bien, había decidido contárselo, por lo que lo esperaba una videoconferencia larga. A mi madre también tenía que llamarla, si daba con ella antes. Al parecer, hablaban todos los días, ella insistía en que yo me pusiera al teléfono, pero yo no tenía fuerzas.

—¿Cómo está Akira? ¿Has podido verlo?

—Akira está... dormido. Tiene mil trescientos millones de cables y aparatos a su alrededor, no tiene buena pinta, pero los médicos son optimistas. Sigue vivo y eso es una gran señal.

Vale, seguramente en esos momentos no apreciaba del todo la sinceridad de Keiko, podría haber suavizado el golpe. Los cables, la pinta de Akira, las posibilidades de que no despertara nunca... Todo eso se lo había hecho yo. Noté cómo la visión se distorsionaba por no querer llorar delante de ella.

—Lucy, cuando veo a Akira así, algo en mí hace que te odie cada vez un poco más y no puedo pararlo. Él fue y... quizá lo siga siendo, la persona a la que más he querido nunca. Y está enterrado en vida. Tú conducías y no puedo dejar de buscar un culpable. ¿Por qué no paraste? La lluvia era un manto de agua, el suelo resbalaba... ¿Por qué no os quedasteis en casa de sus padres? Según Nana, tú te emperraste en marcharte y en conducir, ¿es eso cierto?

Asentí con lentitud, sin poder decir ni una palabra.

—Joder, Lucy. —Ella no se retuvo como hacía yo, y sus lágrimas sí que comenzaron a deslizarse por su cara—. Cuéntame qué pasó, ¿qué pudo ser tan horrible para que no pensaras con la cabeza?

—Me enfadé mucho, Keiko. Me peleé con sus padres y solo pensaba en llegar a casa y dejar eso atrás.

—¿Y no te diste cuenta de la lluvia? ¿Del peligro?

Keiko continuó preguntando, pero no la escuché. En ese instante me acordé de que sí, la lluvia ayudó, el tiempo era malo, pero el accidente ocurrió única y exclusivamente por mi estupidez. Por quitar los ojos de la carretera e intentar hacer que Akira me mirase. En ese momento, perdí el control y lo perdí también a él.

—No fue la lluvia, fui yo —le confieso asustada—. Yo no estuve atenta, yo conducía; fui yo, Keiko.

Mi amiga me miró como si ya no me conociese, como si me hubiese

convertido en un monstruo de dos cabezas.

—Ayúdame, necesito verlo —le susurré.

—¡No! ¡Claro que no! La señora Kimura tiene razón, ahora Akira no puede defenderse, no puede decidir. Y no voy a dejar que estés cerca de él.

—Keiko, fue un error. Todos cometemos errores —le argumenté sin pensar, sin saber qué decir—. Yo también estoy mal, también estoy en el hospital.

—¡No te compares!

—No lo hago, solo...

—Tú conducías, ¿no? Tú tomaste la decisión de coger el coche, ¿no?

—Sí, pero le dije que se quedase en casa de sus padres.

—No lo estás mejorando, Lucy.

—¡Está bien! Sí, yo conducía, yo fui quien perdió el control, quité los ojos de la carretera para hablar con él y... todo fue tan rápido...

—Entonces, Nana tiene razón, no deberías volver a verlo. Eres dañina.

Keiko salió de la habitación disparada.

Una vez, antes de marcharme a Japón, una compañera de instituto me había dicho que ella había leído que era una cultura cruel. Tras años viviendo allí y tras lo ocurrido, solo podía decir que no eran crueles, eran honorables hasta el extremo y, en ese extremo, había una pequeña línea que separaba la crueldad de la verdad. A veces, no la distinguían.

Tras la visita de Keiko, pensé en lo que había pasado. Les di vueltas una y otra vez a los recuerdos que tenía de esa noche. Y sí, tenía razón, la culpa era mía. Solo mía. Me volví loca y no debí coger el coche con la lluvia. Conducía yo, yo tenía el poder, el volante y la decisión. Podríamos haber parado, haber hecho el amor en el asiento trasero del coche de mi padre en algún sitio aislado y, cuando amainara la lluvia, haber llegado a casa.

Podría haberme quedado en casa de mis suegros, haber escuchado a Akira, que me explicara de dónde venía su intención de seguirles el juego. Podría haber intentado escucharlo y entenderlo.

Podría haber hecho tantas cosas.

Y no las hice.

Quizá Nana y los padres de Akira tuvieran razón, lo mejor que le podría haber pasado era no conocerme.

Pasaron los días en el hospital, parecía que nunca me iban a dar el alta. Desde la visita de Keiko, casi ni me apetecía hablar, ni comer, ni recuperarme, ni nada. Mi pierna opinaba lo contrario y comenzó a recuperarse a fuerza de dolores nocturnos y tirones por las mañanas. Si le hubiera puesto algo de ganas, según la doctora Ishihara, podría andar con muletas más tiempo. Como no quería acabar en silla de ruedas por mi estupidez, había momentos en que me lo tomaba en serio y otros en los que no.

No pasaba nada malo conmigo, me había recuperado casi del todo, solo con mi pierna aún renqueante. Y eso, además, me daba más rabia. Si todo continuaba así, podría irme en unos días a casa, pero ¿a qué casa? Mi padre me había dicho que los señores Kimura habían recogido todas las cosas de Akira de nuestro apartamento. Ahora solo quedaba la mitad de lo que fuimos.

No quería pisar ese lugar.

Mi padre me estaba contando que ya tenía fecha para su traslado a Osaka, donde viviría en una casa, no en un piso, y que habría sitio para mí. Los planes de boda de mi padre habían quedado relegados, y lo sentía mucho, no se lo merecían ninguno de los dos. Deberían ser felices, ya que podían. Así que interrumpí su conversación sobre lo bonita que era su casa, para decírselo.

—Papá.

—¿Vendrás?

—Deberías casarte con Ayaka si eso es lo que quieres. Cuanto antes mejor.

—Ahora eso no es lo más importante.

—Sí que lo es. Tienes que ser feliz.

—Soy feliz, mucho. Y ver cómo te recuperas cada día me hace el hombre más dichoso del país. Te lo prometo.

—Yo me refiero a otro nivel. Papá, por favor, prométemelo. Hazlo ya, pronto, en cuanto puedas.

—Está bien, hablaré con ella y le diré que te vienes a vivir con nosotros.

—No, no quiero vivir con vosotros. No quiero estar en Osaka, no se me ha perdido nada. Quiero estar aquí, aunque no sé si queda mucho para mí aquí, papá... lo siento. No es que quiera dejarte solo, es que...

—¿Quieres volver con la abuela? Entiende que no te podemos dejar sola, Lucy, no así. No estás en condiciones de vivir por tu cuenta.

¿Volver con mi abuela? ¿Volver a mi vida? Mi vida antes de Akira, antes de ser yo. No se me ocurrían muchas más alternativas, hacía años que no los veía en persona, y en Japón, salvo mi padre, poco más me quedaba.

Discutimos un rato sobre las posibilidades, me sentí muy débil y casi rendida a la evidencia de que yo era la culpable de todo. Al final, consiguió convencerme.

—Sí, creo que necesito otros aires, pero, papá, si Akira despertase...

—Si Akira despertase no habría forma de poder saberlo, ni tan siquiera ahora, sus padres no me dejan acercarme, ni a ti tampoco. Solo Nana podría hacer algo y no quiere.

Saqué mi teléfono móvil, me había acostumbrado a llamarla unas pocas veces al día. Nunca contestaba. Esa vez cambié de táctica; esa vez iba a intentarlo por otra vía.

La doctora Ishihara me había dado el alta a la hora de comer. En un rato me podría marchar. Como la familia de Ayaka vivía en Tokio, llevaban semanas planeando la boda. Ellos, al contrario que los padres de Akira, veían algo exótico y curioso que su hija se casase con un extranjero. Por supuesto, ayudaba que mi padre estuviese muy integrado, pero nada tenían que ver con la que había sido mi familia política. Habían venido un par de veces a visitarme al hospital y me habían tratado muy bien. Esa noche, mi padre y yo nos alojaríamos en su casa y ese fin de semana se celebraría la boda por el rito sintoísta.

Estaba rebuscando en mi bolso, el mismo que había llevado la noche del accidente. Buscando mi monedero, di con una nota de Akira; era muy dado a dejarme mensajes por la casa, para esos días en que las prácticas de la universidad no nos dejaban vernos mucho. Solo ponía: «Vuelvo a las tres». Me hizo viajar a aquel día, recordar levantarme de la cama y no verlo por ningún lado; cerca de la cafetera, había encontrado esa nota y, como yo había tenido prisa por llegar a clase, la guardé sin querer en el bolso. A las tres, tal y como me había comentado, apareció con comida para llevar y una sonrisa. En su momento, no apreciaba como debía esos pequeños gestos cotidianos, ahora los echaba tanto de menos...

Observé las dos muletas que descansaban al lado de la cama. Cómo había cambiado mi vida. Para vestirme iba a necesitar algo de ayuda, así que, cuando se abrió la puerta, di por hecho que sería la enfermera con cara de susto que siempre trabajaba a esas horas. Me giré para pedirle ayuda y no era ella, no, era Nana.

—Hola, Nanako.

—Hola, Lucy.

Se quedó en la puerta, sujetando su bolso con fuerza. Con esa estampa, me recordó muchísimo a su madre, ella también hacía ese gesto cuando se sentía insegura. Dio un paso y cerró la puerta.

—Siéntate.

Le ofrecí una silla que había delante de la cama. Estaba muy nerviosa. Si había venido a verme, significaba entonces...

—¿Akira se ha despertado? —le pregunté, llena de una ilusión momentánea.

Me miró con más rencor del que nunca le había visto tener en su vida. Mi amiga siempre había sido una campanilla, risueña y feliz. Hasta hacía bien poco, nunca creí que pudiera tener esa mirada guardada. Y cuando la sacó, estuviera donde estuviese, me la clavó a mí.

—No, mi hermano no ha despertado.

Sentí cómo otro pedacito de mí se rompía.

Se sentó y pareció que no tenía nada que contarme, que simplemente pasaba por allí, que había entrado en esa habitación como podría haberlo hecho en otra cualquiera. Actuó como si yo fuera una completa desconocida. Y no lo era. No lo era.

Tenía que explicarle las cosas.

—Nana, tú sabes que yo no quise hacerle daño a Aki. —Me volvió a taladrar con su mirada y no me contestó nada—. Lo sabes, ¿verdad?

—No somos tan idiotas, Lucy, lo sabemos perfectamente. Nadie quiere algo así, pero sigues teniendo la culpa. Mi hermano no estaría así de no ser por ti. ¿Por qué no pudiste quedarte en casa de mis padres con nosotros? Tú tomaste esa decisión. Y, lo siento, ahora Aki no está posición de defenderse, no está en posición de nada. Si lo vieras...

—¡Déjame verlo! Déjame hablar con él.

—¡No! No voy a dejar que te acerques a él, ni mi familia tampoco.

—¿A qué has venido, Nana?

—A pedirte que dejes de llamarme, que no le pidas a Shou que haga de mediador, que dejes a mi hermano, que nos dejes a todos. Desde que apareciste, Akira ha dejado de hablarse con mi familia y mira cómo ha terminado vuestra aventura.

—Me parece increíble que me digas eso, ¡tú fuiste la primera en apoyarnos!

—Fui una estúpida.

—Nana, sabes que quiero a tu hermano.

—Claro que lo sé, y por eso mis padres no van a llegar más lejos. Déjanos, Lucy, has hecho lo suficiente. Te prometo esto: si Akira... —Su cara cambió, palideció y envejeció años en cuestión de segundos—. Si Akira cambia de situación y él quiere, te avisaré, yo misma si hace falta.

—¿Y si... cambia la situación y él no puede decir nada?

—¿Te refieres a si...? —Nana apretó el bolso de nuevo contra su pecho—. En tal caso, te prometo que te lo haré saber. Pero ahora tienes que alejarte de él; cuando mi hermano despierte, será quien decida.

—No dudes que elegiré estar conmigo, Nana —le dije con toda la convicción que me quedaba—. Y no dudes que buscaré la manera de estar con él.

—Déjanos, Lucy, necesitamos tiempo.

Nana se levantó y se marchó. Como lo habían hecho todas las amistades que había forjado durante esos años en Japón.

Todo necesitábamos tiempo. El cuerpo necesitaba tiempo para sanar, yo necesitaba tiempo para asimilar lo que había pasado y su familia para perdonarse todo ese tiempo sin él. El problema era que creían que era incompatible, no creían que Akira pudiera estar conmigo y con ellos a la vez. Y ahora, después de lo pasado, yo tampoco sabía qué pensar.

Mi padre se casó con Ayaka un domingo por la mañana. En una ceremonia íntima en la casa de los padres de ella en Tokio. Intenté ser feliz por ellos y no parecer una loca amargada, pero solo podía destilar tristeza por todos los poros de mi cuerpo. No me sentaba bien estar al lado de personas felices en aquel momento.

Solo dos días después, nos montamos mi padre y yo en un taxi camino al aeropuerto de Narita. Mi padre dejó a su flamante mujer para montarse en un avión con su hija, rota y retorcida, dejarla al otro lado del mundo e intentar ver qué pasaba. Tras la ceremonia, me había vuelto a pedir que me quedase en Osaka con él, pero no podía. Había llegado a la conclusión de que necesitaba tiempo y distancia de lo ocurrido, para poder verlo con perspectiva. Perdonarme o no. Actuar o no. Volver a ser yo o no.

Las calles de Tokio me recordaban a mi vida pasada. No había vuelto a mi viejo apartamento. De camino, pasamos por un parque, uno en el que Aki y yo estuvimos el último *Tanabata* juntos. Y me vino a la cabeza, como si pudiera volver a vivirlo, lo que ocurrió. Durante los fuegos artificiales, nos peleamos por alguna tontería que ya ni recordaba. Así que, para poder hablar con tranquilidad lo agarré de la mano con fuerza y tiré de Akira; era más alto que yo, más fuerte que yo, más grande que yo, pero siempre se dejaba hacer. Lo arrastré por las calles engalanadas para el *Tanabata*, con colores chillones y papeles llenos de deseos. Caminamos juntos hasta llegar al primer lugar tranquilo que encontramos, que no fue otro que ese parque por el que mi vista acababa de pasar. Y nos quedamos los dos de pie mirándonos, hasta que lo obligué a sentarse, para poder tener, por una vez, una posición de fuerza, una posición más elevada a la suya.

Nuestra discusión era absurda, eso sí lo recuerdo, y solo se podía cortar por

lo sano.

«Me gustas desde el primer día que te vi».

Bien, Akira no se quedó todo lo impactado que debería con esa declaración. Casi con seguridad él ya lo sabía, pero fue la mejor manera de llamar su atención.

«Te quiero desde la primera vez que me llamaste Rukia», le confesé casi sin pensar.

Me quedé paralizada y deseé que cualquier cosa me diese fuerza: la noche, las estrellas, los dos amantes que en ese año pudieron verse sin las lluvias y gracias a unos pájaros misericordiosos.

«Y estoy enamorada de ti desde aquel día en que descubrí tu extraña afición a los flanes».

Se había ablandado, así que la posición de poder ya no valía para nada, por lo que me senté en sus rodillas y lo abracé.

«Siempre pensé que me besarías aquella vez, mientras sonaba nuestra canción, ahora sé que te tengo que besar yo».

Me acerqué a él, primero con una caricia de mi nariz a la suya, algo que parecía un ritual para nosotros, hasta que después busqué su boca, con lentitud. Una de sus manos se enredó en la mía, mientras la otra me acariciaba el pelo. Podía sentir el recuerdo como si lo estuviera viviendo de nuevo.

Me habían besado y había besado con anterioridad, pero nada me había preparado para hacerlo con una persona a la que realmente quería. Donde un beso era mucho más que juntar dos labios, era como sellar un pacto, no un pacto tácito como el anterior, sino uno que te unía de por vida y no sabía qué cláusulas había escritas, pues daba igual. Las que fueran, hasta la peor de las muertes, la firmaría, con tal de poder besarlo una y otra vez.

Cuando el beso terminó, nos quedamos un momento a solas. Todo habría sido perfecto si el conejo loco de mi móvil no hubiese pitado, no una vez, sino tres.

«Vamos a llamarlo Chappy», dijo Akira.

«¿A quién?».

Seguíamos sentados, yo encima de él, cogidos de la mano y con cara de idiotas.

«Al conejo borracho que vive en tu móvil».

—Lucy —me llamó mi padre, y rompió la magia del recuerdo—, hemos llegado.

Era verdad, habíamos llegado al aeropuerto. Tocaba una nueva vida o volver

a la vieja sabiendo que nunca sería mejor que la que ya tenía. Sin Akira, sin sus besos, sin su risa, sin nosotros. Solo me quedaba la esperanza de que despertara, que se acordara de mí y supiera que estaba aquí, que siempre estaría esperándolo. No quería olvidarme de él, solo iba a lamerme las heridas y ver qué podía hacer con ellas, ya que, antes o después, volveríamos a vernos, como la princesa tejedora y el pastor de estrellas, por medio de un puente de pájaros, siempre y cuando no lloviese ese año.

Epílogo

Le diré «te quiero» a la persona que amo

He oído una voz.

Lejana. Cercana. Mía.

No, no es mi voz, pero es mía.

Estoy confuso, ¿qué ha pasado?

He oído otras voces. Algunas me han gritado, otras me han suplicado y otras me han ignorado.

Y ninguna es esa voz.

He oído sonidos, ¿serían palabras? Identifico ruidos, armonías, tonos altos y bajos. Nada con sentido, nada que indique dónde estoy ni cómo volver a casa.

Nada, salvo esa voz.

Quiero volver, quiero estar con ella. Necesito saber qué me ha dicho. Necesito oírla otra vez.

Me pesa el cuerpo y me dejo arrastrar por él, como he hecho tantas veces antes. Aunque esa voz me da fuerzas para luchar, voy a hacer un esfuerzo por moverme, por seguirla, por saber qué ocurre. ¿Dónde estoy?

Oigo otras voces, ninguna la que busco.

Quiero gritar: «Callad, joder. Dejadme escuchar. Callad, callad, callad...».

Mover un centímetro de mi cuerpo es una hazaña. Quiero parpadear, me pesan los ojos. Los voy abriendo y, mientras la luz comienza a penetrar en mis pupilas y me deslumbra, lo noto todo: el cuerpo paralizado, un tubo desagradable en la garganta, arcadas, un pitido incesante que martillea mi cabeza y un silencio contenido.

Hay figuras a mi alrededor. No las distingo. Solo el pitido acompaña mis movimientos.

Quiero hablar, preguntarles por la voz, ¿dónde está?

A mi alrededor todo se acelera. Voces, manos, pruebas y un sentimiento de alegría que me llega. No es mío, solo me llega, me inunda e intenta darme ánimos.

«Oídmeme, figuras, por favor, ¿dónde está esa voz? Quiero llegar a ella».

No la escucho, no puedo hablar, no puedo moverme. Quizá sea mejor volver a dormirme. He estado bien. En este mundo, al menos, puedo recordar, puedo volver a oír su voz.

No me deja. La voz no me deja. Tira de mí.
Me hace despertar.

He estado en coma. Ha habido un accidente, yo he acabado en coma y ella, mi voz, se ha recuperado. Eso es lo mejor que me podían decir. He preguntado por ella, como he podido, con signos, con miradas, con ruidos. Hasta que me han entendido. Mi voz está bien. Viva y feliz.

Mi voz está bien.

No puedo creer que haya perdido meses de mi vida, más de un año, durmiendo. Al parecer, mi cuerpo necesitaba descansar para vivir. Algo curioso que he estudiado en la facultad, pero a lo que no le había dado importancia hasta ahora.

Descansar para vivir. Eso he hecho yo.

Las siluetas del primer día son ahora enfermeras y doctores asombrados: soy casi un milagro médico. Tengo que volver a aprender las cosas más elementales: hablar, andar, escribir, vivir... Desde que soy consciente de lo ocurrido, me da pánico dormir y no volver a despertar. Creo que mi madre entiende este sentimiento y lo ha hecho propio, ya que se queda conmigo todas las noches y, si por alguna casualidad, me despierto, la encuentro mirándome sobrecogida. Aún cree que me dormiré y no volveré.

Yo también.

No comprendo del todo lo que dicen, me cuesta asociar los sonidos a las palabras y, en ocasiones, mis pensamientos se pierden, se elevan y no sé qué ocurre a mi alrededor. Focalizarme, centrarme, ese es mi mayor problema. Con diferencia.

Va pasando el tiempo y todo a mi alrededor evoluciona. Yo cambio, me voy comunicando y me voy centrando. Me cuesta recordar, asimilar que las sensaciones pasadas son algo que he vivido. Es curioso, quiero volver atrás. Antes fui muy feliz; ahora, sinceramente, no lo sé.

El fisioterapeuta que trabaja mis músculos atrofiados acaba de marcharse y estoy observando por la ventana unos pájaros que vienen y van. Fantaseo con la idea de volar, salir de esta habitación y ser libre. Sentarme y mirar la vida se ha convertido en una de mis rutinas. Yo no puedo vivir, aún. Las palabras se van formando en mi garganta y se van acumulando, aunque no todas salen igual de bien, por lo que comunicarme es todavía complicado.

Llaman a la puerta. Mi madre se ha marchado en el momento en que ha entrado el fisioterapeuta, necesita descansar. Casi no se separa de mi lado. Mi

hermana asoma la cabeza, se llama Nanako. «Se llama Nanako», me repito una y otra vez cuando la veo, y, según me ha contado, todos la llamamos Nana.

«Todos la llaman Nana. Se llama Nanako y todos la llaman Nana...».

A veces, me cuesta asimilar, conectar ideas.

Para mi desgracia, siento que no soy la misma persona que se montó en ese coche. Y creo que nunca lo volveré a ser.

—Hola, Aki —dice con nerviosismo en su voz—. He venido con Shou.

La primera vez que vi a Nanako tras haber dormido durante meses, la encontré oscura. Con los ojos rojos queriendo salir de su cara, unas bolsas casi negras debajo de ellos y temblando. Me dijo cosas que hoy en día no recuerdo, ni las entendí ni las asimilé. Ella, junto a mi madre, son las dos personas que más me visitan. Mi padre viene cuando puede, según dice. Shou, por su parte, el novio de Nanako, también la acompaña en ocasiones. Y una chica... ella también viene, aunque me cuesta identificarla en la neblina de mis pensamientos. Keiko, se llama Keiko, y, en un momento de desesperación, puso a mi voz en el teléfono. Lo recuerdo.

Mi hermana se acomoda en una silla frente a mí, y Shou en la cama donde me siento más preso que persona.

—Han pasado casi dos meses desde que... en fin, volviste con nosotros, Aki.

Se para, como si esperase una contestación. Me cuesta tanto hablar que prefiero hacerlo en contadas ocasiones.

—Aún no hemos hablado de tu situación con Lucy... tú siempre la llamabas Rukia. Sé que nadie más que yo te ha hablado de ella, de lo que pasa, aunque quiero hablar contigo de este tema. ¿Te parece bien?

Asiento. «Gracias, Nanako, a la que todos llaman Nana, gracias». Aunque Keiko también habla de ella, de vez en cuando, cuando me pierdo en mi mundo.

—¿Sabes quién es Rukia? Lo recuerdas, ¿verdad? Preguntaste por ella, o eso creí, cuando te despertaste, y luego...

Vuelvo a asentir, estoy convaleciente, no soy idiota.

—La llamé el mismo día que despertaste, antes del *kiseki*^[xxix], estaba tan enfadada con ella, Aki... Pero creo que, en contra de lo que opinan nuestros padres, ella debía saber que te iban a... desconectar. Así que la llamé y ella me pidió tener una última conversación contigo.

Mi voz.

—Dejé mi móvil contigo, creí que debía despedirse de ti, Aki. Tras su llamada, moviste un dedo y mamá no consintió que te desconectarán. Los médicos nos habían dicho... —Le hago un movimiento con la mano para que no siga por ese camino, ya me han pedido perdón en tantas ocasiones que me molesta, quiero saber más de mi voz—. La cuestión es que ella cree que te

desconectamos. Y yo me preguntaba... yo creo que...

Shou le aprieta el hombro a Nana, parece que está pasando muy mal momento.

—Akira, Nana cree que debería contarle a Lucy... a Rukia... que estás bien, que te estás recuperando. Si lo hace, ella volverá contigo, creemos que te vendría muy bien para tu recuperación volver a verla.

El pánico, algo que solo siento cuando me voy a dormir, me domina. Una sensación horrible en el pecho me oprime y quiero decir tantas cosas, tantas, que no sé por dónde empezar.

Sin embargo, solo digo «no».

Las caras de incredulidad de Nana y de Shou me dejan perplejo.

—Pero, Aki, Rukia querría...

—¡No!

No puedo explicarme más. De verdad que querría, pero me cuesta un mundo hablar, me cuesta moverme, me cuesta tantísimo parecer una persona, hacerme entender.

No, no, no y no. Por favor, no.

—No —susurro.

Creo que Nana y Shou han entendido mi negativa; no la comprenden, desde luego, y, cuando pueda hacerlo, se lo explicaré. El pánico desaparece de mi cuerpo cuando mi hermana me promete que no lo hará.

Mi madre vuelve a la habitación, y la conversación toma otros derroteros.

Bien, mejor. Me centro en la ventana e ignoro sus sonidos, sus palabras y su presencia.

¿Cómo voy a hacerle eso? Ya no soy una persona entera; soy algo que, en un pasado remoto, fue una persona. Antes vivía, soñaba, andaba, amaba... Podía hablar con ella, pelearme y hacerle el amor. ¿Qué puedo hacer ahora? Articular monosílabos, estar todo el día en la cama, dejar que el fisioterapeuta me estruje los músculos y me dé ánimos mientras intento avanzar. Y también puedo asustarme cuando el sueño me invade. Esas son mis funciones actuales.

Si la Rukia que yo recuerdo sabe que he despertado, vendrá y será la mujer más infeliz del mundo. Es lo único que puedo hacer por ella: no hacerla sufrir, no obligarla a que cargue conmigo. Si mis recuerdos no son falsos, si mis sentimientos no fallan, creo que ella vendría y nunca se iría. ¿Puedo hacerle eso? No, por supuesto que no.

La felicidad no se encuentra en el sacrificio, se encuentra en el cariño. Y yo no puedo hacerle eso. Debe ser feliz.

Creo recordar —y, si no lo hice, lo hago ahora— que le prometí que nunca haría nada para dañarla. Y obligarla a vivir conmigo esta tortura que quizá nunca

acabe es la peor decisión que se puede tomar a favor de un ser querido.

No, es mejor así.

El día que me recupere, el día que vuelva a ser yo, la buscaré. Asumiré lo que sea que haya pasado, lo que sea que mi decisión haya hecho con su vida. Lo asumiré.

Es mi forma de quererla.

Ahora mismo, prefiero la certeza de no hacerle daño que la posibilidad de hacérselo dentro de un tiempo cuando sepa la verdad. Si nunca logro volver a ser quien era, no la molestaré.

Es mejor así. Es la única forma que tengo de decirle que la amo.

En la distancia, en el tiempo. Que la amo.

Que la amaré. Siempre.

AGRADECIMIENTOS

El proceso de escribir un libro es, de por sí, solitario. En estas letras quiero agradecer a todas esas personas que hicieron que yo no me sintiera así y también a las que perdonaron que me metiera tanto en la historia de Aki y Rukia que descuidara otras obligaciones.

Este libro no sería igual sin la ayuda inestimable de Abril Camino, que leyó el primer borrador y me ayudó a pulirlo, a sacarle brillo y a que acabara tal y como lo habéis podido leer.

También tengo que agradecer sus comentarios a Érika Gael, que me ayudó a que la historia fuese más redonda y me animó a seguir adelante con ella.

A Alba Biznaga, que me ha dado ánimos para poder sacarla y me ha escuchado cuando tenía dudas.

A Akira Kurosawa, porque sí, porque es uno de los mejores directores de cine de la historia y por dejarme prestado, sin saberlo, el nombre de mi protagonista, en todos los sentidos, pues hay muchas maneras de escribir Akira en japonés y yo elegí la suya.

Por supuesto a mi familia, que es maravillosa y soporta mis excentricidades; a mis amigos, a los que le pongo al cabeza loca y aun así me escuchan, y a Ángel, siempre, que ya son catorce años, vamos entrando en la edad del pavo.

Y a ti, que te has leído el libro, has llegado hasta aquí y espero que hayas disfrutado el viaje. Si quieres contactar conmigo, puedes escribirme a AlteaMorgan@outlook.com o visitar mi página web www.alteamorgan.es

Próximamente...



-
- [i] Una de las tres formas de escritura japonesa, en la que, de forma habitual, se escriben las palabras extranjeras.
- [ii] La fiambarrera de comida para almorzar típica en Japón.
- [iii] Flor de cerezo.
- [iv] -Chan se utiliza para tratar a alguien de forma cariñosa o si es un niño.
- [v] En realidad, sería Kimura Nanako; en japonés el apellido va primero.
- [vi] -Nii es una referencia a «hermano».
- [vii] 剣道 . Literalmente significa «camino del sable». Es un arte marcial japonés que se practica con una armadura llamada *bogu* y una espada de madera (*shinai*).
- [viii] Persona muy aficionada al *manga* (cómic japonés) y al *anime* (serie de dibujos animados nipona).
- [ix] Muñecos hechos de ganchillo.
- [x] Bolitas rellenas de pulpo.
- [xi] *Dorama* es drama, y se refiere a series dramáticas con actores reales.
- [xii] Se podría traducir como una comunicación entre corazones.
- [xiii] Su traducción literal es «humildemente recibo», aunque es más común interpretarlo como «gracias por la comida». Es habitual decirlo antes de comenzar a comer.
- [xiv] Mafia japonesa.
- [xv] El *kanjio* símbolo del nombre de Akira es 明 .
- [xvi] Una forma de decir «hermano».
- [xvii] Delicioso.
- [xviii] Dulces japoneses.
- [xix] 愛してる : te amo.
- [xx] *Los siete samuráis*, de Akira Kurosawa.
- [xxi] *Mangaka* es el autor o creador de un *manga*.
- [xxii] Batalla de las canciones rojas y blancas.
- [xxiii] «Adiós» en japonés.
- [xxiv] Es la forma habitual de saludar al teléfono en japonés a un amigo o familiar; aunque no significa literalmente «diga», se puede traducir así.
- [xxv] Significa «niño bastardo» en japonés y es el pseudónimo de Megumi Igarashi.
- [xxvi] Es un distrito del barrio Taitō, en Tokio.
- [xxvii] Ceremonia de mayoría de edad.
- [xxviii] *Ganbatte*(がんばって) significa «esfuérzate» o «sé fuerte». Se utiliza para desearle lo mejor a alguien en un nuevo camino que emprende.
- [xxix] Milagro.